

INSPECTOR
JOHN REBUS

IAN RANKIN

MEJOR EL DIABLO

RBA

Título original: *Rather Be The Devil*

© John Rebus Limited, 2016.

© de la traducción: Efrén del Valle Peñamil, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO172

ISBN: 9788491870036

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

PRIMER DÍA

1

SEGUNDO DÍA

2

3

4

TERCER DÍA

5

6

CUARTO DÍA

7

8

9

QUINTO DÍA

10

11

12

SEXTO DÍA

13

14

15

16

SÉPTIMO DÍA

17

18

19

20

OCTAVO DÍA

21

22

23

24

25

26

NOVENO DÍA

27

PRIMER DÍA

Rebus dejó el cuchillo y el tenedor encima del plato, que estaba vacío, y se recostó en la silla para estudiar al resto de los comensales del restaurante.

—Una vez se cometió un asesinato aquí, ¿lo sabías? —comentó.

—Para que luego digan que el romanticismo ha muerto.

Deborah Quant ignoró momentáneamente el bistec. Rebus estaba a punto de decir que lo cortaba con el mismo esmero que cuando utilizaba el bisturí con un cadáver, pero le vino a la mente el asesinato y le pareció que era un tema de conversación más oportuno.

—Lo siento —dijo Rebus, que bebió un sorbo de vino tinto.

En el restaurante vendían cerveza. Había visto a los camareros servirla en varias mesas, pero estaba intentando reducir el consumo.

Era un nuevo comienzo. De hecho, ese era el motivo por el que habían salido a cenar. Estaban celebrando una semana sin tabaco.

Siete días enteros.

Ciento sesenta y ocho horas.

(Quant no tenía por qué enterarse de que tres días antes había pedido un cigarrillo a un hombre que estaba fumando delante de un edificio de oficinas. De todos modos, había sentido náuseas.)

—Notas más el sabor de la comida, ¿verdad? —preguntó ella, y no por primera vez.

—Sí, claro —dijo Rebus, conteniendo la tos.

Quant parecía haber renunciado al bistec y estaba limpiándose la boca con la servilleta. Se encontraban en el Galvin Brasserie Deluxe, perteneciente al hotel

Caledonian, aunque ahora se llamaba Waldorf Astoria Caledonian. Pero quienes se habían criado en Edimburgo lo conocían como Caledonian o «el Caley». Antes de cenar, Rebus le había contado varias historias junto a la barra: la estación ferroviaria contigua, que había sido derruida en los años sesenta; aquella vez que Roy Rogers subió la escalera principal con su caballo Trigger para que le hicieran unas fotos. Quant escuchó con atención y luego le dijo que podía desabrocharse el primer botón de la camisa. Rebus había estado pasándose un dedo por dentro del cuello para intentar dar de sí la tela.

—Qué observadora —dijo.

—Al dejar de fumar puede que ganes unos kilos.

—¿En serio? —respondió él cogiendo más cacahuets del cuenco.

Quant había conseguido que los atendiera un camarero y estaba retirándoles los platos. La oferta de la carta de postres fue desestimada.

—Solo tomaremos café. Descafeinado, a poder ser.

—¿Dos descafeinados? —preguntó el camarero mirando a Rebus.

—Por supuesto —confirmó este.

Quant se apartó un mechón pelirrojo de la cara y sonrió.

—Lo llevas bien —dijo.

—Gracias, mamá.

Otra sonrisa.

—Venga, cuéntame lo del asesinato.

En el momento en que Rebus se disponía a coger el vaso, empezó a toser otra vez.

—Tengo que... —dijo señalando los lavabos.

Apartó la silla y se levantó frotándose el pecho. Una vez dentro del aseo, se acercó a un lavamanos, se inclinó hacia delante y expulsó un poco de mugre pulmonar, en la cual se apreciaban las habituales salpicaduras de sangre. Le habían asegurado que no había nada que temer. Más tos, más mucosidad. EPOC, lo llamaban. Enfermedad pulmonar obstructiva crónica. Cuando se lo contó, Deborah Quant frunció los labios.

—Tampoco es de extrañar, ¿no?

Y al día siguiente le llevó un frasco de edad indeterminada que contenía un trozo de pulmón en el que se distinguían los bronquios.

—Para que lo sepas —dijo ella y señaló lo que ya le habían mostrado en una pantalla de ordenador.

Quant le dejó el frasco.

—¿Es un préstamo o un regalo?

—Todo el tiempo que lo necesites, John.

Estaba limpiando el lavamanos cuando oyó la puerta.

—¿Te has dejado el inhalador en casa?

Rebus se volvió hacia Quant, que estaba apoyada en el quicio con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

—¿Puedes entrar aquí? —farfulló Rebus.

Los ojos azul claro de Quant escrutaron el lavabo.

—No hay nada que no haya visto ya. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca.

Rebus se salpicó la cara con agua y se secó con una toalla.

—El siguiente paso es un programa de ejercicios.

—¿Esta misma noche?

Quant esbozó una sonrisa aún más amplia.

—Si prometes que no te me morirás encima...

—Pero primero nos tomaremos nuestros deliciosos refrescos sin cafeína, ¿verdad?

—Además, tienes que cortejarme con una historia.

—¿Te refieres al asesinato? Ocurrió justo arriba, en una de las habitaciones. Era la mujer de un banquero a la que le gustaba tener algún que otro escarceo.

—¿La mató su amante?

—Era una de las teorías.

Quant se sacudió unas migas invisibles de las solapas de la americana.

—¿Es una historia larga?

—Depende de lo resumida que la quieras.

Quant meditó unos instantes.

—Lo que dure el trayecto hasta mi casa o la tuya.

—Entonces me ceñiré a lo más interesante.

Al otro lado de la puerta, alguien se aclaró la garganta. Era otro comensal que desconocía el protocolo. Se disculpó al pasar y eligió la intimidad de uno de los compartimentos cerrados. Rebus y Quant iban sonriendo al volver a su mesa, donde les aguardaban dos cafés descafeinados.

La inspectora Siobhan Clarke estaba en casa con un buen libro y restos de comida preparada cuando llamó su amiga Tess, que trabajaba en la sala de control de Bilston Glen.

—En circunstancias normales no te molestaría, Siobhan, pero, cuando me han dicho el nombre de la víctima...

Así que Clarke se dirigió a la Enfermería Real en su Vauxhall Astra. El hospital se encontraba en la parte sur de la ciudad y a aquellas horas había aparcamiento de sobra. Enseñó la placa en el mostrador de Urgencias y le indicaron dónde debía ir. Pasó por delante de varios cubículos y, si las cortinas estaban echadas, asomaba la cabeza. Una anciana con la piel casi translúcida le dedicó una sonrisa de oreja a oreja desde la camilla. Hubo miradas esperanzadas de pacientes y familiares. Dos enfermeros estaban tranquilizando a un joven ebrio al que le sangraba la cabeza. Una mujer de mediana edad estaba vomitando en un cuenco de cartón. Una adolescente gemía suave y regularmente con las rodillas pegadas al pecho.

Primero reconoció a la madre. Gail McKie estaba inclinada sobre la camilla de su hijo, acariciándole el cabello y la frente. Darryl Christie tenía los ojos cerrados y amoratados, la nariz hinchada y las fosas nasales cubiertas de sangre seca. Le habían inmovilizado la cabeza y el cuello con un soporte de gomaespuma. Iba vestido de traje y llevaba la camisa desabotonada hasta la

cintura. Se apreciaban contusiones en el pecho y la barriga, pero respiraba. Una pinza en el dedo lo conectaba a una máquina que registraba sus constantes vitales.

Gail McKie se volvió hacia la recién llegada. Se había excedido con el maquillaje, y las lágrimas le habían dejado surcos en la cara. Llevaba el pelo teñido de rubio paja y recogido en un moño alto, y lucía joyas en ambas muñecas.

—Yo a usted la conozco —dijo—. Es policía.

—Lamento lo de su hijo —respondió Clarke, que se acercó un poco más a ella—. ¿Está bien?

—¡Mírelo! —dijo subiendo el tono de voz—. ¡Mire qué le han hecho esos desgraciados! Primero Annette y ahora esto...

Annette era solo una niña cuando falleció. Su asesino fue detenido y encarcelado, aunque no tardó en morir de una puñalada asestada por un preso que, se supone, había sido contratado por Darryl, el hermano de Annette.

—¿Sabe qué ha ocurrido? —preguntó Clarke.

—Estaba tirado en el camino de entrada de la casa. Oí el coche y me extrañó que tardara tanto. Las luces de seguridad se encendieron y volvieron a apagarse y no había rastro de él. Tenía la cena esperando en el fogón.

—¿Lo encontró usted?

—Sí. En el suelo, junto a su coche. Debieron de atacarle en cuanto se bajó.

—¿Y no vio nada?

La madre de Christie negó lentamente con la cabeza sin apartar la mirada de su hijo.

—¿Qué han dicho los médicos? —preguntó Clarke.

—Estamos esperando noticias.

—¿Darryl no ha vuelto en sí en ningún momento? ¿Puede hablar?

—¿Y qué quiere que diga? Sabe tan bien como yo que esto es obra de Cafferty.

—Es mejor que no saquemos conclusiones precipitadas.

Gail McKie resopló con desdén y se irguió al ver a un hombre y una mujer con bata blanca pasar junto a Clarke.

—Voy a pedir un escáner y una radiografía de tórax. Todo apunta a que la mitad superior del cuerpo se llevó casi todos los golpes.

La doctora calló de repente y se quedó mirando a Clarke.

—DIC —anunció esta.

—No es nuestra prioridad inmediata —dijo la doctora e indicó a su compañero que corriera la cortina para dejar fuera a Clarke.

Ella intentó escuchar desde el otro lado, pero había demasiados gemidos y gritos a su alrededor. Con un suspiro, regresó a la sala de espera. Dos agentes uniformados estaban pidiendo detalles a los paramédicos. Clarke enseñó la placa y preguntó si hablaban de Christie.

—Estaba en el suelo, en el lado del conductor, entre el Range Rover y la pared —explicó uno de los paramédicos—. El coche estaba cerrado y todavía llevaba las llaves en la mano. La verja es eléctrica y obviamente la había cerrado al entrar.

—¿Dónde ocurrió exactamente? —interrumpió Clarke.

—En Inverleith Place. Da a Inverleith Park, justo al lado del jardín botánico. Es una casa a cuatro vientos.

—¿Y los vecinos?

—Todavía no hemos hablado con ellos. Fue su madre quien avisó. No debía de llevar allí más de unos minutos...

—¿Llamó a la policía?

El agente sacudió la cabeza.

—Preguntó por nosotros —respondió el paramédico, que iba vestido de verde y, al igual que su compañera, parecía exhausto—. En cuanto lo vimos, nos pusimos en contacto con ustedes.

—¿Ha sido un día complicado? —preguntó Clarke al ver que se frotaba los ojos.

—No más de lo habitual.

—Entonces su madre vive con él —prosiguió Clarke—. ¿Alguien más?

—Dos hermanos más pequeños. La madre hizo todo lo posible por impedir que miraran.

Clarke se volvió hacia los agentes.

—¿Ya han interrogado a los hermanos?

Ambos negaron con la cabeza.

—¿Cree que ha sido un ataque profesional? —le preguntó la paramédica. Luego, sin dejar que respondiera—: Estaban esperándolo... Le golpearon con un bate de béisbol o quizá una barra de hierro o un martillo y después se fueron sin que nadie se percatara de nada.

Clarke la ignoró.

—¿Había cámaras? —preguntó.

—En las esquinas de la casa —confirmó el segundo agente.

—Bueno, algo es algo —dijo Clarke.

—Pero todos lo sabemos, ¿no?

Clarke se quedó mirando a la paramédica.

—¿Sabemos qué, exactamente?

—Que tenían intención de matarlo. O fue un aviso y, en cualquier caso...

—¿Qué?

—Big Ger Cafferty —respondió la mujer encogiéndose de hombros.

—No paro de oír ese nombre.

—La madre de la víctima parecía bastante convencida —terció su compañero—. Estaba gritando su nombre desde el puñetero tejado. Y alguna que otra blasfemia también.

—En este momento no son más que especulaciones —les advirtió Clarke.

—Pero hay que especular para acumular —respondió la paramédica, cuya sonrisa se disipó al notar la mirada de Clarke.

Rebus estaba sentado en la cama de la habitación de invitados. En su día, antes

de que su mujer se la llevara, había sido el dormitorio de su hija Sammy. Ahora Sammy era madre y Rebus, abuelo, aunque no los veía demasiado. Los pósteres habían desaparecido de la habitación, pero, por lo demás, seguía más o menos intacta. El mismo papel de pared, el colchón de rayas y el nórdico doblado en el armario junto a una almohada individual, preparados por si algún visitante pasaba la noche allí. Sin embargo, no recordaba la última vez que eso había ocurrido, lo cual estaba bien, porque aquello derrochaba la misma calidez que un almacén. Había cajas encima y debajo de la cama, en lo alto del armario y a su alrededor. También cubrían media ventana, así que era imposible cerrar los postigos de madera. Sabía que debía hacer algo al respecto, como también sabía que nunca lo haría. Cuando él ya no estuviera, las cajas serían el problema de otro, probablemente de Sammy.

Al final había encontrado la caja que le interesaba y estaba sentado a su lado en una esquina de la cama. Brillo, su perro, yacía a sus pies. Octubre de 1978. Maria Turquand. Estrangulada en la habitación 316 del hotel Caledonian. Rebus llevaba poco tiempo trabajando en el caso cuando tuvo un encontronazo con un superior. Aunque lo habían dejado al margen, siguió interesándose por él, recopilando recortes de prensa y anotando información, sobre todo rumores de otros agentes. Uno de los motivos por los que lo recordaba era que, exactamente un año antes, dos adolescentes habían sido asesinadas tras una salida nocturna al pub World's End. Su caso había avanzado poco o nada e iban a cerrar la investigación, pero, en 1978, hicieron un último esfuerzo agónico para ver si el aniversario despertaba los recuerdos o la conciencia de alguien. El castigo a Rebus por insubordinación fue una prolongada y solitaria estancia junto a uno de los teléfonos esperando a que sonara. Y lo hizo, pero solo eran bromistas. Entre tanto, sus compañeros deambulaban por el Caley, descansando para tomar té y galletas entre una entrevista y otra.

El nombre de soltera de Maria Turquand era Maria Frazer. Era una mujer con padres ricos y educación privada. Se había casado con un joven con buenas perspectivas de futuro. Se llamaba John Turquand y trabajaba en Brough's, un

banco privado que custodiaba gran parte del viejo dinero de Escocia; solo los clientes con bolsillos profundos y fiables poseían su chequera. La entidad era secretista, pero dejó de serlo a medida que fue abarrotando sus arcas y buscando nuevas oportunidades de inversión. Según trascendió, incluso había barajado la adquisición del Royal Bank of Scotland, el equivalente a que David dejara inconsciente a un hermano más corpulento de Goliat. El asesinato de Maria Turquand llevó a Brough's a las portadas de los periódicos nacionales, y allí siguió mientras salían a la luz informaciones sobre la tempestuosa vida privada de la víctima. Había toda una retahíla de amantes, a los que normalmente recibía en una habitación del Caley. Algunas anotaciones de Rebus hacían referencia a nombres que había oído. Ninguno de ellos fue corroborado, pero incluían a un parlamentario conservador.

¿Lo sabía su marido? Por lo visto, no. En cualquier caso, tenía coartada, pues se había pasado el día reunido con el director del banco, sir Magnus Brough. El amante más reciente de Maria, un mujeriego y embaucador llamado Peter Attwood —que resultó ser amigo de su marido—, anduvo por terreno pantanoso una temporada, ya que no pudo justificar sus movimientos la tarde en cuestión hasta que apareció una nueva amante, una mujer casada a la que había intentado proteger.

«Muy decente por su parte», pensó Rebus.

Todo ello ya habría bastado para dar impulso a la historia sin la aparición fortuita de una estrella de la música en un papel secundario. Pero Bruce Collier también se hospedaba en el Caley con su grupo y su equipo, ya que el hotel se encontraba cerca del Usher Hall, donde tenía programada una actuación. A principios de los años setenta, Collier formaba parte de una banda de rock. Se llamaban Blacksmith y Rebus los había visto en directo. Estaba casi seguro de que tenía sus tres discos en algún sitio. Se armó un gran revuelo cuando Collier abandonó el grupo para emprender una carrera en solitario en la que optó por un sonido más dulce y versionó toda una serie de *hits* del pop de los años cincuenta y sesenta con un éxito cada vez mayor. Su concierto de regreso a su ciudad natal,

con el que inició una gira por Gran Bretaña en la que agotó todas las localidades, congregó a periodistas y equipos de televisión de todo el país y del extranjero.

Buscando entre los recortes, Rebus encontró numerosas fotografías: Collier con el pelo cardado, vaqueros ajustados y bufandas de seda al cuello, capturado por la luz del flash cuando subía las escaleras del hotel, y paseando por su antiguo barrio hasta llegar a la casa de dos plantas en la que se crio. Al ser interpelado por la prensa, reconoció que la policía estaba preparándose para interrogarlo. El artículo iba acompañado de una fotografía de Maria Turquand (tomada en una fiesta) que había sido utilizada con frecuencia en las semanas posteriores a su muerte. En ella lucía un vestido corto con un pronunciado escote y, con un cigarrillo en una mano y una copa en la otra, estaba haciendo un mohín a la cámara. Muchas columnas hablaban de su «frenético estilo de vida», de la lista de amantes y admiradores, de las vacaciones en estaciones de esquí e islas caribeñas. Pocas mencionaban su final, el miedo que debió de sentir, el espantoso dolor que debió de atenazarle las vías respiratorias cuando eran aplastadas por las manos de su asesino.

Unas manos fuertes de hombre, según la autopsia.

—¿Qué haces?

Rebus levantó la cabeza. Deborah Quant estaba en el umbral, vestida con una camiseta blanca larga que guardaba en un cajón del dormitorio de Rebus para las infrecuentes noches en que se quedaba a dormir. Hacía casi un año que se veían, pero ambos habían descartado vivir juntos. Estaban demasiado anclados en sus viejas costumbres, demasiado habituados a sus rutinas y a estar solos.

—No podía dormir —respondió él.

—¿Es por la tos?

Quant se echó la larga cabellera hacia atrás y Rebus se limitó a encogerse de hombros. ¿Cómo iba a contarle que había soñado con tabaco y que se había despertado ansiando un poco de nicotina, un anhelo que ningún parche, chicle o cigarrillo electrónico satisfaría jamás?

—¿Qué es todo esto? —preguntó Quant dando un golpecito con el pie

descalzo a una de las cajas.

—¿No habías entrado nunca aquí? Son solo... casos antiguos. Cosas que me interesaban en su momento.

—Pensaba que estabas jubilado.

—Y lo estoy.

—Pero ¿no consigues dejarlo atrás?

Rebus volvió a encogerse de hombros.

—Estaba pensando en Maria Turquand. Cuando empecé a contarte su historia, me di cuenta de que no recordaba algunas cosas.

—Deberías intentar dormir.

—A diferencia de otros, mañana por la mañana no tengo que trabajar. Eres tú la que debería estar durmiendo.

—Mis clientes no suelen quejarse si llego unos minutos tarde. Es una de las ventajas de trabajar con muertos. —Hizo una pausa—. Necesito un poco de agua. ¿Quieres algo? —Rebus negó con la cabeza—. No te alargues mucho.

Rebus la observó avanzar por el pasillo en dirección a la cocina. Se le había deslizado del regazo un recorte de prensa y había caído al suelo. Era de unos años después. Un ahogamiento en una piscina de Gran Caimán. La víctima estaba de vacaciones con unos amigos, entre ellos Anthony y Francesca Brough, nietos de sir Magnus. Había una foto del elegante exterior de la casa y una leyenda que explicaba que pertenecía a sir Magnus, recientemente fallecido. Rebus no sabía por qué había añadido esa posdata a la historia del asesinato de Maria Turquand, tan solo que la noticia había dado al periódico otra excusa para publicar una foto de Maria, que le recordó su belleza y lo mucho que le irritó que lo apartaran del caso.

Luego consultó los ejemplares de *The Scotsman* que había guardado la semana del asesinato: refugiados vietnamitas que llegaban para empezar una nueva vida; B. B. King en *The Old Grey Whistle Test* y *La venganza de la Pantera Rosa* en los cines; un anuncio del Royal Bank of Scotland en el que aparecía una foto de las Torres Gemelas; Margaret Thatcher visitando East

Lothian antes de unas elecciones extraordinarias; la porquería amontonándose en Edimburgo durante la huelga de basureros...

Y en las páginas de deportes: «Los clubes escoceses no anotan ni un solo gol en Europa».

—Hay cosas que nunca cambian —murmuró Rebus para sus adentros.

Cuando lo hubo guardado todo en la caja con la inscripción «77-80», se sacudió el polvo de las manos y se quedó allí sentado escrutando la habitación y su contenido. Casi toda la documentación pertenecía a casos en los que había trabajado, casos que finalmente había resuelto. ¿Y qué representaba exactamente todo aquello? El destino de un policía. Sin embargo, la historia real, pensó, no estaba escrita, tan solo insinuada en los varios informes y notas garrapateadas. Los escuetos datos sobre arrestos y condenas solo contaban verdades a medias. Se preguntó quién le encontraría sentido a todo aquello, pero dudaba que alguien fuera a tomarse la molestia de hacerlo. Desde luego, su hija no. Echaría un vistazo rápido y lo tiraría todo a la basura.

«No consigues dejarlo atrás...».

Era cierto. Dejó el trabajo cuando le dijeron que no podían ofrecerle ninguna alternativa. Fue una jubilación anticipada, y sus habilidades ya no eran relevantes ni necesarias. Adiós. Brillo pareció captar el ambiente que reinaba en la habitación, levantó la cabeza y se la restregó a Rebus por la pierna hasta que este le regaló una caricia tranquilizadora.

—Tranquilo, chico. Todo va bien.

Luego se puso en pie, apagó la luz y esperó a que el perro saliera para cerrar la puerta. La tetera estaba hirviendo y Quant sirvió agua en una taza.

—¿Quieres uno?

—Mejor no —dijo Rebus—. Si no, tendré que levantarme a mear dentro de una hora.

—Para entonces ya me habré ido. Tengo una mañana ajetreada —señaló con la cabeza el teléfono de Rebus, que este había dejado cargando sobre la encimera—. Estaba vibrando.

—¿Ah, sí?

Rebus lo cogió y miró la pantalla.

—No he podido evitar ver que el primer mensaje es un recordatorio del hospital.

—Así es.

—¿Te harán más pruebas?

—Eso parece.

Rebus no apartó los ojos de la pantalla del móvil para evitar la mirada de Quant.

—John...

—No es nada, Deb. Como tú dices, son solo unas pruebas.

—¿Pruebas para qué?

—No lo sabré hasta que llegue.

—No pensabas decírmelo, ¿verdad?

—¿Y qué voy a decirte? Tengo bronquitis, ¿recuerdas? —Fingió toser y se dio un golpe en el pecho—. Simplemente quieren hacerme más pruebas.

Cuando introdujo el código vio que había llegado otro mensaje justo después del SMS automatizado del Servicio Nacional de Salud. Era de Siobhan Clarke. Rebus entrecerró un poco los ojos al leerlo.

«¿Has tenido contacto con Cafferty últimamente?».

Quant decidió castigarlo con un silencio. Sopló el té y bebió un sorbo.

—Tengo que hacer una llamada —susurró Rebus—. Es Siobhan.

Luego se dirigió al lóbrego salón. Encima de la mesita había una botella de vino medio vacía. El brillo que llegaba del equipo de música le indicaba que no lo había apagado. El último disco que puso fue *Solid Air*, de John Martyn. Y precisamente le pareció que estaba atravesando aire sólido cuando pisó la alfombra al acercarse la ventana. ¿Qué iba a contarle a Deb? ¿Que han visto una mancha en el pulmón y ahora todo son términos aterradores como «tomografía» y «biopsia»? No quería pensar en ello, y mucho menos verbalizarlo. Al final iba a pagar las consecuencias de toda una vida fumando. Una tos que no se iba;

escupir sangre en el lavamanos; inhaladores por prescripción médica; enfermedad pulmonar obstructiva crónica...

Cáncer de pulmón.

No iba a incorporar de ningún modo a ese canalla en su vocabulario mental. No, no, no. Debía mantener el cerebro activo, concentrarse en otra cosa, no pensar en los deliciosos cigarrillos que había fumado allí mismo, muchos de ellos en mitad de la noche con un LP de John Martyn girando a bajo volumen. En lugar de eso, esperó a que Clarke respondiera e, ignorando su vago reflejo, contempló las ventanas del otro lado de la calle, todas ellas a oscuras o con las cortinas corridas. No había nadie en la acera ni coches ni taxis circulando, y el cielo todavía no dejaba entrever un solo atisbo del día.

—Podía esperar —dijo Clarke al fin.

—Entonces ¿por qué me mandas un mensaje a las cuatro de la madrugada?

—En realidad lo envié poco después de medianoche. ¿Estabas ocupado?

—Ocupado durmiendo.

—Pero ahora estás despierto.

—Igual qué tú. ¿En qué anda Cafferty?

—¿Has hablado con él últimamente?

—Hace dos o tres semanas.

—¿No se ha metido en ningún lío? ¿Sigue siendo un respetable exgánster de mundo?

—Venga, escúpelo.

—Ayer por la noche, a Darryl Christie le dieron una paliza delante de su casa. Los daños son dos o tres costillas rotas y varios dientes sueltos. No tiene la nariz fracturada, pero lo parece. Su madre no tardó ni un segundo en mencionar el nombre de Cafferty.

—Pero si Cafferty le lleva por lo menos cuarenta años al joven Darryl.

—Y también pesa más. Y ambos sabemos que, si lo hubiera considerado necesario, habría contratado a alguien.

—¿Con qué finalidad?

—No hace mucho, creía que Darryl había puesto precio a su cabeza.

Rebus meditó esto último. Una bala dirigida a la cabeza de Cafferty una noche que estaba en el salón de su casa, y el candidato obvio era Christie, su rival.

—Se demostró que estaba equivocado —dijo al cabo de un momento.

—Pero se animó, ¿no? A lo mejor recordó cuánto echaba de menos ser el pez gordo de la ciudad.

—¿Y de qué le serviría propinarle una paliza a Darryl Christie?

—Tal vez para asustarlo, incitarlo a que cometiera alguna temeridad...

—¿Eso crees?

—Tan solo estoy... especulando —dijo Clarke.

—¿Te has molestado en preguntárselo a Darryl?

—Va medicado hasta las cejas y pasará la noche ingresado.

—¿No hubo testigos?

—Sabremos algo más en unas horas.

Rebus presionó el cristal de la ventana con un dedo.

—¿Quieres que le saque el tema a Big Ger?

—Sería mejor que se encargara de este tema la policía, ¿no te parece?

—Ay. Por cierto, ¿todavía no te hablas con Malcolm?

—¿Qué te ha dicho?

—Poca cosa, pero tengo la sensación de que su ascenso en Gartcosh te cabreó.

—En ese caso, tu asombrosa intuición te ha fallado por una vez en la vida.

—Es posible, pero, si quieres que hable con Cafferty, solo tienes que pedírmelo.

—Gracias. —Rebus la oyó suspirar—. ¿Qué tal todo lo demás, por cierto?

—Matándome a trabajar, como de costumbre.

—¿Haciendo qué, exactamente?

—Todas esas aficiones a las que se dedica la gente cuando se jubila. De hecho, quizá podrías ayudarme con eso.

—¿Ah, sí?

Rebus se apartó de la ventana. Brillo estaba sentado detrás de él esperando

otra caricia, que su amo substituyó por una sonrisa y un guiño.

—¿Tienes acceso a los informes de los casos no resueltos? —preguntó.

SEGUNDO DÍA

Malcolm Fox detestaba el trayecto hasta el trabajo, sesenta y cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, en su mayoría por la M8. Algunos días parecía *Los autos locos*, con coches incorporándose al tráfico o tomando un desvío, camiones ocupando el carril rápido para adelantar a otros camiones, obras, averías y fuertes vientos acompañados de aguaceros. Tampoco tenía a quien quejarse. Sus compañeros de Gartcosh, el Campus de la Justicia Escocesa, se consideraban la flor y nata, y su edificio vanguardista así lo demostraba. Una vez que uno encontraba aparcamiento y mostraba su acreditación en la caseta del guarda, entraba en un complejo cerrado que se desvivía por parecer una flamante universidad para la élite. Su interior era espacioso, rebotante de luz y calor. Había salas de reuniones donde se daban cita los especialistas de diferentes disciplinas para compartir información confidencial. No solo estaban las distintas ramas de la División de Especialistas en Crímenes, sino también el Departamento Forense, la fiscalía y el ala de investigación criminal de la Agencia Tributaria, todos ellos bajo un feliz techo. No había oído a nadie protestar por lo mucho que se tardaba en llegar a Gartcosh y luego a casa, y sabía que no era el único que vivía en Edimburgo.

Edimburgo. Lo habían trasladado hacía solo un mes, pero todavía echaba de menos su viejo despacho del DIC. Sin embargo, allí no les importaba que hubiera trabajado en Asuntos Internos, la clase de policía al que odian los demás policías. Pero ¿conocía alguien el motivo de su traslado? Un agente corrupto lo había dado por muerto, y ese mismo agente había sido cazado por dos delincuentes profesionales, Darryl Christie y Joe Stark, y no se le había vuelto a

ver. Los mandamases no querían que trascendiera la historia. A ello había que sumarle que la fiscalía se negaba a llevar a ninguno de los dos gánsteres a juicio cuando no se había encontrado el cuerpo.

—Un buen abogado defensor nos despedazaría —le habían dicho a Fox en una de las diversas reuniones secretas a las que asistió.

Así que le ofrecieron Gartcosh y no aceptaron un no por respuesta. Y allí estaba, intentando hacerse un hueco en la División de Grandes Delitos.

Pero no lo conseguía.

Recordó un viejo dicho de la oficina sobre el fomento de la mediocridad. Él no se consideraba mediocre, pero sabía que nunca había demostrado ser excepcional. Siobhan Clarke sí que lo era, y habría encajado a la perfección en Gartcosh. Fox vio su mirada cuando le dio la noticia, intentando disimular su perplejidad y resentimiento. Cuando Clarke se recompuso, le dio un tímido abrazo. Pero, desde entonces, su amistad se resquebrajó, y siempre encontraban alguna excusa para no ver una película o comer algo juntos. Y todo para que Fox pudiera recorrer sesenta y cinco kilómetros hasta allí y otros sesenta y cinco de vuelta hasta casa, un día tras otro.

—Tranquilízate —se dijo al entrar en el edificio.

Volteó los hombros, se enderezó la corbata y se abrochó los dos botones de la americana del traje que había comprado especialmente para su flamante puesto. También llevaba zapatos nuevos, que ya se habían ablandado lo suficiente como para que no necesitara ponerse tiritas en los talones a diario.

—¡Inspector Fox!

Fox se detuvo a los pies de la escalera y se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz. Polo negro de manga corta con cremallera, insignia y dos acreditaciones con fotografía colgadas del cuello. Y, más arriba, una tez morena, cejas negras pobladas y cabello entrecano. Era el subcomisario Ben McManus. Por instinto, Fox se irguió para parecer más alto. Había dos subcomisarios en Gartcosh, y McManus estaba al mando de Crimen Organizado y Antiterrorismo. Su cometido no era el mismo que el de Grandes Delitos, asesinatos y cosas por

el estilo, sino los casos comentados en voz baja o por medio de gestos, los casos que se investigaban tras una serie de puertas cerradas en otra parte del edificio, puertas que se abrían con una de las tarjetas magnéticas que McManus llevaba colgadas del cuello.

—¿Sí, señor? —dijo Fox.

El subcomisario le tendió la mano, agarró la de Fox cuando este se la estrechó y puso la que le quedaba libre encima de las dos.

—No nos han presentado como es debido. Me consta que Jen le ha tenido ocupado...

Jen era la jefa de Fox, la subcomisaria Jennifer Lyon.

—Sí, señor —repitió Fox.

—Se ha adaptado bien, según me han dicho. Sé que al principio puede resultar un poco desconcertante. Es un ambiente muy distinto al que estaba usted acostumbrado. Nos ha ocurrido a todos, créame. —McManus, que ya le había soltado la mano, estaba subiendo las escaleras con brío y Fox intentaba seguirle el ritmo—. Me alegro de que haya venido. Hablan muy bien de usted en la División Seis. —La División Seis era la ciudad de Edimburgo—. Y, por supuesto, su historial habla por sí solo, incluso lo que no queremos que vea nadie que no pertenezca a la Policía de Escocia.

McManus esbozó una sonrisa que probablemente pretendía ser tranquilizadora, pero a Fox solo le indicó que aquel hombre le quería para algo y había pedido que lo investigaran. Cuando llegaron a lo alto de las escaleras, se dirigieron a una de las salas de cristal insonorizadas que utilizaban para las reuniones privadas. Podían echar las cortinas si era necesario. Alrededor de la mesa rectangular había espacio para ocho personas, pero solo los esperaba una mujer.

Esta se levantó cuando entraron y se pasó un mechón rebelde de cabello rubio por detrás de la oreja. Fox calculó que tendría entre treinta y treinta y cinco años. Medía un metro setenta y llevaba una falda oscura y una blusa azul claro.

—Ah, incluso nos han traído café —anunció McManus al ver la cafetera y las

tazas—. No estaremos mucho rato, pero sírvanse si les apetece.

Fox y la mujer captaron la indirecta y negaron con la cabeza.

—Soy Sheila Graham, por cierto.

—Lo siento —intervino McManus—, es culpa mía. Sheila, este es el inspector Fox.

—Malcolm —repuso Fox.

—Sheila es de la Agencia Tributaria —prosiguió McManus—. Probablemente no le han enseñado aún la parte del edificio donde trabaja.

—He pasado por allí unas cuantas veces —respondió Fox—. Hay mucha gente tecleando.

—Es algo así, sí —dijo McManus, que había tomado asiento e indicó a Fox que hiciera lo propio.

—Nos dedicamos a lo habitual —terció Graham con la mirada clavada en Fox—: alcohol y tabaco, blanqueo de dinero, delitos informáticos y fraudes. Es sobre todo contabilidad forense básica, aunque, en la era digital, de básica tiene poco. Se puede enviar dinero ilícito a la otra punta del mundo en un santiamén y abrir y cerrar una cuenta bancaria casi igual de rápido. Y eso sin adentrarnos en Bitcoin y la Internet Oscura.

—Ya me he perdido —dijo un sonriente McManus, que abrió los brazos en un gesto de derrota.

—¿Me van a trasladar? —preguntó Fox—. Me veo capaz de hacer un balance, pero...

—Tenemos muchos contables —respondió Graham con una sonrisa casi inapreciable—. Y ahora mismo están investigando a un hombre al que usted, por lo visto, conoce: Darryl Christie.

—Lo conozco, en efecto.

—¿Se ha enterado de lo que ocurrió ayer por la noche?

—No.

A Graham pareció decepcionarle la respuesta, como si, por algún motivo, Fox le hubiera fallado ya.

—Le dieron una paliza y acabó en el hospital.

—En el negocio en el que anda metido siempre hay un precio que hay que pagar —dijo McManus, que se había puesto de pie y estaba sirviéndose café sin ofrecer a Fox y Graham.

—¿Qué es lo que le interesa a la Agencia Tributaria? —preguntó Fox.

—¿Sabe que Christie es propietario de varias casas de apuestas? —Fox decidió no confesar que aquello también era nuevo para él—. Creemos que ha estado utilizándolas para blanquear dinero, el suyo y el de otros delincuentes.

—¿Como Joe Stark, de Glasgow?

—Como Joe Stark, de Glasgow —repitió Graham con un tono que dejaba entrever que Fox se había redimido un poco.

—Stark y sus muchachos aterrizaron en Edimburgo hace unos meses —explicó Fox—. Joe y Darryl acabaron trabando amistad.

—Hay otros aparte de Stark —terció McManus antes de beber un sorbo de café—. Y no solo en Escocia.

—Menuda empresa —comentó Fox.

—Casi con total seguridad, estaríamos hablando de millones —coincidió Graham.

—Necesitamos a alguien que esté sobre el terreno, Malcolm. —McManus se inclinó hacia delante—. Alguien que conozca el territorio pero nos mantenga informados.

—¿Con qué fin?

—Puede que en el interrogatorio por la agresión afloren nombres o información. Habrá muchos pollos sin cabeza corriendo por ahí mientras Christie se recupera. Entre tanto, debe de estar preguntándose si se enfrenta a un socio o a un enemigo.

—Es posible que empiece a pifiarla.

—Es posible —dijo Graham asintiendo lentamente.

—Entonces ¿vuelvo a Edimburgo?

—Como turista, Malcolm —advirtió McManus, agitando el dedo índice—.

Cerciórese de que saben que trabaja usted para nosotros, no para ellos.

—¿Les digo que la Agencia Tributaria tiene a sus sabuesos husmeando el rastro de Christie?

—Mejor no —sentenció Graham.

—Trabajaré usted para mí, Malcolm. —McManus ya se había terminado el café y se levantó. La reunión había concluido—. Y es natural que en Crimen Organizado queramos saber qué está ocurriendo.

—Sí, señor. ¿Y dice usted que le agredieron ayer noche? Imagino que la investigación acaba de empezar...

—Se encarga del caso... —Graham cerró un momento los ojos tratando de recordar el nombre—. La inspectora Clarke.

—Cómo no —dijo Fox con una sonrisa forzada.

—¡Excelente! —McManus dio una palmada, se volvió con brusquedad y abrió la puerta.

Fox se levantó, asegurándose así de que Sheila Graham estuviera prestándole atención.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Creo que no, Malcolm. —Ella le entregó su tarjeta de visita—. La mejor manera de contactar conmigo es el teléfono móvil.

Fox también le ofreció su tarjeta.

—No sabía lo de las casas de apuestas, ¿verdad? —preguntó ella con unos ojos centelleantes—. Aunque su cara de póquer ha sido bastante buena...

Lo primero que advirtió Siobhan Clarke cuando aparcó delante de la casa de Christie fue que su tamaño y diseño eran prácticamente idénticos a los de la vivienda que tenía Cafferty en la otra punta de la ciudad. Era un edificio de piedra victoriano de tres plantas con grandes ventanas saledizas flanqueando la puerta principal y, a un lado, un largo camino que conducía a un garaje independiente. La verja estaba abierta, así que enfiló el camino y llamó al

timbre. Ya había detectado las cámaras de vigilancia que describió el agente la noche anterior y había otra empotrada en la mampostería junto al timbre.

La recibió Gail McKie. Se encontraba en el vestíbulo y la puerta semividriada que tenía detrás daba al salón principal. Parecía que no había dormido; llevaba la misma ropa que en el hospital y el cabello le caía lánguido sobre los hombros.

—Si hubiera sabido que era usted, ni me habría molestado —dijo a modo de saludo.

Clarke señaló la cámara.

—Entonces ¿no la utiliza?

—Es de pega, como todas las demás. Estaban ahí cuando compramos la casa. Darryl siempre dice que hay que instalar cámaras de verdad.

—¿Cómo está?

—Volverá hoy a casa.

—Me alegro.

—Dos de los suyos han estado acosando a los vecinos.

—¿No quiere que intervenga la policía?

—¿Acaso les importa?

—A algunos de nosotros sí.

—Pues vayan a hablar con Cafferty.

—No digo que no lo hagamos en un futuro, pero primero tenemos que encajar las piezas, empezando por dónde encontró a Darryl.

—No servirá de nada. No vi a nadie.

—¿Darryl estaba inconsciente?

—Por un momento creí que estaba muerto.

McKie contuvo un escalofrío.

—¿Es posible que sus otros hijos vieran u oyeran algo?

La mujer negó con la cabeza.

—Se lo pregunté ayer por la noche.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Están en la universidad.

Clarke pensó unos instantes.

—¿Podemos ir a echar un vistazo al camino?

McKie parecía reacia, pero entró en la casa y reapareció con un impermeable Burberry de color crema sobre los hombros. Luego echó a andar y señaló una de las cámaras de seguridad.

—Con su lucecita roja y todo. Parece de verdad, ¿eh?

—¿Se cometen muchos robos por aquí?

McKie se encogió de hombros.

—Cuando tienes lo que la gente desea, empiezas a inquietarte.

—A lo mejor Darryl pensaba que nadie entraría en su casa por ser quien es. — Clarke esperó, pero McKie no respondió—. Es una buena zona de la ciudad — apostilló.

—Ha cambiado un poco desde que llegamos.

—¿La casa la eligió Darryl?

McKie asintió. Habían llegado al Range Rover Evoque blanco, estacionado junto a la entrada trasera de la casa. Clarke señaló las luces de seguridad que había encima del garaje y la puerta.

—Quien estuviera esperándolo tuvo que activar las luces, ¿no?

—Es posible. Pero, si estás dentro con las cortinas echadas, no te enteras.

—¿Y los vecinos?

—Al estar cerca del jardín botánico hay muchos zorros por aquí. Siempre que veo una luz encendida en alguna casa, doy por hecho que es eso.

En el camino, junto a la puerta del conductor, había manchas de sangre secas. McKie apartó la mirada.

—Él no querría que se lo contara —dijo en voz baja—, pero lo haré de todos modos.

—Soy toda oídos —dijo Clarke.

—Hubo advertencias.

—¿Ah, sí?

—Una noche, Darryl aparcó el coche en la calle. A la mañana siguiente, le

habían rajado las ruedas delanteras. Fue hace un par de semanas. Y la semana pasada ardió el cubo de la basura.

—¿A qué se refiere?

—Lo sacamos para la recogida y alguien le prendió fuego. Échele un vistazo usted misma.

El cubo de la basura se encontraba a la derecha de la puerta trasera. La tapa de plástico estaba retorcida y ennegrecida y parte de un lateral se había derretido.

—¿No dio parte de todo esto?

—Darryl dijo que seguramente era cosa de críos, aunque no sé si lo pensaba de verdad. Ningún otro vecino de la calle había recibido el mismo trato.

—¿Cree que iban a por él?

McKie se volvió a encoger de hombros y, con el gesto, el impermeable cayó al suelo. Se agachó a recogerlo, lo sacudió y volvió a ponérselo.

—¿Ha hablado con él desde anoche?

—No vio nada. Le golpearon en la cabeza cuando estaba cerrando el coche. Dice que cayó como una losa. Esos cabrones debieron de seguir pegándole cuando estaba inconsciente.

—¿Darryl cree que hubo más de un atacante?

—No tiene ni idea. Es deducción mía.

—¿Tiene conocimiento de algún otro incidente o amenaza? ¿Una nota tal vez? McKie negó con la cabeza.

—Sea lo que sea, Darryl lo averiguará. —Miró fijamente a Clarke—. A lo mejor es eso lo que ustedes temen, ¿no?

—Señora McKie, sería muy poco inteligente que su hijo se tomara la justicia por su mano.

—Darryl siempre ha sido muy suyo, incluso de niño. Insistió en conservar el apellido de su padre en el registro de la escuela cuando ese capullo nos abandonó. Luego, cuando Annette murió... —Hizo una pausa y respiró hondo, como si estuviera controlando una fuerte emoción—. Darryl creció rápido. Rápido, fuerte e inteligente. Mucho más inteligente que ustedes.

El teléfono de Clarke empezó a vibrar. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Cójalo si quiere.

Pero Clarke negó con la cabeza.

—Puede esperar. ¿Podría comentarle una cosa a Darryl de mi parte?

—¿De qué se trata?

—Me gustaría hablar con él. Debería acceder a verme.

—Sabe de sobra que no le dirá nada.

—Aun así, me gustaría intentarlo. —McKie se lo pensó un poco y acabó asintiendo—. Gracias —dijo Clarke—. Puede que vuelva esta noche para hablar también con sus hijos.

—¿Le pagan más por trabajar hasta tarde?

—Ya me gustaría.

Gail McKie sonrió por fin, lo cual la hacía parecer más joven, y Clarke recordó a aquella mujer que posaba ante las cámaras y atendía preguntas sobre la desaparición de Annette en las ruedas de prensa. Habían cambiado muchas cosas desde entonces, y el que más había cambiado de todos era Darryl.

—¿Hacia las siete? —propuso Clarke.

—Ya veremos —repuso McKie.

De camino a la verja, Clarke volvió a consultar el teléfono. Una llamada perdida. No habían dejado mensaje, pero reconoció el número.

—¿Qué carajo quieres, Malcolm? —dijo con un suspiro mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo.

Rebus observó el cartel de EN VENTA que había delante de la casa de Cafferty, situada en una calle ancha y cubierta de hojas en Merchiston. Ya había recorrido el jardín y miró por las ventanas en las que no había cortinas ni persianas para cerciorarse de que la casa estaba vacía. La vecina de enfrente estaba curioseando desde una ventana del piso de abajo. Rebus la saludó y cruzó la calle, y la mujer abrió la puerta.

—¿Cuándo se ha mudado? —preguntó Rebus.

—Hará cosa de diez días.

—¿Tiene idea de por qué?

—¿Por qué? —repitió la mujer.

Obviamente, no era la pregunta que esperaba.

—¿O de cuál es su nueva dirección? —añadió Rebus.

—Alguien comentó que lo había visto en Quartermile.

Quartermile: el lugar que ocupaba la vieja Enfermería Real de Edimburgo, ahora remodelada.

—¿Sabe si le facilitó la nueva dirección a alguien?

—El señor Cafferty era muy discreto con sus cosas.

—Pero probablemente no sentó muy bien que entrara una bala por su ventana hace algún tiempo.

—Según me contaron, se cayó contra el cristal y lo rompió.

—No fue así, créame. ¿Cuánto pide? —preguntó Rebus inclinando la cabeza hacia la casa de enfrente.

—De esas cosas no hablamos.

—Entonces, a lo mejor llamo al agente.

—Pues llámelo.

Estaba cerrando la puerta, no apresuradamente, pero sí con esa educada resolución tan típica de Edimburgo, así que Rebus se montó en el Saab y marcó el número de la inmobiliaria.

—Precio a consultar —le dijeron finalmente.

—¿Acaso no estoy consultándolo?

—Si le interesa, puede concertar una cita para ver...

Rebus colgó y se dirigió a la ciudad. Había un aparcamiento subterráneo en el corazón de Quartermile, pero decidió estacionar en zona prohibida. Ahora había servicios en la zona: tiendas, un gimnasio y un hotel. A los viejos edificios de piedra roja y gris del hospital original se habían sumado algunas torres de cristal y acero, y las mejores viviendas estaban orientadas al sur, con vistas al parque de Meadows y la cordillera de Pentland. En la oficina de ventas, Rebus admiró una maqueta a escala del lugar e incluso hojeó un folleto. La empleada cogió una lata y le ofreció una chocolatina, que Rebus aceptó con una sonrisa antes de preguntar por el paradero de Cafferty.

—Me temo que no facilitamos esa clase de información.

—Soy amigo suyo.

—Entonces estoy convencida de que podrá localizarlo.

Rebus torció el gesto y sacó de nuevo el teléfono, en esta ocasión para escribir un mensaje.

«Estoy delante de tu nueva casa. Ven a saludar».

De vuelta en su coche, recordó los tiempos en que llenaba esperas como aquella con un cigarrillo, pero decidió ir al Sainsbury's de Middle Meadow Walk e hizo cola para comprar un paquete de chicles. Ya casi había llegado al Saab cuando su teléfono empezó a vibrar. Era un mensaje entrante.

«Es un farol».

Rebus tecleó una respuesta: «Bonito Sainsbury's, si puedes aguantar a los estudiantes».

Y esperó.

Transcurrieron otros cuatro o cinco minutos hasta que Cafferty salió por la puerta lateral de uno de los bloques más antiguos. Tenía la cabeza enorme, en forma de bola de cañón, y llevaba el pelo blanco rapado. Iba envuelto en un abrigo largo de lana negra y una bufanda roja. Debajo se adivinaba una camisa blanca con el primer botón desabrochado que dejaba entrever el vello del pecho. Sus ojos, que siempre parecían más pequeños de lo que deberían, eran igual de penetrantes que siempre. A juicio de Rebus, le habían prestado un buen servicio a lo largo de los años; eran un arma tan afilada y temible como cualquier otra de su arsenal.

—¿Qué coño quieres? —le espetó Cafferty.

—Una invitación a la inauguración de la nueva casa, quizá.

Cafferty se metió las manos en los bolsillos.

—No me ha parecido una llamada de cortesía, pero lo último que supe es que te habías jubilado. ¿Qué te traes entre manos?

—Nuestro viejo amigo Darryl Christie. Estaba acordándome de la última vez que hablamos de él. Tú mismo dijiste que todavía te quedaba pólvora.

—¿Y qué?

—Que alguien lo ha mandado al hospital. —Cafferty se mostró sorprendido, sacó una mano del bolsillo y se frotó la nariz—. ¿Has estado yendo a clases de interpretación? —preguntó Rebus.

—Primera noticia.

—E imagino que tendrás una coartada irrefutable para ayer noche.

—¿Eso no debería preguntarlo un policía?

—Estoy seguro de que lo harán. Han mencionado tu nombre en algunos mensajes.

—¿Darryl está intentando meter cizaña? —Cafferty asintió para sí mismo—. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Es un gol cantado y yo probablemente haría lo mismo.

—De hecho, lo hiciste cuando esa bala entró por la ventana de tu salón.

—Bien visto. —Cafferty miró a su alrededor y se puso a olisquear—. Estaba a punto de tomar mi café de media mañana. Supongo que no pasará nada si te sientas cerca.

—¿Las cafeterías no estarán a rebotar de gente haciendo novillos?

—Seguro que encontramos un rincón tranquilo —dijo Cafferty.

Lo cual no ocurrió en las dos primeras donde entraron, sino en la tercera, un Starbucks de Forrest Road. Un *espresso* doble para Cafferty y un americano para Rebus. Había cometido el error de pedir uno grande. Al parecer, eso significaba una taza del tamaño de su cabeza.

Cafferty removió el azúcar en su diminuta taza. No habían encontrado un rincón, pero, con la salvedad de unos pocos estudiantes absortos en sus libros de texto y ordenadores portátiles, el lugar estaba tranquilo y su mesa era bastante discreta.

—En estos sitios siempre hay música —comentó Cafferty, observando los altavoces montados en el techo—. Y en los restaurantes y la mitad de las tiendas igual. Me pone de los nervios...

—Y ni siquiera es música de verdad —apostilló Rebus—. No como en nuestra época.

Ambos se miraron y esbozaron una sonrisa burlona, concentrándose en sus bebidas por unos momentos.

—Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo Cafferty a la postre—. No por lo de Darryl Christie, sino en general. Te imaginé pasando por delante de mi casa a intervalos regulares, intentando pillarme haciendo algo por lo que pudieras llevarme a los juzgados.

—Pero yo ya no soy policía.

—Entonces para hacer un arresto ciudadano.

—¿Por qué has puesto a la venta tu antigua casa?

—Me sobraba espacio. Había llegado el momento de buscar algo más pequeño.

—Y luego está lo de aquella bala.

Cafferty negó con la cabeza.

—No tiene nada que ver con eso. —Bebió otro sorbo del espeso líquido negro —. Conque Darryl le ha tocado las narices a alguien, ¿eh? Son gajes del oficio. Ambos lo sabemos.

—Pero es un pez gordo en la ciudad, probablemente el más gordo, a menos que tú tengas otras informaciones.

—Eso no lo hace inmune.

—Sobre todo si el hombre al que apartó a la cuneta decide volver.

—A mí nadie me apartó a la cuneta —refunfuñó Cafferty irguiendo los hombros.

—Entonces te marchaste sin hacer ruido y estás encantado de dejar la ciudad en sus manos.

—Yo no diría tanto.

—¿Tienes algún nombre?

—¿Un nombre?

—Tú mismo lo has dicho: Darryl ha cabreado a alguien.

—Ya no es tu trabajo, Rebus. ¿Se les olvidó decírtelo?

—Eso no me impide ser un entrometido.

—Obviamente no.

—Y un hombre necesita aficiones. Ni me imagino cuál podría ser la tuya.

Cafferty lo miró fijamente y ambos se quedaron en silencio degustando sus bebidas hasta que Rebus alzó un dedo.

—Reconozco esta canción —dijo.

—Es Bruce Collier, ¿no?

Rebus asintió.

—¿Lo has visto alguna vez en directo?

—En el Usher Hall.

—¿En 1978?

—Más o menos.

—Entonces ¿recuerdas el asesinato de Maria Turquand?

—¿En el hotel Caley? —Cafferty asintió—. Fue el amante, ¿no? Obligó a su nueva querida a que mintiera como una bellaca y evitó la cadena perpetua.

—¿Tú crees?

—Es lo que pensaba todo el mundo, incluida la policía. Se trasladó aquí, ¿lo sabías?

—¿El amante?

—No, Bruce Collier. Me parece que lo leí en algún sitio.

—¿Sigue tocando?

—Sabe Dios. —Cafferty apuró el resto del café—. ¿Ya hemos terminado o sigues esperando a que confiese que le di una tunda a Darryl?

—No tengo ninguna prisa. —Rebus señaló la taza—. Me queda medio contenedor.

—Entonces te dejo aquí para que te lo acabes. Al fin y al cabo, eres un hombre ocioso. Ya va siendo hora de que lo aceptes.

—¿Y tú? ¿Cómo te entretienes?

—Soy empresario. Hago negocios.

—¿Todos ellos legítimos?

—A menos que tus sucesores demuestren lo contrario. ¿Qué tal está Siobhan, por cierto?

—Hace tiempo que no la veo.

—¿Aún sale con el inspector Fox?

—¿Intentas impresionarme, demostrar que sigues bien informado? Si es así, te recomiendo una revisión auditiva.

Cafferty estaba de pie poniéndose la bufanda.

—De acuerdo, don agente aficionado. Tengo algo para ti. —Se agachó hasta que su frente casi rozó la de Rebus, que seguía sentado—. Busca a un ruso. Ya me darás las gracias más adelante.

Y se despidió con una sonrisa y un guiño.

—¿Qué coño significa eso? —murmuró Rebus para sí frunciendo el ceño.

Luego se dio cuenta de que la canción que acababa de interpretar Bruce

Collier era una versión de «Back in the USSR», de los Beatles.

—Busca a un ruso —repitió mirando fijamente el café, y de repente sintió la necesidad imperiosa de orinar.

Antes, Siobhan Clarke notaba un escalofrío nada más cruzar la puerta de la comisaría de Gayfield Square. Cada día llegaban nuevos casos y desafíos diferentes, y puede que incluso hubiera algo grande a punto de estallar, un asesinato o una agresión grave. Pero ahora, la Policía de Escocia contaba con una brigada propia para las investigaciones notorias, lo cual significaba que el DIC local quedaba reducido a un papel de apoyo. ¿Qué tenía eso de divertido? Cada día parecía haber quejas y cuchicheos, compañeros que contaban las jornadas que faltaban para la jubilación o que solicitaban la baja por enfermedad. Tess, de la sala de control, era una buena fuente de rumores, aunque esos rumores fuesen deprimentes.

Clarke no encontró sitio en la comisaría y tuvo que aparcar en zona azul. Así que, tras introducir la cantidad máxima, iba anotando un recordatorio en su teléfono mientras subía las escaleras que llevaban a la sala del DIC. En cuatro horas tendría que mover el coche o le pondrían una multa. Podía colocar un cartel de VEHÍCULO OFICIAL DE LA POLICÍA en el parabrisas, pero lo intentó una vez y a su vuelta descubrió que alguien le había rayado un lateral del coche.

Muy bonito.

La sala del DIC no era grande, pero tampoco es que estuviera abarrotada. Sus dos agentes, Christine Esson y Ronnie Ogilvie, estaban sentados delante de sus ordenadores. Esson tenía la cabeza gacha y solo se le veía el pelo, que llevaba corto y oscuro.

—Qué bien que hayas pasado por aquí —la oyó comentar.

—He estado en casa de Darryl Christie.

—Dicen que ha tenido un accidente grave.

Esson había dejado de teclear y estaba observando a su jefa.

—Todos sabemos que es un empresario respetable y tal —comentó Clarke, que se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla—, pero ¿podrías buscarme todo lo que tengamos sobre sus actividades y socios?

—Ningún problema.

Clarke se volvió hacia Ogilvie.

—Los de uniforme están hablando con los vecinos. Necesito saber qué han averiguado. Y asegúrate de que ven todas las grabaciones del circuito cerrado de televisión desde el anochecer hasta que llegaron los paramédicos.

Esson apartó la mirada de la pantalla.

—¿Morris Gerald Cafferty cuenta como socio?

—Yo diría que más bien todo lo contrario, a menos que descubramos otra cosa.

—¿Así que vamos a tomarnos esto en serio? —preguntó Ogilvie.

Estaba dejándose bigote y se pasó el pulgar y el índice por uno y otro extremo. Era pálido y desgarrado, y a Clarke siempre le recordaba a una planta de tallo largo a la que no le daba la luz del sol.

—Según la madre de Christie —respondió—, hace poco atacaron su coche y su cubo de la basura. Parece la típica escalada de violencia.

—Entonces ¿lo de ayer noche fue un intento de asesinato?

Clarke meditó unos instantes y se encogió de hombros.

—¿El jefe está en el armario de la limpieza?

Esson negó con la cabeza.

—Pero me parece oír sus delicados andares.

Sí, Clarke también podía oírlos. Eran las características suelas de piel del inspector jefe James Page, que estaban subiendo los últimos escalones y repiqueteando por el pasillo sin moqueta que llevaba hasta la puerta.

—Bien, está usted aquí —dijo al ver a Clarke—. Mire a quién me he encontrado.

Se apartó para que ella viera a Malcolm Fox. A Clarke se le puso la columna rígida.

—¿Qué te ha sacado de la montaña? —preguntó.

Page dio un apretón en el hombro a Fox.

—Por supuesto, siempre estamos encantados de ver a nuestros compañeros de Gartcosh, ¿no es así?

Esson y Ogilvie, incapaces de responder, se miraron, y Clarke cruzó los brazos.

—El inspector Fox necesita nuestra ayuda, Siobhan —anunció Page. Luego, volviéndose hacia Fox—: ¿O es una manera demasiado fuerte de expresarlo, Malcolm?

—Darryl Christie —dijo Fox dirigiéndose a todos.

Page estaba agitando un dedo en dirección a Clarke.

—Ya se imaginará lo contento que me he puesto cuando Malcolm me ha dicho que el ataque al señor Christie estaba siendo investigado por mis propios agentes. No tenía ni idea, Siobhan. —La falsa calidez de su voz se desvaneció al mirarla fijamente—. Ya hablaremos de esto en cuanto tengamos un minuto. —Fox estaba intentando disimular su bochorno por haber deslizado el nombre de Clarke, y ella esperaba que su mirada no atenuase en modo alguno aquella incomodidad—. Así que vamos a mi despacho a mantener una pequeña conversación, ¿les parece? —añadió Page, que dio a Fox una última palmadita antes de echar a andar.

El santuario de Page era un almacén reconvertido carente de luz natural y con el espacio justo para su mesa, un archivador y un par de sillas para las visitas.

—Siéntense —dijo una vez que se hubo acomodado.

El problema era que Clarke y Fox estaban tan juntos que sus pies, rodillas y codos casi se rozaban. Clarke notó que Fox se retorció para intentar poner algo de distancia entre ambos.

—¿Por qué le interesa a Gartcosh una agresión? —preguntó Clarke para romper el silencio.

Fox no apartó la mirada de la mesa.

—Darryl Christie es un personaje conocido. Mantiene lazos directos con la

banda de Joe Stark en Glasgow. Obviamente, lo tenemos en el punto de mira.

—Entonces ¿has venido a asegurarte de que hacemos nuestro trabajo?

—Soy un observador, Siobhan. Lo único que haré es pasar un informe.

—¿Y por qué no podemos hacerlo nosotros mismos?

Fox se volvió hacia ella y Clarke se percató de que estaba un poco ruborizado.

—Porque las cosas son así. Si todo es riguroso y, conociéndote, dudo que sea de otro modo, no habrá ningún problema.

—Malcolm, debe entender que puede resultar irritante que aparezcan supervisores sin previo aviso —interrumpió Page.

—Yo me limito a hacer mi trabajo, inspector jefe Page. Tiene que haber algún correo electrónico o mensaje de teléfono del subcomisario McManus en el que especifique cuál será mi cometido.

Fox miró el ordenador portátil de Page, que estaba cerrado encima de la mesa.

—McManus dirige Crimen Organizado —comentó Clarke—. Pensaba que tú trabajabas en Grandes Delitos.

—Me han tomado prestado.

—¿Por qué?

Fox le aguantó la mirada.

—Hasta hace poco, este era mi territorio. A lo mejor pensaron que me recibirían con los brazos abiertos.

Clarke frunció los labios.

—Claro que es bienvenido, Malcolm —dijo Page—, y haremos cuanto esté en nuestra mano para que usted pueda redactar su informe y aquí todos recibamos nuestro certificado de aptitud. —Se recostó de nuevo en la silla—. Pero, dígame, Siobhan, ¿hay algo en todo esto que pueda hacer saltar las alarmas en Gartcosh?

Clarke reflexionó antes de responder.

—Su vida no corre peligro, pero la madre asegura que el coche ya había sufrido un ataque y que alguien prendió fuego a su cubo de la basura.

—Típica escalada de violencia —comentó Fox, que se ganó una mirada inescrutable de Clarke.

—¿Cree que sabe quién es el responsable? —preguntó Page.

—Todavía no he hablado con él. Le han dado el alta hoy mismo. Pensaba hacerle una visita esta noche.

Page asintió.

—¿No hubo testigos? ¿No vieron a nadie huyendo del lugar de los hechos?

—Estamos interrogando a los vecinos ahora mismo, pero nos vendrían bien más efectivos.

—Veré qué puedo hacer.

—Quizá debemos ofrecer algo a Christie —continuó Clarke—, un coche patrulla delante de su casa una noche o dos.

—Dudo que le apasione la idea.

—Pues un coche sin distintivos. Y no tiene por qué saberlo.

—¿No tiene guardaespaldas?

—Por lo visto ha prescindido de ellos.

—¿Qué significa eso exactamente?

Clarke no lo sabía.

—A lo mejor está recortando gastos —supuso—. La casa en la que vive no ha podido salirle barata.

—¿Cree que puede andar corto de dinero?

Fox entrecerró los ojos mientras sopesaba esa posibilidad.

—En cualquier caso, ¿cómo se gana la vida? —Page estaba mirando a Fox—. Ustedes deberían saberlo mejor que nadie.

—Tiene un hotel —respondió Fox—, algunos bares y discotecas y un par de casas de apuestas.

—Y hay más cosas —añadió Clarke—. Creo que tiene un túnel de lavado de coches y una empresa que ofrece el mismo servicio a domicilio.

—De acuerdo —dijo Page mirando todavía a Fox—. ¿Y si escarbamos un poco?

—No estoy al corriente de toda la información de la que dispone Gartcosh —

reconoció Fox, que volvió a cambiar de postura—. Drogas, blanqueo de dinero... ¿Quién sabe?

—Christine está investigando —terció Clarke—. Puede que tengamos algo un poco más sustancioso al final de la jornada.

—Para el DIC, esto son migajas —advirtió Page—. Las palizas son algo muy habitual. —Hizo una pausa—. Pero como estamos hablando de Darryl Christie y nuestros compañeros de Crimen Organizado han mostrado interés... De acuerdo, dediquémosle todos los recursos que podamos.

—¿Incluida la vigilancia en su casa? —preguntó Clarke.

—Tal vez un par de noches. Sería aún mejor confeccionar una lista de gente que pueda guardarle rencor. Puede preguntárselo al señor Christie cuando lo vea.

—Seguro que nos dará un informe completo y sincero.

Page hizo una mueca.

—Utilice ese encanto suyo, Siobhan. Y mantenga a Malcolm plenamente informado.

—Con el debido respeto, señor —intervino Fox—, creo que necesitamos algo más que eso. —Page lo miró fijamente a la espera de una explicación—. Tengo que acompañar a la inspectora Clarke en cada paso que dé —prosiguió—. Dudo que el subcomisario McManus se conforme con menos.

Clarke estaba suplicando a su jefe con la mirada, pero Page se limitó a suspirar y asintió.

—Pues entonces váyanse.

—Señor... —protestó Clarke.

—Siobhan, es el precio que debe pagar por no contarme qué está ocurriendo delante de mis narices.

Dicho lo cual, Page levantó la pantalla del portátil y empezó a pulsar teclas.

Fox se dirigía a la sala del DIC, pero Clarke le indicó que fuera al pasillo. Fox la siguió y se detuvo cuando ella se dio la vuelta.

—Ya te puedes imaginar lo contenta que estoy con todo esto —dijo con desdén.

—Te llamé...

—Podrías haber enviado un mensaje.

—O sea, ¿que sabes que lo intenté?

—Estaba un poco ocupada, Malcolm.

—Tú no has recorrido dos veces la M8 hoy. Soy yo el que debería estar de mal humor.

—¿Quién ha dicho que estoy de mal humor?

—Lo parece.

—Furiosa es lo que estoy.

—¿Todo porque los jefes me eligieron a mí en lugar de a ti para el puesto en Gartcosh?

—¿Qué? —preguntó Clarke con fingida sorpresa—. Eso no tiene nada que ver.

—Me alegro, porque me parece que tendremos que trabajar juntos una temporadita. Y estoy bien, por cierto. Me he adaptado al nuevo trabajo, gracias por preguntar.

—¡Te mandé un mensaje el primer día!

—No lo creo.

Clarke pensó unos momentos.

—Bueno, tenía intención de hacerlo.

—Bravo.

El silencio se prolongó hasta que Clarke soltó un suspiro.

—De acuerdo, ¿cómo lo hacemos?

—Me tratarás como parte del equipo, porque eso es lo que voy a ser.

—Hasta que te largues al oeste a presentar tu informe. Y, por cierto, esto debe ser bidireccional. Tengo que ver todo lo que aparezca en los informes de Gartcosh.

—Eso requerirá aprobación.

—Pero puedes solicitarla, y lo harás.

—Y, si lo hago, ¿tú y yo firmaremos una tregua?

Fox le tendió una mano y, finalmente, Clarke se la estrechó.

—Tregua —dijo.

Clarke se encontraba frente al edificio de apartamentos de Arden Street y pulsó el botón del intercomunicador. Luego retrocedió unos pasos para que pudieran verla desde la ventana del segundo piso. Clarke saludó cuando distinguió el rostro de Rebus, que pareció titubear antes de volver al salón. Segundos después, un zumbido anunció que la puerta estaba abierta. Clarke la aguantó con el hombro para coger una caja del suelo.

—¿Me va a caer un rapapolvo? —gritó desde arriba Rebus, cuya voz rebotó en las baldosas de la pared de la escalera.

—¿Por qué...? —Clarke cayó en la cuenta—. Has ido a ver a Cafferty. Cómo no.

—Y le he arrancado una confesión completa.

—Sí, claro. ¿Te contó algo de utilidad?

—¿Tú qué crees? —Clarke había llegado al descansillo y Rebus vio la caja—. ¿He olvidado que era Navidad o algo así?

—En cierto modo. Aunque después de una treta como la de Big Ger, quizá debería reconsiderarlo.

Rebus cogió la caja y la llevó al salón. Clarke observó el lugar.

—Deborah Quant te ha sentado bien. No lo recordaba tan ordenado. Ni siquiera hay un cenicero. ¡No me digas que ha conseguido que lo dejes!

Rebus puso la caja encima de la mesa para ocultar la carta de su médico.

—A Deb no le gusta nada el desorden. Ya has visto cómo tiene el depósito de cadáveres. Podrías comer encima de la mesa de autopsias.

—Mientras no esté ocupada... —repuso Clarke.

Brillo había salido de la cesta que tenía en la cocina y Clarke se agachó para prestarle un poco de atención y rascarle los ásperos rizos que le habían dado su nombre.

—¿Sigues sacándolo a pasear dos veces al día?

—Supermercado y Bruntsfield Links.

—Está espléndido —Clarke se incorporó—. Y tú, ¿estás bien?

—Fuerte y sano.

—Deborah comentó algo de una bronquitis...

—¿Ah, sí?

—La última vez que estuve en el depósito de cadáveres.

—¿Y no viniste pitando?

—Pensé que me lo dirías cuando te pareciese oportuno. —Hizo una pausa—.

Pero, conociéndote, eso no pasará nunca.

—Pues estoy bien. Pociones, inhaladores y toda esa historia.

—¿Y has dejado de fumar?

—Es pan comido. ¿Qué contiene la caja? —preguntó mientras levantaba la tapa.

—Acabado de salir del horno.

Rebus estaba estudiando el nombre que figuraba en la carpeta marrón situada encima de las demás: Maria Turquand.

—Esto no puede ser el caso completo.

—No, en absoluto. Debe de haber unas tres estanterías de material, pero tenemos todos los resúmenes y un pequeño extra.

Rebus abrió la primera carpeta y comprendió a qué se refería.

—El caso fue reabierto.

—Por tus viejos amigos de la Unidad de Revisión de Casos.

—Poco antes de que entrara a trabajar allí.

—Hace ocho años, para ser más exactos.

Rebus estaba observando la cubierta del informe.

—Yo creía que Eddie Tranter estaba al mando de la URC en aquella época. Pero aquí no figura su nombre.

Rebus siguió leyendo un poco más.

—¿Tienes suficiente para empezar?

Clarke estaba paseándose por el salón como si fuera la escena de un crimen.

—Deja de husmear y dime si ha habido noticias —le dijo Rebus.

—¿Te refieres a Christie? Poca cosa. Hablar con los vecinos no ha servido absolutamente de nada. Pero es interesante...

—¿El qué?

—Su casa es idéntica a la de Cafferty, al menos por fuera.

—¿Está imitándolo?

—O enviando un mensaje de algún tipo.

—No sé si Darryl sabe que Cafferty se ha mudado.

—¿Ah, sí?

—A un bonito piso en Quartermile.

—¿Crees que significa algo?

—A lo mejor Big Ger no se sintió halagado por el gesto del joven príncipe.

—¿Te refieres al traslado a una casa prácticamente igual?

Rebus asintió lentamente y volvió a colocar la tapa.

—¿No te meterás en un lío por haberme traído esto?

—Si nadie va a buscarlo al almacén, no.

—Te lo agradezco mucho, Siobhan. En serio. De lo contrario, tendría que quedarme aquí contemplando la pared.

—Se suponía que el perro debía ayudarte con eso.

—Parece que a Brillo le gusta el ejercicio tanto como a mí. —Vio que Clarke miraba su teléfono—. ¿Tienes que ir a algún sitio?

—Espero hablar con Darryl esta noche. —Hizo una pausa—. Y no estaré sola. Malcolm ha vuelto a la ciudad.

—Gartcosh no ha tardado mucho en volver a ponerlo en contacto.

—Es su hombre sobre el terreno. Quieren asegurarse de que no la cagamos con este caso.

—¿En serio? —Rebus meneó la cabeza lentamente—. ¿Todos los villanos que se llevan una paliza reciben la misma calidad de servicio?

Clarke forzó una sonrisa.

—A lo mejor Darryl se ha vuelto un buen samaritano.

Clarke observó a Rebus, cuya carcajada había degenerado en un ataque de tos. Abandonó el salón tapándose la boca con la mano y pudo oírlo tosiendo. Cuando regresó estaba secándose los ojos y la boca. Clarke sostuvo en alto un pequeño frasco lleno de líquido con algo flotando en su interior.

—¿Esto es lo que yo creo que es? —preguntó.

—No eres la única que me trae regalos —respondió Rebus con esfuerzo.

Después de que Clarke se marchara, Rebus vació la caja y esparció el contenido sobre la mesa del comedor. El policía encargado de la revisión del caso no resuelto era un inspector llamado Robert Chatham.

—Fat Rab— dijo en voz alta mientras leía.

Lo conocía por su reputación, pero nunca había trabajado con él. Chatham pertenecía a la Tropa F, es decir, la División F de West Lothian, con sede en Livingston. La policía de Lothian y Borders consistía en seis divisiones, o siete si contábamos la central de Fettes. La llegada de la Policía de Escocia lo había cambiado todo. Ahora ya no existía Lothian y Borders, y la ciudad de Edimburgo era conocida como División Seis, que sonaba a equipo de fútbol en caída libre. Rebus ya no asistía a los encuentros de policías que habían trabajado en LyB, pero le llegaban los rumores: jubilaciones anticipadas y agentes más jóvenes que lo dejaban a los pocos años.

—Ya no es cosa tuya, John. —Se levantó a preparar una taza de té y servir un poco de comida en el cuenco de Brillo—. ¿Te apetece dar un paseo? —dijo agitando la correa del perro, que estaba demasiado ocupado comiendo y lo ignoró—. Lo suponía.

De nuevo ante la mesa del comedor, se puso manos a la obra. La revisión del caso no resuelto fue motivada por un artículo que a Rebus obviamente se le pasó por alto. El periodista había entrevistado al *road manager* de Bruce Collier, un hombre llamado Vince Brady. El artículo trataba sobre la vida durante las giras

en los años setenta, una mezcla de sexismo atribulado y atracones de drogas. Brady afirmaba que había visto a Maria Turquand charlando con Collier en el pasillo de la tercera planta del hotel. La habitación de Brady se encontraba justo al lado de la de Turquand, mientras que Collier, al ser «el artista», tenía la suite del final del pasillo.

«Iba a celebrarse una fiesta en la suite después del concierto y creo que Bruce estaba invitándola. Pero, antes de que diera comienzo la actuación, descubrimos que estaba fiambre [muerta], así que las celebraciones fueron un poco apagadas».

El periodista había tratado de ponerse en contacto con Collier para conocer su reacción, pero recibió un mensaje de dos palabras que más o menos equivalía a un «sin comentarios». Chatham y su equipo habían escuchado la grabación de la entrevista con Brady y luego los interrogaron a él y a Collier. Este les dijo que su *road manager* debía de estar en un error. No recordaba encuentro alguno, por breve que fuese.

«Después de aquella gira tuve que poner a Vince de patitas en la calle. Estaba timándonos con el *merchandising* y embolsándose más dinero del que yo había visto nunca. Quería desquitarse, no sé si me entiendes».

En la misma entrevista, Collier aseguraba que, en el hotel, se había pasado casi todo el tiempo hablando con «un colega de los viejos tiempos». El colega en cuestión era un músico local llamado Dougie Vaughan. Ambos habían tocado juntos en un grupo cuando iban al instituto. Vaughan seguía trabajando de guitarrista y aparecía en clubes de folk y noches de micrófono abierto por todo Edimburgo.

También era uno de los examantes de Maria Turquand. Rebus lo había visto en su caja de recortes de prensa sobre el caso. Vaughan había contado su historia a *The Evening News* meses después del asesinato. Una mujer con la que se había acostado una noche después de lo de Turquand lo había visto tocando en una fiesta. Había intentado contactar con ella más tarde, pero fue rechazado.

«Era una chica estupenda. Lo que ocurrió fue terrible».

Y sí, Vaughan había ido al hotel aquella tarde para ver a su viejo compañero del colegio. Y sí, había sido interrogado por la policía, pero no pudo ayudar. No tenía ni idea de que Maria Turquand se encontrara solo unas puertas más allá de la suite de Collier. Nadie la había mencionado.

Cuando Rebus terminó de leer, el té ya se había enfriado. Se pasó las manos por la cara y parpadeó para volver a enfocar. Brillo estaba en el pasillo, sentado y expectante.

—¿De verdad? —le preguntó Rebus—. Bueno, si tú lo dices...

Cogió la correa, la chaqueta, las llaves y el teléfono. Arden Street se encontraba a solo un par de minutos del parque de Meadows y Bruntsfield Links. Por allí siempre había gente paseando al perro. A veces, incluso se paraban a hablar mientras los chuchos se inspeccionaban unos a otros. A Rebus le preguntaron qué edad tenía el suyo.

Ni idea.

¿Qué raza es?

Mezcla.

Y él no dejaba de pensar en el tabaco en ningún momento.

El sol ya se ocultaba en el horizonte. Le pareció que más tarde helaría. Mientras Brillo iba corriendo de un lado para otro, Rebus se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono en lugar de un paquete de tabaco nuevo. Se preguntaba si Fat Rab seguiría en el cuerpo de policía, así que llamó a la única persona que creía que podía ayudarle.

—Vaya —respondió Christine Esson—, eres mi segundo fantasma de hoy.

—Siobhan me ha contado lo de Fox.

—Ha traído flores y bombones.

—El hecho de que nunca te llame no significa que no eche de menos tu encanto e ingenio, agente Esson.

—Pero tú llamas por mis otras habilidades, ¿verdad?

—Christine, has dado en el clavo, como de costumbre.

—¿De qué se trata esta vez?

—Será sencillo, espero. Un inspector llamado Robert Chatham. Lo último que sé es que trabajaba en Livingston. Necesito hablar con él.

—Dame quince minutos.

—Eres una joya, muchachita.

Rebus colgó. A diez metros de distancia, la naturaleza estaba siguiendo su curso. Guardó el teléfono, sacó una pequeña bolsa negra de polietileno y fue hacia donde estaba Brillo.

—¿Quién era? —preguntó Fox desde la otra punta de la sala.

—Nadie.

—Qué curioso, eso mismo me ha parecido. —Fox se acercó a la mesa de Esson. Estaban solos en la sala del DIC, ya que Ronnie Ogilvie había salido a comprar unos bocadillos—. ¿En qué anda metida Siobhan?

—Ya te lo ha explicado. No tiene nada que ver con Darryl Christie.

—¿Quién es Robert Chatham? —preguntó Fox curioseando la nota que acababa de escribir Esson.

—Malcolm, ¿quieres hacer el favor de apartarte?

Fox levantó las manos en un gesto de rendición, pero se quedó cerca de su mesa, demasiado cerca para el gusto de Esson.

—¿Siobhan habla de mí alguna vez? —Esson negó con la cabeza—. Lo de Gartcosh no fue idea mía, ¿sabes? Pero habría sido una estupidez rechazarlo.

—En eso te doy la razón.

Fox inclinó la cabeza y observó la pantalla de ordenador de Esson, que volvió a mirarlo con cara de pocos amigos.

—A estas alturas ya debes de tener algo —protestó Fox.

—Toda una serie de intereses empresariales del señor Christie.

—¿Puedo verlo?

—Te lo enviaré por e-mail. —Esson pulsó algunas teclas—. De hecho, es lo que acabo de hacer. Y, ahora, ¿te importaría dejarme en paz?

Fox volvió al otro extremo de la oficina, consultando el teléfono para ver si había recibido el correo electrónico. En él no había nada que no supiera, excepto que Esson tenía las direcciones de las dos casas de apuestas. ¿Qué había dicho Sheila Graham? Que Christie blanqueaba dinero a través de ellas. Pero ¿cómo funcionaba el negocio? Fox no se lo había preguntado. Miró a Esson, pero no podía ni quería consultárselo. Lo tomaría por idiota por no conocer los pormenores. Además, se le había ocurrido una idea mejor.

—Vuelvo en un rato —anunció.

—¿Y tu bocadillo?

—Puede esperar.

—Palabras necias, Malcolm. No has visto a Ronnie cuando tiene hambre.

—Me arriesgaré.

—¿Qué le digo a Siobhan cuando la vea?

Fox pensó unos instantes.

—Dile que he salido a hacer un recado personal.

Fox bajó las escaleras, salió del edificio y respiró aire fresco. Luego se metió en su coche y puso rumbo a Leith Walk.

Clarke estaba observándolo desde su coche. En ese momento llegó un mensaje de texto y lo leyó con una sonrisa en los labios.

«Malc se ha ido. ¡Puedes entrar!».

No entendía cómo lo había sabido Christine. Probablemente era una hipótesis fundamentada. Después le llegó un segundo mensaje:

«¡Puede que incluso haya un bocadillo para ti!».

Clarke abrió la puerta del coche y se bajó.

Fox no había puesto un pie en una casa de apuestas desde que era adolescente. A su padre no le gustaba mucho el juego, pero el sábado por la mañana estudiaba el programa de mano de las carreras y apostaba por cuatro caballos diferentes. Él lo llamaba un «yanqui». Si Malcolm estaba en casa y a Mitch no le apetecía caminar, lo enviaba al corredor de apuestas de su calle, pese a sus protestas de que una llamada telefónica era igual de fácil o de que, para variar, podía hacerlo su hermana Jude. Pero Mitch quería un recibo en papel para asegurarse de que la apuesta había quedado registrada. Malcolm no recordaba que hubiera ganado una sola vez; nada de lo que mereciera la pena jactarse delante de un hijo. Y Jude nunca estaba allí.

Al entrar en Diamond Joe's le sorprendió no ver a ningún anciano andrajoso con un lápiz desgastado y una colilla entre los dedos. Igual que antaño, había una cajera detrás de una pantalla de cristal, pero el lugar estaba repleto de máquinas centelleantes y televisores colgados en la pared. En un canal retransmitían un torneo de golf; en otro, tenis, y en otros dos, carreras hípicas. Pero los pocos jugadores que había estaban concentrados en las máquinas. Delante de cada una de ellas había un taburete. Muchos parpadeos, pitidos desenfadados y luces de colores. No solo había tragaperras de alta tecnología, sino también versiones del blackjack y la ruleta. Indeciso, Fox se dirigió a uno de los modelos de aspecto más básico. En el centro tenía cuatro carretes. Introdujo una moneda de una libra y pulsó un botón que parpadeaba. Una vez que los carretes dejaron de girar, unas luces y unos sonidos tintineantes le indicaron que debía hacer algo, pero ¿qué? Presionó un botón y luego otro. No ocurrió nada y le quedaba solo un crédito.

Pulsó el botón de inicio y esperó a que se detuvieran los carretes. ¿Algo? Nada. Volvió a pulsar el botón de inicio, pero la máquina no se dejó engañar.

En quince segundos se había esfumado una libra.

Se quedó sentado en el taburete fingiendo enviar un mensaje de móvil mientras escrutaba la sala. La cajera parecía aburrída. Estaba mascando chicle y mirando su teléfono. Fox se le acercó.

—¿Aquí se puede apostar a los caballos? —preguntó. La cajera se lo quedó mirando y luego consultó las pantallas—. ¿Cómo se hace? —insistió.

—Los boletos están ahí —respondió ella—. O puede hacerlo por Internet —añadió agitando el teléfono móvil—. La aplicación es gratuita. Incluso regalan diez libras a los nuevos.

Fox asintió y se dirigió a la estantería donde se encontraban los boletos. Cogió uno y lo estudió. Le recordaba a los deberes de matemáticas, todo cuadrículas, símbolos y letras que supuestamente debían decirle algo. Su padre anotaba el nombre de cada caballo junto a la hora y el lugar de la carrera, arrancaba el trozo de papel y lo adjuntaba a su apuesta.

Al lado de los boletos había un expositor de quinielas. Como seguidor del Hearts, Mitch jugaba cada sábado, y nunca era capaz de otorgar a su equipo nada que no fuera una victoria. Fox sonrió al recordarlo y entonces oyó un sonido que parecía un neumático perdiendo aire. Era la palabra «¡Sí!» estirada al máximo, y llegaba desde uno de los taburetes. El jugador se frotó las manos mientras asomaba un trozo de papel por una ranura. Luego se lo llevó a la cajera.

—Con eso bastará por hoy, Lisa —dijo.

La cajera miró el papel, lo introdujo en una máquina, abrió un cajón y contó diez billetes de veinte libras.

—Necesitaré recibo —dijo el hombre. La cajera se lo entregó y el cliente lo guardó todo en el bolsillo de la americana—. Es un placer hacer negocios contigo.

A continuación se dirigió a la puerta, pero se detuvo cuando sus dedos apenas habían rozado el tirador. Después se dio la vuelta, entregó a la cajera un billete

de veinte y recibió unas monedas a cambio. Las recogió, fue hacia una de las máquinas, se sentó y empezó a jugar de nuevo.

Fox se percató de que estaba siendo observado. Hizo un gesto para indicar a la cajera que se llevaba un boleto de la quiniela y salió al mundo exterior. Una vez allí, arrugó el boleto y lo tiró en la papelera más cercana.

No estaba seguro de haber averiguado nada de utilidad, pero, a falta de algo mejor que hacer, fue a la siguiente dirección. Con asombrosa originalidad, el lugar se llamaba Diamond Joe's Too. Entró y se dirigió a la caja. La configuración era idéntica a la de su empresa hermana, pero, en este caso, detrás del cristal había un hombre de unos cuarenta años y semblante precavido. Fox le entregó un billete de veinte y pidió monedas de una libra.

—¿Conoce nuestra nueva aplicación? —preguntó el cajero.

—Te regalan un crédito de diez libras —dijo Fox—. La utilizo continuamente.

—Pero no es lo mismo, ¿verdad? —añadió el hombre, señalando las máquinas con la cabeza.

—Para nada —coincidió Fox, y fue a buscar un taburete.

Había perdido ocho libras, pero empezaba a cogerle el truco cuando de repente se abrió la puerta y entró una mujer, que dejó el bolso en el suelo junto a una máquina de blackjack, se quitó la chaqueta de piel y empezó a jugar como quien acaba de iniciar su jornada en la cadena de montaje. Ni siquiera había mirado a los demás clientes, pero con un dedo acarició lentamente la máquina que tenía delante como si de ese modo pudiera infundirle generosidad de espíritu.

Fox aguardó su momento, alimentando poco a poco su máquina. Incluso se anotó un par de victorias menores que conservó como créditos. Quince minutos para perder veinte libras. No sabía si era cortés observar a la gente mientras jugaba, pero la mirada amenazante del joven sentado a su lado le aclaró este particular, así que se dirigió a la mujer, que siguió enfrascada en la máquina.

—No me interesa —dijo.

—Hola, Jude.

La hermana de Fox volvió la cabeza. Como de costumbre, su pelo lacio necesitaba agua y jabón y se le había corrido la sombra de ojos. Su boca formó una delgada línea.

—¿Me estás vigilando?

—Ha sido pura coincidencia —respondió Fox, encogiéndose de hombros.

—No sabía que te gustara el juego. Tú siempre apuestas sobre seguro.

—¿Y tú?

Jude esbozó una amplia sonrisa.

—Somos la noche y el día, hermano. La noche y el día.

—¿Sueles venir a este sitio?

—Siempre dijiste que necesitaba algo que me sacara de casa.

—Sí, es una buena manera de conocer gente.

—Y ¿para qué coño quieres conocer gente?

—Se supone que la vida funciona así, Jude.

Se concentró un momento en el juego y se volvió de nuevo hacia él.

—¿Qué cojones te pasa, Malcolm? —dijo recalcando por igual cada una de sus palabras.

—¿Alguna vez has jugado por Internet? ¿Has utilizado la cómoda aplicación de Diamond Joe's?

—Eso no es asunto tuyo.

—Si no fuera porque cada semana ingreso una cantidad de tres cifras en tu cuenta.

—Si esperas que te dé las gracias, será mejor que te busques otro caso de beneficencia.

—Yo pensaba que estaba ayudando a mi hermana a salir del atolladero.

Sin levantarse del taburete, Jude se dio la vuelta del todo y lo miró enfurecida.

—No, Malcolm, lo que estabas haciendo era repartir dinero entre la familia porque te sentías culpable. Cuando murió papá, solo te quedaba yo. Y tenías que dárselo a alguien, ¿verdad? Así podías sentirte satisfecho contigo mismo.

—Por el amor de Dios, Jude...

Fox vio que la expresión de su hermana se ablandaba un poco. Pero, en lugar de disculparse, se volvió hacia la máquina.

—¿Podéis dejar de cotorrear? —protestó un cliente que estaba utilizando la tragaperras de enfrente—. Intento concentrarme.

—Vete a la mierda, Barry —le espetó Jude—. En cinco minutos estarás sin blanca y tendrás que largarte.

—¿En serio es tu hermana? —respondió el hombre mirando a Fox—. Seguro que te habría encantado ser hijo único.

—Nos pasa a los dos —afirmó Jude, que introdujo más dinero en la insaciable ranura.

La dirección de Robert Chatham correspondía a una casa adosada en la zona costera de Newhaven. Abrió la puerta una mujer y Rebus le explicó que era un antiguo compañero que quería reencontrarse con él.

—Esta noche trabaja.

—¿Ah, sí?

—En Lothian Road. Es portero.

Rebus asintió a modo de agradecimiento, se montó en el Saab, desanduvo el trayecto hasta la ciudad y aparcó junto a una parada de autobús situada a mitad de Lothian Road. En la amplia calle había media docena de bares, la mayoría de los cuales cambiaban tan a menudo de nombre y decoración que Rebus no habría podido seguirles la pista aunque quisiera. En el primer local, los porteros, que iban vestidos de negro, eran demasiado jóvenes, pero se detuvo de todos modos.

—Estoy buscando a Robert Chatham —dijo y recibió una taciturna negativa—. Gracias por la conversación en todo caso.

El siguiente bar no sentía la necesidad de contratar personal de seguridad. Parecía acogedor; se oyeron risas dentro cuando un juerguista abrió la puerta para encenderse un cigarrillo.

«Una cerveza no te matará —pensó Rebus—. Podrías tomarte media pinta».

Pero siguió adelante. Los fines de semana, Lothian Road podía ser un lugar horripilante: encuentros entre despedidas de soltero de chicas y chicos, y jóvenes trabajadores colocados por las drogas, el alcohol y la propia vida. Pero esa noche todo estaba tranquilo, o era demasiado temprano y hacía demasiado frío para que las aceras estuvieran animadas. Cuando Rebus se acercaba al tercer bar, se fijó en su solitario portero. Era ancho de espalda, llevaba un abrigo de tres cuartos oscuro y la cabeza afeitada y parecía que no tuviera cuello. Rondaba los cincuenta años, pero estaba en forma y alrededor del bíceps llevaba una identificación metida en un brazalete de plástico transparente.

—Me suena su cara —dijo el hombre cuando Rebus se detuvo delante de él.

—Antes era inspector de policía —respondió Rebus.

—¿Trabajamos juntos alguna vez?

Rebus negó con la cabeza y le tendió una mano.

—Me llamo John Rebus. —Chatham le estrechó la mano con firmeza y Rebus intentó corresponderle—. Y usted es Robert Chatham.

—Mi pareja me avisó de que tendría visita. Pero usted ya no está en el cuerpo, ¿verdad?

—Hago algunos trabajos como civil. ¿Cuánto hace que lo dejó?

—Tres años.

Chatham se apartó para abrir la puerta a dos recién llegados, lo cual permitió a Rebus atisbar el interior del bar. Estaba demasiado oscuro para su gusto y la banda sonora era atronadora.

—¿Eso es lo que se llama «techno»? —preguntó.

—Yo lo llamo «ruido» —repuso Chatham—. Y, bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—Estuvo usted una temporada en la URC.

—Una temporada muy corta. Eddie Tranter estaba de baja por enfermedad.

—Yo también trabajé en la URC poco después.

—¿Ah, sí?

—He estado investigando un caso: Maria Turquand. —Chatham asintió

lentamente sin mediar palabra—. Lo desempolvó usted cuando Vince Brady aportó nuevas pruebas.

—¿Pruebas? —repitió Chatham resoplando—. Era su palabra contra la de Bruce Collier, que puso a sus abogados a trabajar en menos que canta un gallo. Amenazó con demandar a Brady, a Lothian y Borders y a cualquier periódico con el que habláramos.

—¿Cree que tenía algo que ocultar?

Chatham pensó en ello.

—La verdad es que no —dijo a la postre.

—¿Piensa que siempre había sido amante de Turquand?

—Deduzco que ha visto los informes. ¿Usted qué opina?

—¿Podríamos hablar de esto en algún lugar que no sea una acera de Lothian Road?

—No acabo hasta la medianoche y el único sitio al que iré después es a dormir.

—¿Mañana por la mañana?

El portero se quedó mirando a Rebus.

—Dudo que vaya a serle de gran ayuda.

—Se lo agradecería de todos modos.

—Hay una cafetería en North Junction Street —respondió Chatham finalmente—. Hacen los mejores bollos de beicon de la ciudad. ¿A las diez le va bien?

—Perfecto.

Se estrecharon de nuevo la mano y Rebus fue a buscar su coche. Volvió la cabeza para mirar por última vez a Chatham, pero este andaba ensimismado en su teléfono, que sostenía cerca de la cara mientras pulsaba la pantalla. ¿Estaba enviando un mensaje o llamando? Rebus obtuvo respuesta cuando Chatham se llevó el móvil a la oreja, estaba mirándolo cuando empezó a hablar.

—Lectura de labios, John —musitó Rebus—. Ya tienes una posible afición.

Después abrió el Saab, se montó y encendió la calefacción. Su piso de

Marchmont se encontraba a solo cinco minutos de distancia. Brillo debía de necesitar un paseo.

Su cita con Darryl Christie estaba programada para las siete, pero este la pospuso a las ocho. Sin embargo, cuando llegaron a la puerta, su madre les dijo que Darryl andaba «un poco ocupado» y les pidió que volvieran en una hora.

Ambos regresaron a sus respectivos coches, que habían estacionado en la calle. Al cabo de un par de minutos, Fox abrió la puerta del acompañante del Astra de Clarke.

—¿Tiene algún sentido que estemos en dos coches distintos?

—Tú mismo —repuso ella.

Pero no parecía contenta cuando Fox entró, así que se entretuvo con el teléfono móvil mientras él observaba el lugar por el parabrisas.

—Me ha parecido ver un zorro —comentó Fox.

Clarke levantó la cabeza.

—Merodean por aquí, sí.

Como hecho a propósito, en ese momento se encendieron las luces exteriores de la casa del vecino de Christie y pudieron distinguir una esbelta figura pasando por delante.

—¿Por qué crees que eligieron este lugar? ¿Por qué le pegaron una paliza delante de su casa?

—No tiene por qué haber un motivo real.

—¿Esta dirección es de dominio público?

—Juraría que no.

—Lo cual reduce un poco las posibilidades.

—Es posible —reconoció Clarke. Transcurridos otros quince segundos, dejó de fingir que estaba ocupada con el teléfono y se volvió hacia él—. Pero me interesa más saber por qué lo eligieron a él.

—Esta tarde he ido a sus casas de apuestas.

—¿Ah, sí?

—Solo a echar un vistazo.

—Christine me contó que te había informado sobre sus varios negocios. ¿Puedo preguntarte por qué te has centrado en eso en lugar de sus otros intereses?

—A lo mejor estaban al principio de la lista.

—Pero no lo estaban, ¿verdad?

Fox meditó unos momentos.

—A la Agencia Tributaria le interesa Christie. Creen que está blanqueando dinero.

—Lo mencionaste en el despacho de Page.

—Si está blanqueando dinero para varias bandas de todo el país, cualquiera podría haberse vengado de él.

—¿Por estafarles?

—No lo sé.

—¿Qué te parece si dejo caer el nombre de Cafferty?

—Con él yo no descartaría nada. Pero probablemente solo haría movimientos si sospechara que Darryl se ha visto debilitado por algún motivo.

—¿Por ejemplo?

Fox se encogió de hombros.

—Quizá averigüemos algo cuando hablemos con Darryl.

—Seré yo quien hable, Malcolm. Tú te limitarás a escuchar.

—Entendido. —Hizo una pausa—. ¿Estamos rompiendo un poco el hielo?

—Es posible. ¿Has preguntado a la gente de Gartcosh si compartiría información?

—Se lo están pensando.

—Es agradable saber que formamos parte de una gran familia feliz...

Al volverse, Clarke vio a Gail McKie salir al camino, abrir la puerta y dirigirse al Astra. Clarke bajó la ventanilla y el rostro de McKie apareció en el hueco.

—Ya está listo —les avisó antes de regresar a la casa.

—Vamos allá —dijo Clarke, que luego subió la ventanilla y sacó la llave del contacto.

McKie estaba esperándolos en el descansillo.

—Está en el salón —anunció—. Me ha dicho que no me moleste en ofrecerles una copa porque no se quedarán mucho rato.

—¿Están sus otros dos hijos? Nos gustaría hablar un momento con ellos —preguntó Clarke.

McKie negó con la cabeza.

—Han salido con unos amigos.

—Qué lástima.

—Realmente no tienen nada que comentar.

—Eso deberían decírmelo ellos.

Clarke abrió la puerta y entró en el salón. Había un sofá con estampado de flores y casi todo el suelo estaba cubierto por una enorme y colorida alfombra, probablemente persa o india. Sobre las mesitas había jarrones con flores y en el centro de la sala, sentado en una silla de comedor que había traído de alguna otra estancia, estaba Darryl Christie. Llevaba un chándal holgado y unas zapatillas deportivas brillantes, pero parecía rígido y dolorido. Le habían puesto esparadrapo en la nariz y todavía tenía los ojos hinchados y amoratados.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Clarke.

—He tenido días mejores.

Hablaba en voz baja, como si cada palabra le doliera.

—Tengo entendido que le han roto varias costillas.

—Me han puesto una especie de corsé.

Christie estaba observando a Fox, que se encontraba detrás de Clarke con las manos metidas en los bolsillos.

—Tiene mucho mejor aspecto que la última vez que nos vimos —comentó Christie, pero Fox se mantuvo impertérrito—. Si le extraña lo de la silla de comedor, me va mejor que una butaca. Pero, adelante, pónganse cómodos.

Se sentaron uno al lado del otro en el sofá. Christie alzó lentamente una mano y se la pasó por el pelo, que necesitaba un buen lavado. En la barbilla y las mejillas asomaba una barba incipiente y tenía los nudillos de la mano izquierda magullados.

—También perdí un diente —les dijo—. De ahí el siseo.

Intentó sonreír para que vieran el hueco.

—Hemos preguntado a los vecinos —le informó Clarke—. Nadie vio ni oyó nada y las pocas grabaciones de las cámaras de seguridad que hemos recopilado no parecen haber captado a quien lo hizo. Por eso esperamos que pueda usted ayudarnos.

—Siento decepcionarlos. Fuera quien fuese, estaba al acecho, seguramente en la parte trasera o al lado del garaje. Cuando llegué, la luz de seguridad estaba encendida, así que no me alertó. Vinieron por detrás y me golpearon en la cabeza. Antes de que empezaran a pegarme ya me había quedado inconsciente.

—¿Cree que fue un profesional?

—¿Ustedes no?

—Eso me lleva a la siguiente pregunta: ¿alguna idea de quién podía tenérsela jurada?

—No tengo un solo enemigo en el mundo, inspectora Clarke.

—¿Ni siquiera Big Ger Cafferty? —terció Fox, que se ganó una adusta mirada de soslayo de Clarke.

—No fue Cafferty, al menos personalmente. Le habría oído jadear por el esfuerzo.

—¿Cree que fue un atacante o fueron dos? —preguntó Clarke.

—Con uno habría bastado. No soy la persona más musculosa del mundo. La última vez que pisé un gimnasio fue en el instituto.

—¿Se ha enemistado con algún socio recientemente?

Fue Fox quien formuló la pregunta y Christie se lo quedó mirando.

—¿Sabe por qué dejé de ir por ahí con un séquito? Porque no lo necesitaba. Como les decía, no tengo enemigos.

—Además, todo el mundo sabe que, si le tocan, también están fastidiando a Joe Stark y a sus hombres. Me sorprende que no haya venido de Glasgow con uvas y Lucozade.

—Joe no ha tenido nada que ver en todo esto.

Christie cambió de postura y torció el gesto a causa de una repentina punzada de dolor.

—Sabemos lo de los neumáticos del coche y el incendio del cubo de la basura —afirmó Clarke—. Si alguien va a por usted, probablemente no parará. En el mejor de los casos, solo intentan meterle miedo por alguna razón.

—Qué tranquilizador, inspectora Clarke.

—Tiene que pensar en su familia y en usted, Darryl.

—¡Yo nunca dejo de pensar en mi familia!

—Entonces quizá debería mandarlos a otro sitio hasta que todo esto acabe.

Christie asintió lentamente.

—Tal vez lo haga, gracias.

—Y a lo mejor cree que no necesita guardaespaldas, pero uno o dos hombres no le vendrían nada mal. Que estén cerca durante el día y vigilen por la noche. Por nuestra parte, enviaremos coches patrulla a dar una vuelta por el barrio a intervalos regulares al menos un día o dos.

Christie siguió asintiendo.

—Casi parece que les importe —dijo a la postre, mirando alternativamente a Clarke y Fox.

—Solo hacemos nuestro trabajo —repuso Clarke—. Aunque, sin su cooperación, quizá no baste para impedir otro ataque.

—O puede que incluso vaya a más —apostilló Fox.

—Yo creía que estaba cooperando —dijo Christie con aire pretendidamente quejumbroso.

—En su trabajo, Darryl, si no tiene usted enemigos es que está haciendo algo mal —afirmó Clarke y a continuación se puso en pie—. Sé que ahora mismo sufre dolores y probablemente no esté tomando calmantes porque quiere tener la

cabeza despejada. Así puede concentrarse en la lista de candidatos. Permítame que le dé un consejo: no empiece una guerra. Puede facilitarnos los nombres y nosotros haremos las comprobaciones pertinentes. No será un signo de debilidad, se lo prometo. Todo lo contrario. —Estaba delante de él con las manos juntas—. Y a lo mejor debería sustituir esas cámaras falsas por unas de verdad, ¿de acuerdo?

—Lo que usted diga, inspectora Clarke.

Clarke echó a andar y Fox la siguió a corta distancia. Fox miró de soslayo a Christie y este le lanzó un guiño de lo más taimado, pero consiguió mantenerse impasible.

—¿No te había dicho que no hablaras? —farfulló Clarke.

—Lo siento, no he podido evitarlo.

Clarke abrió el coche, pero se quedó en la acera contemplando la casa de la que acababa de salir.

—¿Hemos descubierto algo de utilidad? —preguntó Fox.

—Yo pensaba que estaba intentando imitar a Cafferty —respondió Clarke—. Pero lo de la casa no es por eso.

—Entonces ¿por qué es?

—¿Quién crees que ha decorado ese salón y ha comprado esa tela floreada?

—¿Su madre?

Clarke asintió.

—Todo esto lo ha hecho por ella. Puede que haya conservado el apellido de su padre, pero el corazón de Darryl pertenece a su madre...

TERCER DÍA

—Tenía usted razón con lo de los bollos —dijo Rebus antes de dar otro mordisco.

—El beicon está crujiente en su punto justo —respondió Robert Chatham.

Estaban sentados uno delante del otro en unos bancos acolchados. Sobre la mesa de formica había tazas de té marrón oscuro y platos, y desde la cocina llegaba el sonido de Radio Forth.

—Siento si ayer noche estuve un poco arisco —prosiguió Chatham—. No esperaba volver a oír hablar nunca más de Maria Turquand. ¿Ha visto fotos suyas? ¿No le parece preciosa?

—Sí, me lo parece.

—E inteligente. Estudió latín y griego.

—E historia antigua —añadió Rebus para demostrar que él también había hecho los deberes.

—Probablemente no debería haberse casado nunca. Era demasiado alocada.

—Lo cual seguramente no gustaba mucho en el mundo de John Turquand.

Chatham asintió mientras masticaba.

—El problema que tuvimos es que muchos de los implicados ya habían muerto. Fue imposible confirmar nada preguntando al personal o los huéspedes del hotel. Y, como habían pasado treinta años, los que conseguimos localizar lo habían olvidado todo. Aquel día, el lugar era un caos. Gente yendo y viniendo, periodistas que habían concertado entrevista con Collier o querían acercarse a él. Luego estaban los fans, que esperaban fuera coreando su nombre o entraban en el vestíbulo y se dirigían a las escaleras. —Chatham bebió un sorbo de té—.

Pedimos a un informático que tratara de dibujar un plano en 3D del vestíbulo y toda la gente que pudo haber visto al asesino entrando o saliendo, pero había demasiadas variables. Al final tiró la toalla.

—¿Y los fotógrafos de la prensa?

Chatham asintió lentamente.

—Analizamos todo lo que encontramos. Incluso conseguimos que un par de seguidores acérrimos de Collier nos entregaran las fotos que habían hecho en la calle.

Chatham formó un cero con el dedo índice y el pulgar.

—Entonces, si no pudieron situar al amante de Maria ni a su marido en el lugar de los hechos, ¿empezaron a otorgar más credibilidad a la versión de Vince Brady?

—Brady solo dijo que Collier había estado hablando con la víctima en el pasillo de la tercera planta. Collier lo negó y luego salió a la luz que él y Brady se guardaban cierto rencor. Murió, ¿lo sabía?

—¿Vince Brady?

—El año pasado. Era el tercer o cuarto infarto, según creo. —Chatham se terminó el bollo, se limpió los dedos con una servilleta y miró a Rebus—. ¿A qué viene este repentino interés? ¿Ha ocurrido algo?

En lugar de responder, Rebus tenía otra pregunta preparada.

—¿Llegó a entrevistar al marido y al amante?

—¿A Turquand y Attwood? Usted ha leído los informes.

—No todo queda plasmado en el relato oficial.

Chatham sonrió tímidamente.

—Lo cierto es que hablé con ellos, pero de manera informal.

—¿Por qué?

—Porque se suponía que debíamos centrarnos en Brady y Collier. Nuestros superiores no creían que mereciera la pena buscar mucho más allá. Pero, como recordará, un empleado del servicio de habitaciones declaró que había visto a un hombre que se parecía un poco a Peter Attwood.

—Pero no estaba seguro del todo.

Chatham asintió.

—Y, según Attwood, él había roto con Maria, aunque no se lo había comunicado aún. Se portó como un cobarde; la dejó esperando en su habitación mientras él estaba en otro sitio con su sustituta.

—Un tipo con clase.

—Cuando lo vi hace ocho años, estaba felizmente casado y esperaba su primer nieto. Me dijo que en los años setenta era un «hombre distinto».

—¿Todavía sigue entre los vivos?

—Ni idea. No siempre leo las necrológicas.

—¿Y John Turquand?

—Está jubilado y vive en un castillo en Perthshire. Le gusta cazar, disparar y pescar. Suponiendo que no haya estirado la pata, claro.

—¿Volvió a casarse?

—Se consagró a su trabajo. Ganó unos cuantos millones y empezó a gastárselos.

—La vida les fue bastante bien a los dos principales sospechosos.

—Sí, ¿verdad? Y Bruce Collier todavía sale de gira de vez en cuando.

—Por lo que he oído, vive en esta zona.

—Tiene una casa adosada en Rutland Square, aunque, según leí, es más fácil que lo encuentre en una de sus otras residencias, en Barbados y Ciudad del Cabo.

—¿Rutland Square?

—A mí también me entró la risa. Está casi pegado al Caley. ¿Cree que significa algo?

—No lo sé. Probablemente no. Me pregunto si todavía sigue viendo a su colega Dougie Vaughan.

—Ah, y otra cosa: según Vince Brady, Collier le pidió que entregara una copia de la llave de su habitación a Dougie Vaughan.

—Sí, lo leí. ¿Tiene idea de por qué?

—Para que Vaughan pudiera echar una cabezada si lo necesitaba. Por lo visto, cuando se veían consumían bastante alcohol.

Rebus entrecerró los ojos.

—Brady tenía la habitación contigua a la de Turquand.

—Correcto.

—Y Vaughan tenía llave.

—Más o menos. Dijo que recordaba vagamente una llave, pero que no sabía a qué habitación correspondía ni qué ocurrió con ella. Jura que él solo estuvo en la suite de Bruce Collier. —Chatham apartó el plato y se inclinó hacia delante—. ¿Sabe que había puertas que comunicaban ambas habitaciones?

—¿Qué?

—Entre la habitación de Maria y la de Vince Brady. No se moleste en comprobarlo. El hotel las eliminó hace años. Ahora hay paredes macizas, pero por aquel entonces no lo eran tanto.

—Y Vaughan y la víctima habían tenido una aventura.

—Él jura y perjura que no la vio aquel día.

—¿Y la coartada de Vince Brady?

—Iba corriendo de un lado para otro como un loco, yendo y viniendo del Usher Hall para vigilar al equipo y el *merchandising*. Una docena de personas o más confirmaron que habían hablado con él en otros tantos lugares.

—Pero debió de pasar algún rato en la habitación.

—Sí, pero no oyó ni vio nada.

—Excepto a Maria Turquand en el pasillo con Bruce Collier.

—Excepto eso, sí.

Rebus pensó unos momentos.

—Una última cosa: ¿mencionó alguien a un ruso?

Chatham frunció el ceño.

—¿Un ruso?

—Haga memoria.

Chatham negó con la cabeza y ambos pasaron unos instantes bebiendo té en

silencio.

—Bueno, ¿de qué va todo esto? —preguntó Chatham.

—Es una sensación que tengo desde que empezó la investigación original, la sensación de que se nos escapa algo, de que no estamos viendo alguna cosa.

—¿Y hasta ahora no se le ha ocurrido indagar de nuevo?

—He estado bastante ocupado. Ahora ya no lo estoy tanto.

Chatham asintió.

—Cuando me jubilé, tardé un tiempo en cambiar de marcha.

—¿Cómo lo hizo?

—Gracias al amor de una buena mujer. Además, conseguí el trabajo de portero y voy al gimnasio. —Señaló su plato—. Esto es un capricho ocasional y puedo quemarlo esta tarde.

—Yo tengo un perro al que puedo pasear. —Rebus hizo una pausa—. Y una buena mujer.

—Entonces pase más tiempo con ellos. Aprenda a soltar lastre.

Rebus hizo un gesto afirmativo.

—Tardaré un tiempo en digerirlo —dijo.

—Yo igual.

Chatham se golpeó el pecho con una mano.

—No me refería al beicon. Aunque, ahora que lo pienso, eso también. Gracias por quedar conmigo.

Ambos se estrecharon la mano por encima de la mesa.

—¿Ya está de vuelta?

Desconocedor del protocolo, Fox había estado deambulando a la entrada de la división de la Agencia Tributaria esperando a que Sheila Graham lo viera. Al final lo había conseguido y ahora se encontraba delante de él.

—Entonces, o trae noticias —dijo ella cruzándose de brazos— o ha llegado a la conclusión de que es una pérdida de tiempo.

—Tan solo creo que necesitamos un poco más de información. De hecho, lo ideal sería ver qué tiene ya sobre Christie.

—¿Para qué?

—Para no acabar contándole lo que ya sabe.

Graham lo observó con impasibilidad y acabó forzando una sonrisa.

—Permítame invitarle a un café —dijo.

Había un puesto de bebidas en una esquina del patio interior de la planta baja, así que formaron cola y se llevaron los cafés a una zona de descanso, que consistía en unos cómodos asientos separados por una pequeña mesa circular.

—Y bien, ¿qué ha averiguado hasta el momento? —preguntó Graham.

—Christie ya había sufrido dos ataques: a su coche y a su cubo de la basura. No hay imágenes de la agresión y ningún vecino ha podido ayudar, así que estamos buscando posibles enemigos, pero la víctima no coopera demasiado.

—¿Está recuperándose?

—En casa —respondió Fox—. Lo vi ayer por la noche.

—¿Lo vio?

—La inspectora Clarke fue a interrogarlo y la acompañé.

—Pero él le conoce, ¿verdad?

—No mencioné que ahora trabajo en Gartcosh.

—¿No es posible que lo supiera ya?

—Creo que habría dicho algo para darme a entender que ya lo sabía.

—No queremos que se entere de que estamos husmeando en sus asuntos —advirtió Graham.

—Pero ya debe de imaginárselo.

Graham meditó unos instantes.

—Es posible —reconoció.

—También di un vistazo a sus dos casas de apuestas. No vi nada fuera de lo común.

—¿Qué dos?

—Ambas se llaman Diamond Joe's. —Fox hizo una pausa—. ¿Por qué?

—Hay una tercera, aunque no encontrará el nombre de Christie en la documentación. Y, para serle sincera, dudo que viera algo inusual aunque estuvieran blanqueando dinero delante de sus narices.

—Y eso ¿por qué?

—Máquinas con probabilidades fijas, normalmente la ruleta. Las pérdidas pueden minimizarse a un cuatro por ciento más o menos. Cuando terminas de jugar, imprimes un resguardo y lo cambias por dinero en efectivo en el mostrador. Ellos te dan un recibo, así que, si alguna vez te encuentran un montón de billetes sospechosamente abultado, tienes pruebas de que es legal.

—De modo que, básicamente, el corredor de apuestas está cobrándote una comisión del cuatro por ciento.

—Es una manera barata de blanquear dinero. Puedes enviar miles de libras por hora en todas y cada una de las máquinas. En Bruselas están intentando cambiar la ley. Cualquier ganancia de más de dos mil euros deberá incluir la información del receptor. Aquí el sector está batallando contra la legislación.

—Pero, si alguien acapara una máquina hora tras hora e introduce miles de libras, el cajero se da cuenta, ¿no?

—A menudo no, o no les preocupa demasiado. Además, si el propietario del negocio está metido en el ajo...

—¿Como Darryl Christie, quieres decir?

Graham asintió lentamente.

—Pero el señor Christie oculta mucho más.

—¿Ah, sí?

La expresión de Graham se endureció.

—Que no salga de aquí, Malcolm.

Graham se sentó en el borde del asiento y Fox hizo lo propio. No había nadie en seis metros a la redonda, pero Graham bajó la voz de todos modos.

—La casa de apuestas de la que hablo se llama Klondyke Alley. Resulta que encima hay un piso de una habitación que probablemente también sea propiedad de Christie.

—Soy todo oídos.

—¿Sabe lo que son las SCE?

—No.

—Entonces, a lo mejor debería explicárselo.

Graham parecía haber tomado una decisión. Se puso en pie, cogió el café y le indicó que hiciera lo mismo. Fox la siguió hasta la división de la Agencia Tributaria, donde encontraron una silla vacía y la llevaron a la mesa de Graham. Varios compañeros de esta los miraron extrañados, así que presentó a Fox.

—Tranquilos —dijo—. Es casi uno de los nuestros.

Graham empezó a teclear hasta que apareció en pantalla un listado que ocupaba una página.

—Sociedades Comanditarias Escocesas. Adivine cuántas hay registradas en el piso situado encima de Klondyke Alley.

Fox entrecerró los ojos.

—¿Todas esas?

Graham había pulsado el ratón varias veces y la lista seguía aumentando.

—Más de quinientas —respondió—. Quinientas empresas cuya sede social corresponde a un piso de una habitación en Leith.

—Espero que me explique por qué.

—Son empresas fantasma, Malcolm. Una manera de ocultar activos y moverlos por todo el planeta. Si intenta dar con los propietarios reales, normalmente acabará en algún paraíso fiscal como las islas Vírgenes Británicas o las Caimán, jurisdicciones que no son precisamente comunicativas cuando las autoridades fiscales de Gran Bretaña empiezan a hacer preguntas. Van a aprobar una nueva ley. Los propietarios británicos tendrán que revelar quiénes son los auténticos beneficiarios, aunque está por ver si podremos fiarnos de esa información. Pero, por ahora, las SCE son una espléndida manera de ocultar quién eres y a qué narices te dedicas.

—¿Y Darryl Christie dirige todo el cotarro?

Graham negó con la cabeza.

—Christie le alquila el piso a un proveedor de servicios empresariales llamado Brough Consulting.

—¿Tiene relación con el banco privado?

—No exactamente. Brough Consulting es un solo hombre, Anthony Brough, nieto de sir Magnus, que dirigió Brough's hasta que fue adquirido por uno de los Cinco Grandes.

—¿Está muy vinculado a Darryl?

—Bastante.

—Entonces esas empresas fantasma... ¿son como una extensión del blanqueo de dinero?

—Eso es lo que tratamos de averiguar. Es un rastro de papel espantoso que en realidad es mayoritariamente electrónico. Así que nos pasamos el día aquí sentados, saltando de una empresa a otra y de un usufructuario a otro, intentando encontrar a gente de carne y hueso escondida en los márgenes de cien mil transacciones. —Se lo quedó mirando—. Es un trabajo de investigación policial, como puede ver, pero solemos llamarlo «contabilidad forense».

—¿Y tienen algo?

—¿Contra Brough Consulting? Estaríamos descorchando una botella de champán.

—Pero ¿están cerca?

—Pensábamos que tal vez Darryl Christie nos llevaría a alguna parte.

—Pero no ha ocurrido. —Fox reflexionó unos momentos—. ¿Cabe la posibilidad de que alguna de esas empresas tenga algún conflicto con Darryl?

—No tenemos manera de saberlo.

—¿No pueden interceptar sus correos electrónicos y llamadas de teléfono?

—Sin el visto bueno de los de arriba, no. Y probablemente habría que doblar recursos. ¿Le ha llegado la noticia de que supuestamente debemos apretarnos el cinturón? Ahora vivimos en la Gran Bretaña de la austeridad. —Graham hizo girar la silla y rozó las rodillas de Fox con las suyas—. No puede hablar de esto

con nadie, Malcolm. Recuérdelo. Aunque encontremos relación con la agresión, acuda a mí antes de comentárselo a sus compañeros de Edimburgo.

—Entendido —dijo Fox—. Y gracias. Su confianza significa mucho para mí.

—Podría contarle más, pero seguramente le superaría. Algunas cosas me superan a mí también.

—Los números nunca han sido mi fuerte.

—Pero sabe hacer un balance, o eso dijo cuando nos reunimos por primera vez.

—Puede que exagerara un poco. —Se hundió un dedo en la mejilla—. Buena cara de póquer, ¿recuerda?

Graham sonrió de nuevo.

—¿Ahora vuelve a Edimburgo? —Fox asintió—. Que sea un toma y daca. No me deje al margen.

—No lo haré —dijo Fox.

—¿Cuál es el siguiente paso en la investigación?

—Eso es decisión de la inspectora Clarke. —El teléfono estaba vibrando dentro de la americana, lo sacó y miró la pantalla—. Hablando del rey de Roma... —dijo y abrió el mensaje de texto.

Graham vio que arqueaba las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Hay algo? —preguntó.

—Lo hay —respondió Fox, que volvió el teléfono hacia ella para que pudiera leer el mensaje.

«Tenemos una confesión».

—Pues será mejor que salga pitando —dijo Graham—. Y no olvide llamarme con cualquier noticia.

—Eso haré —dijo Fox y apuró el café que le quedaba mientras se dirigía hacia la puerta.

Una solitaria periodista estaba montando guardia en la acera delante de la comisaría de Gayfield Square. Su nombre era Laura Smith y era la corresponsal especializada en crímenes de *The Scotsman*.

—Me estoy muriendo de frío, inspector Fox —protestó cuando intentó pasar junto a ella.

—No haré declaraciones, señorita Smith.

—No podrá decir que no le he hecho favores en el pasado.

—A quien debería incordiar es a la inspectora Clarke.

—No coge el teléfono.

—Probablemente sea porque no tiene nada que decir. ¿Y una agresión no es un poco vulgar para una periodista especializada en crímenes?

—No, si tenemos en cuenta quién es la víctima.

—¿El empresario local Darryl Christie?

Smith sonrió.

—No se preocupe, los abogados de mi periódico se cerciorarán de que no diga nada que pueda meternos en un lío.

—Lo cual está bien, porque me atrevería a afirmar que el señor Christie también tiene abogados.

—Deme solo una frase. Puedo atribuirla a «fuentes policiales».

—No tengo nada que decirle, Laura, pero hablaré con la inspectora Clarke.

—¿Me lo promete?

—No quisiera que me demande por incumplir una promesa.

Fox abrió la puerta y entró. Pasó por delante de la recepción, introdujo el

código de la puerta interior y enfiló el estrecho pasillo que conducía a las salas de interrogatorios. No había duda de cuál contenía al confesor: un grupo de agentes uniformados se había agolpado junto a la puerta, susurrando y escuchando.

Fox no había mentido a Laura Smith. Llamó a Clarke para que le aclarara algunas cosas, pero no hubo suerte. Luego pidió al agente más veterano que le expusiera la historia.

—Se acercó a un policía local y le dijo que tenía algo que contarle.

—En un Greggs de South Bridge. Llevaba una bolsa de la compra y parecía necesitar una ducha. El agente le siguió el juego y le preguntó qué había hecho. Dijo que le había pegado a Darryl Christie en la cabeza y que para rematar le había dado unas cuantas patadas en las costillas.

—Probablemente sea un chiflado —intervino otro agente.

—Pero no se han mencionado lesiones concretas en ningún sitio, ¿verdad? —dijo el policía más longevo.

—En el hospital debían de saberlo. Y la familia y los vecinos también. Siempre se corre la voz.

—¿Hay un abogado en camino? —preguntó Fox.

—Dice que no quiere abogado. De todos modos, todavía no se han presentado cargos contra él.

—¿Y quién está con él ahí dentro? ¿La inspectora Clarke?

—Y la agente Esson.

Fox miró fijamente la puerta, cuyo cartel había pasado de LIBRE a OCUPADO. La superficie estaba llena de muescas y la pintura, descascarillada. Fox se preguntaba si podía entrar. Podía, por supuesto. Estaba en su derecho. Pero si Siobhan estaba obteniendo respuestas... Y si el hombre que estaba dentro se cerraba en banda, si la interrupción rompía el hechizo...

—¿Cómo se llama? —decidió preguntar.

—El agente con el que habló debe de saberlo, pero ha ido a redactar el informe.

—¿Mencionará también que estaba haciendo cola para comprar rosquillas en Greggs?

—El muchacho tiene que comer —dijo el agente más longevo como si estuviera transmitiendo un conocimiento ancestral—. Y era una empanadilla de carne, para ser más exactos.

Un ruido que provenía de dentro los cogió por sorpresa y en ese momento se abrió la puerta. Igual que todas las demás, se abría hacia fuera para que nadie pudiera montar una barricada al otro lado. La puerta golpeó fuertemente en el hombro a uno de los policías uniformados, que soltó un grito justo cuando salía Christine Esson.

—Te está bien empleado —dijo esta en lugar de disculparse.

Siobhan Clarke se encontraba justo detrás de ella, vio a Fox y le indicó que la siguiera escaleras arriba hacia la sala del DIC. Entre tanto, Esson estaba pidiendo a los agentes uniformados que hicieran algo de utilidad: dos de ellos debían vigilar al hombre, que seguía sentado en la sala de interrogatorios, y el otro ir a buscarle comida y bebida.

—Huele que apesta —informó Clarke a Fox, respirando bocanadas de aire fresco.

—¿Es un vagabundo?

—No exactamente. Vive en Craigmillar y está en paro. Se llama William Shand. William Crawford Shand.

—¿Y sabe lo de las costillas rotas?

Clarke le devolvió la mirada.

—Las noticias vuelan.

—A menos que seas Laura Smith.

—Laura puede esperar.

Clarke entró en el despacho, miró a Ronnie Ogilvie y señaló con el dedo la puerta del inspector jefe Page.

—No está —dijo Ogilvie, que vio a Fox mirándole el bigote.

—¿Eso es nuevo? —preguntó Fox. Ogilvie asintió—. Creo que no te queda

muy bien, Ronnie.

—Lamento interrumpir una gran amistad en ciernes —intervino Clarke con la mirada clavada en Ogilvie—, pero ¿tienes idea de dónde ha ido?

—¿El inspector jefe? A una reunión de chupatintas en Fettes.

Clarke suspiró y se pellizó el tabique nasal.

—Necesito su autorización —murmuró.

—¿Su autorización para qué? —preguntó Fox.

—Shand ha pedido que lo pongamos en contacto con un civil. Dice que quiere declarar ante él. Por lo visto, hay cierta historia entre ellos. No sé si puedo hacer eso sin el visto bueno del inspector jefe.

Fox no le quitaba el ojo de encima.

—Tu tono de voz me hace pensar que sabes quién es ese civil. —Clarke miró al techo cuando el nombre salió de los labios de Malcolm Fox—. Rebus.

—Dime que Laura no sigue ahí fuera —comentó Clarke cuando acompañaba a Rebus por el pasillo.

—Por supuesto que sí.

Clarke maldijo entre dientes.

—¿Qué le has dicho?

—Que iba a ver a un viejo amigo. —Rebus se volvió hacia ella—. ¿Cómo estás, por cierto?

—Podría estar mejor.

—Hay dos cosas que debes saber, Siobhan.

—Soy toda oídos.

—Una, que todo el mundo le llama Craw. Dudo que alguien, aparte de los sheriffs y alguaciles, lo conozca por William.

—¿Tiene antecedentes?

—Eso me lleva al segundo punto: te han dado gato por liebre. Si hubieras

echado un pequeño vistazo a su historial, sabrías que Craw es famoso por entregarse cada vez que sale a la luz una noticia importante.

—Cotejamos la información en nuestro sistema. Ha estado limpio como una patena durante los últimos cinco años.

—Pues ha vuelto a las andadas. —Habían llegado a la sala de interrogatorios, donde los esperaba Fox. Rebus le estrechó la mano—. ¿Qué te trae por aquí, Malcolm?

—La curiosidad.

—Bueno, pues estás en el lugar adecuado. El caballero que tenemos al otro lado de esa puerta es un circo con patas. —Rebus cogió el pomo, pero se detuvo—. Será mejor que lo haga yo solo.

—¿Olvidas que ya no trabajas en el DIC? —preguntó Clarke.

—Aun así...

—Es inviable, John. Tiene que haber un representante de la Policía de Escocia.

Rebus miró alternativamente a Clarke y a Fox.

—Entonces os dejaré que lancéis una moneda al aire.

Dicho lo cual, abrió la puerta y entró.

Craw Shand estaba sentado a una pequeña mesa manoseando un bocadillo que consistía en dos finas rebanadas de pan blanco y una capa aún más delgada de queso procesado de color naranja. En la taza de poliestireno quedaban dos dedos de té y en la superficie empezaba a formarse una capa. Rebus agitó una mano.

—Por el amor de Dios, Craw, ¿cuándo fue la última vez que viste el jabón?

Luego indicó a los agentes uniformados que se marcharan. Sin molestarse en preguntar quién era Rebus, acataron la orden.

«Sigues teniendo carisma, John».

—¿Todo bien, señor Rebus? —dijo Craw. Tenía los dientes ennegrecidos y el pelo, o lo que quedaba de él, ralo, grasiento y pegado al cráneo—. Ha pasado mucho tiempo, ¿eh?

—Casi veinte años, Craw.

—¿Tanto? ¿Está seguro?

Rebus apartó la silla metálica de la mesa y se sentó.

—¿No te lo han dicho? Me he jubilado.

—¿En serio?

—Creí que sería prudente abandonar el combate. Tenía la impresión de que os habíais cansado de jueguecitos.

—Lo de hoy no es un juego, señor Rebus.

—Bueno, hay una primera vez para todo.

Al mirar al hombre situado enfrente, los ojos de Craw Shand tenían una apariencia lechosa.

—¿Se acuerda de Johnny Biblia, señor Rebus?

—Claro.

—Era un agente de la comisaría de Craigmillar. Fue usted quien me interrogó.

—Ahora ya no hacemos interrogatorios, Craw. Se llaman «entrevistas».

—Fue usted duro pero justo.

—Me gusta pensar que es así.

—Hasta que me derribó y estuvo a punto de estrangularme en el suelo.

—Últimamente no tengo muy buena memoria, Craw.

Craw Shand sonrió.

—Pero lo recuerda.

—Puede que sí y puede que no. ¿Qué tiene que ver eso con Darryl Christie?

Ambos se volvieron cuando se abrió de nuevo la puerta y entró Clarke. Fox estaba en el pasillo intentando ver a Shand. Clarke cerró la puerta justo cuando Rebus le hacía un gesto con la mano.

—No me has contado por qué querías hablar conmigo —continuó Rebus—. Como te decía, la inspectora Clarke es sobradamente competente.

—Es ese recuerdo de Craigmillar. Me apetecía verle otra vez.

—¿Por si te doy más de lo mismo? Siento decepcionarte, Craw, pero ambos somos sesentones y el mundo actual sigue otras reglas. —Rebus consultó su

reloj con afectación—. Tengo un torneo de dominó dentro de una hora, así que te agradecería que fuéramos al grano.

—Le pegué.

—¿Le pegaste a quién?

—Se llama Darryl Christie. Vive en una casa grande al lado del jardín botánico.

—Muy bien, Craw. Encaja con todos los artículos que circulan por Internet sobre el tema.

—Estaba bajándose del coche, un Range Rover blanco. Me puse detrás de él y le golpeé.

—¿Con qué?

—Con un trozo de madera. Estaba al lado del garaje. Allí fue donde le esperé.

—En la oscuridad, ¿no?

—Las luces de seguridad se encendieron cuando entré en el camino, pero no salió nadie de la casa.

—¿No te preocupaban las cámaras de vigilancia?

—Todos sabemos que esas cosas no sirven para nada.

—¿Por qué lo hiciste, Craw? ¿Por qué elegiste a esa víctima en particular?

—Estaba enfadado.

—Pero ¿por qué?

—Con la gente adinerada, con la gente que tiene demasiado, casas grandes y de todo. Estoy harto de ellos.

—Entonces ¿ya lo habías hecho antes?

—Lo había pensado muchas veces.

—Pero nunca lo habías llevado a cabo. —Craw Shand negó con la cabeza y se recostó en la dura silla metálica—. ¿Estás seguro de que el coche era blanco?

—Las luces volvieron a encenderse cuando subía por el camino.

—¿Las puertas estaban cerradas cuando llegaste?

—La de la entrada no. Las del camino que lleva al garaje empezaron a abrirse cuando el coche se acercó.

Rebus miró a Clarke, que arqueó una ceja. Hasta el momento, su versión era plausible.

—¿Qué hiciste con el trozo de madera?

—Lo tiré.

—¿Dónde?

—En Inverleith Park.

—Es un lugar bastante extenso, Craw. Puede llevarnos muchas horas dar con él. —Shand reaccionó al oír eso—. Suponiendo que te creamos, claro. Y yo pienso que sigues siendo el mismo canalla mentiroso de siempre.

Rebus se levantó, bordeó la mesa y se situó detrás de Shand. Notó que se ponía tenso.

—Siempre te has andado con los mismos juegos de mierda —le espetó—. Y todo porque se te pone dura esa salchichita que llevas guardada debajo de los calzoncillos mugrientos. Se ha acabado el recreo, colega. Ya es hora de que vuelvas a tu cuchitril y a tu porno en Internet.

—¡Lo digo en serio, fui yo!

—¡Y yo te digo que te largues de esta sala de interrogatorios antes de que tengamos que llamar a Rentokil!

—John —advirtió Clarke. Estaba apoyada en una pared, pero dio unos pasos en dirección a la mesa—. ¿Qué puede añadir a su descripción, Craw? —preguntó a Shand—. ¿La casa, el coche, cómo se produjeron los hechos?

—Le golpeé en la cabeza desde atrás —recitó Shand—. Luego me agaché y le di un puñetazo en la cara. Retrocedí y le di varias patadas en las costillas, no me acuerdo de cuántas. Al final le di una patada en la nariz y eso fue todo.

—¿Solo porque es rico?

—Exacto.

Rebus puso una mano en el hombro a Shand y este se encogió.

—Deberíamos darle la noticia a Christie. Caso cerrado. Podemos irnos todos a casa y aquí, el amigo Craw, a la trena de Saughton, donde habrán puesto a su cabeza un pequeño pero succulento precio. —Hizo una pausa y se agachó para

situarse más cerca de la oreja izquierda de Shand—. ¿Tú sabes quién es Darryl Christie, Craw?

—Tiene un hotel.

—Eso también lo ponía en los periódicos, pero olvidaron mencionar que ha pasado a ocupar el puesto de Big Ger Cafferty. Será mejor que pienses en ello, ¿vale?

Rebus se incorporó y miró a Siobhan Clarke, pero ella estaba concentrada en la otra figura.

—¿Algo más, señor Shand? ¿Recuerda algo en concreto?

Shand abrió más los ojos.

—El cubo de la basura que había al lado de la puerta trasera. ¡La mitad de un lateral estaba derretida!

Miró alternativamente a Clarke y Rebus, casi como si ese recuerdo fuese un triunfo. Sin embargo, Clarke solo tenía ojos para Rebus.

—Dame una razón para no presentar cargos contra él —dijo.

Rebus frunció los labios.

—Parece que mi trabajo aquí ha terminado. —Volvió a agarrar a Craw Shand del hombro—. Buena suerte, Craw. Lo digo en serio. Has tardado media vida, pero al final lo has conseguido. Que Dios te asista...

Rebus estaba sentado en la sala del fondo del bar Oxford. Ya había oscurecido y, junto a la barra, la clientela de primera hora de la noche parecía de buen humor. Rebus bebió un sorbo y oyó un repentino golpeteo en la ventana. Era uno de los habituales, que había salido a fumar. Quería que Rebus lo acompañara, pero este negó con la cabeza. Cinco minutos antes había sufrido un ataque de tos en el cuarto de baño, donde escupió en el lavamanos y abrió el grifo para eliminar las pruebas, se enjugó el sudor de la frente y pensó que la próxima vez no debía olvidarse el inhalador. El rostro reflejado en el espejo contaba su propia historia y nada apuntaba a que el final fuera feliz.

Clarke le había enviado un mensaje interesándose por su paradero, así que no le sorprendió verla subir las escaleras y mirar desde el umbral.

—La siguiente corre de cuenta de Malcolm —le dijo.

Rebus, con la mano apoyada en el vaso que tenía delante, sacudió la cabeza.

Al final apareció Fox con un gin- tonic para Clarke y un zumo de tomate. Cogieron sillas y se sentaron delante de Rebus.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Fox sin poder contenerse.

—Se llama «media» —dijo Rebus, que levantó el pequeño vaso y lo volteó.

—Denise, la camarera, me avisó, pero creí que bromeaba.

—John se cuida últimamente —explicó Clarke.

—¿Esto es cosa de Deborah Quant?

—Al menos sigo bebiendo —dijo Rebus y Fox hizo un irónico brindis. Rebus desvió su atención hacia Clarke—: ¿En serio crees que Craw Shand de repente se ha convertido en un ninja?

—¿Cómo sabe lo del cubo de la basura?

—A lo mejor ha oído algo o fue a echar un vistazo a la casa.

Clarke saboreó el primer trago de su copa sin mediar palabra.

—¿De verdad vas a presentar cargos?

—El inspector jefe no ve ninguna razón para no hacerlo.

—Pues tienes que convencerlo de que se equivoca. ¿Christie sabe que tenemos a Craw bajo custodia?

—Le han informado de que se ha practicado una detención.

—¿Y?

—El nombre del señor Shand no le era desconocido.

—A Craw siempre le han gustado los pubs sórdidos y Darryl es propietario de unos cuantos.

—Dice que nunca han hablado ni hecho negocios...

Malcolm Fox se aclaró la garganta para anunciar que iba a hacer una interrupción.

—Shand dice que eligió a una víctima al azar, ¿no? Por tanto, que se conozcan

o no es irrelevante.

Rebus lo miró con dureza.

—Malcolm, Craw Shand es tan capaz de pegarle a alguien como yo de cruzar el estuario de Forth a nado. Tiene más de sesenta años, pesa lo mismo que un espantapájaros y se mueve como si alguien le hubiera metido un palo por el culo.

—Además —apostilló Clarke—, no sabía lo de los neumáticos rajados y, para colmo, jura que no fue él quien le prendió fuego al cubo de la basura. Por otro lado, sabe demasiado para que esto sea una de sus habituales historias...

—Coincido —dijo Rebus finalmente—. Y por eso vuelvo a lo que planteaba antes: ha oído algo o escudriñó la casa. Hay que interrogarlo sobre ambas cosas y debemos avisarlo de lo que significará esto para él ahora que Darryl Christie conoce su nombre.

—Entonces está más seguro bajo custodia, ¿no te parece?

—Solo si permanece incomunicado.

Se quedaron en silencio, concentrados en sus bebidas unos instantes. El habitual volvió a golpetear la ventana, una nueva invitación para que Rebus saliera. Este meneó la cabeza y dijo «no».

—¿Estoy viendo lo que yo creo? —dijo Fox—. ¿Has dejado de fumar?

—Podríamos decir que nos hemos dado un tiempo —contestó Rebus.

—Joder, tendré que vender mis acciones en el sector tabacalero.

—A mí me parece fantástico —terció Clarke.

—Aunque eso elimina la única afición que tenía —repuso Fox.

Clarke se volvió hacia Rebus.

—Hablando del tema...

—¿Qué?

—¿Los informes que te pasé han servido de algo?

—Un poco.

—¿De qué va esto? —preguntó Fox.

—John está investigando el asesinato de un miembro de la alta sociedad en los años setenta. Ojalá hubiera estado yo allí.

Rebus se la quedó mirando.

—¿Leíste lo que contenían antes de entregármelos?

—Solo el resumen, pero luego miré en Internet. No hay gran cosa, pero algunos escritores lo han utilizado en libros sobre crímenes famosos.

—Contádmelo —dijo Fox.

—Era una mujer llamada Maria Turquand —recitó Clarke—. Tenía toda una retahíla de amantes a espaldas de su marido. Él era un banquero rico que trabajaba para sir Magnus Brough. Maria acabó estrangulada en una habitación del hotel Caledonian. Su último amante, un viejo amigo de su maridito, era el principal sospechoso hasta que otra de sus conquistas le facilitó una coartada. Pero el hotel estaba a rebosar de músicos, parásitos y medios de comunicación. ¿Te suena Bruce Collier?

—Creo que no —reconoció Fox.

—Eso es porque no te gusta la música. En su día fue muy famoso. Una historia de éxito local que llegó a ser cabeza de cartel en el Usher Hall. El caso es que lo vieron hablando con Maria. Un amigo suyo también andaba por allí y Maria se había acostado con él en el pasado. Y luego estaba el *road manager*...

Miró a Rebus para que le recordara el nombre.

—Vince Brady —dijo—, cuya habitación era contigua a la de Maria. Y una puerta unía las dos habitaciones.

—Eso no lo sabía —dijo Clarke.

—Hablé con Robert Chatham.

—¿Quién es Robert Chatham? —preguntó Fox.

—Trabajaba en el DIC —le explicó Rebus—. Está jubilado. Hace unos años dirigió una revisión de un caso no resuelto.

—¿Y por qué ha entrado en tu radar?

—Como bien decías, un hombre necesita aficiones.

Fox afirmó con un gesto de aprobación.

—Sir Magnus Brough era el motor de Brough's, ¿no es así? El banco privado.

—Eso es.

—¿Sigue vivo?

—Murió hace mucho tiempo.

—El banco fue vendido, ¿verdad? ¿Algún familiar sigue involucrado?

Rebus estaba mirándolo fijamente.

—Nunca he sido cliente suyo. ¿A qué viene todo esto, Malcolm?

Fox chasqueó la lengua.

—No es por nada.

—Mentiroso.

—Aquí estás entre amigos —añadió Clarke y se acercó a él hasta que sus hombros se tocaron.

—¿De verdad? —preguntó con la mirada clavada en ella.

—De verdad —respondió Clarke mientras Rebus asentía para corroborarlo.

—Alguien mencionó su nombre —confesó finalmente.

—¿En Gartcosh?

Ahora fue Fox quien asintió.

—No el de sir Magnus, sino el de su nieto.

—¿En relación con qué?

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Por cuestiones operativas.

Rebus y Clarke se miraron.

—Siempre se me olvida que últimamente te mueves en círculos más elevados que nosotros, Malcolm —dijo Rebus arrastrando las palabras—. Lo bueno hay que guardarlo bajo llave. Los pobres mortales no debemos ni olerlo. Podría subírseos a la cabeza.

—No es que no confíe en vosotros, pero he jurado mantener el secreto. Y, por cierto, el hecho de que no me hayas preguntado por qué he vuelto a la ciudad significa que Siobhan ya te lo ha contado. Creo que no me gusta que me ataquen en grupo.

—De acuerdo. Está bien saber cuál es el lugar de cada uno, ¿eh, Siobhan?

Fox se encorvó, sosteniendo el vaso medio vacío y con la cabeza ladeada hacia él.

—Estoy segura de que Malcolm sabe lo que hace —repuso Clarke con frialdad.

—Siempre hay una primera vez para todo —coincidió Rebus.

Clarke había terminado su copa y se puso de pie.

—¿Tú te quedas, John? Puedo acercarte.

—No me vendría mal —dijo Rebus, que cogió el abrigo que tenía doblado a su lado.

—¿Y yo qué? —protestó Fox—. Tengo el coche en Gayfield Square.

Clarke ya iba camino de la puerta.

—Tú puedes utilizar tus putos pies —contestó Clarke sin darse la vuelta.

—Te vendrá bien —añadió Rebus al pasar, y le dio una palmadita en la cabeza.

Cada bache de Edimburgo era una tortura, incluso en un coche con la suspensión del Range Rover de Darryl Christie, que iba sentado en el asiento del acompañante intentando no encogerse de dolor. Harry, su chófer, tenía la habilidad de encontrar cada protuberancia y cráter del pavimento. Pero al final llegaron a Merchiston, probablemente no por la ruta más rápida, ya que Harry había utilizado el navegador por satélite.

—¿Qué casa es? —preguntó a Christie.

—La número veinte.

—Pues es esta. —Harry frenó en seco y a su lado oyó un gemido de dolor—. Lo siento, Darryl. ¿Estás bien?

Pero Christie no estaba prestando atención. Miró el cartel de EN VENTA, bajó lentamente del coche y se irguió con esfuerzo. Luego abrió la puerta y enfiló el camino. No había luces en el interior, pero unas cortinas abiertas le permitían atisbar un salón desvencijado.

—¿Estás pensando en comprarla? —preguntó Harry.

—Vuelve al coche y espérame allí —le espetó Christie.

Echó a andar por el camino de entrada, muy parecido al suyo, en dirección a la parte trasera de la propiedad. Un sensor lo detectó y se encendió una luz, que iluminó el jardín y la cochera, donde en su día dormía el guardaespaldas de Cafferty. Este había acabado despidiéndolo, pues ya no necesitaba sus servicios. En la alarma instalada encima de la puerta trasera parpadeaba una luz roja. A Christie le pareció que era de verdad.

Su teléfono empezó a vibrar en el bolsillo y lo sacó. Era Joe Stark.

—¿Qué puedo hacer por ti, Joe?

—Me han dicho que sufriste un ataque.

—No es nada importante.

—Créeme, sí lo es. Significa que cualquier cabrón sabe que puede ir a por ti.

—Estoy ocupándome de ello.

—Más te vale.

—Y te agradezco tu interés.

—¿Mi interés? —Stark empezó a elevar el tono de voz mientras Christie desandaba el camino—. Lo único que me interesa es mi puto dinero. ¿Cuándo lo tendré?

—Pronto, Joe, pronto.

—Más te vale que sea así, muchacho.

—¿Te he decepcionado alguna vez?

—Decir eso no nos lleva a ninguna parte, Darryl. Ya he tenido bastante paciencia contigo.

—¿Estás diciendo que ordenaste tú la paliza?

—Si lo hubiera hecho, ahora tendrías la mandíbula cosida. El dinero o tu cabeza, muchacho. El dinero o tu cabeza.

La llamada finalizó y Christie volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Harry estaba abriéndole la puerta de la entrada.

—¿Volvemos al rancho, jefe, o te apetece tomar algo en algún sitio?

—Me voy a casa —respondió Christie, pero se detuvo antes de montarse en el coche y volvió a contemplar la antigua casa de Cafferty.

«¿Estás pensando en comprarla?».

Se preguntaba qué diría su madre al respecto...

CUARTO DÍA

La noche anterior, Rebus había sacado a Brillo a pasear por Bruntsfield Links. Después se sentó a la mesa del comedor, encendió el ordenador portátil y buscó el nombre «Anthony Brough». Todo esto después de que Siobhan lo dejara en casa.

—Lo de Craw lo digo en serio —le había recordado Rebus—. Es hombre muerto a menos que puedas convencer a Darryl de que no fue él.

—Haré lo que pueda. Pero probablemente no quepa la posibilidad de prisión preventiva aunque se presenten cargos.

—Pues retenedlo para un examen psicológico.

—Estaría bien contar con un sospechoso más verosímil.

—¿Ha hablado alguien con Joe Stark?

—Yo creía que Joe y Darryl eran colegas.

—Lo cual debería haber supuesto más protección para Darryl. Pero como no es el caso...

—¿Han tenido un desencuentro y este es el castigo de Joe?

Rebus se encogió de hombros.

—Merece la pena investigar, ¿no?

Igual que consideraba que merecía la pena investigar al nieto de sir Magnus Brough. De hecho, había averiguado todo lo que había podido sobre la familia Brough y su feudo bancario. Creado a finales del siglo XVIII, cosechó gran parte de su éxito financiando el comercio: esclavos a América y algodón y tabaco a Gran Bretaña. Desde yacimientos de carbón en Fife hasta plantaciones de té en India y vinos de calidad en Burdeos, Brough's había estado allí. Justo después de

la guerra, la familia perdió el control de la entidad durante un corto espacio de tiempo, pero sir Magnus entró como socio minoritario y fue trepando hasta hacerse con toda la empresa. Rebus se preguntaba qué clase de hombre había que ser para conseguir algo así, y había hallado la respuesta en varios ensayos publicados en la red y capítulos de la historia de la economía: despiadado, rapaz, práctico, decidido e incansable.

El hijo de sir Magnus no era nada de eso y había dado la espalda a la banca, ya que prefería pasarse el año entero de vacaciones en destinos remotos. Jimmy Brough acabó sentando la cabeza y se casó con Lisanne Bentley. Tuvieron dos hijos, Anthony y Francesca, ambos actualmente treintañeros, los cuales, tras un accidente de automóvil que acabó con la vida de sus padres, quedaron huérfanos cuando eran adolescentes, de modo que sir Magnus tuvo que hacerse cargo de ellos. Anthony había empezado a trabajar en el banco, pero no sobrevivió a la adquisición. Francesca había perdido el juicio a causa de las drogas, y las menciones a su persona no desvelaban nada. Pero Anthony había fundado Anthony Brough Investment Group y Brough Consulting, ambas con sede en Edimburgo.

Rutland Square, Edimburgo, para ser más exactos.

—Este pequeño mundo acaba de hacerse aún más pequeño —murmuró Rebus cuando se iba a la cama.

Después de un temprano paseo hasta la tienda de la esquina, seguido de un desayuno para perro y amo, Rebus observó a Brillo acomodarse en su cesta de la cocina y se fue. El tráfico hacia Tollcross y Lothian Road era lento, como solía ocurrir en hora punta, y las omnipresentes obras no ayudaban. Empezaba a pensar que habría ido más rápido caminando, pero resopló ante semejante idea. Había aparcamiento en Rutland Square, así que decidió comportarse como un ciudadano diligente y utilizarlo, e incluso introdujo un par de monedas en el parquímetro.

Desde su posición tenía una buena panorámica del Caley, un edificio de ladrillo rojo. Rutland Square comprendía hileras de casas de cuatro niveles que

probablemente habían sido residenciales cuando se construyeron pero ahora eran sobre todo oficinas, al menos las plantas bajas. Se preguntaba cuál de ellas pertenecía a Bruce Collier y si Internet arrojaría alguna respuesta. Las elegantes fachadas con columnas de piedra daban pocas pistas, aunque de vez en cuando se atisbaba por la ventana a algún trabajador levantándose de la mesa con documentos en una mano y un café en la otra.

Rebus bordeó la plaza. En el centro, una valla protegía un tramo de césped bien cuidado y un banco de hierro forjado. La puerta estaba cerrada y solo podía accederse con llave. Una calle situada a la derecha conducía a Shandwick Place, donde el repiqueteo de una campana anunció el paso de un flamante tranvía. La comisaría de Torphichen Street estaba a tiro de piedra en la otra dirección. Pasaron a toda velocidad un par de taxis que habían recogido a unos clientes del hotel. Una de las placas que vio Rebus anunciaba que al otro lado de la puerta había algo denominado Club Escocés de las Artes. Pero sobre todo halló indicios de que los ocupantes de la plaza trabajaban en ámbitos serios y formales del comercio: peritos, abogados, contables y administradores de activos.

Brough Investment estaba justo enfrente del Club Escocés de las Artes. Rebus subió las escaleras. La puerta principal, de madera maciza, pintada de negro brillante y con buzón y aldaba de latón pulido, estaba abierta. Detrás de ella, un vestíbulo conducía a una segunda puerta de cristal opaco. En el interfono había media docena de botones y junto a ellos varios nombres de empresas. Rebus se fijó en el de ABIG. ¿Qué diría? «¿No entiendo por qué el inspector Malcolm Fox está tan interesado en ustedes?».

Rebus sonrió, volvió a la acera e hizo una llamada.

—Esto promete —respondió Fox.

—Adivina dónde estoy —dijo Rebus.

—Una suposición vaga: Rutland Square.

Sorprendido, Rebus miró a izquierda y derecha. No había rastro de Fox ni de su coche.

—Eres un tipo listo —dijo tras darse un momento para recuperarse.

—Ayer noche parecías demasiado interesado. Era impensable que lo dejaras correr.

—En Gartcosh te tienen bien enseñado.

—No lo suficiente. De lo contrario, no habría mencionado el nombre.

—¿Ya estás dispuesto a contarme de qué va todo esto o tengo que llamar al timbre de Brough's y preguntarlo?

—Llamar no te servirá de nada.

—¿Por qué no?

—Porque no está ahí. Llamé hace veinte minutos haciéndome pasar por un cliente. La secretaria se disculpó al instante. Me dijo que había cancelado sus reuniones porque habían requerido su presencia en otro sitio.

—¿Dónde?

Rebus estaba estudiando las ventanas de todos los pisos del edificio.

—Me pareció que no lo sabía. Creo que no sabía qué decirme.

—¿Sabes por qué se ha ido?

—En realidad no.

—¿Eso significa que tienes una corazonada? Quizá deberíamos vernos y hablarlo.

—John, sin ánimo de ofender, pero no es asunto tuyo.

—Claro, tienes razón.

—La mayoría de los hombres de tu edad se contentarían con tenerse en pie o ir a apostar a los caballos.

Fox calló de repente y Rebus frunció el ceño. ¿Se le acababa de escapar algo?

—¿Qué pasa, Malcolm?

—Mira, tengo que llamar a Gartcosh para informar de lo de Brough.

—¿Porque está relacionado con lo de Darryl Christie? Se trata de eso, ¿verdad?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Claro que no, Malcolm. Tu secreto está a salvo conmigo.

Rebus colgó y no respondió cuando Fox volvió a llamar. Estaba dándose

golpecitos en los dientes con la esquina del teléfono cuando se abrió una puerta un poco más adelante. Luego apareció una figura y subió a un Porsche plateado. Aunque solo lo había visto en fotografías y en un escenario lejano durante un concierto, Rebus lo reconoció de inmediato.

—Hola, Bruce —se dijo a sí mismo mientras avanzaba hacia el aparcamiento que el coche acababa de dejar libre con gran estruendo, lo cual sin duda complació a su conductor. Se detuvo frente a la puerta de Bruce Collier. Más pintura negra brillante, pero no había placa de ningún tipo, nada que indicara que aquella era la casa de un hombre con varios números uno al otro lado del Atlántico. Las ventanas de la planta baja tenían persianas con listones de madera que permitían ver el interior. Cuadros chabacanos en paredes de color crema, sofás de piel blanca y sillas. No había discos de oro ni de platino, ni tampoco equipo de música ni instrumentos. Collier, antaño una persona ostentosa, había aprendido a llevar una vida aparentemente más tranquila.

Rebus se dio la vuelta y vio el Porsche saliendo de la plaza. Más tranquila, sí, pero poco preparada para el anonimato total...

Se habían presentado cargos contra Craw Shand pese a los recelos de la fiscalía.

—Es poco consistente, Siobhan —había advertido la fiscal.

—Lo sé —reconoció Clarke.

Acusado y puesto en libertad bajo fianza. Shand parecía satisfecho del resultado y agradeció a Clarke su preocupación cuando esta le aconsejó que fuera discreto y que incluso se planteara no pasar por casa en unos días.

—Pero ¿no estaría incumpliendo la condicional? —preguntó.

—Si se presenta en su comisaría local, no. Confíe en mí.

Shand intentó darle la mano, pero ella la retiró y negó con la cabeza. Después lo observó cuando salía de Gayfield Square, donde, afortunadamente, no estaba Laura Smith.

Clarke llamó a casa de Christie y lo cogió su madre.

—No está —dijo—. Pero han atrapado muy rápido a ese cabrón. Siento haber dudado de ustedes.

—Bueno, ahora tiene la oportunidad de enmendarlo —respondió Clarke—. Necesito hablar con Darryl.

—Está trabajando.

—¿En cuál de sus numerosos negocios?

—Creo que en el Devil's Dram.

—Gracias.

Clarke conocía el Devil's Dram. Bautizado así por la cantidad de whisky que se pierde en cada barril a causa de la evaporación, era un club nocturno de Cowgate, situado justo al lado del depósito de cadáveres de la ciudad. La última vez que estuvo allí fue durante una salida nocturna de chicas organizada por Deborah Quant. Llegó al cabo de diez minutos, pero no encontró aparcamiento. Finalmente decidió estacionar su Astra al lado de una de las furgonetas negras anónimas que había en el patio del depósito de cadáveres.

Cowgate era como un desfiladero con dos carriles, aceras estrechas y pendientes pronunciadas al final. No hacía mucho, Clarke había perseguido a un asesino por esos carriles hasta que el esfuerzo pudo con ella, un detalle que no se molestó en incluir en su informe. Las puertas metálicas llenas de grafitis del Devil's Dram estaban cerradas a cal y canto. No había ventanas, tan solo mampostería, también pintarrajeada. Era difícil saber si era un elemento del diseño u obra de unos vándalos. Clarke golpeó las puertas con el puño y el pie. Al final oyó a alguien abriéndolas. Un joven arremangado y con los brazos cubiertos de llamativos tatuajes se la quedó mirando. Llevaba el pelo immaculado y peinado hacia atrás y lucía una barba exuberante.

—Tienes pinta de trabajar detrás de la barra —comentó Clarke.

—Soy el propietario —precisó él.

—Sobre el papel, a lo mejor. —Clarke sostuvo la placa delante de su cara—. Pero yo he venido a ver al jefe de verdad.

El joven sonrió con aire burlón, pero al final se apartó lo suficiente para que

Clarke pudiera entrar a una cripta tenuemente iluminada que conducía a la sala principal. Desde el techo miraban lascivamente unas gárgolas de plástico, y en las paredes retozaban sátiros de barba blanca. De los altavoces salía una música rock atronadora.

—Me gusta Burt Bacharach por las mañanas —dijo Clarke.

—Son Ninja Horse.

—Pues hazme el favor de volver a meterlos en el establo.

El joven se fue, esbozando de nuevo una sonrisa socarrona. Había una escalera de cristal que llevaba a una zona VIP situada justo encima de una barra larga forrada de espejos. Cuando Clarke empezó a subir, la música cesó abruptamente. Estaban preparando el local para la noche: aspiradoras en marcha, reabastecimiento de botellas y reubicación de sillas y taburetes. Darryl Christie vigilaba desde su mesa en el piso de arriba. Aún llevaba esparadrapo en la nariz, pero tenía los ojos menos hinchados, aunque igual de amaratados. Delante de él había esparcidos unos documentos y, con gran teatralidad, dio la vuelta a todas las hojas para que la parte en blanco quedara boca arriba cuando llegó Clarke.

—No soy de la Agencia Tributaria, Darryl —protestó fingidamente Clarke.

—A lo mejor estoy ocultando mis secretos comerciales: cómo crear una discoteca próspera de la nada.

A su lado tenía un vaso de agua con gas. Se lo llevó a la boca y bebió utilizando una pajita de color rojo chillón a la espera de lo que Clarke tuviera que decirle.

—Craw Shand vuelve a estar en la calle —anunció ella.

—¿En serio?

—Si le ocurre algo, tendrá que responder ante mí.

—¿Ante la malvada inspectora Clarke? —Christie contuvo una sonrisa—. Si algo he aprendido sobre saldar cuentas con alguien es que es aconsejable dejar pasar tiempo. Pueden ser semanas, pueden ser meses, pero la expectación sigue ahí.

—¿Eso es lo que le pasó al hombre que mató a su hermana?

Christie tensó los pómulos.

—Había matado a más de un niño. No habría durado mucho en la cárcel.

—Barlinnie, ¿verdad? Supongo que eso significa que lo organizó Joe Stark. Era su ciudad y su esfera de influencia. ¿Siguen manteniendo relación, Darryl?

—¿Y a usted qué le importa, agente?

—El hecho de que hayamos presentado cargos contra Shand no significa que dejemos de investigar. Eso incluye a todos sus conocidos, amigos o enemigos.

—Entonces, imagino que habrán detenido a Cafferty...

—Quizá lo hagamos después de hablar con Joe Stark.

—Pueden ustedes hablar hasta que se pongan morados, pero eso no cambiará nada.

Christie se levantó con gran esfuerzo y jadeó un poco al notar una punzada en las costillas.

—Su madre cree que me debe una por haber atrapado tan rápido a Shand.

—Y, si no le hago nada, ¿usted y yo estaremos en paz? Buen intento, Siobhan. —Se encontraba a solo unos centímetros de ella—. Fue agradable verla por aquí hace unas semanas. ¿Lo pasó bien? Por lo que vi en las grabaciones, sí. Me pareció contar siete gin-tonics. —Sonrió de nuevo y señaló las escaleras—. Y, ahora, si me disculpa...

Clarke no se movió y Christie inclinó ligeramente la cabeza para indicarle que todo estaba dicho, así que bajó las escaleras rodeada de un fuerte olor a desinfectante. Cuando cruzaba la pista de la sala principal bajo la atenta mirada de diablillos y demonios, la desquiciante música empezó a sonar de nuevo. Ya en la calle, se detuvo a respirar hondo y notó que el teléfono estaba vibrando. Al mirar la pantalla vio que era su compañera de la sala de control de la Policía de Escocia.

—¿Qué ocurre, Tess?

—Han sacado un cuerpo del puerto de Leith, cerca del Britannia.

—¿Ha sido un suicidio?

—Si lo es, ha sido digno de Houdini. O Houdini a la inversa, supongo.

—Suéltalo, va.

—Me han dicho que llevaba las manos atadas a la espalda.

—Es sospechoso, desde luego.

—Eso mismo pensé yo. Pero el motivo por el que imaginé que te interesaría es que los nuestros reconocieron su cara.

Clarke paró en seco con la mirada clavada en las puertas del Devil's Dram.

—Por favor, Dios —se dijo. Pero no podía haber ocurrido tan pronto...

Entonces se dio cuenta de que Tess estaba deletreando un nombre que le sonaba de algo.

—Repítelo —pidió.

Después colgó y buscó el número de Rebus.

—¿Sí, Siobhan?

—Acaban de sacar a Robert Chatham del puerto —anunció.

—Mierda —contestó Rebus.

Clarke estaba pensando qué más decirle cuando se percató de que Rebus había colgado.

El velero real Britannia tenía un embarcadero permanente detrás del centro comercial Ocean Terminal y el aparcamiento de varias plantas situado justo al lado. Formando un ángulo recto con el embarcadero había un edificio de recepción que utilizaban los pasajeros que embarcaban y desembarcaban, las clases más bajas de los cruceros. Cuando no había barcos de ese tipo, el edificio permanecía cerrado, pero ahora estaba abierto y era un hervidero de policías, especialistas forenses, fotógrafos y personal auxiliar, todos ellos bajo la supervisión del jefe de la científica. El cadáver yacía cerca del muelle y habían erigido una tienda de campaña improvisada para protegerlo de miradas curiosas.

Rebus vio a Deborah Quant y una de sus compañeras, ambas con mono protector, gorro y cubiertas de calzado elásticas. Quant se había subido la mascarilla a la frente y estaba tapándose la boca con la mano para mantener una

conversación privada. Cerca de allí había una pequeña furgoneta blanca. Las puertas traseras estaban abiertas y en su interior se distinguían trajes de neopreno y bombonas de oxígeno. Dos hombres esperaban de brazos cruzados a que llegaran instrucciones.

El nombre del jefe de la policía científica era Haj Atwal. Llevaba un portapapeles en la mano con el que señaló a Siobhan Clarke.

—¿Se ha registrado?

—En el cordón de seguridad —confirmó ella—. ¿Conoce a John Rebus?

Ambos se estrecharon la mano y Rebus le preguntó cuánto tiempo llevaba la víctima en el agua.

—Es justamente lo que están debatiendo nuestros amigos médicos. Por lo que he oído hasta el momento, la autopsia responderá a unas cuantas preguntas. — Atwal hizo una pausa y miró a Rebus—. Yo creía que lo habían metido a usted en el baúl de los recuerdos.

—He venido a quitarme un poco el polvo —respondió.

—John habló con la víctima ayer por la mañana —explicó Clarke—. Suponiendo que sea quien creemos que es.

—Lo ha reconocido el primer agente uniformado que ha llegado al lugar de los hechos —afirmó Atwal—. Además, llevaba la cartera en el bolsillo. Tarjetas de crédito y carné de conducir. También llevaba el teléfono.

—¿Cree que faltaba algo?

—Nada en absoluto.

—¿Así que no intentaron robarle sus pertenencias?

La mirada de Atwal dejaba entrever que no tenía intención de hacer conjeturas. Sus virtudes eran las normas procesales y lo verificable. Clarke vio otra furgoneta acercándose. Era más grande que la del equipo de buceo y estaba pintada de negro. Puede que fuera incluso la que había aparcada junto a su coche en el depósito de cadáveres.

—Todo el mundo está ansioso por ponerse manos a la obra —comentó Atwal.

—Es normal —dijo Rebus ladeando la cabeza en dirección a la víctima—. El

que está ahí tumbado es uno de los nuestros.

—Pero estaba jubilado, igual que usted. Imagino que no se reunieron para hablar de trabajo.

—El problema es que eso es exactamente lo que hicimos. Un caso que todo el mundo daba por extinguido.

—Pues me parece que acaba de reactivarse —concluyó Atwal, que se alejó para responder a una pregunta de un miembro de su equipo.

Rebus y Clarke se mantuvieron a cierta distancia del cuerpo y observaron al personal mientras trabajaba. Finalmente los vio Deborah Quant y, cuando terminó de hablar con su compañera, fue hacia ellos. Volvió a levantarse la mascarilla, pero no hubo sonrisas ni saludos, solo trabajo.

—Es una muerte sospechosa —sentenció—. Ahora mismo es todo lo que puedo decir.

—¿Hay cortes o golpes? —preguntó Rebus.

—Nada que no pudiera hacerse después de pasar cierto tiempo en el agua.

Rebus estudió el entorno.

—Hay vallas altas y cámaras de seguridad. No es el mejor lugar para deshacerse de un cuerpo.

—Alguien tendrá que comprobar el flujo de las mareas. Es posible que cayera al agua en cualquier punto entre Cramond y Portobello.

—Vivía delante el puerto de Newhaven.

Quant se lo quedó mirando.

—¿Por qué no me sorprende que lo conocieras?

—Hablé ayer con él, Deborah.

La mirada de Quant se suavizó.

—¿Era amigo tuyo?

—Solo nos habíamos visto dos veces —aclaró Rebus—. ¿No sabéis si se ahogó?

—Yo diría que es probable. No hay heridas obvias y no fue estrangulado ni nada por el estilo.

—Conque seguramente pidió socorro...

—Es posible.

—Lo cual significa que quizá le oyó alguien —terció Clarke.

Quant se volvió hacia ella.

—¿Estás al mando, Siobhan?

—No hasta que alguien me lo diga.

—Mierda —interrumpió Rebus, que miró por encima del hombro de Clarke—. Parece que se ha corrido la voz.

Malcolm Fox iba en dirección al grupo, tratando de adoptar un semblante amigable a la vez que respetuoso.

—Inspector Fox —dijo Quant—, creíamos que nos lo había arrebatado Gartcosh.

—He conseguido un visado de turista. —Fox consultó su teléfono—. ¿Ha llegado el jefe de la científica?

—Es el que tiene pinta de italiano —dijo Rebus señalando a Atwal.

Fox asintió a modo de agradecimiento y se fue.

—Los padres de Haj son indios —dijo Deborah Quant.

—Ya lo sé —respondió Rebus con una tímida sonrisa.

—¿De qué quiere hablar Malcolm con él? —preguntó Clarke frunciendo el ceño.

—Creo que acaban de renovarle el visado de turista. Como decía, Robert Chatham era uno de los nuestros.

Rebus miró a Clarke hasta que el mensaje hubo calado.

—Gartcosh intentará llevar el caso —saltó.

Rebus asintió lentamente.

—Con Malcolm a la cabeza.

Quant observó la figura de Fox mientras se alejaba.

—¿Quieres decir que él está al mando?

—Eso parece, ¿no crees?

—Gracias por los trabajos preliminares, Malcolm, pero ahora estoy yo al mando.

Fox tenía delante al comisario Alvin James. Era unos años más joven que él, enjuto, con pómulos prominentes y la cara pecosa. Tenía el cabello rubio rojizo y lo llevaba impecablemente cortado y peinado. Fox intuía que era corredor de larga distancia; tenía esa clase de físico. Puede que también jugara en una liga de fútbol sala. Deportista, sin vicios y siempre abierto a un ascenso.

—Sí, señor —dijo Fox, que llevaba las manos a la espalda.

James sonrió casi imperceptiblemente.

—Llámeme Alvin. Y lo de los trabajos preliminares lo decía en serio.

Se encontraban en un despacho sin ventilar en la primera planta de la comisaría de Leith, situada en la esquina de Constitution con Queen Charlotte Street. El edificio, que en su día había sido el ayuntamiento de Leith, era robusto pero estaba desvencijado, y el horario de apertura era limitado. El despacho que ocupaban estaba reservado para ese uso y nada más. Solo lo abrían cuando el equipo de Grandes Investigaciones llegaba a la ciudad. Alvin James era el investigador jefe, elegido para el puesto por Lyon, el director de Gartcosh. Su equipo incluía a agentes del DIC y personal de administración. Estaban todos enchufando ordenadores portátiles, conectándose a la wifi e intentando abrir las ventanas para que el ambiente estuviera un poco menos cargado.

Fox reconoció a uno de los agentes, lo cual significaba que, casi con total seguridad, no eran locales. James pareció leerle la mente.

—Sé que muchos de nuestros compañeros de esta parte del país creen que la Policía de Escocia no es más que Strathclyde con otro nombre, pero no es así. De acuerdo, he pasado casi toda mi vida profesional en Glasgow, pero aquí también hay gente de Aberdeen y Dundee. Por otro lado, ninguno de nosotros conoce este lugar tan bien como usted. Por eso será mi asesor. ¿Le parece razonable?

—La cuestión es que en estos momentos estoy trabajando en otro caso.

—Me lo comentó el director Lyon, pero ha hablado con Ben McManus y cree

que se le da bien compaginar varias cosas. Estará aquí cuando le necesite, pero, por lo demás, podrá seguir trabajando en su otra investigación. ¿Qué le parece?

—Me parece... factible.

—Fantástico. Y bien, ¿qué debo saber? —James miró a Fox, que no sabía cómo responder, y luego esbozó una amplia sonrisa y agitó un dedo—. Era broma. Pero sí me gustaría que pensara en gente de la zona. Gente viva, quiero decir. Preferiblemente del DIC. Puede que tengamos que reclutar a unos cuantos si las cosas se complican.

—La mejor inspectora de la ciudad es Siobhan Clarke. Tiene a dos agentes de primera línea a sus órdenes.

—¿Lo ve? Ya ha cumplido sobradamente su parte. Gracias.

James dio media vuelta, se frotó las manos y empezó a dictar órdenes al resto de su brigada. A falta de otra cosa que hacer, Fox se quedó allí plantado moviendo los pies. Fue un alivio cuando sonó el teléfono, y descolgó sin comprobar siquiera quién llamaba.

—Soy yo —dijo Rebus.

—Muchas gracias por la bromita de antes —respondió Fox en voz baja.

—¿Cuál?

—Decirme que el jefe de la científica era italiano.

—Yo solo dije que tenía pinta de italiano. ¿Puedes hablar un minuto?

—Supongo que sí.

—¿Recuerdas que ayer noche en el pub mencioné a Robert Chatham?

—La verdad es que no.

—No, porque estabas demasiado ocupado pensando en sir Magnus Brough y su nieto.

Fox salió al pasillo, que estaba desierto.

—El tipo que acabamos de sacar del agua es Chatham.

—Exactamente.

—¿Murió el mismo día que habló contigo?

—Sí.

—Dios mío, John...

—¿Van a instalar la sala del EGI en Leith?

—Están casi listos. El jefe de investigación es el comisario Alvin James.

—No ubico el nombre, pero supongo que es de Glasgow.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo eligieron en Gartcosh. Parece lógico.

—Les he hablado bien de Siobhan.

—Puede que ella no te lo agradezca. Ahora vete a decirles a Alvin y sus ardillas que un policía retirado de la costa este sabe más que ellos y que en unos veinte minutos estará allí para contarles su historia.

—¿Así que este es el nuevo mundo del que todos hablan?

Rebus entró en la sala con las manos en los bolsillos.

—Usted debe de ser John Rebus —dijo Alvin James, que se levantó a estrecharle la mano.

—Y usted el subcomisario James.

—Comisario James.

Rebus hizo un gesto con la boca para indicar que tomaba nota de la corrección. James señaló a Fox, que estaba sentado a la mesa situada junto a la suya. Había otras cuatro personas en la sala. Obviamente, habían trabajado antes juntos y lo miraron con escepticismo profesional. James señaló a cada uno de ellos.

—Estos son los comisarios Glancey y Sharpe y los agentes Briggs y Oldfield.

Briggs, la única mujer, era esbelta y formal. Glancey no cabía en la silla. Se había quitado la americana y estaba enjugándose el sudor de la cara con un pañuelo impoluto. Sharpe tenía una mirada inteligente pero desconfiada. Él parecía un búho; Glancey, un toro. Oldfield era más joven y arrogante y estaba preparado para entrar en acción. Rebus se volvió hacia Fox.

—Todo resulta muy familiar, ¿eh, Malcolm? —Luego, en favor de James—: Hace poco vino un equipo de Glasgow y las cosas se torcieron un poco.

—No somos todos de Glasgow —puntualizó James—. Lo que sí somos, señor Rebus, es una unidad cuyo objetivo es encontrar al asesino de Robert Chatham. —Se cruzó de brazos y apoyó el trasero en la esquina de una mesa—. Malcolm dice que podría tener usted información de utilidad, así que podemos seguir con

los juegos de patio de colegio o ponernos manos a la obra. —Hizo una pausa y ladeó un poco la cabeza—. ¿Usted qué dice?

—Digo que con leche y sin azúcar, comisario James.

—Llámeme Alvin, por favor. —Luego, volviéndose hacia Fox—: Esto se nos había olvidado, Malcolm. ¿Puede conseguir todo lo necesario?

—¿Yo?

—Aquí es usted el único que ya ha oído la historia de John —argumentó James.

Los allí presentes se taparon la boca para disimular sus sonrisas cuando Fox se dirigió a la sala contigua, donde se hallaba reunido el personal de apoyo.

—¿Hay una tetera eléctrica por algún sitio?

—Probablemente encontrará una en Argos —le dijeron.

Maldiciendo entre dientes, salió del edificio y se dirigió a Leith Walk. Compró una tetera eléctrica y media docena de tazas en una tienda, y café, té, azúcar, leche y cucharas de plástico en otra. La excursión no le llevó más de veinticinco minutos, tiempo suficiente para que Rebus llegara al final de su relato. El caso es que Fox no tenía forma de saber qué se había callado, si es que no lo había contado todo. Tratándose de Rebus, la verdad no debía de ser toda la verdad; siempre le gustaba saber un poco más que quienes compartían escenario con él.

Fox dejó las bolsas encima de la mesa del agente Oldfield.

—Puedes ejercer de madre —dijo.

Oldfield miró a James como pidiendo consejo, pero este se limitó a asentir. Frunciendo el ceño a Fox, Oldfield se levantó, sacó la tetera de la caja y fue a buscar un grifo.

—Ahora todo el mundo está al corriente, ¿verdad? —dijo Fox, que se aposentó en su silla.

—Y muy intrigados —respondió James. Estaba sentado a su mesa, dándose golpecitos en la mejilla con un bolígrafo. Había tomado notas en una libreta de papel pautado y estaba repasándolas mientras hablaba—. Sin descartar nada de lo

que acaba de contarnos, hay ciertos protocolos que sería poco inteligente ignorar. Eso significa obtener los resultados del examen *post mortem*, entrevistar al socio del señor Chatham e indagar un poco en su lugar de trabajo.

—Los porteros probablemente tienen más enemigos que la mayoría —comentó Glancey, que dobló de nuevo el pañuelo y empezó a enjugarse.

—Y seguramente molestó a unos cuantos indeseables en sus tiempos en el DIC —apostilló Briggs mientras golpeaba sus notas con un bolígrafo.

—En ese caso, tendremos que echar un vistazo a su historial como investigador en Livingston —dijo James—. John, cuando habló con él, ¿estaba bien?

—Sí.

—¿Le comentó qué haría después de reunirse con usted?

—No.

—¿No recibió llamadas ni mensajes mientras estuvieron en la cafetería?

—Entiendo que tengan ustedes todos esos protocolos que deben seguir, pero no puede ser coincidencia, ¿no? El mismo día que hablo con él del asesinato de Maria Turquand, acaba bajo el agua.

James asintió, pero Fox notó que no estaba convencido del todo y Rebus empezaba a resultarle irritante.

—Tiene que traernos todos esos informes —dijo Sharpe pausadamente—. Unos informes que no debería haberse llevado nunca de la URC.

Rebus estableció un fugaz contacto visual con Fox para que entendiera de qué iba todo aquello. Había falseado la verdad para que el nombre de Siobhan Clarke no saliera a la luz. Hasta donde sabían James y su equipo, Rebus se había llevado las notas que tomó en su día Chatham en la oficina de la URC.

En una esquina de la sala, Oldfield hizo todo el ruido que pudo al enchufar la tetera y preparar las tazas.

—¿Recuerda lo que comentaba sobre el patio del colegio, Mark? —rezongó James.

En ese momento, alguien llamó a la puerta, que estaba abierta. Era Haj Atwal.

—¿Han terminado en el puerto? —preguntó James.

—Finiquitado. —Atwal se pasó una mano por su cabeza afeitada—. Todo lo que tengo hasta el momento estará en su bandeja de entrada al final del día.

—Gracias. ¿Y los buzos?

—Han echado un vistazo rápido, pero como no había arma propiamente dicha...

—De todos modos, probablemente fue a la deriva por la costa —dijo Rebus, que no pudo contenerse.

—¿Está diciendo que no deberíamos habernos molestado? —James parecía esperar respuesta, pero Rebus solo se hizo un gesto—. ¿Y qué le hace estar tan seguro de que no cayó al agua donde lo encontramos?

—La altura de las vallas y la presencia de cámaras de vigilancia.

—Pero no hemos visto las grabaciones, ¿verdad?

Fox vio dónde iba todo aquello. James no sabía hasta qué punto confiar en Rebus: ¿estaba tratando de desorientarlos? Al parecer, Rebus había llegado a la misma conclusión; tenía los hombros tensos y la mandíbula apretada.

—¿Va a interrogarme como sospechoso, Alvin? —preguntó Rebus.

James se hizo el incrédulo.

—En absoluto —respondió.

—Entonces ¿hemos terminado? ¿Puedo irme?

—Por supuesto.

Rebus se dirigió a la puerta y miró por última vez a Fox antes de pasar junto a Haj Atwal.

—La ropa de la víctima será analizada —anunció Atwal a los presentes—. El siguiente paso será la autopsia.

—Gracias —dijo James, que se puso a trabajar hasta que el jefe de la policía científica hubo salido al pasillo.

—Deberíamos haber preguntado quién practicará la autopsia —comentó Sharpe.

Su voz era poco más que un susurro y Fox se preguntó si sería un ardid.

Hablaba tan bajo que debías dedicarle toda tu atención.

—La profesora Quant —respondió Fox—. Deborah Quant.

Alvin James le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Y hay algo que debemos saber acerca de la profesora Quant, Malcolm? —preguntó.

—Está altamente cualificada y es afable y nada ostentosa. —Fox fingió pensar un momento—. Ah, y ella y Rebus son pareja.

James arqueó una ceja.

—¿En serio?

—Así que, si John Rebus es su asesino, quizá sea ella la que procure que salga airoso.

Alvin James echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Un poco de sentido del humor siempre ayuda a rebajar la tensión, ¿eh?

Fox se forzó a corresponder las sonrisas medio sinceras que estaban dedicándole.

—Tengo una pregunta para todos —interrumpió Oldfield.

—¿De qué se trata, Mark?

—¿Té o café? —Después, a Fox—: ¿Tú cómo lo tomas?

—Sin saliva, a poder ser —dijo Fox—. Aunque, como estoy a punto de ir a mear, quizá sientas una tentación irrefrenable...

Rebus estaba sacando la multa de aparcamiento de debajo de uno de los limpiaparabrisas del Saab y mirando a uno y otro lado de la calle en busca del culpable.

—Mala suerte —comentó Fox.

—Y yo cobrando la pensión. —Rebus se metió la multa en el bolsillo—. ¿Crees que ese tal Alvin James está capacitado para el trabajo?

—Es pronto para decirlo. —Rebus había empezado a mascar un chicle—. ¿Eso ayuda?

—No mucho —respondió—. Recuerda: no comentes que Siobhan me facilitó ese informe.

—Mensaje recibido. ¿Has barrido algo más debajo de la alfombra?

—No me acuerdo.

—Entonces ¿cómo sabré que no debo mencionarlo?

—A lo mejor si intentas mantener la boca cerrada por una vez en la vida... — Rebus lo fulminó con la mirada—. No puedo decir que el joven Alvin me llene de confianza. Se pasa de brillante.

—¿Su traje o su cara?

—Todo él, Malcolm. Solo piensa en el próximo peldaño de la escalera.

Fox no pudo discrepar.

—No creo que descarte por completo la conexión con Turquand.

—Es la única conexión que hay.

—Entonces lo investigará.

—Sí, una vez que haya pasado por todos sus puñeteros «protocolos». Persevera, Malcolm. Tienes que hacerle ver lo que está ocurriendo.

Fox asintió lentamente.

—¿Quién más sabe que habías empezado a investigar?

Rebus pensó en ello.

—Deborah tuvo un anticipo. Y Siobhan, por supuesto.

—Además del que facilitó el informe a Siobhan.

—Cierto.

—Y cualquiera a quien acudiese Robert Chatham.

Ahora era Rebus quien asentía, aunque con aire distraído.

—Tenemos que conseguir sus registros telefónicos, ver con quién habló cuando yo me fui.

—¿Dónde quedasteis?

—En un restaurante barato que está cerca de Ocean Terminal. Le gustaban los bollos de beicon.

—El condenado disfrutó de un desayuno copioso, entonces. Como no tardará

en descubrir la profesora Quant.

—¿Crees que me dejarán estar presente? —preguntó Rebus frunciendo el ceño.

—No sería muy inteligente.

—Sí, la banda de James ya está intentando levantar una bonita valla a mi alrededor.

—Creo que exageras un poco.

—Tienes que ser mis ojos y oídos, Malcolm. Prométemelo.

—Será mejor que vuelva. Deben de estar llamando al Guinness de los Récords para que me midan la vejiga.

Fox se dio la vuelta y abrió la puerta, que se cerró de golpe cuando hubo entrado. De repente, era los ojos y los oídos de todo el mundo..., lo cual le recordó que había encontrado el número de Sheila Graham y pulsó el botón de llamada cuando empezó a subir las imponentes escaleras.

—Imaginaba que sería usted —dijo Graham.

—Las noticias vuelan.

—Lyon se lo dijo al subcomisario McManus, y este fue tan amable de pasar el mensaje.

—Todavía puedo seguir el caso Christie.

—¿Está seguro?

—De hecho, tengo algo para usted. Según la secretaria de Anthony Brough, está desaparecido. Ha cancelado sus reuniones y demás. Me dio la sensación de que no sabía dónde había ido ni por qué.

—Puede que esté pagando las consecuencias de sus actos.

—¿A qué se refiere?

—Tengo que pensar un poco en todo esto, Malcolm. ¿Hay algo más que deba saber?

—He estado un poco ocupado desde la hora de comer.

—¿Es su primera vez en Grandes Investigaciones?

—Antes dirigía Asuntos Internos, Sheila. Ya he jugado con los mayores.

Fox adivinó su sonrisa al otro lado de la línea.

—Hablamos luego —dijo ella, que colgó justo cuando Fox llegaba a la puerta de la sala del EGI.

Alvin James señaló la taza que había encima de la mesa de Fox.

—He estado atento, no se preocupe.

—Gracias —dijo Fox.

—Aunque estamos algo decepcionados con usted, Malcolm.

—¿Y eso?

—No ha traído galletas —dijo Briggs.

—No ha traído galletas —repitió Alvin James.

—Y ha sido la meada más larga de la historia documentada —apostilló Mark Oldfield.

—Aunque no creíamos que estuviera haciendo eso —terció James arteramente.

—Tienen razón. Estaba hablando con Gartcosh. Puedo darles un nombre si quieren comprobarlo.

—Aquí somos todos amigos, Malcolm. No hay nada más que decir.

—Excepto esto —interrumpió Briggs—: la próxima vez, galletas. Digestivas, a poder ser.

—Digestivas de chocolate —precisó Sharpe con un susurro.

La autopsia estaba programada para las cuatro y media de la tarde, poco después de que Liz Dolan, la compañera de Chatham, hubiera identificado el cuerpo. Habían pedido a Fox que la acompañara. A Dolan le flaqueaban las piernas y Fox tuvo problemas para ayudarla a mantenerse en pie.

—Dios mío —decía continuamente—. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

No era la primera vez que Fox se veía en esa situación, y ofreció las habituales migajas de comprensión, que ella no parecía dispuesta a escuchar. Estaba temblando, agarrada a él, fundida en un triste abrazo.

«No es fácil, Liz».

«Es espantoso».

«¿Hay algún amigo o familiar con el que pueda contactar?».

Alguien, en otras palabras, a quien pudiera trasladarle la responsabilidad.

Pero no habían tenido hijos y sus padres estaban muertos. Tenía una hermana en Canadá. El hermano de Chatham había fallecido antes que él.

—¿Qué voy a hacer? —dijo con voz temblorosa e hilos de saliva en las comisuras de los labios—. Era tan bueno. Tan bueno.

—Lo sé —respondió Fox, que la llevó a la sala de espera y la invitó a sentarse—. Voy a por un té. ¿Cómo le gusta?

Pero ella estaba mirando la pared de enfrente, ensimismada en un póster en el que se veía Edimburgo desde el aire. Fox se asomó al pasillo, miró a izquierda y derecha y finalmente vio a un empleado que pasaba por allí.

—Tengo a un familiar al que le vendría bien tomar algo —dijo.

—¿Un Valium, tal vez? —preguntó el hombre.

—Creo que con un té bastará.

—¿Leche y dos azucarillos?

—No sé si toma azúcar.

—Créame, todos toman azúcar...

El hombre, que llevaba unas botas de caucho hasta las pantorrillas, echó a andar de nuevo.

Liz Dolan se había inclinado hacia delante y parecía que estuviera a punto de vomitar. Llevaba medias negras y un vestido estampado. No dejaba de toquetearse el dobladillo mientras daba erráticas bocanadas de aire.

—¿Estará usted bien, Liz? —preguntó Fox.

—Tardaré mucho tiempo.

—El té está de camino.

—Perfecto.

Lo miró a los ojos por primera vez para que supiera que estaba siendo sarcástica. Malcolm se sentó poco a poco y dejó una silla vacía entre ambos.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella finalmente secándose la nariz con la manga.

—Tendrá que organizar el funeral y otras cosas.

—Me refería a ustedes. Rab fue asesinado. ¿Qué piensan hacer ahora?

—Bueno, cuando se vea con ánimo, me gustaría hacerle algunas preguntas, saber cuáles fueron sus últimos movimientos.

—Desayunó con un expolicía.

—Sí, eso lo sabemos.

—Después estaba muy agitado.

—¿Ah, sí?

—Me contestó de malas maneras cuando le pregunté qué pasaba.

—¿Le dio alguna respuesta?

Dolan negó con la cabeza.

—Pero estuvo inquieto hasta que se marchó.

—¿Cuándo fue eso?

—A primera hora de la tarde. Le dije que no había dormido suficiente.

—Trabajaba de noche, ¿verdad?

—De cinco a doce. A veces hasta más tarde los fines de semana.

—¿Hacía mucho que se conocían?

—Seis años y medio.

—Desde antes de que se jubilara, entonces...

Dolan asintió de nuevo.

—Había estado casado dos veces. Pobres de esas brujas si intentan colarse en el funeral.

—¿No se tienen cariño?

—Es usted policía, ya sabe lo que significa. Jornadas largas, casos que te sacan de quicio pero no quieres hablar de ellos... —Miró a Fox hasta que este asintió—. Sus dos mujeres acabaron yéndose con otro pobre desgraciado.

—¿Alguna vez le hablaba de trabajo?

—Después de jubilarse, un poco. Celebraban reuniones y a veces me pedía que lo acompañara.

—Entonces habrá oído unas cuantas historias.

—Unas cuantas, sí.

En ese momento llegaron los té y Fox inclinó la cabeza para darle las gracias al empleado, que se detuvo un momento.

—Lamento su pérdida —dijo este a Dolan.

—Gracias. —Cuando el empleado volvió al trabajo, ella parecía hipnotizada por las botas—. Dios mío —susurró.

—Deborah Quant está ocupándose de Rab —informó Fox—. Es muy buena y respetuosa.

Dolan asintió y, sosteniendo la taza con ambas manos, volvió a clavar la mirada en el póster.

—Además, siendo portero... Allí también vivió algunas historias.

—Imagino que no es un trabajo fácil.

—Cuando todos se comportan está bien, pero a Rab le resultaba aburrido.

—¿Le gustaba que hubiera jaleo?

—Venía a casa con cortes y moratones. Decía que las peores eran las chicas. Utilizaban las uñas y los dientes.

—El sexo débil, ¿eh?

Dolan logró esbozar algo rayano en una sonrisa.

—También le tiraban los trastos y le gustaba bastante.

—Entonces era un tipo normal.

—Un tipo normal —repitió.

Pero entonces recordó que no había nada normal en cómo estaba desarrollándose el día y las lágrimas empezaron a recorrerle nuevamente las mejillas.

—Dios mío.

Y, aunque ya había rechazado la oferta una vez, Fox sacó un pañuelo del bolsillo.

Eran casi las siete cuando Deborah Quant salió por la puerta de personal del depósito de cadáveres. Se había duchado y cambiado de ropa y estaba buscando las llaves del coche en el bolso cuando, de repente, surgió una figura por detrás de las furgonetas aparcadas.

—¿Por Dios, John! —exclamó—. He estado a punto de darte un golpe de karate.

—¿Haces karate? —dijo Rebus—. No lo sabía.

Quant fue hacia su coche y lo abrió. Luego entró y esperó a que Rebus abriera la puerta del acompañante.

—¿Y bien? —preguntó.

—Cuando cayó al agua estaba vivo. En el estómago he encontrado beicon y masa de pan. La agente Briggs dice que desayunaste con el difunto.

—¿El EGI ha enviado a la autopsia a la única mujer que tienen?

Quant le lanzó una mirada fulminante.

—Nos las arreglamos bien con el parto. Un cuerpo inerte no es gran cosa. En fin, resulta que ese bollo fue la última comida del señor Chatham.

—¿No almorzó ni cenó?

—Ni una bolsa de patatas fritas. Pero sí había tomado whisky. Olía bastante a destilería cuando lo abrimos.

—¿Suficiente para incapacitarlo?

—Los análisis de sangre nos darán la respuesta.

—¿Cuándo llegarán los resultados?

—Vete tú a saber.

—¿Algo más?

Quant se volvió hacia él.

—¿Te lo tomas como algo personal, John?

—¿A qué te refieres?

—Viste a ese hombre el día que murió. A lo mejor te consideras un poco responsable.

—Quizá le toqué la fibra sensible.

—¿A la víctima?

—O a alguien a quien vio ese mismo día.

—Pero ese no es tu problema. La agente Briggs lo ha dejado bien claro.

Rebus se la quedó mirando.

—¿Qué te ha dicho?

—Sabe que somos... amigos.

—¿Amigos?

—Es la palabra que ella utilizó. Y yo también creo que ahora mismo deberías preocuparte de ti y no de casos antiguos y nuevos.

—Estoy bien, Deb.

—Yo no lo creo.

—¿Con quién has hablado?

Quant negó con la cabeza.

—No he hecho nada a tus espaldas, John. Y a ningún médico o especialista se le pasaría por la cabeza hablar de un paciente con terceras personas.

Rebus miró por la ventanilla. No había nada allí, excepto una de las furgonetas, quizá la que había trasladado a Robert Chatham desde el muelle.

—Me las arreglaré —dijo en voz baja.

Quant le cogió la mano y le dio un apretón.

—Eres un viejo testarudo y prefieres irte a la tumba que permitir que alguien detecte un punto débil en esa armadura que crees ponerte cada mañana.

Rebus la miró. Tenía los ojos húmedos. Se agachó y la besó en la mejilla. Ella

apoyó la frente en la suya y permanecieron así casi medio minuto. Sobraban las palabras. Luego, Quant se irguió y respiró hondo.

—¿Todo bien? —preguntó Rebus.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites, ¿verdad? Cuando sea.

Rebus asintió.

—Y la necesito a usted ahora mismo, profesora Quant. —Vio que ella entrecerraba los ojos, consciente de lo que estaba a punto de decir—. Cuéntame cómo llevaba atadas las manos Robert Chatham. —Hizo una breve pausa—. Harás feliz a un viejo testarudo...

Craigmillar estaba renovándose, al menos en apariencia.

Muchas viviendas húmedas y poco agradadas habían sido derruidas y reemplazadas por relucientes edificios de apartamentos. Las tiendas seguían bajando las persianas metálicas de seguridad por la noche, pero habían inaugurado un Lidl y un Tesco Metro. Clarke no diría que la zona se había aburguesado. Para la mayoría, Craigmillar todavía era un conducto que discurría entre la ciudad y las rutas que llevaban al sur. Sabía que el tráfico era especialmente denso los fines de semana, ya que la gente iba de compras a Fort Kinnaird, con su Next, su Boots y su Gap. Pero Fort Kinnaird también albergaba concesionarios de Bentley y Porsche, algo que ella sabía porque durante un tiempo se había planteado comprar un Porsche. ¿Por qué no? Ganaba un buen salario y tenía pocos gastos. Pagaba un interés bajo por su hipoteca y probablemente seguiría siendo así. Había probado el Cayman y le había encantado, pero decidió no comprarlo. No se habría quedado tranquila aparcándolo en la calle. En la ciudad había bandas que robaban coches como aquel. Además, sería la comidilla de Gayfield Square y los comentarios girarían en torno a la posibilidad de que hubiera recibido un soborno o de que estuviera en la nómina de alguien. Alguien como Darryl Christie.

Paró en una travesía de Craigmillar, se bajó del Astra y dio una palmada en el

techo.

—Contigo me basta —le dijo al coche antes de dirigirse a casa de Craw Shand.

Era una vivienda de los años setenta y la pintura de los marcos de las ventanas empezaba a descascarillarse. No había timbre ni aldaba, así que golpeó la puerta con el puño. Luego dio un paso atrás por si veía movimientos detrás de las ventanas. Nada, pero las luces estaban encendidas. Cerca de allí había un perro ladrando y alguien gritándole que se callara. Pasaron unos niños en bicicleta con las caras tapadas con capuchas. Clarke volvió a llamar a la puerta y después se agachó y abrió el buzón.

—Soy yo, Craw. La inspectora Clarke.

—¿Qué quiere? —dijo él desde dentro.

—Solo quería saber si se encontraba bien. Veo que no siguió mi consejo.

—¿Qué consejo? —Shand arrastraba las palabras al hablar.

Con la nariz pegada al buzón, Clarke no podía oler ni alcohol ni droga.

—Que intentara pasar desapercibido y se alojara en otro sitio.

—Estoy bien.

—Esperemos que siga siendo así. —Introdujo una tarjeta de visita por la ranura—. Aquí tiene mi número de móvil por si me necesita.

—No la necesitaré.

Clarke estudió el marco de la puerta.

—Con una buena patada, cuando quiera darse cuenta los tendrá dentro.

—Entonces quizá debería estar bajo custodia protectora.

—Lo he pensado, Craw, pero mi jefe dice que no.

—Entonces los dos tendrán que vivir con las consecuencias si ocurre algo.

—Al menos estaremos vivos, Craw. Dígame por qué sabe tanto sobre la casa de Christie. Fue allí después de conocer la noticia, ¿verdad?

—Vete de aquí ahora mismo, cerdita.

—Eso no es muy agradable, Craw. Creo que soy la única persona en el mundo que está de su parte en este momento.

—Váyase —insistió Shand, que apagó la luz del salón como si quisiera dar por zanjada la conversación.

Clarke no se movió de allí y golpeó suavemente la ventana. Las cortinas parecían delgadas y baratas. Era una manera de vivir, supuso. ¿Quién podía asegurar que Shand estaba menos satisfecho de su destino que el resto de la gente a la que conocía? ¿O incluso que cualquier otro habitante de la ciudad? Llevaba media vida buscando un delito que pudiera atribuirse y al final había encontrado oro.

Clarke esperaba que pudiera vivir para saborear la victoria.

De nuevo en el Astra, observó por el espejo retrovisor a un vehículo que se aproximaba lentamente. Al pasar, vio la matrícula. Era el Range Rover de Darryl Christie. Puso en marcha el coche y salió tras él. En lugar de dirigirse a la calle principal, parecía estar siguiendo un recorrido marcado. Se adentró en la urbanización y dobló por varias intersecciones, con lo cual, volvería a pasar por delante de casa de Shand. Clarke le hizo luces, pero el conductor la ignoró, así que esperó a que la calle se ensanchara y pisó el acelerador, lo adelantó y frenó en seco. Después bajó del coche y se cercioró de que el conductor pudiera verla claramente. Al acercarse, la ventanilla bajó hasta la mitad.

—Es el ladrón de automóviles más atractivo que he visto en mucho tiempo.

Brazos tatuados, cabello acicalado y barba. El «propietario» del Devil's Dram.

—¿Qué hace con ese coche? —preguntó Clarke.

—Es de Darryl.

—Eso ya lo sé.

—Él no puede conducir, así que me dijo que lo utilizara yo.

—Craigmillar no me parece su hábitat natural.

—Un amigo vive por aquí. Quería enseñarle el coche.

—Ese amigo suyo no se llamará Craw Shand, por casualidad... —El hombre negó con la cabeza—. ¿Cuál es la casa de su amigo? —insistió Clarke.

—Ese es el problema: no me acuerdo. Creí que lo sabría cuando la viera.

—Se ha preparado bien la historia, ¿eh?

Su expresión se endureció.

—Y a usted ¿qué coño le importa en todo caso? ¿He acabado en un estado policial sin darme cuenta?

—Quiero que salga de Craigmillar y no vuelva. Dígale a su jefe que Craw está bajo vigilancia noche y día.

—No sé de qué me habla.

—Entonces se lo diré yo misma mientras usted saca este cacharro de Craigmillar.

—Parece que hay un montón de basura bloqueando el paso, agente.

Clarke ya había cogido el teléfono y estaba buscando el número de Christie cuando se subió al coche y lo acercó a la acera. El Range Rover pasó a toda velocidad haciendo sonar el claxon. En casa de Christie, su llamada fue atendida por una voz de hombre que no supo identificar.

—¿Eres Joseph o Cal? —preguntó.

—Cal —le dijo.

—Hola, quería hablar con Darryl.

—Pues espera.

Clarke vio cómo se alejaban las luces traseras del Range Rover y oyó a Cal entrar una habitación donde sonaba música. Reconoció a medias la melodía; era un éxito actual del R&B.

—Es para ti —dijo Cal.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿No te he dicho que preguntes siempre, Cal?

Este le entregó el teléfono y el volumen del equipo de música se atenuó.

—¿Sí? —dijo Christie.

—Soy la inspectora Clarke.

—No estoy de servicio.

—Señor Christie, por lo visto ha olvidado que esta vez la víctima es usted. Se

supone que estamos en el mismo bando, aunque puede que eso haya terminado repentinamente.

—Y eso ¿por qué?

—He estado hablando con su amigo del Devil's Dram.

—¿Con Harry?

—Tiene un aspecto bastante llamativo con esa barba y todo lo demás. No pasa desapercibido, precisamente.

—¿Qué pretende decirme?

—Estaba merodeando por delante de la casa de Craw Shand.

—¿De verdad?

—Ha pasado dos veces con su coche, que, por cierto, tampoco es que vaya camuflado.

—Se lo he prestado.

—Claro. Eso mismo me contó él.

—Pues fin de la historia.

—Yo no lo creo.

Pero, como si quisiera demostrarle que estaba equivocada, Christie ya había colgado. Clarke se quedó mirando la pantalla, sabiendo que no obtendría respuesta si volvía a llamar, así que lanzó el teléfono al asiento del acompañante y partió en la misma dirección que el Range Rover. ¿Qué mal podía hacer seguirlo un rato para que el barbudo Harry captara el mensaje?

Iba dos coches por detrás de él a la altura de la rotonda de Cameron Toll cuando se iluminó la pantalla del móvil. Era Malcolm Fox. Clarke pulsó el botón del Bluetooth en el volante.

—Pensaba que pasarías la noche con tus nuevos amigos —dijo.

Tras un momento de silencio, oyó la voz de Fox por los altavoces del coche.

—¿Qué quieres que te diga?

«¡Quiero que me digas que lamentas que el nuevo régimen se lleve los casos más interesantes!».

—¿Qué puedo hacer por ti, Malcolm?

—¿Estás en el coche?

—Brillante deducción.

—¿Vas a casa?

—Sin prisa, pero sin pausa.

—Había pensado que, con el día que hemos tenido, podía invitarte a una copa.

—¿Eso es porque quieres escuchar mis noticias o porque quieres contarme las tuyas?

—Es solo una copa, Siobhan. Ni siquiera tenemos que hablar de trabajo.

—Pero lo haremos.

—Supongo que eso es cierto.

Clarke se lo pensó unos instantes. Sin duda, el Range Rover iba camino de la ciudad. Misión cumplida.

—¿Y si comemos algo? ¿Un curry en Pataka?

—Por mí bien.

—Estoy a menos de diez minutos de allí.

—Yo tardaré unos quince.

—El último en llegar paga —dijo Clarke sonriendo por primera vez en varias horas.

Rebus estaba delante de la puerta y llamó al timbre. Al cabo de unos momentos oyó el interfono.

—¿Sí?

—Buenas noches. Quería saber si últimamente ha visto a su vecino de enfrente.

—¿A cuál?

—Anthony Brough.

—No me suena de nada. ¿Está seguro de que vive aquí?

—Su oficina se encuentra al otro lado de la plaza. Nos inquieta un poco su bienestar.

A la persona que estaba al otro lado del interfono le extrañó la manera de expresarse de Rebus.

—¿Es usted policía? Espere un segundo.

Rebus procuró que su mirada se dirigiera a cualquier lugar menos a la persona que acababa de abrir la puerta.

—Gracias —dijo—. Como le comentaba, no se le ha visto desde hace tiempo y cada vez... —Calló de repente y, haciéndose el sorprendido, miró a los ojos al hombre situado un peldaño más arriba—. Lo siento, pero se parece usted mucho a Bruce Collier.

—Probablemente porque soy Bruce Collier.

Lucía una camisa vaquera con el primer botón desabrochado y una tez bronceada. Tenía un poco de barriga y al cinturón de piel le habría ido bien un agujero más. Llevaba unos zapatos relucientes de piel marrón y cadenas de oro alrededor de las muñecas y el cuello, en el cual se apreciaban muchas arrugas.

—Soy un gran fan suyo —dijo Rebus—. Desde los tiempos de Blacksmith.

—Entonces debe de ser paleontólogo.

Cuando sonreía, el rostro de Collier era todo surcos.

—¿Le importa si...?

Rebus le tendió una mano y Collier se la estrechó.

—Pase, agente —dijo antes de entrar.

La casa era una mezcla de tradición y modernidad: suelo de piedra, perchero de madera y focos empotrados en el techo. Rebus señaló con la cabeza una lámina de Warhol colgada en la pared.

—¿Es un original?

—Me lo regaló un jeque del petróleo cuando actué en su fiesta de cumpleaños. No le diré quiénes eran los cabezas de cartel, pero se llevaron un Rembrandt. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Rebus. John Rebus.

—Bien. Yo me llamo Bruce y es agradable conocer a un seguidor que todavía conserva sus facultades mentales. ¿Le apetece una cerveza?

—Un café tal vez.

Collier se lo quedó mirando.

—Siempre pensé que eso de no beber estando de servicio era un tópico.

—Me vendría bien un poco de cafeína.

—Acompáñeme.

Bajaron al sótano por una escalera curva. La cocina era larga y estrecha, y estaba equipada con los artilugios más modernos. Un tramo acristalado daba a un cuidado jardín vallado e iluminado con halógenos.

—Supuestamente disuaden a los ladrones —dijo Collier señalando las luces—. ¿Va bien un café instantáneo?

—Sí.

Rebus observó al hombre mientras servía una cucharada de café en una taza y la colocaba debajo del grifo.

—El agua hierve al instante —le explicó Collier—. Y, bien, ¿quién es ese hombre que ha desaparecido?

—Se llama Anthony Brough. Es director de una empresa de inversión.

—¿Tiene alguna relación con el banco?

—Es el nieto de sir Magnus Brough.

—Una vez tuve un encontronazo con ese viejo cabrón —comentó Collier con desdén—. Tenía una cuenta con ellos. Te cobraban un riñón por el privilegio. Supuestamente debías tener cien mil libras de saldo y me quedé corto un par de meses o tres. Cuando quise darme cuenta, sonó el teléfono y era el viejo en persona. Ahora mismo sería inimaginable, ¿no le parece? De hecho, creo que tuve que personarme en su sede solo para abrir la cuenta. —Collier paró en seco—. Lo siento, estoy divagando. Llevo demasiado tiempo en mi propia compañía.

—¿Está casado, Bruce?

Collier sacó leche de la nevera y se la ofreció a Rebus junto con la taza.

—Está viajando por India con una amiga suya. Por eso está todo tan limpio. Nadie ha cocinado aquí desde que se fue.

—Acabo de recordar una cosa —dijo Rebus mientras Collier guardaba de

nuevo la leche en la nevera—. ¿No hubo un escándalo relacionado con Brough's en los años setenta?

—¿Un escándalo?

Collier había cambiado la leche por vino blanco. Abrió la botella y se sirvió un poco en un vaso.

—Un asesinato en un hotel.

—¡Estaba justo a la vuelta de la esquina! —exclamó Collier—. El viejo Caley. Yo me hospedaba allí en aquel momento.

—¿Usher Hall, 1978? Creo que le vi.

—Supuestamente era una celebración por mi regreso a casa. El muchacho del lugar que acaba triunfando y todo eso.

—Pero, en cambio, se produjo un asesinato.

Collier lo miró por encima del borde del vaso, que estaba casi lleno.

—Usted debe de recordarlo. ¿Cuándo ingresó en la policía?

—No soy tan mayor como parezco. ¿Aún sigue grabando, Bruce?

La tez de Collier se llenó de arrugas. Tenía el cabello de un color marrón poco natural y una densidad igual de sospechosa. ¿Extensiones, peluca o buena genética y un poco de tinte? Rebus no lo tenía claro.

—Alguna cosa que otra —respondió finalmente.

—¿Tiene un estudio?

—Se lo mostraré.

Salieron de la cocina y Rebus lo siguió por el pasillo. Era una sala pequeña sin luz natural. Detrás de una ventana había una estancia todavía más pequeña y Rebus alcanzó a ver la mesa de mezclas.

—Si necesito un piano de cola o una batería, lo grabamos en otro sitio, pero, por lo demás, esto es suficiente. Hoy en día, algunos grupos graban directamente con el ordenador portátil y lo retocan todo con aplicaciones e Internet.

—Usted todavía no ha seguido ese camino —comentó Rebus mientras admiraba una docena de discos de platino y oro enmarcados en tres tramos de pared.

Sobre unos soportes había una colección de guitarras eléctricas y acústicas. Collier cogió una, se sentó en un taburete y rasgó unos acordes mirando fijamente a Rebus.

—Eso es «A Monument in Time» —dijo Rebus.

—¿Y esta?

Collier tocó varios compases, se equivocó y volvió a empezar.

—«Woncha Fool Around With Me» —respondió Rebus.

—Sabe usted mucho —reconoció Collier.

Cuando iba a dejar la guitarra en su soporte, decidió ofrecérsela a Rebus.

—No toco —le dijo.

—Todo el mundo debería aprender a tocar un instrumento.

—¿Empezó en el colegio?

—Nuestro profesor de música tocaba en un grupo de jazz. Yo siempre me burlaba de él, así que me pidió que lo acompañara una noche. Era menor de edad, pero me coló.

—¿Y le gustó?

—Lo odié. Agarré una guitarra al día siguiente, decidido a aprender cosas que él detestara.

Ambos esbozaron una sonrisa. Collier seguía sonriendo cuando dio un paso hacia Rebus.

—No ha venido aquí por ese inversor, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí. Pero es toda una coincidencia...

—¿El qué?

—Usted, los Brough y el Caley.

—¿Y eso por qué?

—Esta mañana han sacado del puerto de Leith a un hombre llamado Robert Chatham.

—Lo he oído en las noticias. Fue un suicidio, ¿verdad?

—¿El nombre de Robert Chatham no le suena de nada? ¿Inspector Robert Chatham?

Collier pensó unos momentos y empezó a asentir.

—¡Mierda, sí! ¡Me interrogó hace unos años! La policía había reabierto ese maldito caso porque mi *road manager* quería causar todos los problemas que pudiera antes de largarse. El cabrón acababa de sufrir su primer infarto. ¿Y ahora el tal Chatham se ha suicidado? Imagino que también es una coincidencia...

—No fue un suicidio. Llevaba las manos atadas a la espalda. —Collier abrió más los ojos y frunció los labios—. Imagino que no mantuvo contacto con él recientemente... —aventuró Rebus, que dejó la taza medio vacía en el taburete.

—Nunca en todos estos años, sean los que sean.

—Ocho —le recordó Rebus.

—Pues en ocho años.

—¿Todavía ve a su amigo Dougie Vaughan?

Cualquier vestigio de humor había abandonado el rostro de Collier.

—Voy a tener que pedirle que se marche. Y si no lo hace, llamaré ahora mismo a mi abogado.

—Me ha invitado usted a entrar, señor Collier.

—Porque ha mentido y me ha dicho que le interesaba uno de mis vecinos. No creo que a sus jefes les guste saberlo.

—Podríamos decir que soy autónomo.

—Me dijo que trabajaba para la policía.

—Eso no es cierto.

—Bueno, lo sea o no, quiero que se vaya.

—Aun así, ¿puedo traer unos cuantos discos para que me los firme?

—Puede usted silbar, señor Como-se-llame.

—Lo de silbar no se me da muy bien.

—Y yo no tengo mucha paciencia con la gente que miente para colarse en mi casa.

Collier agarró a Rebus del antebrazo y este se lo quedó mirando hasta que lo soltó.

—Buen chico —dijo Rebus al salir del estudio y dirigirse a las escaleras—.

Gracias por el café y la visita. Puede que nos veamos en un concierto un día de estos.

—Me aseguraré de que tengan su nombre en la puerta y no le permitan entrar bajo ningún concepto.

Rebus se detuvo en las escaleras.

—Es interesante —opinó sin volverse hacia Collier.

—¿El qué?

—Robert Chatham trabajaba de portero por toda la ciudad. A lo mejor se lo encontró alguna vez sin saberlo.

—No frecuento lugares que necesiten portero.

Rebus empezó a subir de nuevo los peldaños.

—Ha sido un placer hablar con usted, Bruce —dijo.

Rebus había enviado un mensaje a Siobhan Clarke desde su piso para proponerle un encuentro. Su respuesta —«Traigo bolsa con sobras»— le resultó confusa hasta que abrió la puerta y la vio con el cesto de Pataka en la mano.

—Y refrescos para todos —añadió Fox, que levantó otro cesto a rebosar de latas.

—Parece que el Año Nuevo ha llegado antes de tiempo. Pues pasad.

Brillo estaba esperando en el salón. Clarke y Fox lo colmaron de atenciones mientras Rebus llenaba un plato. Fox estaba hojeando el informe de Maria Turquand cuando Rebus volvió de la cocina.

—Hay que hacerle llegar a Alvin James esto —le recordó Fox.

—Mañana a primera hora —prometió Rebus.

—Me ha dicho Malcolm que no mencionaste mi nombre —añadió Clarke—. Gracias.

—Soy muchas cosas, pero chivato no es una de ellas.

Rebus se apoltronó en la butaca y empezó a comer curry con una cuchara. Fox se sentó junto a Clarke en el sofá y ella le ofreció una Irn-Bru.

—En realidad, la San Pellegrino la había comprado para mí —protestó.

—Es una pena —respondió Clarke, que ya le había echado el guante.

—¿Cómo van las cosas en el cole de mayores? —preguntó Rebus a Fox.

—Todavía no he tenido que denunciar acosos —respondió.

—El equipo parece bastante decente. Háblame de ellos.

—Los dos comisarios son bastante implacables. Sean Glancey es de Aberdeen.

—¿Es el que no para de sudar?

Fox asintió.

—Se curtió en peleas entre trabajadores peludos del sector petrolero los viernes y sábados por la noche. Wallace Sharpe es de Dundee. Sus padres trabajaban en Timex y querían que se dedicara al mundo de la electrónica. Cree que, si lo hubiera hecho, habría diseñado un juego que vendería millones de copias y estaría viviendo en un yate. Cuando te habla casi no puedes oírla, pero es sumamente inteligente.

—¿Y los agentes?

—Mark Oldfield es el que parece empeñado en tocarme las pelotas.

—Quizá porque lo primero que hiciste fue convertirlo en el chico del té —le recordó Rebus.

Clarke se volvió hacia Fox.

—¿Es eso cierto?

Fox se encogió de hombros mirando aún a Rebus.

—Solo queda Anne Briggs. Igual que Oldfield, es de la costa oeste de pies a cabeza. Esos dos hablan en un código que solo ellos pueden descifrar. ¿A qué viene esa sonrisa irónica?

—Hay una cantante de folk llamada Anne Briggs. —Rebus señaló la hilera de vinilos que había debajo del equipo de música—. Si busco bien, tengo un par de discos suyos por ahí.

—Probablemente no sea la misma persona —comentó Fox.

—Probablemente no —coincidió Rebus—. Pero ha sido una noche de

músicos.

—¿Has ido a ver a Bruce Collier? —aventuró Clarke.

—Resulta que vive enfrente de la oficina de Anthony Brough —dijo Rebus observando a Brillo acurrucado en el sofá entre Fox y Clarke.

—¿Y?

—Y no tenía mucho que añadir, aunque recordaba haber sido entrevistado por Chatham. —Rebus hizo una pausa—. Así que Malcolm y yo hemos estado ocupados. ¿Y tú, Siobhan? ¿Te sientes un poco desplazada?

—¿Así me agradeces que te haya traído curry?

Rebus se disculpó levantando una mano.

—Pero Malcolm dice que ha hablado bien de ti.

Clarke frunció el ceño, pero Rebus sonrió y se llevó otra cucharada de *rogan josh* a la boca.

—Yo también he estado ocupada —dijo a la postre—. He ido a ver a Craw Shand y no tiene intención de irse de su casa.

—Es el último lugar donde debería estar.

—Intenté hacérselo entender y se demostró que tenía razón cuando vi el coche de Darryl Christie pasando por delante. —Ambos estaban prestándole toda su atención—. Pero no conducía Darryl, sino un tal Harry, que supuestamente es el jefe del Devil's Dram.

—¿Estaba tanteando el terreno?

—Eso parecía. Le di el alto para hablar un momento con él.

—¿No llevaba armas? ¿Olía a gasolina?

Clarke negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a...? —Fox cayó en la cuenta—. Para introducirla por el buzón.

—Con un poco de suerte, Darryl pensará que vigilamos a Craw las veinticuatro horas del día.

—Pero no es así, ¿verdad? —dijo Rebus.

—He facilitado la dirección a los coches patrulla. Es posible que pasen por allí

más o menos cada hora, siempre y cuando no surja algo en otro lugar. Es la misma protección que está recibiendo Darryl Christie.

—Pues no podemos hacer gran cosa —comentó Rebus, que notó las miradas que llegaban desde el sofá—. Y con «podemos» quiero decir «podéis».

Cuando se terminó la comida, dejó el plato en el suelo. Brillo tenía un ojo abierto. Rebus contuvo un eructo.

—Dicen que es más duro después de comer —comentó Fox—. ¿Es verdad?

—Depende de a qué te refieras.

—Al ansia de nicotina.

Rebus lo miró con cara de pocos amigos.

—Serías un buen torturador, Malcolm. ¿No te lo habían dicho nunca?

—Un conocido dice que la acupuntura puede ayudar —añadió Clarke—. Simplemente se aprietan el lóbulo de la oreja cuando sienten la necesidad.

—Ya estáis empezando a darme la murga, lo cual significa que es hora de que os eche de aquí.

Fox y Clarke apuraron sus bebidas y se pusieron de pie.

—¿Sabéis qué no encaja? —preguntó Clarke—. La reacción de Darryl Christie. Si resulta que Craw es inocente, entonces su atacante continúa suelto. ¿No debería estar como mínimo un poco asustado?

—¿Qué te hace pensar que no lo está?

Clarke meditó unos instantes.

—Cuando llamé, estaba en casa escuchando música. Al menos uno de sus hermanos estaba con él. Todo suena demasiado normal, ¿no os parece?

—A lo mejor tiene vigilantes por toda la casa —aventuró Fox.

—Ya está —dijo Rebus—. Has plantado una semilla, lo cual significa que Siobhan tendrá que ir a comprobarlo por sí misma. ¿Me equivoco?

Clarke pensó en ello.

—Prácticamente me viene de camino —reconoció.

Cuando llegó, la casa de Christie estaba a oscuras. El Range Rover no estaba en la entrada ni había vigilantes custodiando el perímetro o resguardados en un coche y listos para entrar en acción. Era una calle típica de las afueras, situada en uno de los enclaves más acaudalados de la ciudad. En esos lugares, los delitos eran poco comunes. Clarke detuvo el coche al otro lado de la calle con el motor en marcha y en ese momento llegó un breve mensaje de Rebus.

«¿Algo?».

Ella también respondió sucintamente con un «Nada» y, bostezando, se fue a casa.

QUINTO DÍA

Contrariamente a lo que todos parecían pensar, Craw Shand no era un idiota redomado.

Estaba vigilando el mundo exterior desde el dormitorio del piso de arriba e incluso abrió la ventana para poder mirar a izquierda y derecha. Luego volvió a comprobar a través de las cortinas de la planta baja si había alguien en la puerta. Una vez que se hubo asegurado de que el terreno estaba despejado, se enfundó el abrigo, guardó una bolsa de la compra en el bolsillo y salió de casa.

Llevaba el cuello del abrigo levantado y la cabeza gacha y ofreció poco más que gruñidos a los escasos vecinos que lo saludaron. Se dirigía al Lidl, donde su misión era hacer acopio de provisiones para los próximos días. Llevaba veintiséis libras en efectivo, lo cual debería ser más que suficiente. Sopa y raviolis en lata, pan y unas cervezas. Cabía la posibilidad de que comprara cacahuets salados como algo especial. Los paquetes grandes no. Siempre se los acababa de una sentada y luego le daban náuseas. Y nada de vino. Últimamente le entumecía el cerebro y la lengua. Tenía que permanecer alerta. Así que solo cervezas para complementar las pastillas que guardaba en casa. Era un fármaco para la depresión que le había proporcionado un amigo. Cuando las acompañaba con un par de cervezas notaba un agradable chispeo.

En cinco minutos estaría fuera de la tienda. Conocía la distribución como la palma de su mano, a menos que hubieran cambiado cosas de sitio. A veces lo hacían. En una ocasión se había quejado en el mostrador de salida.

—Lo llamamos «actualización» —le indicaron.

—Yo lo llamo «volverme loco» —repuso.

Luego, el encargado le preguntó si había algún problema. Ahí acabó todo.

Pero esa mañana todo se encontraba en el lugar correcto. En cinco minutos habría salido, como un profesional. Craw estaba mirando una estantería y al volverse tropezó con un hombre.

—No le he visto —se disculpó.

—Es el problema de llegar a mi edad —respondió cordialmente el desconocido—. Uno se vuelve casi invisible. —Estaba sonriendo y llevaba las manos vacías, sin cesta ni compra—. ¿Cómo está, Craw?

—¿Le conozco?

Shand miró a su alrededor, pero no vio a ningún agente de seguridad.

—Quizá le suene mi nombre: Cafferty.

Shand no pudo evitar su sorpresa.

—Señor Cafferty —farfulló.

—Entonces ¿me conoce?

Ahora la sonrisa era más generosa.

—He oído hablar mucho de usted.

—Y yo de usted, Craw.

—¿Ah, sí?

—A Darryl Christie lo consideraba un amigo. Bueno, un amigo quizá no, pero sí una persona con la que podía hacer negocios. Todo eso cambió, por supuesto. Darryl empezó a pisotear a mucha gente, y a mí con más energía que a la mayoría. No sé si me entiende. —Cafferty esperó, pero Shand no tenía nada que decir. Luego señaló la cesta—. ¿Ya ha terminado?

—Casi.

—Podríamos ir a su casa y hablar un rato.

—¿Hablar?

—No tiene nada de que preocuparse, Craw. Quienquiera que le propinó una paliza a Darryl creía que estaba haciéndome un favor. Odio reconocerlo, pero casi me habría gustado tener un asiento en primera fila. Si fue usted, solo quiero darle un apretón de manos.

Shand bajó la cabeza. Cafferty había extendido la mano, que llevaba enfundada en un guante de piel negra. Cuando Shand le ofreció la suya, Cafferty la estrechó con tanta fuerza que no pudo evitar una mueca de dolor. La presión se mantuvo mientras Cafferty hablaba.

—Pero si no fue usted, Craw, entonces necesito saber quién lo hizo y por qué. Los benefactores secretos me ponen casi tan nervioso como la escoria declarada. Así que volveremos a su casa, tomaremos una taza de té y charlaremos. — Cafferty alargó el brazo que tenía libre y cogió un paquete de galletas—. A esto invito yo —dijo.

—Fui yo quien le pegó —dijo Shand—. Han presentado cargos contra mí y todo.

Cafferty le soltó la mano.

—Puede que lo hiciera y puede que no. A lo mejor está encubriendo a alguien u oyó algo que no debía. Le he observado de camino hacia aquí, Craw. Es usted casi tan invisible como yo. La gente ni siquiera le ve cuando lo tiene delante de sus narices. —Cafferty contrajo el rostro—. Aunque el olor que desprende podría darles una pista.

—No hay agua caliente.

—¿No ha pagado la factura del gas, Craw? —Cafferty se metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes enrollados—. Quizá pueda ayudarle con eso. Vamos a hablar a un sitio más tranquilo, ¿le parece?

Cuarenta minutos después, Cafferty cerró la puerta de la casa de Craw Shand y enfiló el camino, que estaba cubierto de malas hierbas. Había llamado a un taxi, pero, a pesar del frío, prefirió esperar fuera. No se había quitado los guantes en ningún momento, sobre todo para evitar cualquier contacto con los grasientos muebles. Tampoco se había molestado en probar el té, pues dedujo que las tazas no estarían precisamente impolutas. Shand había abierto el paquete de galletas y Cafferty cogió una mientras observaba los engranajes dañados del cerebro de

aquel hombre intentando buscar cierta credibilidad. Le había contado varias versiones de una historia que probablemente ni se aproximaba a la verdad. Pero Cafferty había indagado, había sido paciente, y Shand jugó una última mano.

Un bar en Cowgate... Craw no sabía con seguridad cuál. El hombre se había metido en un callejón para poder llamar sin que lo oyeran. Era pasada la medianoche y la zona estaba llena de estudiantes entonando canciones. Shand había salido de paseo. Consiguió un cigarrillo y paró a fumárselo. Oyó parte de la conversación y algunos detalles le llamaron la atención. Hablaba de un hombre al que le habían dado una paliza en el camino de entrada a su casa. A la mañana siguiente fue a Inverleith y encontró una calle y una casa que parecían las correctas. Y decidió entregarse.

No, no había visto al hombre que hizo la llamada. Probablemente tenía un acento local.

No era gran cosa y Cafferty dudaba que fuese la historia completa, pero por algo había que empezar.

—¿Está seguro de que el acento era de aquí? —preguntó.

—Había mucho ruido y era tarde. Había tomado unas cuantas cervezas...

En la acera, Cafferty empezó a frotarse la mandíbula. Conocía aquella parte de la ciudad. Había pasado sus primeros años allí. En aquella época era un lugar salvaje en el que o aprendías rápido o perecías. Aquellas calles habían sido sus maestras y la educación allí recibida lo había mantenido a flote. Pero probablemente había muchos más como Craw Shand, víctimas de las circunstancias y golpeados por cada ola que se formaba. A lo largo de su vida, Cafferty había conocido a bastantes.

Creía que esos días se habían terminado. Si no hubiera aparecido alguien como Darryl Christie, quizá se habría contentado con la jubilación. Se consideraba su mentor y, durante un tiempo, el muchacho le había seguido el juego, pero en todo momento planeaba dejarlo en la cuneta. Su negocio y él habían crecido con rapidez. Sin porfavores ni gracias, tan solo alianzas con todos

y cada uno de los adversarios de Cafferty en las otras ciudades, hasta que el territorio de este hubo menguado.

¿Podía quedarse de brazos cruzados y permitir que se saliera con la suya? Hasta el momento lo había dejado tranquilo, pero la historia demostraba que ese estado de las cosas no podía durar. Cafferty lo consideraba un juicio final. Y estaba acercándose.

Cuando llegó el taxi negro, se montó en la parte trasera, y su rostro era casi tan oscuro como el cielo que tenía encima.

—Puede que nieve más tarde —anunció el conductor.

—No sabía que iban a darme la previsión del tiempo —protestó Cafferty—. Limítese a conducir, joder.

Más adelante, una furgoneta de transporte tapaba casi por completo un Range Rover blanco estacionado. El conductor estaba utilizando el manos libres mientras observaba al taxi entrar por Peffermill Road.

—Es él. Se va —dijo—. ¿Me quedo o qué hago?

—¿No se ha llevado a Shand con él?

—No.

—Pues síguelo. No me importaría saber dónde vive ahora.

Cuando Siobhan Clarke llegó a Gayfield Square, le informaron de que su visitante ya estaba arriba.

—Gracias —dijo.

Subió las escaleras en dirección a la sala del DIC, pero allí solo vio a Christine Esson y Ronnie Ogilvie.

—Dos puertas más allá —le indicó Esson.

Clarke echó a andar por el pasillo y entró en uno de los despachos, donde John Rebus estaba utilizando la fotocopiadora.

—Debería habérmelo imaginado —dijo Clarke.

Rebus se volvió hacia ella y vio la taza de café.

—Espero que sea para mí.

—Ni de broma. —Clarke se lo quedó mirando mientras ordenaba las hojas que acababa de imprimir. De la máquina estaban saliendo más—. ¿Es el informe que te di? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Vas a entregarle los originales al equipo de James pero te quedarás copias?

—Sí.

Clarke se apoyó en la mesa más cercana.

—No debería sorprenderme, la verdad.

—Sabías que iba a pasar, Siobhan, y pensé que era mejor hacerlo gratis.

—Sabiendo que yo me enteraría.

—Siempre doy por hecho que estás de mi lado.

—Lo habría averiguado de un modo u otro.

Clarke bebió un sorbo de café.

—¿Has vuelto a casa de Darryl esta mañana?

—No soy tan masoquista.

—¿Y cuál es el plan para hoy?

—Se supone que debemos enseñarle a Darryl unas fotos y grabaciones de voz.

—¿Para ver si puede identificar a Crow como su atacante?

—Es una pérdida de tiempo, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y tú? Imagino que tendrás algo planeado...

—Voy a dejar esto en Leith.

—¿Y luego?

—Tengo muchos frentes abiertos, Siobhan.

—Procura elegir uno en el que no te disparen.

—Siempre me ando con cuidado.

—Seguramente Robert Chatham también lo creía.

Rebus hizo una pausa y asintió.

—Me atrevería a afirmar que luego irás a ver a Crow.

—Si tengo tiempo...

—¿No hubo problemas anoche?

—Los coches patrulla pasaron tres veces por el barrio. Lo creas o no, incluso se bajaron y caminaron un poco.

—¿En serio te has tragado eso?

—No le mentirían al DIC, ¿no?

—No quiero ni pensarlo —dijo Rebus, que luego maldijo entre dientes—. Se ha vuelto a atascar —masculló—. ¿Qué les pasa a estos trastos? —preguntó, mirando a Clarke en busca de orientación.

—Vale, déjame ver.

Clarke dejó la taza encima de la mesa y se acercó a la fotocopidora. Luego extrajo la bandeja y sacó el papel atascado de entre los rodillos. Al mirar de soslayo, sorprendió a Rebus robándole un sorbo de café.

—No te preocupes —le dijo—. No tengo nada contagioso...

Lo que Rebus no había tenido en cuenta era que una visita a las once bien podía demorarse hasta las doce menos cuarto. La sala de espera del hospital no era el lugar más inspirador. No se había molestado en llevar un periódico y el que encontró encima de una silla, que era del día anterior, no lo entretuvo más de diez minutos. Estaba a punto de decirle a la recepcionista que era un hombre ocupado y tendría que concertar otra cita cuando anunciaron su nombre antes de que pudiera pronunciar las palabras.

Y después...

Después de la anestesia local, del TAC, de la biopsia...

«Probablemente no haya de qué preocuparse, pero es mejor prevenir que curar...».

«Una mancha en el pulmón a veces significa poco o nada...».

«Tenemos material de lectura para usted y podemos recomendarle algunas páginas web para que se tranquilice...».

Eran palabras que salían de la boca de la doctora como un guion memorizado mucho tiempo atrás. ¿Cuántos pacientes se habían sentado donde estaba Rebus, oyendo pero sin escuchar en realidad? Luego los soltaban a un mundo que no podía comprender cómo se sentían, acompañados de un dolor sordo y un poco de medicación para sobrellevarlo.

«Arriba ese ánimo, John —se dijo al llegar al aparcamiento—. Todavía no estás listo para diñarla».

A Fox le habían encomendado la tarea de repasar las notas del caso sin resolver. Se habría apostado una libra contra un penique a que Rebus guardaba copias, pero no pensaba decírselo a Alvin James. La mitad de las cosas ya las sabía por el resumen que había hecho Siobhan en el Oxford dos noches antes. James quería que Rebus fuera entrevistado formalmente y que se grabara la sesión para poder contar con un registro de su conversación con Chatham. Mark Oldfield había sido enviado a la cafetería a cotejar la historia de Rebus sobre el desayuno con el difunto. Sean Glancey y Anne Briggs estaban entrevistando a Liz Dolan en su casa. Wallace Sharpe estaba sentado a su mesa estudiando el informe de la autopsia con furiosa intensidad mientras Alvin James atendía una llamada. La leche del día anterior se había agriado y no había sido sustituida, lo cual significaba que las opciones se reducían a té negro o café solo. Fox era el único de los tres que estaban allí al que no parecía importarle.

Había buscado a Bruce Collier en Internet e incluso había visto unos cuantos vídeos grabados en su momento álgido. Había abundante material de archivo sobre su concierto de regreso a casa en 1978. La actuación se había celebrado, por supuesto, pero el asesinato de Maria Turquand solo se mencionaba en un par de reseñas. La red ofrecía mucha menos información sobre Dougie Vaughan, el músico amigo de Collier, o sobre los otros protagonistas del drama, la mayoría

de los cuales habían vivido casi toda su vida en la era anterior a Internet. Encontró unas cuantas fotos de Maria y John Turquand el día de su boda y en algunos bailes de sociedad. Imágenes de sir Magnus Brough luciendo trajes de *tweed* mientras se preparaba para abatir urogallos o faisanes en los cielos de Perthshire, con bombín y raya diplomática en las escaleras de la sede de su banco en Charlotte Square y en el concurrido funeral de su hijo y su nuera con una mano en el hombro de sus dos nietos adolescentes.

Lo cual llevó a Fox a buscar al propio Anthony Brough. No era la primera vez, pero nunca se sabe qué detalle se te puede haber escapado, y Fox era sumamente diligente. Sin embargo, todo eran desperdicios sin profundidad ni reflexiones reales. El ahogamiento de su amigo en Gran Caimán. La conmoción posterior, que afectó sobre todo a Francesca, la «sensible» hermana de Anthony. Un par de entradas sobre la creación de su empresa de inversión, pero, naturalmente, ni rastro de empresas fantasma o de Darryl Christie.

Nada explicaba por qué no se le había visto recientemente.

Fox vio que Alvin James colgaba el teléfono. Parecía que le hubieran administrado una pequeña pero eficaz descarga eléctrica. Wallace Sharpe también se había percatado y estaba esperando a que su jefe les diera la noticia.

—El informe de toxicología —dijo—. Nuestra víctima se había tomado casi una botella entera de whisky. —Empezó a escribir un mensaje de texto mientras hablaba—. Voy a pedir a Sean que pregunte a la viuda cuánto solía beber por las tardes o por la noche.

—¿No se suponía que iba a trabajar la noche en que murió? —preguntó Fox—. ¿Habría bebido tanto antes de comenzar el turno?

—Bien visto, Malcolm. También han encontrado restos en su ropa, o eso creen los del laboratorio.

—¿Como si le hubieran obligado a beber?

—O algo le aterrorizó tanto que se echó a temblar.

—¿Alguna noticia sobre las ataduras? —preguntó Sharpe en un susurro.

—Poliuretano azul —respondió James, que estaba leyendo la hoja que tenía

delante—. Es lo que se utiliza para fabricar cuerdas baratas para tiendas de campaña y cosas por el estilo. No sé si nos llevará a alguna parte. Era un doble nudo básico, pero lo bastante apretado para cortarle la circulación.

—Estaba vivo cuando cayó al agua, pero ¿sabemos si seguía consciente? —preguntó Fox.

—¿Después de una botella de whisky? —James se pasó una mano por la frente—. Yo estaría fuera de combate. ¿Y usted?

—Yo no bebo, así que dudo que estuviera como una rosa —dijo Fox. Luego miró a James, que acababa de recibir un nuevo mensaje.

—¿Sabe qué, Malcolm? Según la señora Dolan, nuestro amigo llevaba casi un año sin beber.

—Así que un desconocido o varios lo incapacitaron —conjeturó Sharpe—. Y luego lo maniataron y lo arrojaron al estuario de Forth.

—O lo maniataron primero —terció Fox—. Así era más fácil obligarlo a beberse el whisky.

Sharpe asintió con desgana. James estaba estudiando la gráfica que habían clavado en la pared: una cronología del último día de Chatham, por el momento desesperanzadoramente incompleta.

—Necesitamos rápidamente esos registros telefónicos, fijo y móvil, y también las grabaciones de las cámaras de toda la ciudad. Tenemos que ver las imágenes de los últimos días en todos los sitios donde trabajó. Quiero saber con quién habló y todos los lugares que frecuentó. Compañeros de trabajo, amigos o cualquiera que entrara en su radar. Por ahora, lo único que sabemos es que desayunó con John Rebus, después pasó unas horas en casa, parecía ansioso, y se fue sin tan siquiera despedirse. Tras lo cual, es como si no existiera. Averiguar dónde fue es cosa nuestra. De las doce del mediodía hasta el momento de su muerte; esas son las lagunas que debemos esclarecer. —James estaba mirando a Fox—. ¿Por dónde empezaría usted, Malcolm?

Fox pensó unos instantes.

—Yo empezaría por un mapa —dijo.

—Espero que esto sea una pesadilla —dijo Cafferty mirando fijamente a la figura que había en el umbral de su casa.

—No me mandaste una tarjeta con la nueva dirección —contestó Darryl Christie encogiéndose de hombros.

—¿Cómo me has encontrado?

—He llamado a un par de timbres hasta que ha contestado alguien. Les dije que traía un paquete para el señor Cafferty. Bonito lugar... —Hizo ademán de entrar, pero Cafferty se lo impidió. Siguieron así unos segundos hasta que este se apartó—. Vale, adelante.

El pasillo conducía a una gran sala abierta con madera de color claro y paredes blancas sin ornamentos. Una puerta de cristal daba al balcón. Christie la abrió sin molestarse en pedir permiso y salió.

—Unas vistas magníficas —comentó mientras contemplaba la habitual marejada de estudiantes, ciclistas y corredores que cruzaban el parque de Meadows. Luego levantó la cabeza y observó Marchmont y las colinas de Pentland al fondo—. Pero no se ve el piso de Rebus. Seguro que te gustaría.

—Pensaba que estabas convaleciente, Darryl —dijo Cafferty.

—No tengo el cuerpo tan magullado como el ego. —Christie se pasó los dedos alrededor de la nariz. Ya no llevaba esparadrapo, pero se apreciaba decoloración y una leve hinchazón—. Me duele al respirar hondo, si te sirve de consuelo. —Hizo una pausa—. Cuando alguien te ataca, empiezas a preguntarte por qué no te teme tanto como debería. —Seguía contemplando las vistas—. Tú tienes un poco de experiencia en eso, así que no estoy diciéndote nada que no sepas.

—Crees que tuve algo que ver con esto, ¿verdad?

—¿Tú personalmente? No.

—¿Piensas que pagué a alguien?

—Bueno, se me ha pasado por la cabeza.

—¿Y qué dice tu amigo Joe?

Christie pareció pensar en ello.

—El señor Stark ha estado bastante callado.

—Eso no es propio de él.

—Llamó para decir que lo lamentaba, por supuesto.

—Pero ¿no fue a visitarte cuando estabas en cama? Parece que las cosas están enfriándose entre vosotros, Darryl...

—La paliza me hizo parecer débil. Joe Stark no soporta la debilidad. — Ambos estaban apoyados en la barandilla del balcón—. Si verdaderamente quieres deshacerte de mí —prosiguió Christie—, esta es una oportunidad tan buena como cualquier otra. Un empujón y se acabó.

—Piensa en los testigos.

—Sería tu palabra contra la suya.

—Nadie va a por ti, Darryl, al menos por mi parte, al menos esta semana.

Ambos intercambiaron sonrisas de desconfianza.

—¿Sabes que hay un acusado? —dijo Christie volviéndose al fin hacia Cafferty—. Se llama Craw Shand.

—¿Ah, sí?

—¿No te has topado con él?

—El nombre no me...

—Esta mañana, por ejemplo. En su casa.

Cafferty entrecerró los ojos.

—¿Has pedido que le vigilen?

—Pues claro que sí.

—Pero ¿crees que fue él quien te atacó?

—Miente por diversión. Pero sabe cosas que no debería, lo cual significa que conoce a mis atacantes.

—No he sido yo, hijo.

—¿No?

Cafferty negó con la cabeza lentamente, manteniendo contacto visual en todo

momento.

—Entonces ¿por qué has ido a visitarle?

—Por lo mismo que tú. Sabe algo.

—¿Y?

—Y ha mantenido su versión —dijo Cafferty procurando no pestañear ni ofrecer pista alguna.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Porque mi nombre figura en dos listas: la tuya y la del DIC. Tengo tanto interés en averiguarlo como tú.

—¿Para poder darles un abrazo de agradecimiento?

—Para poder saber.

Christie meditó esas palabras.

—Si no recuerdo mal, una vez me dijiste eso mismo, cuando pensabas que podías moldearme. Era ese tópico de que el conocimiento es poder.

—Es un tópico porque resulta que es cierto.

Christie asintió, aparentando volver a mostrar interés en las vistas.

—Puede que todo esté relacionado con un tal Anthony Brough.

—Soy todo oídos.

—Teníamos un acuerdo de negocio que no salió bien. Ahora está en paradero desconocido.

—¿Es de aquí? Escocés, quiero decir.

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es un agente de inversiones con oficinas en Rutland Square.

—¿Te debe dinero o a la inversa?

—Yo solo quiero averiguar su paradero.

—¿Y crees que yo puedo ayudarte?

Christie se encogió de hombros.

—No estoy teniendo demasiada suerte por mi cuenta.

—¿Has pensado en preguntar a Joe Stark o a alguno de tus amigos?

—Como te decía, por lo visto estoy solo.

—Conque ahora soy tu mejor amigo, ¿verdad?

Christie miró a Cafferty a los ojos.

—Joe Stark es un anciano. Cualquiera día de estos la palmará.

—¿Y tú ocuparás tu lugar?

—No me importaría quedarme con su negocio y dejarle Edimburgo a otro. Es una ciudad bonita, pero empieza a aburrirme. —Hizo una pausa—. Al menos dime que te lo pensarás. Por los viejos tiempos.

—Por supuesto que me lo pensaré.

Se estrecharon la mano y entraron.

—¿Has visto mi casa? —preguntó Christie.

—No.

—Se parece un poco a la que tenías tú. Esta es muy distinta. ¿Qué ha cambiado?

—Dieciocho habitaciones y utilizaba unas cuatro. Al menos tú tienes familia para llenar la tuya.

Christie asintió.

—¿Harás correr la voz? —preguntó a la vez que observaba a Cafferty cerrar la puerta del balcón.

—¿Sobre Anthony Brough? No veo por qué no.

—Sabía que todavía tenías oídos en las calles.

—Son los frutos de toda una vida regalando bebida y algún que otro billete.

—Cafferty guardó silencio unos momentos—. Deberías conseguir protección personal. En serio.

—¿Te refieres a un guardaespaldas?

—Eso o un arma. Imagino que conocerás a alguien que pueda ayudarte.

—Nunca ha sido mi estilo, pero gracias por el consejo.

Christie echó a andar por el pasillo camino de la puerta principal y Cafferty se adelantó para abrirla.

—Por cierto —dijo Cafferty—, ¿has visto al ruso últimamente?

Christie se detuvo sobre la alfombrilla que había delante de la puerta.

—¿Qué ruso?

Cafferty extendió una mano con la palma hacia arriba.

—Vale, Darryl.

—No, hablo en serio. ¿Qué ruso?

—Es un rumor que me ha llegado. —Christie se encogió de hombros y negó con la cabeza—. Debí de entenderlo mal —añadió Cafferty, que empezó a cerrar la puerta.

Christie fue al ascensor, pulsó el botón y esperó, contemplando su reflejo borroso en las puertas de aluminio.

—Es ucraniano, capullo —dijo entre dientes.

Fox tuvo que reconocerlo: estaba impresionado.

La sala del EGI era pura concentración, con Alvin James en el centro velando por que así fuera. Habían encontrado un mapa y lo habían clavado a la pared. En él, unas chinchetas de colores señalaban el lugar donde habían descubierto el cuerpo, la casa de la víctima y otros puntos relacionados, desde la cafetería donde se reunió con Rebus hasta los bares y discotecas en los que trabajaba y el gimnasio en el que pasaba gran parte de su tiempo libre. James ya lo había dicho: el hombre no era un blandengue, lo cual significaba que probablemente estaban buscando a dos atacantes o más. Las corrientes del estuario de Forth habían sido escrutadas. El puerto oeste, donde había acabado el cuerpo, se hallaba encajado entre dos espigones, lo cual dejaba un estrecho canal de acceso. Según el experto al que habían consultado, el cuerpo seguramente había sido arrojado al agua en el puerto o cerca de allí. Aun así, todavía quedaba mucho litoral, y habían buscado fotografías aéreas y las habían clavado junto al mapa. Lo más destacado de la autopsia también estaba allí, al igual que varios listados de amigos y socios del difunto. Pero la cronología del último día de Chatham no era en modo alguno completa.

Anne Briggs estaba transcribiendo la entrevista con Liz Dolan y los demás intentaban localizar telefónicamente a las personas que aparecían en las listas. Fox había confeccionado un listado propio. Acababa de enviarlo el proveedor de móvil de Chatham y estaba encima de su mesa, al lado de una hoja similar que detallaba la actividad de la línea fija en el último mes. Solo figuraban los totales de las búsquedas y descargas de Internet, pero la información sobre números y

mensajes de texto enviados era más exhaustiva. El teléfono al que Chatham llamaba con más frecuencia era su propio fijo, normalmente por la noche. Probablemente estaba aburrido y congelado esperando algo de acción en el trabajo. Un número de móvil interesó a Fox. No había llamadas, pero sí más de cien mensajes de texto en un solo mes. Fox había intentado contactar, pero saltaba un contestador automático. Colgó y pidió a Briggs el número de móvil de Liz Dolan. Briggs se lo facilitó. No coincidía. Ahora podía ver el número de Dolan: Chatham le había enviado unos veinticinco mensajes en el último mes. Fox puso un interrogante al lado del misterioso número y siguió trabajando.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando descubrió algo. James se lo notó en la cara y fue hacia su mesa.

—Cuénteme —dijo.

—Cada sábado, hacia las doce —respondió Fox golpeteando con el dedo encima del número—. Una llamada de dos o tres minutos al mismo teléfono fijo.

—¿Y bien?

—Acabo de llamar. Es Klondyke Alley, una casa de apuestas.

—¿Qué relevancia tiene eso?

Fox no apartó la mirada de la lista.

—Es solo que... No sabíamos que le gustaba el juego, ¿no?

James se lo preguntó a Anne Briggs, que se quitó los auriculares.

—Sí —dijo—. Su compañera lo mencionó. Apostaba habitualmente a los caballos.

—¿Lo suficiente para meterse en un lío? —preguntó Fox.

—No me dio la sensación de que tuviera preocupaciones económicas.

—Pero Malcolm lleva razón. Debemos investigar las cuentas bancarias del señor Chatham.

—No recordaba que los corredores de apuestas fueran tan agresivos —dijo Briggs con escepticismo—. Ni siquiera con los jugadores que les deben mucho dinero.

—Hay que mover cielo y tierra, Anne —le advirtió James, que estaba

estudiando el informe del caso no resuelto que le había entregado Rebus.

Fox le había hecho un resumen en dos minutos y James no vio ningún motivo para otorgarle prioridad en ese momento.

—Podría echar un vistazo en Klondyke Alley —dijo Fox—. He indagado y está en Great Junction Street, a menos de diez minutos a pie.

James se lo quedó mirando.

—¿Usted qué opina?

—Chatham podía apostar en persona y por teléfono.

James sopesó la posibilidad.

—¿Diez minutos, dice?

—Diez minutos de ida y otros diez de vuelta —precisó Fox—. Puedo traer leche.

—Y galletas —añadió Briggs desde su mesa.

—Y galletas —repitió Fox.

Klondyke Alley se encontraba entre una cafetería y una tienda de beneficencia, y tenía una parada de autobús justo delante. En el escaparate, fuertemente iluminado, había una enorme tragaperras cuyos carretes no dejaban de girar de forma lenta y constante. Fox entró. Era casi idéntico a Diamond Joe's y Diamond Joe's Too: un cajero con pinta de aburrido, unos cuantos jugadores de ojos vidriosos sentados delante de sus máquinas predilectas y pantallas de televisión en las paredes. Fox se situó frente a la caja, esperando a que el hombre corpulento situado detrás del cristal acabara de escribir un mensaje de texto. Tardó un rato. Luego miró a Fox con cara de pocos amigos.

—¿Le ayudo en algo? —preguntó bruscamente.

—No suelo encontrarme con muchos novelistas —dijo Fox señalando el teléfono—. Imagino que estaba terminando un capítulo.

—Y yo imagino que no ha venido apostar.

—En efecto. —Fox le mostró la placa con una mano y con la otra una foto

reciente de Robert Chatham—. ¿Conoce a este hombre? —preguntó.

—No.

—Era cliente de aquí.

—Lo dudo.

—Apostaba por teléfono cada sábado a la hora del almuerzo.

—Pues entonces enseñeme una foto de su voz.

Fox sonrió sin rastro alguno de humor.

—¿Nunca vino por aquí?

—Mientras yo estaba no.

—Se llamaba Robert Chatham.

—¿Ah, sí?

—Ya no le aceptará más apuestas.

El cajero suspiró y escribió el nombre de Chatham en el ordenador.

—Tenía cuenta —confirmó.

—¿Cómo iba?

El hombre estudió la pantalla.

—Más o menos lo comido por lo servido.

—Entonces ¿les debe él a ustedes o ustedes a él?

—Tiene un crédito de diecinueve libras. Debería informar de ello a sus familiares.

—Lo haré —dijo Fox—. Pero ¿nunca apostaba en persona?

—Siempre por teléfono.

—¿E Internet?

El hombre consultó de nuevo la pantalla.

—No hay constancia de ello.

Fox dio la vuelta a la fotografía. En el reverso estaba anotado el número de móvil al que Chatham había enviado mensajes tantas veces.

—¿Y esto?

—¿Se supone que significa algo?

—¿Reconoce el número?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Hemos terminado? —preguntó.

Fox se dio cuenta de que detrás tenía un jugador que necesitaba cambio. Asintió, se situó frente a una máquina e introdujo una libra sin darse cuenta de que solo le daba un crédito. Luego pulsó el botón y esperó. Cuando se detuvieron los carretes, había hecho algo bien, porque empezó a parpadear una luz que le preguntaba si quería seguir jugando o cobrar. Pulsó la opción de jugar y los carretes empezaron a girar con más lentitud que antes. La máquina quería que decidiera cuándo deseaba que se detuviera cada uno de ellos, y eso hizo. La luz estaba parpadeando de nuevo. Optó por cobrar y se sorprendió cuando empezaron a caer monedas en la bandeja metálica. Eran monedas de una libra. Veinte en total.

—Joder —protestó el jugador que se encontraba en el mostrador cuando Fox recogió sus ganancias y se fue.

Compró varios paquetes de Kit Kat y un litro de leche semidesnatada en el supermercado e incluso invirtió cinco peniques en una bolsa. Una vez fuera, cruzó la calle y volvió hacia Klondyke Alley, centrando su atención en las sucias ventanas del piso de arriba, al que se accedía desde una puerta llena de arañazos situada entre la casa de apuestas y la tienda benéfica. ¿Cuántas empresas dijo Sheila Graham que había registradas allí? Fox volvió a cruzar la calle e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Había un interfono destartado, pero no figuraban los nombres de los residentes, tan solo los números de los pisos. Con el peso de las monedas restantes en un bolsillo retomó el camino hacia la comisaría de Leith.

Subió los peldaños de dos en dos. Los miembros del equipo de Grandes Investigaciones estaban manteniendo una discusión y Oldfield se ocupaba una vez más de la tetera eléctrica.

—Nos malcría, embajador —dijo cuando Fox sacó los Kit Kat.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Fox a James.

—Un monitor del gimnasio del señor Chatham. No es muy dado a los

cotilleos, pero pensó que debíamos saberlo.

—¿Saber qué?

—Que el difunto era bastante amigo de una clienta.

—¿Cómo de amigo?

—Cuando salían de entrenar, iban a la cafetería a tomar copas en la intimidad. Al entrenador le pareció demasiado casual la frecuencia con la que coincidían las visitas de ambos al gimnasio.

—¿Tenemos su nombre y dirección?

—Ahora sí.

—¿Y su teléfono? —James se lo confirmó a Fox con un gesto—. ¿Puedo verlo?

James lo había anotado en una libreta. Fox lo estudió y después sacó la foto de Robert Chatham y le dio la vuelta.

—Malcolm, ¿es usted mago o algo así? —dijo James.

—Chatham le enviaba el cuádruple de mensajes que a su pareja.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Me distraje con Klondyke Alley.

—Hablando del tema...

Fox negó con la cabeza.

—Solo apostaba por teléfono. De hecho, en el momento de su muerte le debían unas libras. ¿Cómo se llama la mujer?

Estaba mirando el número de teléfono.

—Maxine Dromgoole. ¿Le suena?

—¿Debería?

James se volvió hacia Sean Glancey.

—Cuénteselo, Sean.

—Una búsqueda rápida en Internet solo nos da una Maxine Dromgoole. — Glancey hizo una pausa y cogió el pañuelo con su mano rechoncha—. Con un vínculo a la página web de Amazon.

Fox no pudo disimular su incredulidad.

—Es escritora, Malcolm —le explicó James—. No ficción, sobre todo crímenes.

—Incluyendo crímenes no resueltos —terció Anne Briggs.

—¿El caso Maria Turquand? —Fox cayó en la cuenta—. ¿Es la periodista que consiguió que hablara el *road manager* de Bruce Collier?

—La misma, según parece.

—Lo cual significa que fue la responsable de la revisión del caso sin resolver, el que dirigió Chatham.

—Y por eso he cogido el informe de Rebus de su mesa y se lo he entregado a Wallace.

Wallace Sharpe dio unos golpecitos en la carpeta para corroborarlo.

—¿La han llamado? —preguntó Fox.

—¿Y usted, Malcolm?

—Saltó un servicio de contestador automático.

—Bueno, podríamos intentarlo otra vez y dejar un mensaje —propuso James—. Pero sí, tenemos su dirección. Y viendo que ha donado tan generosamente esos deliciosos Kit Kat... ¿Le apetece dar una vueltecita?

—Claro.

—Perfecto, porque me vendría bien un traductor. Ninguno de nosotros parece capaz de pronunciar el nombre de su calle.

Fox miró la libreta de James.

—Sciennes —dijo.

Sciennes Road se encontraba en Marchmont, cerca del piso de Rebus. Fox empezaba a pensar que la ciudad se había convertido en un laberinto y que sus habitantes y barrios estaban unidos por hilos.

—El edificio rojo de la izquierda es el hospital pediátrico —dijo James intentando no parecer un guía turístico—. El contiguo es la escuela primaria de Sciennes.

Más adelante había varias tiendas con tres plantas encima. El ambiente era muy distinto al de Great Junction Street; era otra parte del puzle. Fox puso el intermitente y aparcó.

—¿Siempre hace eso? —preguntó Alvin James.

—¿El qué?

—Poner el intermitente.

—Supongo.

—¿Aunque no haya coches?

—A mí me lo enseñaron así.

—Es usted un hombre de costumbres, Malcolm, y respeta las normas.

—¿Le supone un problema, Alvin?

—Que yo sepa, no.

Se bajaron del coche y buscaron el timbre con el apellido Dromgoole al lado. No contestó nadie. Ambos retrocedieron cuando la puerta de la escalera común se abrió. Uno de los residentes apareció intentando salir con su bicicleta y James le aguantó la puerta.

—Gracias.

—Venimos a ver a Maxine Dromgoole.

—Segunda planta a la izquierda —dijo el hombre.

Alvin James asintió para darle las gracias y con el brazo que tenía libre indicó a Fox que entrara.

Subieron las escaleras y se detuvieron delante de la puerta de Dromgoole. Fox llamó con los nudillos. Nada. James se agachó y abrió el buzón.

—¿Hay alguien en casa? —gritó.

Fox estaba sacando una tarjeta de visita y un bolígrafo cuando de repente se oyó una voz ronca desde dentro.

—Sea quien sea, vuelva más tarde, por favor.

—No podemos hacer eso, señora Dromgoole —dijo James a través del buzón —. Somos policías.

—No puedo enfrentarme a esto ahora mismo.

James miró a Fox.

—Entiendo que esté triste, Maxine. Por supuesto que lo está, pero Robert querría que nos ayudara, ¿no le parece?

El silencio se prolongó casi medio minuto. Luego, la puerta se abrió con infinita lentitud y apareció una mujer vestida con lo que parecía un pijama, la parte de arriba holgada y gris y los pantalones de idéntico color y ceñidos con un cordón. Maxine Dromgoole había estado llorando desconsoladamente. Parecía que estuviera a punto de desplomarse, tenía la cara hinchada y los ojos inyectados en sangre, e iba despeinada. En una mano llevaba un paquete de pañuelos de papel y alrededor de la nariz tenía la piel irritada de sonarse.

—¿Lo sabe Liz? —preguntó Dromgoole.

—¿Lo suyo con su marido? No, hasta donde yo sé.

—Pero ahora se enterará, ¿verdad?

—Quizá no sea necesario —dijo James, que miró a Fox en busca de apoyo.

—Solo le robaremos unos minutos de su tiempo —añadió Fox tan solícitamente como pudo.

—Ha sido una venganza, ¿verdad?

—¿Ah, sí?

—Rab tuvo que echar a unos tíos de una discoteca hace una semana o dos. Me lo contó después. Dijo que habían prometido vengarse.

—Hagamos una cosa, Maxine —propuso James—. Vamos a sentarnos mientras mi compañero nos prepara una taza de té. ¿Le parece bien?

Dromgoole asintió con aire distraído y se dirigió al salón. Fox entró en la cocina. Una vez que la tetera estuvo encendida, se situó en el umbral del comedor para poder oír la conversación.

—¿Desde cuándo conocía a Rab? —preguntó James, libreta en mano.

—Desde hace unos ocho años.

—Así que fue más o menos por la época en que publicó el libro, ¿verdad?

—Exacto. Quería hacerme unas preguntas al respecto.

—¿Porque estaban revisando el caso?

Dromgoole asintió con la mirada fija en la ventana y el cielo que se extendía más allá.

—Había adaptado mi entrevista con Vince Brady y se la había vendido a un periódico. En aquella época, la prensa todavía pagaba a sus colaboradores. En fin, como volvía a estar bajo los focos, tuvieron que reabrir el caso.

—Y fue así como se conocieron.

—Nos llevábamos bien. No pensé más en ello, pero me llamó al cabo de un par de semanas. Sabía que estaba casado pero a punto de separarse. Ya estaba viendo a Liz... Dios, parezco una mujer de vida alegre, ¿no? En realidad no fue algo formal hasta pasados unos años. No era mi intención... —Guardó silencio, tragó saliva e intentó recobrar el control de la respiración—. Vi a Liz varias veces. En el gimnasio organizan una o dos fiestas al año y las parejas pueden asistir. —Volvió a hacer una pausa y bajó la mirada—. Parecía muy simpática. ¿Cree que es posible que no se entere?

Fox fue a la cocina a toda prisa y volvió con una bandeja con tres tazas, leche y azúcar. La dejó encima de la mesa y los invitó a que se sirvieran.

—¿Lo vio ese último día? —preguntó James cuando se hubieron acomodado de nuevo.

—Me envió un par de mensajes.

Sí, pensó Fox. A las 10:45 y a las 11:10. Los mandó desde casa. Su pareja debía de estar en la habitación o, en cualquier caso, no muy lejos.

—¿Qué impresión le causó?

—Solo me dijo que quizá no iría al gimnasio.

—¿Mencionó por qué?

—Había estado hablando con alguien sobre Maria Turquand.

—¿Y por eso no podía ir al gimnasio como de costumbre? —terció Fox.

—No lo sé.

—¿Podemos ver los mensajes? —preguntó James.

—Son... Algunos son personales.

—Lo comprendo. ¿Podríamos ver solo los dos de ese día?

La mujer cogió el teléfono de la mesita, lo abrió y le dio la vuelta para que pudieran ver la pantalla, pero no iba a permitir que se lo arrebataran.

«No te enfades, preciosa. Hoy no podré verte sudar 😞».

Ella había contestado minutos después:

«Mñn? Todo bien?».

Y luego la respuesta de Chatham:

«Cambiando de tema, Maria T ha vuelto! Expoli husmeando. Quizá debería sentirme insultado porque mi brillante investigación no fue el final...».

Ese fue el último mensaje que envió Robert Chatham.

—¿Iba al gimnasio casi todas las tardes? —preguntó James.

—Tenía un buen cuerpo. Le gustaba mantenerse en forma. —Dromgoole le había dado la vuelta al teléfono para poder ver los mensajes—. Me contó que en el DIC se mofaban de él y le llamaban «Rab el Gordo». Decidió hacer algo al respecto.

—Lo que les unió a ustedes dos fue el caso Turquand —interrumpió Fox. Estaba sentado en el reposabrazos del sofá y no acababa de ponerse cómodo—. ¿Alguna vez le habló de los hallazgos de la revisión del caso?

—¿No habría ido en contra del procedimiento?

Dromgoole dejó el teléfono en el reposabrazos del sillón.

—Lo interpretaré como un sí. ¿Qué pensó cuando le mandó ese mensaje?

La mujer hinchó las mejillas y exhaló.

—Me molestó un poco no poder verle, pero no le di mucha importancia.

—¿No?

—¿Debería haberlo hecho?

—Era una historia que le interesó en su momento. He visto que su libro sigue entre los mil más vendidos de Amazon.

Dromgoole resopló.

—Los mil de crimen de no ficción. Dudo que llegue a los cincuenta ejemplares al año.

—¿Está trabajando en algo ahora mismo? —dijo Fox.

La pregunta pareció descolocarla y miró a Fox más o menos por primera vez.

—Está en las fases preliminares —reconoció finalmente.

—¿Le importa que le pregunte de qué trata?

—De Morris Gerald Cafferty —respondió—. Me atrevería a asegurar que el nombre les suena.

—¿Cuánto lleva escrito?

—Hay muchos libros publicados sobre gánsteres de Londres, Manchester o Glasgow, y pensé que ya le tocaba a Edimburgo. Hay mucha información en los archivos de los periódicos, actas judiciales y cosas por el estilo.

—¿Le ha mencionado a Cafferty algo de todo esto?

—Le escribí solicitando una entrevista, pero aún no he tenido noticias suyas.

Descontento con los derroteros que estaba siguiendo la conversación, James se inclinó hacia delante.

—Aparte del incidente en la puerta de la discoteca, ¿Rab parecía preocupado por algo?

—Había estado un poco inquieto, pero cariñoso también. Una noche que Liz creía que estaba trabajando fuimos a cenar a Mark Greenaway's. No fue barato, pero le encantó. Después de la cena me regaló una rosa.

Dromgoole señaló con la cabeza hacia una estantería situada junto a la chimenea. En uno de los estantes había un delgado jarrón de cristal con una rosa ya marchita cuyos pétalos nunca se habían abierto.

Al verla, a Maxine Dromgoole se le saltaron las lágrimas y corrieron por sus mejillas.

Diez minutos después habían concluido, y Dromgoole prometió pasar por la comisaría y hacer una declaración formal al día siguiente. Los dos agentes bajaron las escaleras de piedra en silencio, a excepción del eco de sus pasos. Ya estaban en el coche cuando James preguntó a Fox qué opinaba.

—No tengo la sensación de que esté ocultando algo.

—Yo no estaría tan seguro. Durante casi ocho años ha logrado ocultar el hecho de que estaba tirándose a un hombre que tenía pareja.

—Lo cual diría más de él que de ella.

—¿A qué se refiere?

—Chatham estaba llevando una doble vida y nunca salió a la luz.

James asintió lentamente.

—¿Quién sabe qué otros secretos guardaba?

—Y a eso hay que sumarle el hecho de que el nombre de Turquand aparece por todas partes. Y, de repente, sale a la palestra Cafferty.

—Solo lo conozco de oídas.

—Es como una versión más astuta de Joe Stark. No ha copado tan a menudo las portadas porque es muy listo.

—Me interesa más el grupo que amenazó a Chatham. No han aparecido todavía en las grabaciones de las cámaras de seguridad, ¿verdad?

—Creo que es cuestión de tiempo.

James parecía pensativo.

—¿Se nos ha escapado algo ahí dentro, Malcolm? ¿Algo que deberíamos haber detectado o descubierto?

—Los únicos libros que tiene en las estanterías son los suyos —respondió Fox—. No sé qué nos dice eso sobre ella.

—¿Cree que Chatham le proporcionaba información? Se conocieron hace ocho años y solo llevaba tres jubilado...

James estaba mirando fijamente a Fox.

—¿Insinúa que tengo que comprar sus libros?

—Solo si quiere mantener su reputación de exhaustividad absoluta.

—Si lo plantea así, ¿cómo voy a resistirme? —dijo Fox, que puso en marcha el motor.

Joe Stark siempre vestía como si el reloj se hubiera detenido en los años cincuenta: abrigo de pelo de camello, zapatos negros relucientes, traje con solapas anchas y camisa malva con corbata del mismo color. No era alto, pero sí fornido. Como de costumbre, iba flanqueado por sus dos viejos amigos, Walter Grieve y Len Parker. Los tres habían formado parte de bandas desde la escuela primaria. Cafferty estaba deleitándose en la majestuosidad del ayuntamiento de Glasgow, pero notó la presencia de Stark y se dio la vuelta. Luego asintió fugazmente y volvió a desviar su atención hacia el edificio que tenía delante.

—He de serte sincero, Joe. Estas vistas son mucho más impresionantes que las de su equivalente en Edimburgo.

—Más grande y mejor, al más puro estilo Glasgow.

—Bueno —dijo Cafferty al cabo de un momento—, como mínimo más ostentoso.

—Si te apetece una ruta turística, será un placer.

Cafferty lo miró por primera vez.

—Tienes buen aspecto.

—Respiro.

—Ya somos dos, contra todo pronóstico.

—También al más puro estilo Glasgow.

Stark reparó en que Cafferty estaba observando la estatua situada cerca de allí.

—«Thomas Graham» —leyó Cafferty en la placa que estaba en la parte baja, «brillante químico experimental». Hemos conocido a unos cuantos de esos, ¿eh, Joe?

Luego se echó a reír, pero Stark lo miró con dureza.

—¿Qué haces aquí? —le espetó.

—Soy pensionista, igual que tú. Los autobuses son gratis, así que ¿por qué no utilizarlos?

—¿Has venido en autobús?

Cafferty negó con la cabeza y Stark contuvo un resoplido.

—Alguien le dio una paliza a Darryl Christie —dijo Cafferty.

—El chaval se ha vuelto descuidado.

—A lo mejor se creía intocable.

—Nadie lo es.

—Quizá te preguntabas si era cosa mía.

—Y tú si había sido yo, ¿eh?

—Pero supongamos que no fue ninguno de los dos... —Cafferty esperó a que pasara un camión de bomberos con la sirena encendida—. No has saltado en su defensa, precisamente.

—No me lo pidió.

—Podría parecer débil si lo hiciera, pero eso no impediría que te ofrecieras.

—¿Y quién dice que no lo he hecho?

—Es una intuición mía. —Cafferty esperó respuesta, pero Stark no medió palabra—. Si me gustara apostar, Joe, yo diría que estás siendo un poco cauteloso. Y el motivo podría ser que crees que Darryl está a punto de ser derrocado. Nadie quiere verse en el bando perdedor cuando eso ocurre. No tiene sentido hacer enemigos innecesarios, ¿verdad?

—Darryl es un buen muchacho.

—No lo negaré. Pero incluso los buenos muchachos cometen errores.

—¿Qué has oído?

—Solamente rumores. No les di excesiva credibilidad hasta el ataque.

—Pero no fue un ataque, ¿o sí? Más bien fue cosa de aficionados.

—Por eso podemos descartarnos mutuamente, pero ¿quién queda? El motivo

por el que he tenido tanto tiempo Edimburgo para mí solo es que es más pueblo que ciudad. Se gana más dinero en otros lugares.

—Corren tiempos de austeridad, Cafferty. —Stark se sorbió la nariz y metió las manos en los bolsillos del abrigo—. Hay muchos chacales vigilando los abrevaderos.

—¿Te importaría darme algún nombre?

—Los sospechosos habituales. Los conoces tan bien como yo.

Cafferty asintió reflexivo, puso una mano en el hombro a Joe Stark y lo miró fijamente.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

Stark todavía estaba buscando una respuesta cuando Cafferty dio media vuelta y se fue. Había un flamante Mercedes plateado delante del ayuntamiento y, al acercarse, un chófer uniformado se bajó a abrir y cerrar la puerta a Cafferty. Los lugartenientes de confianza de Stark, que habían mantenido una distancia prudencial durante la conversación, aparecieron a ambos lados del jefe.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Grieve.

—Una pequeña expedición de pesca —dijo Stark, que observó cómo se alejaba el coche.

—¿Y?

—Y necesito una copa.

—¿Qué eras tú, el anzuelo o la presa?

Stark lanzó una mirada fulminante a Grieve para dejar claro el mensaje. Luego, los tres, desfilando casi en línea y con Joe Stark un paso por delante, emprendieron el camino hacia Ingram Street.

—Es bonito —dijo Clarke con cierta incomodidad, y no por primera vez.

Estaba sentada a una mesa con bancos en Voodoo Rooms, situado encima del Café Royal, donde se había citado con Rebus. Eran las ocho de la tarde y en la sala de baile estaba prevista la actuación de un grupo de blues.

—La música del diablo —había comentado Rebus.

La zona de la barra estaba atestada y había mucho alboroto. No era un lugar que Rebus asociaría normalmente con su compañera de cena.

—Mi premio —dijo Rebus cuando llegó la comida.

—¿Por qué me siento como la ofrenda sacrificial?

Rebus la miró boquiabierto.

—Estoy intentando ser agradable, Siobhan.

—Eso es lo que me pone nerviosa.

—Luego podemos ir a bailar un rato.

—Cambiaré «nerviosa» por «aterrada».

—Mujer de poca fe. —Rebus comió un bocado de chuleta de cordero—. ¿Cómo estás de enfadada con Malcolm en una escala del nueve al diez?

—Diría que un tres.

Clarke hundió el tenedor en una patata y la partió en dos.

—Eso es bastante generoso. ¿Ha habido progresos con Craw?

—Que yo sepa, sigue de una pieza.

—¿Cuándo lo comprobaste por última vez?

Clarke miró la pantalla del móvil.

—Estoy haciéndolo ahora mismo.

—Pero han enviado coches patrulla. Alguien podría matarlo a golpes y ellos ni se enterarían.

—Estoy convencida de que los rangos más bajos también te quieren.

—Hay una primera vez para todo —dijo guiñando un ojo. Luego dejó el hueso en el plato y se chupó los dedos—. ¿Otra copa?

—¿No se suponía que debías tomártelo con calma?

Dio un golpecito al vaso de cerveza.

—Es baja en alcohol.

—¿En serio?

—Tiene un sabor espantoso, pero seguro que me hace bien. ¿Gin-tonic?

—Tónica sola.

—¿Seguro?

Clarke asintió y lo observó cuando se dirigía a la barra. Rebus sostuvo en alto un billete de diez libras y no tardaron en atenderle. Clarke volvió a activar su teléfono; no había mensajes nuevos. Había ido a la calle de Craw Shand pasadas las cinco y media. No había rastro de Harry, el jefe del Devil's Dram, ni del coche de Darryl Christie. Las cortinas estaban echadas y en la casa no parecía haber luz. Pinchó un trozo de pescado y se lo llevó a la boca. Rebus estaba hablando con un hombre junto a la barra. Al parecer, le había ofrecido una copa, pero el desconocido le enseñó una pinta de cerveza casi llena. Era calvo, tenía sobrepeso y llevaba unos vaqueros descoloridos, un abrigo de cuero desabrochado y una camiseta negra con el logotipo de un grupo de música. Rebus inclinó la cabeza en dirección a la mesa y saludó. Clarke asintió sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. Finalmente, ambos se acercaron, uno con mucha menos renuencia que el otro.

—Aquí Dougie —dijo Rebus con excesiva jovialidad—. No se cree que somos del DIC. Quiere ver una identificación. ¿Me harías el favor?

Todavía masticando, Clarke sacó la placa. Una vez que hubieron dejado las bebidas encima de la mesa, Rebus agarró al hombre del antebrazo.

—¿Ya estás contento? —preguntó—. Pues ahora siéntate, ¿de acuerdo?

La mirada de Clarke reclamó respuestas cuando ambos se sentaron en el banco de modo que al visitante le resultara imposible escabullirse.

—Tengo que salir al escenario en un cuarto de hora —protestó con un brillo de sudor en la frente.

—Este es Dougie Vaughan —anunció Rebus.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Vaughan.

Tenía un tic en el párpado y se lo frotó para intentar mitigarlo.

—Hay un interés renovado en el asesinato de Maria Turquand —explicó Rebus.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—Tú estabas allí cuando murió, Dougie —afirmó Rebus.

—¿Dónde?

—En la habitación contigua.

Vaughan negó con la cabeza.

—¿Quién dice eso?

—Tenías llave de la habitación de Vince Brady, ¿no es así?

—No.

—Pues no es lo que yo he oído.

—Dormí en la cama de Bruce. Es lo que figuraba en mi declaración original.

—Pero entonces Vince empezó a deslizar algunas cosas...

—Fue porque esa escritora le pagó. Después de que estafara a Bruce, nadie quería trabajar con él. Estaba sin blanca, andaba mal de salud y tenía mujer e hijos en casa. —Vaughan hizo una pausa—. Y esa es la interpretación más generosa, cuidado. Bruce tenía otra opinión.

—Sabemos que últimamente no se podían ni ver.

—Estafó a Bruce, así de simple.

—El dinero a menudo es la causa —coincidió Rebus—. Pero también están la lujuria y la envidia. —Volvió la cabeza hacia Clarke—. Ayúdame con esto.

—El orgullo —dijo—. La pereza...

—El dinero no es uno de los pecados capitales —afirmó Vaughan.

Rebus lo miró primero a él y después a Clarke.

—¿De verdad?

—Es posible —respondió Clarke, encogiéndose de hombros.

—Supongo que no importa —dijo Rebus—. Maria Turquand no fue asesinada por lo que llevaba en el bolso. —Miró fijamente a Vaughan—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué murió aquel día, Dougie?

Vaughan se encogió de hombros.

—¿Un crimen pasional? —dijo finalmente.

—Eso parece, ¿no? Y la única persona con la que sabemos que compartía algo de pasión eras tú.

—Un segundo. Fue cosa de una noche, nada más. Yo iba drogado y ella como

una cuba. Me asombra que pudiéramos hacer algo. Y a los investigadores originales les conté todo lo que podía recordar.

—Eso no es del todo cierto, ¿eh, Dougie? Luego acudiste a los periódicos para venderles trapos sucios. Me parece a mí que Vince no era el único que estaba sacando tajada de la muerte de la pobre mujer...

Un hombre con una coleta poco poblada y canosa se había acercado a la mesa.

—¿Estás listo, tío? —preguntó a Vaughan.

—Llegará a tiempo —aseguró Rebus, cuyo tono hizo que la coleta emprendiera una presta retirada hacia la sala grande. Después, le preguntó a Vaughan—: ¿No te la encontraste en el hotel aquel día?

—No.

—Pero tu amigo Bruce sí.

Vaughan estaba negando con la cabeza.

—Otra vez mentiras de Vince Brady —afirmó—. A menos que haya nuevas pruebas. ¿Se trata de eso?

Intentó levantar el vaso, pero el temblor de la mano se lo impidió.

—Joder —dijo Rebus—, más vale que domines ese pulso antes de coger la guitarra. Pero, ya que preguntas, te lo voy a contar. —Se acercó tanto a Vaughan que parecía que estuvieran unidos por la cadera—. Un agente llamado Robert Chatham se encargó de la última revisión del caso.

—Recuerdo que hablé con él —reconoció Vaughan.

—Pues se lo han cargado, lo cual es un contratiempo para nosotros. Así que déjame preguntarte una cosa: ¿cuándo lo viste por última vez?

Vaughan sacudió los hombros.

—Hará un par de meses.

La expresión de Rebus dejó entrever que no esperaba menos.

—¿Dónde fue?

—Creo que aquí. Estaba con Maxine.

—¿Maxine Dromgoole?

Vaughan asintió y Rebus miró a Clarke.

—Es la escritora que consiguió que se reabriera el caso.

—Vale —dijo Clarke, que obviamente no había estudiado el informe de manera tan exhaustiva como Rebus.

—Maxine entiende de blues —dijo Vaughan—. Después de hablar conmigo para el libro seguimos en contacto. Está en la lista de correo para recibir información sobre los conciertos.

—¿Y vino aquí con Robert Chatham?

—Solo esa vez. Estaban al fondo de la sala, junto a la puerta. Sabía que lo conocía de algo, pero tardé un día o dos en recordar de qué.

—¿No hablaste con ellos aquella noche? —preguntó Clarke.

—Cuando terminamos el primer pase ya se habían ido.

—¿Te pareció raro?

—¿El qué?

—Que estuvieran juntos.

—¿Qué tiene eso de raro?

—¿Volviste a verlos juntos alguna otra vez?

—No.

—¿Nunca le mencionaste a Maxine que habías visto con quién estaba? —Vaughan asintió lentamente—. ¿Y qué dijo?

—No me acuerdo. Creo que comentó que se lo había encontrado por la calle. En Edimburgo pasan esas cosas, ¿no? —Vaughan hizo una pausa—. Tengo que irme ya. ¿Te parece bien?

Rebus hizo un gesto y se levantó del banco para permitirle salir. Vaughan se detuvo delante de la mesa.

—Me eché a dormir en la suite de Bruce —insistió—. Cuando desperté, alguien se había llevado todo mi dinero.

—¿Solo el dinero?

—Bueno, la llave había desaparecido, pero en el estado en que me encontraba, si la tuve en el algún momento, pude haberla dejado en cualquier sitio.

Vaughan se encogió de hombros y Rebus vio cómo se marchaba.

—¿Por qué lo haría esa mujer? —preguntó Clarke.

—¿Tener sexo con el señor Vaughan, quieres decir?

—Bueno, eso también. Pero me refiero a Dromgoole. Tiene una aventura secreta con Rab Chatham y lo lleva en presencia de Dougie Vaughan.

—¿Tenían una aventura?

Rebus asintió con aire distraído.

—Me llamó Malcolm para darme la noticia.

—Qué amable por su parte. Y tú, ¿qué opinas?

—A lo mejor Dromgoole estaba agitando el árbol para ver qué caía. Es verosímil, ¿no? Pero eso significaría que no había dejado atrás la historia de Turquand, en cuyo caso, también es posible que animara a Chatham a retomarla.

—Empezó a rascarse el cuello con la uña hasta que vio la mirada de Clarke—. ¿Qué?

—Me necesitabas aquí por si pedía ver una placa —dijo ella.

—Me has pillado —respondió Rebus, que cogió una patata del plato de Clarke.

La hermana de Fox vivía en una calle de casas bajas en Saughtonhall. Había una lámpara encendida en el salón y las cortinas estaban descorridas, así que aprovechó para mirar por la ventana. Jude estaba acurrucada en un sillón con un cenicero en el regazo, un cigarrillo en una mano y el teléfono en la otra. Justo cuando iba a saludarla golpeando el cristal, ella lo vio y, asustada, dio un salto y cenicero, teléfono y cigarrillo salieron volando.

—¡Soy yo! —exclamó Fox cuando su hermana se acercó a la ventana.

Al momento abrió la puerta.

—¿Qué haces? —protestó ella.

—He visto la luz encendida. Estaba a punto de llamar.

—Y, en lugar de eso, te has quedado en la oscuridad como un maldito perverso.

Jude volvió a entrar y recogió el teléfono y el cenicero. Fox encontró el cigarrillo encendido, que había dejado una quemadura en la alfombra beis, aunque no era ni mucho menos la primera. Ella se lo arrebató y se lo llevó a los labios mientras recogía las colillas.

—¿Te ayudo a pasar la aspiradora? —preguntó Fox.

—Hay que arreglarla.

—¿Qué le pasa?

—No funciona —dijo ella y se sentó de nuevo en la butaca a mirar la pantalla del teléfono.

—Debe de ser un mensaje importante —dijo Fox.

—Es un juego. —Volvió el móvil hacia él, pero Fox solo alcanzó a distinguir unas bolas de colores dispuestas en fila—. Y, antes de que preguntes, lo conseguí gratis.

—No iba a preguntar —mintió Fox, buscando un lugar donde sentarse que no estuviera cubierto de envoltorios de bocadillo, bolsas de patatas o revistas para mujeres. Al final optó por abrir la ventana un par de dedos—. Es para ventilar un poco —dijo cuando Jude le dedicó otra de sus miradas—. ¿Cómo estás?

—¿Desde que me encontraste en ese salón recreativo, quieres decir? Ahora que lo pienso, ¿qué hacías tú allí?

—Era una investigación rutinaria.

—Seguro que eso se lo dices a todas las mujeres a las que acechas.

Jude exhaló humo hacia el techo.

—No estaba acechándote. Ni siquiera sabía que te gustaba el juego.

—Una chica necesita algo en lo que ocupar el tiempo.

—Sí, eso mismo dijiste.

Jude apartó la mirada del teléfono.

—¿Ah, sí? Siento que nuestra pequeña charla me pareciera poco memorable.

—¿Vas a otras casas de apuestas?

—Ya me conoces, Malcolm. Soy una furcia de la cabeza a los pies. Sea lo que sea, con uno no basta.

Fox decidió ignorar su tono.

—¿Y la de Great Junction Street?

—No voy a Leith muy a menudo.

—Pero ¿si fueras...?

Jude había terminado la partida o, como mínimo, puso el juego en pausa. Luego dejó el teléfono boca abajo al lado del cenicero y miró a su hermano.

—¿Es tu última cruzada? ¿La gente que dedica su vida al juego? Por lo que sé, no es un delito.

—A veces utilizan máquinas de probabilidades fijas para blanquear dinero.

—¿Estás pensando en reclutar a tu hermana como espía? ¿De eso se trata?

—No. —Calló unos instantes—. Pero si ves u oyes algo...

—Como cualquier ciudadano de bien, acudiré directa a usted, agente. —Tras una pausa prosiguió—: Pero ¿cómo sabré quiénes son los malos?

Jude golpeteó el cigarrillo en el borde del cenicero.

—Quizá por la cantidad de dinero que echan a las máquinas y el hecho de que no parezcan preocupados por el riesgo que eso conlleva.

—Y, suponiendo que lo hiciera, ¿recibiría algo a cambio?

—¿Aparte de la gratitud de los ciudadanos respetuosos con las leyes, quieres decir?

—Sí.

—¿Algún deseo en particular?

—Quizá una moratoria de tus incordios.

—Define «incordios».

—Meterte conmigo por mi estilo de vida, por mi holgazanería, porque no tengo trabajo. —Apagó el cigarrillo—. Ah, y toda esa santurronería por el dinero que me das.

—Es para pagarte el alquiler y las facturas.

—Y porque necesitabas un nuevo acto de beneficencia cuando murió papá.

—Sí, eso también lo dijiste el otro día. —El teléfono de Fox empezó a vibrar. Era Sheila Graham—. Tengo que cogerlo —dijo y se dirigió al pasillo.

No contestó hasta que hubo cerrado la puerta del salón.

—Buenas noches, Sheila.

—¿Le pillo en mal momento?

—En absoluto. Veo que hoy trabaja hasta tarde.

—Asistí a una reunión en Edimburgo y llegué a Waverley justo cuando salía mi tren. Pensé que quizá estaría usted libre.

—Puedo llegar en quince minutos. Delante de la entrada trasera hay un bar que se llama Doric.

—Creo que lo vi cuando me bajé del taxi. Me tomaré una cerveza mientras llega.

—Yo suelo beber Appletiser.

—Entonces me saldrá barato.

—Quince minutos.

Fox colgó y volvió al salón.

—Tengo que irme —dijo.

Jude se había encendido otro cigarrillo y estaba ocupada con el teléfono. Levantó la mano y se despidió con un gesto de lo más breve.

—El lugar que me interesa se llama Klondyke Alley —añadió.

—Klondyke Alley —repitió ella con los ojos clavados en la pantalla—. Suponiendo que vaya por Great Junction Street.

—Suponiéndolo —dijo Fox al darse la vuelta—. Y gracias.

Cuando Fox salió, Jude se acercó a la ventana para cerciorarse de que se había ido. Luego sacó un pequeño trozo de papel del bolsillo trasero de los vaqueros, lo desdobló y marco el número de teléfono.

—¿Hola? —dijo—. Tengo que hablar con el señor Christie. ¿Podría hacerle llegar un mensaje?

Sheila Graham lucía atuendo formal: traje pantalón de color gris oscuro con una blusa blanca debajo. Antes debía de llevarla abotonada, pero ahora no, como indicando que estaba fuera de servicio. Se encontraba sentada a una mesa junto a la ventana y sonrió al ver entrar a Fox. La mayoría de los clientes parecían estar esperando su tren y tenían maletas con ruedas y mochilas al lado de su asiento. Graham llevaba un ordenador portátil y un bolso, y estaba bebiendo vino blanco. A Fox le aguardaba un Appletiser. Se sentó en un taburete delante de ella y levantó su vaso para hacer un brindis.

—¿Un día duro? —preguntó.

—Cosas del gobierno escocés. No le aburriré con los detalles. ¿Qué tal todo, Malcolm?

—Estamos haciendo progresos lentos pero continuos.

—¿Y el hombre al que detuvieron por el ataque?

—Probablemente no sea quien estamos buscando. Pero empiezo a tener mis dudas sobre Anthony Brough.

—¿Cree que es casual que haya desaparecido de repente?

—¿Usted qué opina?

—Opino que varios planes recientes del señor Brough han ocasionado grandes pérdidas. Muchos de sus clientes se han quedado sin blanca.

—¿Y reclaman su sangre a gritos?

—De eso no estoy segura. Pero es gente que no siempre puede pedir un préstamo a un director de banco para salir del apuro. Puede que necesiten un prestamista que no haga demasiadas preguntas...

—¿Se refiere a gente como Darryl Christie?

Graham asintió lentamente.

—Pero no hablemos de trabajo, Malcolm. Le agradezco que se haya tomado la molestia de hacerme compañía.

Fox esbozó una sonrisa.

—Pues yo creo que esto trata justamente de trabajo, Sheila. Quería hacerme usted partícipe de un cotilleo y acaba de conseguirlo.

—¿Tan transparente soy? Bueno, puede que tenga razón. Pero ahora ya está hecho, así que podemos tomar una copa y charlar. —Señaló su vaso con la cabeza—. ¿Nunca ha bebido alcohol?

—Lo hice hasta el día en que paré.

—¿Qué ocurrió?

—¿Conoce a Jekyll y Hyde? Pues ese era yo con el alcohol.

Graham echó la cabeza hacia atrás para destensar los músculos del cuello.

—A mí solo me relaja —dijo—. Y a veces necesito esa sensación. —Levantó el vaso y brindó con Fox—. ¿Y ese otro caso en el que está trabajando?

—Curiosamente, empieza a haber conexión con el suyo.

—¿Ah, sí?

—El expolicía asesinado había reabierto el caso de Maria Turquand.

—Creo que no la conozco.

—Fue hallada muerta en su habitación de hotel en 1978.

—¿Aquí, en la ciudad?

—Aquí mismo.

—Tenía entendido que Edimburgo era un lugar seguro para una mujer. ¿Y dónde está la relación?

—El marido de Maria era la mano derecha de sir Magnus Brough. Actualmente, Anthony, su nieto, tiene una oficina que da al hotel donde Maria fue asesinada.

Graham meditó todo ello mientras bebía un sorbo.

—No digo que haya una conexión real, por supuesto —precisó Fox—. Es interesante, eso es todo. Pero, cuando fallecieron los padres de Anthony, tanto él como su hermana fueron criados por sir Magnus.

—Puede que haya algo más —dijo Graham en voz baja, apoyando los codos en la mesa—. Uno de los primeros clientes de Anthony fue John Turquand. En aquella época salía en los periódicos. Brough lo utilizaba como tarjeta de presentación para otros posibles inversores. Turquand se jubiló hace tiempo,

pero su nombre era muy respetado en los círculos financieros. —Hizo una pausa—. Parece que estamos hablando de trabajo otra vez.

—Bueno, ha preguntado usted.

—Supongo que sí. —Miró el teléfono—. Solo quería saber qué hora era.

—¿Cuándo sale el próximo tren?

—Dentro de diecisiete minutos.

—¿Otro vino blanco?

—¿Por qué no?

Fox se dirigió a la barra pensando en Anthony Brough y John Turquand, y también en Darryl Christie y el asesinato de Maria Turquand. Cuando dejó la bebida delante de Graham, le preguntó qué opinaba de la desaparición de Brough.

—Nadie lo ha denunciado —dijo—. No se puede hacer gran cosa hasta que eso ocurra.

—¿Está casado?

—Sigue siendo el mujeriego de la ciudad. Podría estar escondido en una suite de hotel entre aquí y Sídney.

—La pregunta es por qué.

—Estoy de acuerdo.

—¿Cree que Darryl Christie podría arrojar algo de luz?

—Creo que negaría incluso que le suena el nombre de Brough.

—¿No hay ningún registro que demuestre que han trabajado juntos o se han reunido en alguna ocasión?

—Es un rastro electrónico y en papel, Malcolm. Y sería una ardua tarea encontrar el nombre de Christie en algún sitio. Las compañías con las que está asociado sí, pero él es sumamente esquivo.

—¿No hay nada por lo que pueda interrogarlo?

—¿Se refiere a pescar sin que lo parezca? —Graham pensó en ello—. Por lo que sabemos, está al corriente de pago con Hacienda. Lo sometieron a una

auditoría completa hace dos años y acabó pagando unos pocos cientos de libras —añadió y se encogió de hombros.

—Pero si está prestando dinero ilegalmente...

—Prestar dinero no tiene por qué ser ilegal. Además, no hay pruebas, tan solo habladurías y conjeturas. Lo mejor que tenemos sigue siendo esa agresión que sufrió. Tiene que significar algo y sin duda le habrá inquietado, le habrá hecho preguntarse quiénes son sus amigos y quién puede guardarle rencor.

—Entonces debería hablar con su jefe, pedir que le pinchen los teléfonos y solicitar una vigilancia de veinticuatro horas, siete días a la semana.

—¿Eso no era el pan nuestro de cada día para usted cuando trabajaba en Asuntos Internos?

—Desde luego.

—Supongo que podría preguntar, aunque corro el peligro de parecer un disco rayado. —Se llevó una mano a la barriga para contener un borboteo repentino—. Debería haber pedido algo de comer —dijo en tono de disculpa.

—Aún estamos a tiempo —comentó Fox—. Hay lugares en Cockburn Street. —Hizo una pausa—. Suponiendo que pueda coger un tren más tarde.

Graham lo miró a los ojos.

—Hay un tren más tarde —dijo—. Pero con una condición.

Fox levantó una mano.

—Debo insistir en pagar: esta es mi ciudad y estas son mis normas.

—Muy cortés de su parte. Pero siempre y cuando no hablemos de trabajo. Esta vez en serio.

—¿Se refiere a fingir que somos personas normales?

—Personas normales disfrutando de una cena normal una noche normal.

—No será fácil —le advirtió Fox—. Pero intentémoslo...

SEXTO DÍA

La llamada había sacado a Siobhan Clarke de la cama a las seis y media de la mañana. Se vistió, se pasó un cepillo mojado por el pelo y fue a buscar el Astra. El coche patrulla estaba aparcado delante de la casa de Craw Shand y la esperaban dos agentes uniformados. Ya despuntaba el alba pero las farolas aún estaban encendidas, bañando a ambos en una tenue luz naranja.

—En la parte trasera —dijo uno de ellos.

Clarke los siguió, bordearon la casa y entraron en el jardín, que era del tamaño de un pañuelo. La puerta de la cocina estaba abierta y las astillas de madera indicaban dónde había sido forzada.

—¿Han entrado? —preguntó Clarke.

—Solo para asegurarnos de que no había nadie en la casa.

—¿Han informado de ello como la escena de un delito?

—No podemos asegurar qué es, a menos que usted lo sepa.

—Si no es la escena de un delito, ¿qué es?

—A lo mejor se quedó encerrado por fuera —dijo el agente encogiéndose de hombros.

Clarke entró con las manos en los bolsillos para no sentir la tentación de tocar algo.

—Si una cosa odian los de la científica es la contaminación —advirtió. Luego se volvió hacia los dos agentes—. Quédense aquí mientras echo un vistazo.

No había estado nunca en la casa, pero no parecía que la hubieran registrado y todavía había un televisor en el salón, además de botellas de alcohol intactas. En el piso de arriba estaba el dormitorio de Shand y una habitación libre que

utilizaba como almacén. No había signos de violencia ni saqueo. Entonces ¿qué demonios había ocurrido?

Clarke volvió a bajar las escaleras y fue a la cocina.

—¿Usted qué opina? —le preguntaron.

—Opino que un hombre acusado de agresión acaba de desaparecer.

—¿Se lo ha llevado alguien?

—O se fue antes de que llegaran.

—Quizá vinieron a buscarlo pero no había nadie en casa —aventuró el segundo agente—. Shand volvió más tarde, vio el estado de la puerta y se esfumó.

—Es posible —dijo Clarke mientras observaba los platos amontonados en el fregadero.

—Entonces ¿es la escena de un delito o no?

—No vendría mal buscar huellas. Todo el mundo deja algo: un pelo, un poco de saliva, una pisada quizá...

—No parece muy esperanzada.

—Poco entusiasmo por falta de sueño —comentó Clarke, que sacó el teléfono, buscó «JPC» en la libreta de direcciones y llamó. Mientras esperaba a que la atendieran, se cercioró de que ambos agentes estuvieran prestándole atención—. Tenemos fotos y una descripción física en nuestros archivos. Quiero que circule lo antes posible. Shand es un hombre de costumbres. Si se ha ido de aquí, acabará haciéndose visible.

—Y si ha escapado, tendremos que encontrarlo antes de que lo haga otro.

—Eso también —dijo Clarke justo cuando Haj Atwal le cogía el teléfono y le preguntaba por qué aquello, fuese lo que fuese, no podía esperar una hora más.

Fox estaba sentado a su mesa leyendo el ejemplar del libro de Maxine Dromgoole que había llegado del servicio de bibliotecas. Ya había anotado que la última vez que lo sacaron en préstamo fue un año antes. A juzgar por las

fechas estampadas en la primera página, gozó de popularidad cuando lo publicaron. Se titulaba *Los fines de la justicia: los mayores crímenes no resueltos de Escocia*. Estaba John Biblia, por supuesto, y también los asesinatos del pub World's End y Renee MacRae, pero, con diferencia, el capítulo más extenso era el dedicado a Maria Turquand. Sin embargo, no había nada más reciente que indicara que Robert Chatham había estado contando otros chismorreos a su amante.

Al oír que alguien lo llamaba por su nombre, Fox levantó la cabeza. Alvin James era la única persona en la sala y estaba haciéndole gestos, así que Fox se dirigió a su mesa. James estaba viendo algo en su portátil.

—Son las cámaras de vigilancia que hay delante de un lugar llamado Tomahawk Club, hace dos sábados. Deben de ser los tipos que mencionó Dromgoole.

—¿No hay sonido?

—Solo imágenes, muy a mi pesar, y más granuladas de lo que me gustaría.

Fox vio a las tres figuras enfrentándose a Chatham. Se señalaban con el dedo unos a otros y parecían estar gritando. El líder del grupo se puso de puntillas para parecer más alto. Sin embargo, Chatham plantó cara y se mostró implacable. No pensaba dejarse provocar ni enzarzarse en una pelea, ni siquiera cuando acudió otro portero como refuerzo. Entonces apareció una cuarta figura, que calmó las cosas y rodeó con un brazo al más temperamental del grupo.

—Mucho ruido y pocas nueces —comentó Fox.

—Aun así quiero hablar con ellos. —James cerró el archivo y abrió otro—. Y también he invitado a ese holgazán a que venga a hablar con nosotros.

Era otro vídeo nocturno granuloso. Fox sabía a quién estaba viendo, aunque dudaba que alguien que no lo conociera hubiera sido capaz de identificar a John Rebus.

—Solo están hablando —dijo.

—Eso es cierto, pero, en cuanto Rebus se va, Chatham saca el teléfono y hace una llamada.

—Sí, aparece en la factura desglosada. Chatham estaba hablando con su jefe.

—Pero mire esto. —James adelantó la grabación—. ¿Lo ve? Chatham pide a su compañero que lo sustituya y sale de plano.

—¿Adónde va?

James esbozó una pequeña sonrisa y abrió un tercer archivo.

—Es la cámara de seguridad de un pub de la misma calle. ¿Ve esa cabina telefónica? ¿Le parece que es Robert Chatham quien abre la puerta?

—Supongo que sí —dijo Fox.

—Llevaba móvil. ¿Por qué utiliza un teléfono público?

—¿Porque no quería que rastrearan la llamada? —aventuró Fox.

James asintió.

—Me encantaría saber con quién habló.

—Dudo que una entrevista con Rebus le dé respuestas.

—¿Me ha llamado, señor?

Ambos levantaron la cabeza cuando Rebus entró.

—¿Cómo ha pasado de recepción? —preguntó James.

—¿De la recepción de una comisaría de mi ciudad natal? Como exagente, la verdad es que no tengo ni idea.

—Pues tendré que hablar con ellos —dijo James.

—¿Cómo va todo en el palpitante corazón de la investigación? —preguntó Rebus mientras recorría la sala y se detenía junto a la mesa de Fox para coger el ejemplar del libro de Dromgoole—. ¿Está bien? —le dijo a Fox mientras agitaba el libro.

—Cuando dejé el mensaje —interrumpió James—, le especificué que debía llamar y concertar cita para la entrevista.

—Es que estaba por la zona —respondió Rebus—. Pero parece que la mayoría de sus hombres duermen hasta tarde, así que, a menos que uno de ustedes dos quiera hacer el trabajo, volveré en otro momento...

—Ya que está aquí, debería echar un vistazo a esto —dijo James.

Rebus rodeó la mesa, se situó detrás de James para ver la grabación y asintió.

—He estado pensando en esa llamada.

—El jefe de Chatham se llama Kenny Arnott —explicó Fox—. Dirige una empresa que proporciona porteros a pubs y discotecas.

James estaba mirando fijamente a Rebus.

—¿Y la cabina telefónica?

Rebus se encogió de hombros.

—No me importaría saber a quién llamaba.

—Pediré esa información, no se preocupe. —James cerró el archivo y se recostó en la silla—. Y, mientras lo hago, Malcolm le tomará declaración.

Se hizo un silencio momentáneo y Fox y Rebus se miraron.

—De acuerdo —dijo Malcolm Fox, que se dirigió a la sala de interrogatorios.

Había una grabadora encima de la mesa y una cámara apuntando hacia abajo desde el techo. Fox se sentó e indicó a Rebus que se acomodara delante.

—¿No vas a tomar notas? —preguntó Rebus.

—No será necesario.

—Pero ¿grabarás la entrevista?

Fox negó con la cabeza.

—Hagámoslo rápido. Estás aquí porque hablaste dos veces con Chatham días antes de su muerte. Una vez en la cafetería y, anteriormente, en la puerta del bar en el que trabajaba.

—No puedo negarlo, pero no tuve nada que ver con su muerte.

—Los dos sabemos que esto es una pérdida de tiempo, pero una cosa está clara: le asustó algo que dijiste.

Rebus procesó la información.

—Cierto —respondió.

—Entonces ¿a quién llamó y por qué?

—Utilizó una cabina pública para mantenerlo en privado.

—Eso parece.

—Me encantaría poder ayudarte, Malcolm —dijo Rebus encogiéndose de hombros.

—¿Solo hablasteis del caso Turquand?

—Correcto.

—¿Fue una charla breve aquella primera noche?

—Tú mismo lo has visto en la grabación. Yo quería que fuera más larga, pero me dijo que estaba hecho polvo. Tenéis las grabaciones de las cámaras de seguridad. ¿Apareció alguien cuando me fui, alguien con quien pudiera haberse citado?

—El inspector jefe James es quien ha visto las imágenes.

—A lo mejor debería echarles un vistazo yo también.

—Pues pídeselo.

—Estoy pidiéndotelo a ti.

Fox negó con la cabeza y seguía haciéndolo cuando se abrió la puerta y apareció James.

—Tenemos un pequeño problema —anunció—. Me han llamado de Gartcosh. Tengo que informar a los jefes.

—Creo que podré defender el fuerte hasta que vuelvan los demás —dijo Fox.

—Acaba de presentarse Maxine Dromgoole en recepción. ¿Le importa entrevistarla a ella también?

—En absoluto —respondió Fox.

James estaba mirando a Rebus.

—Siento tener que echarle.

—Estoy destrozado.

James decidió ignorar el comentario y dejó la puerta entreabierta cuando se dirigió a la salida.

—No le gusta hacer esperar a sus amos, ¿eh? —observó Rebus.

—Pero lo que dice es verdad. Solo tenemos una sala de interrogatorios, así que...

—Deja que me quede.

Fox lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que tú no sabes.

—No estaríamos siguiendo el procedimiento.

—Si no lo grabas, nadie lo sabrá. —Fox se echó hacia atrás y cruzó los brazos a la espera de más explicaciones—. Una pregunta. Solo tengo que hacerle una pregunta.

—¿Y entonces yo sabré lo que tú sabes?

—Sí, aunque hay una alternativa.

—¿Cuál?

—Mientras tú estás ahí dentro, yo veo los vídeos de las cámaras de seguridad en el ordenador de James.

—Eso no le gustaría un pelo.

—No te lo voy a discutir.

—¿Qué sabes sobre Dromgoole?

—¿Aparte de que era la amante de Chatham? Que escribió el libro que tienes encima de la mesa. Su artículo sobre el *road manager* de Collier hizo que Chatham reabriera el caso Turquand. Figuraba todo en el informe que me pasó Siobhan. —Rebus hizo una pausa—. Y una cosa más...

—¿Que solo sabré si te permito estar presente en el interrogatorio?

—Sí.

—¿Así es como me agradeces que te llamara para contarte lo de la aventura?

—Soy un capullo, Malcolm. Eso es innegable.

Fox suspiró.

—¿Una pregunta?

Rebus levantó el dedo índice.

—Palabra de *boy scout*.

—Pues quédate aquí —dijo Fox a la postre, consciente de que probablemente acabaría arrepintiéndose—. Voy a buscarla.

Dos minutos después estaba de vuelta. Rebus se levantó y ofreció su asiento a Dromgoole. La mujer se sentó y Rebus se situó junto a la puerta. Fox había

empezado a desprecintar una casete, pero entonces recordó las palabras de Rebus y la dejó al lado de la grabadora.

—Mi compañero se llama John Rebus —dijo en voz tan baja como pudo.

Dromgoole arqueó las cejas y estudió a Rebus como si fuera una nueva e interesante especie.

—Ya sé quién es —dijo—. Ha tenido usted tratos con Morris Gerald Cafferty —Rebus buscó una respuesta, pero Dromgoole no tenía intención de esperar—. ¿Podría conseguirme una reunión con él?

—¿Una reunión con Cafferty?

—Planeo escribir un libro. ¿No se lo ha comentado el inspector Fox?

Rebus miró fijamente a Fox, pero Dromgoole retomó la palabra.

—Le he escrito, pero nunca contesta. Es un libro sobre la Escocia de los años setenta y ochenta, los delincuentes de la época y sus actividades. Por mi investigación, el señor Cafferty parece el candidato ideal. La mayoría de los de su clase ya no están para poder contar su historia.

—Incluso es posible que Cafferty haya acelerado su desaparición —dijo Rebus.

—¿Sigue en contacto con él?

—Ya no —mintió Rebus.

—Pero ¿podría hacerle llegar un mensaje?

—No quisiera prometerle nada.

Fox se revolvió en la silla.

—Volviendo al tema que nos ocupa, señora Dromgoole...

Escarmentada por el tono de Fox, la mujer se calmó e incluso logró mostrar cierta solemnidad, pero no podía evitar mirar a Rebus mientras respondía a las preguntas sobre su relación con Robert Chatham. Un cuarto de hora después, Fox estaba perdiendo fuelle y Rebus decidió que era su momento.

—Conoció usted al señor Chatham por el caso de Maria Turquand —dijo.

Dromgoole se volvió hacia él.

—Sí.

—¿Seguía teniendo interés en el caso? Una vez que publicó el libro, quiero decir.

—Supongo que sí.

—¿A veces hablaba de ello con el señor Chatham u otros? ¿Gente como Dougie Vaughan?

—¿Ha hablado con Dougie?

—Fui a su concierto ayer noche.

—Lo tenía apuntado en la agenda —dijo Dromgoole—, pero no me apetecía ir, claro.

—¿Es usted fan suya? ¿Va a sus actuaciones y después lo invita a una copa?

—O durante —precisó ella.

—Y una noche también llevó al señor Chatham. Creo que lo hizo a sabiendas de que Dougie acabaría atando cabos. ¿Esperaba algo, una mirada de culpabilidad o una nota desafinada que desvelara el juegucito?

—Supongo que sí —reconoció finalmente—. Rab se enfadó conmigo. Si Dougie lo reconocía, también podía averiguar que éramos amantes. Rab tenía miedo de que Liz lo descubriera.

—Pero ¿pensó que merecía la pena correr ese riesgo?

—Sí.

—¿Porque, por encima de todo, es incapaz de desvincularse del caso de Maria Turquand?

Dromgoole meditó su respuesta.

—Maria era una mujer extraordinaria, un espíritu libre en un mundo que exigía lo contrario. Todos esos ricos aburridos con sus cenas y sus clubes... Jamás debería haberse dejado atrapar. No podían dominarla. —Se quedó mirando a Rebus—. A usted también le interesa, ¿verdad?

—Surgieron unas cuantas preguntas —contestó Rebus—. Hablé de ello con Rab y poco después...

—Usted es el expolicía. Me mandó un mensaje hablándome de usted.

—¿Cree que podía estar indagando por su cuenta para poder sorprenderla si

descubría algo?

—Imagino que es posible. —Ella seguía mirándolo fijamente—. ¿Hay novedades? —Pero Rebus no estaba dispuesto a responder—. ¿Han hablado con el marido de Maria y con su amante? —añadió Dromgoole—. Ambos están vivos. Cuando les propuse una entrevista, se opusieron. Acabé mandándoles unas preguntas por escrito, pero sus respuestas fueron vagas. No estoy segura de que alguno de los dos la quisiera... —Tras unos instantes sumida en sus pensamientos, Dromgoole se reanimó—. ¡Deberían interrogarlos ustedes! ¡No pueden negarse a responderle a un policía!

—Eso es totalmente cierto —dijo Rebus mirando a Fox.

Cinco minutos más tarde, Fox acompañó a Dromgoole a la puerta principal de la comisaría, le estrechó la mano y le preguntó si quería un taxi, pero ella quería caminar; necesitaba caminar. Fox subió de nuevo las escaleras y encontró a Rebus hurgando en el ordenador de Alvin James.

—John, por el amor de Dios —protestó.

—No puedo acceder —dijo Rebus—. Supongo que no sabes la contraseña...

—Aunque la supiera, no te la daría.

Rebus bajó la tapa con brusquedad y se recostó en la silla de James.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Dónde está el resto de la brigada?

—Localizando a los amigos y compañeros de Chatham..., hablando con su jefe...

—Recuérdame el nombre.

—Kenny Arnott. —Fox buscó en las notas que tenía encima de la mesa—. Hay dos empresas en la ciudad que ofrecen servicios similares, una regentada por Andrew Goodman y otra por Arnott.

—¿Alguno de los dos ha tenido problemas en el pasado?

—Que yo sepa, no.

—Entonces parece que los hombres de James no estarán ocupados mucho tiempo.

—También están registrando la casa de Chatham para ver si encuentran algo

en su ordenador o en algún cajón...

—¿Y mientras tanto tú aquí leyendo un libro de la biblioteca?

—Haciendo gala de una de mis numerosas virtudes.

—¿Cuál? ¿La alfabetización básica?

Fox forzó una sonrisa y Rebus le correspondió.

—Y tú ¿qué harás todo el día? —preguntó Fox.

—Si tuviera placa, seguramente iría a hablar con un par de hombres blancos ricos y anticuados.

—¿Turquand y Attwood?

—Uno en St. Andrews y otro en Perthshire. No es mal plan para pasar la tarde fuera de la oficina.

—Pero no tienes placa, ¿verdad?

—Es la única fisura en mi plan.

—Podría acompañarte.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Porque yo sé algo que tú no sabes.

—¿Y solo lo averiguaré si te llevo conmigo?

—Una pregunta, John. Para Turquand, concretamente.

Fox levantó el dedo índice. Rebus hizo lo propio y ambos esbozaron una sonrisa de oreja a oreja.

El nombre completo de Harry era Hugh Harold Hodges. Había tenido su primer percance con la policía a los once años, cuando lo descubrieron robando en un supermercado. Al parecer fue una apuesta. Sus padres eran profesionales — médico y profesora— y le costeaban un buen colegio. Pero empezó a faltar a clase y siguió robando en establecimientos. A Harry le gustaba juntarse con niños mayores y menos privilegiados. Robaba para ellos, peleaba junto a ellos y fumaba droga con ellos, así que sus padres lo echaron de casa. Vivió un tiempo en la calle y luego se esfumó por completo hasta que reapareció en Francia,

donde la policía parisina se interesó por él. Después regresó a Edimburgo y acabó trabajando para Darryl Christie.

Clarke había averiguado todo esto en poco más de veinte minutos gracias a la base de datos de la Policía de Escocia. El último encontronazo de Hodges con la ley se había producido dos años antes, cuando descubrieron que llevaba el coche cargado de tabaco de contrabando. Mantuvo la boca cerrada y pagó la multa. Pero ello le habría impedido ser propietario o administrador de un local como el Devil's Dram, e investigando un poco más descubrió que ni era propietario ni lo administraba, al menos según la documentación. Entonces ¿qué hacía?

Clarke estaba a punto de preguntárselo.

Llamó a la puerta de la discoteca con los nudillos y esperó, pero no respondía nadie, así que probó de nuevo. A la derecha del edificio había una puerta cerrada que daba a un estrecho callejón cubierto por una capa de basura. A la izquierda, una calle ancha de adoquines irregulares llevaba a la parte trasera. Allí había una entrada de mercancías y varios hombres estaban descargando cajas de vino y cerveza de una furgoneta blanca sin distintivos visibles. El conductor entregó una caja de veinticuatro botellines a Clarke, así que la llevó dentro. Un joven al que no reconoció la cogió y solo entrecerró levemente los ojos al ver a la desconocida.

—¿Está Harry por aquí? —preguntó Clarke.

—Donde siempre.

Clarke asintió como si entendiera, cruzó el almacén y llegó a un pasillo, al fondo del cual había una puerta que daba a la discoteca. El lugar habitual de Harry era el mismo en el que había encontrado a Darryl Christie en su visita anterior. Había subido dos tercios de escalera cuando Harry se percató de que ella no era una trabajadora habitual.

—¿Quién la ha dejado entrar?

—Un rostro más amigable que el suyo, señor Hodges.

—Vaya, conoce mi nombre.

—Y su historial.

—La rehabilitación es algo maravilloso.

—¿A eso se dedica Darryl? ¿A recoger a chicos malos y convertirlos en dechados de virtud?

—Estoy ocupado, agente.

—¿Ha vuelto a ver a Craw Shand? Echaré un vistazo a las grabaciones. Hay muchas cámaras de tráfico en Peffermill Road.

—¿Ah, sí?

—Y ese Range Rover no pasa desapercibido.

—Todavía no me ha dicho qué hace aquí.

—Por lo visto, el señor Shand ha sido secuestrado. No ha sido un gesto muy inteligente por parte de quien lo haya hecho.

—Ya le he dicho que no conozco a ese capullo.

—No hace falta hablar mal, señor Hodges. —Guardó silencio un segundo—. Así que Hugh Harold Hodges. Parece que sus padres tenían sentido del humor.

—Váyase a la mierda.

—Quiero que me devuelvan a Craw Shand sin un solo rasguño.

—Me alegro por usted. Inclúyalo en la carta a Papá Noel.

Clarke apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia él.

—La próxima vez que me vea no traeré una carta. Será una orden de arresto.

Hodges la miró de arriba abajo.

—Su manera de hablar es tan pija como su sentido de la estética. La pinta de solterona pasó de moda el año pasado.

—Eso ha dolido —dijo Clarke mirándole los pies—. ¿Qué número de zapato tiene? Parece un cuarenta y cuatro. Es increíble lo que puede conseguir nuestro laboratorio con la impresión de una suela, y en la puerta trasera de Craw Shand había una huella. —Hizo una pausa para que captara el mensaje—. Dígale a su jefe que Craw Shand me pertenece.

—Dígaselo usted misma, pero hágalo en otro sitio. Y entre en el meadero de hombres al salir. Hay un regalito para usted.

Hodges cogió el teléfono, leyó los mensajes y empezó a contestarlos con

rápidos movimientos del dedo pulgar. Clarke permaneció allí unos segundos y después bajó las escaleras con toda la dignidad de la que pudo hacer acopio. Cuando iba hacia la entrada, se detuvo y miró la puerta del servicio de caballeros. En ella había un cartel que decía BRUJOS y nada más, así que la abrió. Dentro no parecía haber nadie. Vio varios cubículos, lavamanos y un retrete alargado que parecía un abrevadero. Entonces, algo le llamó la atención. Era una ampliación de un fotograma. La imagen era granulosa, pero sabía cuándo había sido captada y quién aparecía en ella. La fiesta de Deborah Quant. Y allí estaba la propia Siobhan, enfundada en un vestido negro corto con un escote excesivamente pronunciado. Le había pasado un brazo por la espalda a Quant y estaba agachada gritándole algo al oído, con la boca y los ojos muy abiertos.

De las cámaras de seguridad del club. Ampliada y enmarcada. Justo encima del retrete donde los hombres se alineaban cada noche en manada.

Intentó descolgarla, pero estaba clavada a la pared.

—Mierda —susurró.

—No hace falta hablar mal —dijo un sonriente Hodges, que había abierto la puerta unos centímetros.

—Si no quiere que vengamos aquí cada noche a buscar drogas y menores bebiendo alcohol, espero que eso haya desaparecido cuando llegue a mi coche.

—Aquí la policía siempre es bienvenida —dijo cuando Siobhan pasó junto a él como un vendaval—. Este será el momento culminante de su visita, ¿no le parece, inspectora? Y debería sentirse halagada. Hasta las solteras reviven un poco cuando les echan suficientes cócteles garganta abajo...

Los de la científica habían terminado en casa de Craw Shand. Se habían conformado con unas fotografías de la huella de zapato, así que la puerta seguía en su sitio, con un candado para que la casa quedara cerrada a cal y canto cuando se fueran. Aunque ya lo habían entrevistado, el vecino de al lado salió a exponer sus ideas a Clarke.

—Nunca ha habido ningún problema... No oí ningún ruido por la noche...

El vecino que vivía en la casa de atrás dijo lo mismo. Ni gritos ni gemidos, nadie sacando a Craw Shand de la cocina. Nada. Puede que el agente uniformado tuviera razón: Shand descubrió que alguien había forzado la puerta, se asustó y huyó. Clarke había preguntado a Laura Smith si podía publicar un artículo en la página web de *The Scotsman*.

—¿Puedo mencionar la conexión con Darryl Christie?

—Sería más sensato no hacerlo.

Un coche patrulla había vigilado por última vez la parte trasera de la propiedad a las once de la noche, lo cual significaba que la puerta había sido forzada entre esa hora y las seis de la mañana. Solo uno de los vecinos había visto a Craw salir de casa aquel día, una visita matinal rutinaria a la tienda del barrio. Por la tarde habían oído su televisor a través de la pared; eran retransmisiones de las carreras de caballos. Clarke recorrió nuevamente las habitaciones, pero apenas encontró pistas. En la encimera de la cocina había una bolsa con comida: sopa enlatada, raviolis y cacahuetes. En una silla del salón vio un paquete de galletas abierto. Había una gran mochila vacía encima del armario del dormitorio de Shand. Los cajones estaban llenos de ropa hasta media altura, pero eso no descartaba que hubiera cogido una bolsa más pequeña y camisas y pantalones para un par de días. El correo que había encima de la mesa de la cocina no aportó gran cosa: un par de facturas atrasadas de teléfono y el pack de televisión y una carta que le advertía que iban a cortar el suministro de gas. Clarke había contactado con su proveedor de telefonía. Si realizaba alguna llamada, quería saberlo de inmediato. Había entregado su tarjeta a los vecinos, que debían llamarla si Shand volvía a casa en algún momento o si alguien le hacía una visita.

Y eso era todo. Excepto una cosa.

Christie contestó después de tres tonos.

—Supongo que ya sabrá lo de Harry —dijo Clarke.

—Me habría encantado estar allí cuando vio esa preciosa foto. Ahora ya sabe

lo que es estar acorralado.

—¿Cree que es lo que está ocurriéndole a usted?

—Harry le contó la pura verdad.

—Vamos a hacer pública la descripción de Crow.

—Ya saben que todo el mundo creerá que tuve algo que ver.

—Imagino que eso no perjudicará demasiado su reputación.

—Si acaso la mejorará, pero eso no significa que lo haya secuestrado. Y, por cierto, seguí su consejo.

—¿Cuál?

—He llevado a mi madre y los chicos unos días a un hotel.

—¿Ha ocurrido algo más?

—Coches pasando por delante de casa a horas intempestivas... paraban delante con el motor en marcha.

—¿Reconoció alguno?

—No.

—¿Apuntó los números de matrícula?

—No, lo siento.

—¿Y las cámaras? ¿Ha podido cambiar las falsas por unas de verdad?

—Estoy en ello.

—Entonces, si su madre y sus hermanos no están, ¿tiene la casa para usted solo?

—¿Está ofreciéndose para hacer de canguro?

—Estoy pensando en lo bien que le vendría una casa vacía para encerrar a alguien.

—Venga a comprobarlo cuando quiera.

—Puede que lo haga.

—Según me han contado, a ese tipo se le huele mucho antes de que llegue.

Adiós, inspectora...

En su salón, mirando hacia el parque situado enfrente, Christie se dio cuenta de que actualmente Cafferty tenía mejores vistas que él. Otro punto negativo para ese cabrón. Cuando finalizó la llamada con Clarke, marcó el número de Hodges.

—¿Sí, jefe? —dijo este.

—Solo quiero asegurarme de que lo tienes claro: no has actuado por tu cuenta, ¿verdad? No habrás escondido a Shand para darme una sorpresa...

—Desde luego que no. ¿Quién sabe si no ha huido?

—¿Es posible que viera mi coche una de esas veces que pasaste por delante de su casa?

—Era la idea, ¿no?

—Supongo.

Christie colgó y se frotó suavemente los ojos con la mano que tenía libre. Estaba cansado y sabía que debía dormir, aunque solo fueran diez minutos. Pero ¿cómo iba a hacerlo?

Era Darryl Christie.

Había gente acechando.

Volvió a llamar a Anthony Brough, pero saltó el contestador, que lamentaba que no pudiera dejar un mensaje, ya que la memoria estaba llena.

—Juro que te mataré —dijo Christie.

Entonces oyó un ruido en el pasillo.

Fuertes pasos bajando las escaleras a toda prisa.

Christie negó con la cabeza y sonrió...

Maxine Dromgoole había enviado a Fox un mensaje de texto con las direcciones y los teléfonos de Peter Attwood y John Turquand. Fox iba en el asiento del acompañante del Saab de Rebus visualizando mapas en su teléfono. Sin embargo, unos kilómetros al sur de St. Andrews, Rebus empezó a toser y tuvo que parar en la cuneta hasta que el ataque remitió. Se limpió la boca con un pañuelo y tenía la cara amoratada.

—Dios mío, John. —Fox intentó darle unas palmadas en la espalda—. ¿Seguro que estás bien?

En lugar de responderle, Rebus se bajó del coche y buscó el inhalador en la chaqueta. Se encontraban en una recta rodeada de campo. Rebus estaba en la frondosa cuneta y apoyó las manos en las rodillas hasta que cesó la tos. Luego se enjugó las lágrimas. Fox había salido del coche y se situó a escasos metros. En ese momento pasó por allí un tractor, cuyo conductor se los quedó mirando para intentar dilucidar qué estaban haciendo.

—Lo siento —dijo Rebus a la vez que intentaba recobrar el aliento.

—No hace falta que te disculpes. ¿Qué lleva el inhalador?

—Algún tipo de esteroides. Me han prometido que entraré en el equipo de halterofilia para los próximos Juegos de la Commonwealth. —Rebus se dio unas palmadas en el pecho—. Pensaba que estaba superándolo, pero parece imposible.

—No es una simple bronquitis, ¿verdad?

—¿Y qué va a ser si no?

—Algo que te tiene preocupado. Esas cosas las noto.

Rebus volvió a guardar el inhalador en el bolsillo.

—Probablemente no sea nada —dijo.

—De acuerdo.

Rebus miró a Fox a los ojos y cambió de parecer.

—Una mancha en el pulmón —confesó—. Me han hecho una biopsia, pero todavía no tengo los resultados. Eres el único que lo sabe y, si sale de aquí, serás el segundo agente al que sacan del estuario de Forth. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Lo último que necesito es que la gente me trate con condescendencia.

—¿Te refieres a Deborah Quant?

—A Deb..., a Siobhan...

—Pero crees que yo no haría eso...

—No te caigo lo suficientemente bien.

—Me caes bastante bien.

—Mientes fatal, Malcolm. Cuando estabas en Asuntos Internos hiciste todo lo posible para cazarme.

—No eras lo que se dice un policía modélico.

—Eso está claro.

—Pero ya es historia.

—Y, además, conseguiste lo que querías. Ya no soy policía.

—Todavía nos imitas bastante bien. —Fox se volvió hacia un coche que circulaba a toda velocidad en dirección a St. Andrews—. ¿Cuándo tendrás noticias?

—Un día de estos. Es posible que ahora mismo esté esperándome en casa un sobre o un mensaje telefónico.

—¿Quieres que conduzca yo? Ya casi hemos llegado.

Rebus negó con la cabeza.

—Necesito que hagas de guía, ¿recuerdas? No entiendo esas dichosas aplicaciones para móviles.

Ambos habían visto fotos de Peter Attwood, pero ninguna reciente. Vivía con su mujer en un moderno chalé a las afueras de la ciudad. Cuando el Saab enfiló el camino cubierto de gravilla, Attwood apareció en el umbral. Llevaba una chaqueta marrón holgada y pantalones de pana a juego. El pelo, gris y ralo, parecía engominado, y sostenía una pipa entre los dientes. Estrechó la mano a los visitantes e hicieron las preceptivas presentaciones.

—Jessica ha ido a visitar a una amiga —dijo antes de invitarlos a entrar—, pero yo apenas me las apaño para preparar una taza de té.

Mientras él iba a la cocina, Rebus y Fox exploraron el salón. Librerías, una estantería llena de discos compactos de música clásica y un televisor que no habría desentonado en *Antiques Roadshow*. Había un par de sillones mullidos y un sofá a conjunto, además de varias fotografías de familia en la repisa de la chimenea.

—Parece que ocurre con puntualidad británica —dijo Attwood, que llevaba una bandeja y la depositó sobre la mesita que había entre los sillones.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Fox.

—A la reapertura del caso de la pobre Maria. Sírvanse, amigos.

Attwood vertió un chorro de leche en su taza y se sentó. Rebus y Fox hicieron lo mismo y se acomodaron en el sofá.

—Hace ocho años le entrevistó un agente llamado Chatham —dijo Rebus.

—Creo que sí. Y también había una periodista espantosa...

—Maxine Dromgoole —precisó Fox.

—La misma.

—La cuestión es, señor, que Robert Chatham ha sido asesinado —terció Rebus.

—Mierda.

—Y queríamos saber si había mantenido contacto con él.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque es posible que Chatham no fuera del todo capaz de olvidar el caso. Attwood pensó en ello.

—Maria tenía ese efecto en los hombres, pero no he sabido nada de Chatham desde que me interrogó hace ocho años.

—¿Y de la señora Dromgoole?

—Me mandó un e-mail muy largo. Parecía sacado del programa *Mastermind*. Me preguntó si conocía a cierto músico y si no había ido al hotel ese día.

—¿A qué músico se refería? —preguntó Rebus—. ¿A Bruce Collier?

—¿Ese es el hombre con el que Maria echó un polvo?

—Ese es Dougie Vaughan.

Attwood chasqueó los dedos.

—Exacto. Pero yo desde luego ni me acerqué al puñetero hotel. Ese era el tema.

—¿Su intención era que Maria captara el mensaje de que quería acabar con su relación?

Attwood frunció el ceño.

—Intenté decírselo un par de veces, pero entonces hacía o decía algo y de repente cambiaba de opinión. Pero había aparecido Joyce...

—¿La amante por la que la dejó?

—Pensaba de verdad que Joyce era la mujer de mi vida.

—Pero las cosas no funcionaron.

—Y entonces conocí a mi querida Jessica...

Rebus sabía por las fotos del informe que, en sus tiempos, Attwood poseía un atractivo hollywoodiense y un atuendo a la altura. Con el paso de los años había perdido ambas cosas y ahora parecía un pensionista cualquiera. Es decir, parecía inofensivo. Cuarenta años atrás debía de ser una persona muy distinta, algo que Rebus tenía que recordarse continuamente.

—El empleado que dijo haberle visto... —intervino Fox.

—Sí, ese cabrón intentó hundirme en la mierda. ¿Saben por qué? Porque nunca me molesté en darle propina. Ya tenían el margen de beneficio del servicio de habitaciones. ¿Por qué iba a hacerlo? Encima actuó con malicia. Solo dijo que había visto a una persona que se parecía «un poco» a mí.

—¿Qué pensó de la historia de Vince Brady? —preguntó Rebus.

—¿Es el que dijo que Maria había estado besuqueándose con el músico? No el del polvo, el otro.

—Besuqueándose no, pero había estado hablando con Bruce Collier en el pasillo.

—Eso me parece una gilipollez, si me permiten que les hable con franqueza. Maria estaba esperando que apareciera en su puerta. Debió de ir directa a su habitación, como siempre. Al primer golpecito, la puerta se abría y allí estaba ella, lista para abalanzarse sobre mí. —Sonrió con cierta melancolía—. Era toda una mujer, no sé si se hacen a la idea.

—Pero no había sido buena esposa.

—Supongo que John era una buena persona. Un tipo decente, demasiado conservador quizá, y poco amigo de lo físico... de la intimidad. Ya me entienden. En aquel momento se insinuó que Maria era ninfómana, pero solo fue para vender periódicos.

—Era usted amigo de John Turquand, ¿verdad? —preguntó Rebus.

Attwood se ruborizó un poco.

—No lo suficiente para no acostarme con su mujer.

—¿Cree que sabía que eran ustedes amantes?

—Hasta que la policía se lo dijo, no.

—¿Volvió a verle después?

—Una vez, al cabo de unos años. Estábamos comiendo los dos en el mismo restaurante. Me dio un puñetazo en la nariz. ¿Y quién se atrevería a decir que no me lo merecía?

—¿Alguna vez se le pasó por la cabeza que pudiera haberla matado él?

—No era esa clase de persona. Además, había asistido a una reunión o algo por el estilo.

—Entonces ¿quién lo hizo?

—Si me hubieran dado un billete de cinco cada vez que me han preguntado

eso... Creo que apareció más de una vez en el cuestionario de la señorita Dromgoole.

—¿No se le ocurre ninguna respuesta?

—¿Algún psicópata que trabajaba en el hotel? ¿Alguno de los músicos que deambulaban por allí colocados aquel día? Elijan ustedes. —Attwood se encogió de hombros y bebió un sorbo de té aguado—. Fuera quien fuese —añadió—, le robó al mundo un espíritu hermoso. Nunca había conocido a nadie como ella y nunca lo conoceré. —Miró a ambos visitantes—. Pero, por favor, no le comenten a Jessica lo que acabo de decir. Me atravesaría con una aguja de hacer punto...

A la finca campestre de John Turquand se llegaba siguiendo casi un kilómetro de camino privado jalonado de rododendros. La casa probablemente era eduardiana y poseía innumerables gabletes escalonados y ventanas con parteluz. Sin embargo, el enorme vestíbulo olía a humedad y no había rastro del ejército de sirvientes que exigía un lugar como aquel. Su único ocupante era la figura encorvada y calva de Turquand. En una pared había varias cañas de pescar mal alineadas y otra estaba decorada con una cabeza de ciervo polvoriento.

—¿Whisky? —preguntó Turquand con voz aflautada.

—Un refresco, si tiene —respondió Fox.

—Quizá haya algo en la biblioteca.

Y allí los condujo Turquand. Llevaba unas pantuflas que, al igual que su dueño, habían visto tiempos mejores.

—El año pasado me rompí la cadera —dijo para justificar su balanceo.

—Tiene una bonita casa —comentó Fox—. Pero debe de requerir mucho mantenimiento.

—Ha dado usted en el clavo —dijo Turquand.

—¿Vive solo aquí?

—Sí.

Llegaron a la biblioteca. Las estanterías, que se alzaban hasta el techo, estaban

prácticamente vacías, a excepción de unos cuantos libros de aventuras de no ficción. Turquand llevaba un chaleco de *tweed*, camisa blanca con cuello Mao y unos pantalones con dos botones de la bragueta desabrochados. Se acercó a un carrito de bebidas. Junto a dos decantadores de whisky y ginebra había una botella de Coca-Cola de un litro a la cual le faltaban varios dedos.

—Me temo que no tendrá gas —dijo mientras servía.

Luego ofreció a cada uno un vaso con huellas suficientes para tener contento a cualquier jefe de la policía científica. Se sirvió un poco de whisky y añadió agua con una jarra.

—Adentro —dijo.

El primer trago insufló algo de color a sus demacradas mejillas y pareció despabilarlo. Alrededor de una mesa de juego con tapete verde había cuatro sillas y en medio una baraja de cartas intacta. Turquand indicó a Rebus y Fox que se sentaran, y las sillas de madera sin tapizar crujieron bajo su peso.

—Hemos ido a ver a Peter Attwood —dijo Fox—. Mencionó que le había propinado usted un puñetazo.

—Habría hecho cosas peores, pero es un poco más corpulento que yo.

—¿Sabe por qué estamos aquí?

—Vi en el periódico lo de Robert Chatham. Un policía jubilado. Es terrible. —Negó con la cabeza—. El único misterio es por qué creen que yo podría ayudarles.

—El señor Chatham le entrevistó hace ocho años —explicó Fox—. ¿Había tenido noticias suyas desde entonces?

—Nada en absoluto. ¿Insinúa que su muerte tuvo algo que ver con la historia de Maria?

—Solo intentamos encajar todas las piezas.

—Yo siempre pensé que la había matado Attwood.

—Pero tenía coartada.

—Sí, la nueva amante, que le vino muy bien —dijo Turquand con desdén.

—Mientras usted estaba reunido con sir Magnus Brough —comentó Rebus.

Turquand sonrió al recordarlo.

—Planeando la adquisición del Royal Bank of Scotland, nada menos.

—Probablemente se quitó un muerto de encima, si me permite la expresión.

—Nosotros nunca habríamos cometido los mismos errores que el RBS. Lo que ocurrió con ese banco fue una tragedia.

—Por lo que hemos descubierto sobre su esposa, señor Turquand, parecía una mujer extraordinaria —prosiguió Rebus.

—Lo era, sí.

—¿Cree que hacían ustedes buena pareja?

—Yo ganaba mucho dinero y un hombre próspero necesita demostrarlo.

—¿Invirtiendo en una pareja con glamur?

Turquand chasqueó la lengua al oír la palabra «invertir», pero no negó la verdad que encerraba el comentario de Rebus.

—Supongo que aportaba estabilidad a su vida. Esa era su compensación, o eso creía yo. —Se quedó mirando a Rebus—. Esto no puede guardar relación con la muerte de ese pobre hombre, ¿verdad?

Rebus se encogió de hombros.

—Debemos estar abiertos a todas las posibilidades, señor. ¿Recuerda a una mujer llamada Maxine Dromgoole?

—Escribió un libro, ¿no? Recuerdo que lo leí por encima. No fue muy agradable. Quiso entrevistarme, pero creo que la mandé a paseo.

—¿Y no ha vuelto a contactar con usted desde entonces?

—No.

—Estoy seguro de que tiene usted algunas teorías...

—¿Sobre quién mató a Maria? Durante mucho tiempo pensé que había sido el guitarrista.

—¿Dougie Vaughan?

—Diría que estaba encaprichado de ella, pero para Maria era agua pasada. Cuando la vio en el hotel aquel día...

—Pero él asegura que no la vio.

—¿Y qué esperan que diga? ¿Por qué no les contó a los investigadores que había tenido un romance con ella? ¿Por qué esperar a que no hubiera pistas?

—¿Alguna vez ha hablado con él de todo esto?

Turquand negó con la cabeza.

—Cuando las aguas se calmaron, intenté no pensar en ello. Me consagré a mi trabajo. Algunas noches soñaba que Maria seguía viva. Pero cada hora que pasaba despierto pensaba en el dinero, en cómo ganar más y más para el banco y para mí.

—En qué momento se fue todo al garete, ¿verdad? —dijo Rebus extendiendo los brazos.

—Señor Turquand —interrumpió Fox mientras miraba a Rebus para indicarle que era el momento de formular su pregunta—, fue usted uno de los primeros abanderados de Anthony Brough, ¿no es así?

—Por mis pecados.

—¿A qué se refiere con eso?

—Era el nieto de sir Magnus. Sentía que le debía cierta fidelidad.

—No parece usted demasiado entusiasta.

—Anthony me hizo perder bastante dinero. Se le da bien hablar, pero es todo cuanto sabe hacer.

—¿Mantiene contacto con él?

—Con suerte, un informe cada seis meses.

—¿No va a su oficina ni habla con él por teléfono?

—Hace mucho tiempo que no.

—¿Todavía tiene inversiones con él?

—Las pérdidas fueron tan grandes que no tenía sentido retirar lo poco que quedaba.

—Eso debe de ser muy molesto habiendo sido usted una celebridad con dinero.

—No lo sabe usted bien.

Turquand se levantó para servirse otra copa. No parecía importarle que sus

invitados solo hubieran bebido un sorbo de la Coca-Cola sin gas. Cuando volvió a la mesa, Fox retomó la conversación.

—Por lo visto, Anthony ha desaparecido. ¿Es posible que esas malas inversiones acabaran pasándole factura?

—Habría que revisar sus libros de cuentas para responder a eso. Aun así, yo no descartaría que lleve una contabilidad paralela.

—¿La gente aún hace esas cosas? —preguntó Rebus.

—Probablemente utilicen estratagemas aún más enrevesadas gracias a las maravillas de Internet.

—¿Sabe que son las SCE, señor Turquand?

Turquand volvió la cabeza hacia Fox.

—¿Las Sociedades Comanditarias Escocesas?

—¿Le sorprendería si le dijera que Anthony está implicado en bastantes?

—¿Implicado en qué sentido?

—En su creación.

—¿Para guardar dinero? —aventuró Turquand—. Bueno, supongo que no es ilegal. Porque si lo fuera, la Agencia Tributaria iría a por ellas... —Hizo una pausa—. Ah, ahora lo entiendo. ¿Ha huido por eso?

—No lo sé, la verdad.

Turquand se dio un golpecito en el tabique nasal.

—Comprendo. Quizá debería intentar repatriar el resto de mi inversión. Suponiendo que todavía no haya despedido a Molly...

—¿Quién es Molly?

—Secretaria, recepcionista, telefonista y ayudante personal.

Fox asintió al recordar la voz que había oído por teléfono.

—La última vez que llamé seguía allí.

—Molly sabrá cómo están las cosas. La telefonaré esta tarde. Gracias por la información.

—No cuenta como información privilegiada, ¿verdad? —preguntó Rebus.

—En absoluto —dijo Turquand.

—Qué lástima...

—Ahora nos queda un buen trecho hasta Edimburgo —anunció Rebus cuando estuvieron dentro del Saab y se pusieron los cinturones de seguridad—. Lo cual te deja mucho tiempo para contarme lo de Anthony Brough y esas SCE suyas.

—Primero tengo una pregunta para ti. ¿Qué te ha parecido?

—¿Turquand? Un poco excéntrico tal vez.

—Yo diría que está arruinado. Estoy seguro de que se deshizo del personal de servicio. La finca no pasa por su mejor época y el whisky olía a barato.

—¿Y todo porque confió su capital al nieto de sir Magnus Brough? —preguntó Rebus—. A saber cuántos clientes se sienten estafados mientras Molly les da largas a propósito de las idas y venidas de su jefe.

—Darryl Christie bien podría ser uno de ellos —dijo Fox.

Rebus sujetó con más fuerza el volante.

—Soy todo oídos, Malcolm. No hagas que tengan que esforzarse en balde.

—Darryl es propietario de una casa de apuestas y un piso en Great Junction Street. Brough tiene alquilado el piso y lo utiliza como dirección de centenares de SCE. —Fox vio que Rebus estaba mirándolo—. ¿Qué pasa?

—Cuando te llamé desde Rutland Square, mencionaste algo sobre apuestas pero no dijiste nada más. Ahora ya sé por qué. —Asintió—. Sigue. Y, si vas a hablar de derecho de sociedades y actividades ilícitas, haz como si estuvieras contándoselo a un idiota de remate...

Clarke llamó a la puerta de la sala del EGI, que estaba abierta, y Anne Briggs levantó la mirada.

—Buscaba al inspector Fox.

—No está.

—Ya lo veo. Me llamo Clarke.

—¿Inspectora Clarke?

—Con Siobhan bastará.

—Soy la agente Briggs. Anne. Malcolm me ha hablado de ti.

—¿Estás defendiendo el fuerte?

—El inspector jefe ha ido a Gartcosh y un par de agentes están entrevistando al jefe del difunto. Otro ha salido a la tienda a por leche y galletas.

—¿El inspector Fox está en paradero desconocido?

—Supuestamente debería estar en la sala de interrogatorios, pero no.

—Deduzco que la mesa ordenada es la suya...

Clarke se encontraba al lado.

—Por algo os pagan más.

Clarke cogió *Los fines de la justicia* y empezó a pasar las páginas.

—Se suponía que debía estar interrogándola a ella —dijo Briggs.

—Quizá debería llamarle —dijo Clarke justo cuando entraba Mark Oldfield mostrando una bolsa de la compra a Briggs. Esta los presentó mientras Oldfield encendía la tetera eléctrica.

—Seguro que no tarda —afirmó Briggs—. Tómame un café primero.

—Buena idea.

Clarke se había acercado a la mesa contigua. Encima de un ordenador portátil cerrado había un montón de folios. Eran fotocopias de varios fotogramas de una cámara de seguridad.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Acabo de imprimirlo —respondió Briggs—. El difunto había recibido amenazas de los hombres que ves ahí.

—Esos que están tan borrosos —añadió Oldfield.

Clarke observó las fotos de grupo y después unos primeros planos de las caras y sostuvo uno en alto en dirección a Briggs.

—Creo que lo conozco —anunció—. He hablado con él hace un par de horas. Es Hugh Harold Hodges, pero prefiere que le llamen Harry. Trabaja en el Devil's Dram.

Oldfield se había acercado a examinar la fotografía.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Bastante. Por el corte de pelo y la barba.

—Últimamente, uno de cada dos tíos a los que veo lleva barba.

—Bueno, yo creo que es él.

Oldfield se volvió hacia Briggs.

—¿Llamamos al jefe? —preguntó.

—Llamémosle —dijo ella—. Después de tomarnos la que ha resultado una taza de café más que merecida.

—Y unas obleas con caramelo.

—Me encanta que me digas guarradas, Mark —dijo Briggs con una sonrisa.

Hodges se encontraba en la sala de interrogatorios cuando regresó Alvin James. Habían ido a buscarlo Clarke y Briggs.

—Me alegro de que me hayas acompañado —le dijo Briggs—. Esas calles son un maldito laberinto.

Un sentimiento que Alvin James reprodujo casi palabra por palabra cuando Clarke le contó cómo había reconocido a Hodges. Incluso le estrechó la mano.

—Malcolm tenía razón cuando hablaba maravillas de usted —dijo. Luego, miró a su alrededor—: Pero ¿dónde está?

—Nadie lo sabe —terció Briggs.

James miró de nuevo a Clarke.

—Bueno, ya que ha venido y conoce al caballero en cuestión...

—Será un placer —respondió Clarke, que lo siguió hasta la sala de interrogatorios.

Hodges no parecía de buen humor. Llevaba casi una hora agitado y la discoteca no tardaría en abrir sus puertas. A nadie se le había ocurrido informarle de por qué lo habían detenido. James cogió la silla situada delante de él, se sentó y sostuvo en alto la fotografía para que Hodges pudiera verla.

—¿Y? —dijo Hodges.

—Es usted —afirmó James.

—¿Y qué si lo soy?

—Delante del Tomahawk Club, justo al lado de Lothian Road. Hace dos sábados.

—Es posible.

—Pues claro que es usted. Son usted y sus amigos discutiendo con el portero porque no les permitía entrar.

—¿Eso dice él?

—Eso dice uno de sus compañeros. El hombre de la foto no dirá nada, señor Hodges, porque alguien lo mató. Era un hombre corpulento, así que pensamos que hubo más de un atacante. —James golpeteó la foto con un dedo—. Aquí hay cuatro personas. ¿Le importaría facilitarme sus nombres o tendremos que averiguarlos por las malas?

—¿Le he oído bien? ¿Que está muerto? ¿Rab está muerto? —Hodges abrió más los ojos—. Trabajó en nuestra discoteca varias veces. Solo una o dos.

—¿Lo conocía?

—Poco.

—Pero ¿fue portero del Devil's Dram? —preguntó Clarke.

—Solo cuando faltaba personal, las noches de mucho trabajo. Como cuando estuvo usted allí.

Hodges miró fijamente a Clarke.

—Si lo conocía, ¿por qué discutieron? —preguntó James pausadamente.

—Yo me había quedado atrás para hacer una llamada. Los otros son un poco más jóvenes, pero todos tenían carné. Rab no estaba convencido y dijo que dos podían entrar pero Cal no. Cuando llegué estaban intercambiando unas palabras, pero las cosas se calmaron.

—Uno de ustedes, al menos uno, lo amenazó de muerte.

—No lo recuerdo —dijo Hodges negando con la cabeza.

—Cal es un nombre poco habitual —interrumpió Clarke—. Qué coincidencia

que su jefe tenga un hermano que se llama así. Y estaba yo pensando que Cal Christie todavía no ha cumplido los dieciocho. —Fingió estudiar las fotografías—. Darryl le había enviado a cuidar de él, ¿verdad? De él y de un par de colegas suyos con carnés falsos.

Hodges le lanzó una mirada fulminante.

—Me he perdido otra vez.

—Pues vamos a hablar con Darryl. —Clarke consultó la hora en su teléfono móvil—. Cal probablemente haya vuelto ya de la universidad. Llevaremos las imágenes de las cámaras de seguridad para enseñárselas. Pero le diré algo, Harry: Darryl no estará contento con usted. No estará contento en absoluto.

Clarke supo que le había tocado la fibra sensible cuando vio que él dejaba caer los hombros. Hablaba con la barbilla hundida en el pecho.

—¿Hay otra opción?

—Que nos dé los otros nombres para poder hablar con ellos. Y, cuando vayamos a casa de Darryl, no mencionaremos el suyo. Le diremos que reconocimos a Cal.

—Aun así, sabrá que estuve allí.

—Nos ha pedido opciones —recalcó James—. Esto es lo que hay sobre la mesa.

Hodges meditó unos segundos y asintió.

—Déjenme coger mi agenda para anotar los nombres —dijo James y salió de la sala.

—Una cosa más —añadió Clarke una vez que el terreno estuvo despejado—. Esa foto tiene que desaparecer del lavabo de hombres esta misma noche. Si no lo hace, le contaré a Darryl cuán gustosamente delató usted a su hermano pequeño. ¿Entendido?

—Entendido, zorra.

—Bien —dijo Clarke cuando James cruzaba de nuevo el umbral.

Cuando llegaron, Molly estaba cerrando la oficina.

—¿Molly? —dijo Fox mostrando la placa—. Lo siento, no conozco su apellido.

—Sewell —respondió—. ¿Quiere entrar?

—Gracias.

Sewell volvió a abrir la puerta, desconectó la alarma y encendió las luces. Una pequeña y elegante sala de espera conducía a un despacho más pequeño sin luz natural.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó Fox.

—Sí.

—¿Y el señor Brough?

—A la izquierda según se entra por la puerta principal.

—¿Le importa que demos un vistazo?

—¿Para qué?

—Solo queremos asegurarnos de que no está escondido en un archivador.

Fox intentó que sonara a broma, pero el rostro oval de Sewell se había vuelto inexpresivo. Rebus calculó que rondaría los treinta años. Tenía el pelo moreno y corto, y llevaba pintalabios de un tono rojo chillón. La palabra que le vino a la mente fue «delicada», pero también irradiaba cierta dureza.

—Será mejor que me expliquen de qué va todo esto —dijo con frialdad mientras se sentaba a su mesa.

Había una silla para las visitas, pero Rebus y Fox siguieron de pie.

—¿Conoce el paradero de Anthony Brough, señorita Sewell?

—No.

—¿Cuándo hablaron por última vez?

La secretaria había empezado a reorganizar la superficie de su mesa, que ya estaba ordenada, moviendo una grapadora, una caja de clips y un bolígrafo.

—Hace una semana, más o menos.

—¿En persona o por teléfono?

—De hecho fue un mensaje de texto. No se encontraba bien y quería cancelar las citas que tenía por la mañana.

—¿Y desde entonces?

—Le he escrito y telefoneado, he dejado mensajes...

—¿Dónde vive?

—En Ann Street.

—Muy bonito. ¿Tiene compañera?

—¿Aquí?

—En su vida personal.

—Que yo sepa, no.

—En esa calle las casas son grandes. Debe de sobrarle mucho espacio.

—Si usted lo dice.

—¿No está preocupada por él?

—Solo han sido unos días.

—De todos modos...

Sewell suspiró y, al levantar la cabeza, tuvo que contener las lágrimas.

—Pues claro que estoy preocupada. Fui a su casa, pero no había nadie.

—Si no se encontraba bien, probablemente no fue muy lejos —comentó Rebus.

—Deslicé una nota por debajo de la puerta, pero ni por esas llamó.

—¿Puede gestionar bien todo esto sin él? —preguntó Fox.

—Con el papeleo no hay problema. He reprogramado sus reuniones. —Miró a su alrededor—. No está aquí para firmar los cheques, pero, por lo demás...

—¿Cómo va el negocio?

—Prosperando.

—No es lo que teníamos entendido, señorita Sewell.

—Entonces están hablando con las personas equivocadas.

—¿Conoce a un caballero llamado Darryl Christie?

—¿Debería?

—Es cliente o socio del señor Brough, de modo que sí, yo diría que debería conocerlo.

—Pues no lo conozco.

—¿Le suena un piso en Great Junction Street, justo encima de una casa de apuestas llamada Klondyke Alley?

Sewell negó con la cabeza.

—Todavía no me han dicho cuál es el motivo de su visita.

—Unos días después de la desaparición de su jefe, alguien atacó a Darryl Christie.

Sewell resopló.

—Anthony jamás haría algo así.

—¿Está segura?

—Es absurdo. Dudo que Anthony se haya metido en una pelea desde que acabó el colegio.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen?

Sewell miró con aire amenazador a Rebus.

—El suficiente.

—Deben de tener ustedes la misma edad. ¿No fueron juntos al colegio?

—Anthony fue a una escuela privada. Yo fui a Boroughmuir. —Hizo una pausa—. Y él es seis años mayor que yo.

Rebus sonrió para disculparse por su error.

—A mí me parece que usted lo conoce y se preocupa por él —dijo Fox—. Creemos que está en apuros, señorita Sewell, y queremos ayudar. Así que, si sabe algo, esta es su oportunidad.

Fox guardó silencio unos instantes para mayor efecto y le entregó su tarjeta,

que Sewell leyó.

—Creo que no he visto su placa —dijo la mujer a Rebus.

—No la llevo encima.

—¿Entonces no es policía? ¿Agencia Tributaria? ¿FCA?

—Espera visita, ¿no?

Sewell lo ignoró, abrió un cajón y guardó la tarjeta.

—Si no les importa, me gustaría irme a casa.

—¿Se ha planteado la posibilidad de denunciar su desaparición? —preguntó Fox cuando Sewell se puso en pie para abotonarse el abrigo de lana corto.

—Lo haré si no tengo noticias tuyas en los próximos días.

—Imagino que esto es impropio del señor Brough, ¿verdad?

—A veces actúa por impulsos. Ha ido a Londres a pasar una noche, otra vez asistió a una carrera hípica en Francia...

—¿Le gusta apostar, entonces?

—Eso tendrán que preguntárselo a él.

—Lo haremos, si es que aparece.

—¿De verdad creen que puede haberle ocurrido algo? Algo grave, quiero decir.

—Si ha tenido un enfrentamiento con Darryl Christie, es muy probable —dijo Rebus—. Haría bien en tenerlo en cuenta.

Esperaron mientras ella apagaba de nuevo la luces y conectaba la alarma. Rebus creía saber qué puerta era la del despacho de Brough, así que intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—La próxima vez traiga una orden judicial —le dijo Sewell.

—Así lo haré —respondió él.

Clarke suponía que Darryl había trasladado a su madre y a sus hermanos al hotel de lujo que tenía en una de las empinadas calles que discurrían de norte a sur en

la Ciudad Nueva. Se lo explicó a Alvin James, pero, cuando llegaron allí, en recepción negaron saber nada.

—Somos policías, recuerde —advirtió Clarke a la modelo que por lo visto había acabado trabajando de recepcionista—. Sé que Darryl debe ser cauteloso, pero con nosotros no.

—No se hospedan aquí, de verdad. Las dos plantas están cerradas por reformas.

Y, en efecto, la alfombra y las escaleras habían sido cubiertas con plásticos transparentes.

—Lo siento —dijo Clarke al volver hacia el coche.

—No es culpa suya, Siobhan —respondió James—. Si hubiera llamado y le hubieran contado eso, habría sentido la necesidad de venir a comprobarlo por sí misma.

Clarke se lo quedó mirando.

—¿Cómo lo sabe?

—Cualquier buen policía haría lo mismo. ¿Adónde vamos ahora?

—A casa de Darryl, por ejemplo. Está a cinco minutos de aquí.

—Pues adelante.

Clarke tomó el camino más largo para que pudiera ver el jardín botánico e Inverleith Park. James contempló las imponentes casas de piedra.

—¿Podría comprarme una de esas con el salario del DIC? —preguntó.

—Ni siendo jefe de policía.

Aparcaron en la calle y se apearon. No había coches en el camino de entrada.

—No veo su Range Rover —dijo Clarke, preparando con ello a James para otro callejón sin salida.

Pero, cuando llamó al timbre, oyó ruidos en el interior. Al abrir la puerta, allí estaba Gail McKie. Mientras Clarke trataba de disimular su sorpresa, James preguntó si Cal estaba en casa.

—¿Qué pasa ahora? —dijo McKie.

—Solo serán un par de preguntas.

—Ya les he dicho que no vio nada.

James parecía confuso.

—Se refiere a la agresión que sufrió Darryl —precisó Clarke.

—Aun así nos gustaría hablar con él —insistió James.

—¿En mi presencia? —McKie hizo una pausa—. ¿O quizá en presencia de nuestro abogado?

—Es libre de acompañarnos, señora McKie —dijo James—, pero puede que a Cal no le guste demasiado...

Esperaron en el recargado salón mientras McKie subía a buscar a Cal, que llegó con semblante malhumorado y los hombros caídos, evitando todo contacto visual. El cabello, negro y de punta, parecía teñido, y tenía cicatrices de acné en las mejillas.

—Yo no vi nada —afirmó sin más preámbulos—. No tengo nada que decir.

Luego se apoltronó en un sillón, agarrándose a los reposabrazos.

—No hemos venido por eso —puntualizó James, que, al igual que Clarke, seguía de pie. McKie se había sentado en el sofá con las piernas recogidas debajo del cuerpo y mirando mal a los dos policías—. Estamos aquí por lo que pasó en el Tomahawk Club la noche que a usted y a sus amigos les negaron la entrada.

Cal estaba intentando no ruborizarse bajo la atenta mirada de su madre.

—¿De qué va todo esto? —preguntó ella.

—Mienten —dijo Cal.

James sacó del bolsillo las fotografías de las cámaras de vigilancia.

—Tenemos pruebas que indican lo contrario. Ya conocemos un nombre, un tal señor Hodges, pero necesitamos los otros dos.

—¿Por qué?

—Porque alguien amenazó al portero, señora McKie. Fue una amenaza bastante grave.

—¿Fuiste tú?

Estaba atravesando con la mirada a su hijo, que negó con la cabeza.

—Fue Dandy —dijo.

—¡Creí haberte dicho que no te juntaras con ese desgraciado! —Cal se encogió—. ¡Solo trae problemas, siempre lo ha hecho!

—Entiendo que Dandy es un apodo —interrumpió Clarke.

—Se llama Daniel Reynolds y vive en Lochend. Iba al colegio con Cal.

—Dandy es buen tío —añadió Cal.

—¿Amenazó con matar al portero? —preguntó James.

Cal se encogió aún más.

—Es posible que le dijera que iba a volver para matarlo, pero era solo de boquilla.

—¿Había otro varón joven con vosotros?

—Roddy Cape. Va un curso por encima de mí en la universidad.

—¿Eras el único menor, Cal? —preguntó Clarke.

Cal asintió.

—Iba a dejarlos entrar a todos menos a mí. Creo que quería saber qué íbamos a hacer, como si intentara provocarnos. Harry intervino para poner paz y eso fue todo.

—¿Quién es Harry? —preguntó Gail McKie.

Cal frunció los labios.

—Trabaja para Darryl —respondió Clarke—. Estaba cuidando de ellos. ¿No es así, Cal? ¿No tenía que asegurarse de que la noche fuera tranquila?

—Supongo —reconoció Cal.

—Pues ya está —dijo McKie—. Alguien amenazó verbalmente a un portero, pero no fue mi hijo, así que ya pueden irse con su caza de brujas a otra parte.

—El portero acabó muerto, señora McKie —apostilló James. Por primera vez, Cal levantó la cabeza y abrió la boca sin emitir ningún sonido—. Así que, como comprenderá, tenemos que investigar a todos los que le pudieran guardarle rencor. Ahora mismo, yo diría que eso incluye a Daniel Reynolds.

—Cal, ¿Dandy lleva navaja? —preguntó suavemente Clarke.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Porque seguramente es la clase de persona que quiere que sus amigos lo sepan.

—Es un bocazas, pero ya está. Además, sabe que cuando sale conmigo tiene toda la protección que necesita.

—¿Porque tu hermano es Darryl Christie? —Clarke asintió lentamente—. Pero alguien atacó a Darryl, ¿no? Alguien demostró que es humano.

—¿Y qué está haciendo la policía al respecto? —dijo Gail McKie con desdén, y luego se cruzó de brazos—. Arrestan a un hombre y luego lo sueltan y se centran en esto, porque una agresión contra uno de los suyos siempre es prioritaria.

—Más que agresión, es un asesinato —precisó Clarke.

—Ya sabe a qué me refiero. Hay una ley para nosotros y otra para ustedes. Siempre ha sido así y siempre lo será. —Bajó las piernas del sofá—. ¿Hemos terminado?

—Necesitamos las direcciones de Dandy y Roddy —dijo James mirando a Cal.

—No sabemos sus direcciones —le espetó McKie.

—¿Cal nunca ha estado en su casa? —preguntó James con incredulidad—. Pero tiene sus números de teléfono, ¿no? Al menos podría facilitarnos eso.

McKie puso cara de pocos amigos. Ahora estaba de pie y emitió un sonido casi salvaje al propinar a su hijo una patada en el tobillo.

—Vale —dijo—. Y tú y yo tenemos que hablar.

Cal ya estaba sacando el teléfono del bolsillo trasero, encendiéndolo y preparándose para buscar en su agenda de contactos.

—¿Darryl no está en casa? —dijo Clarke a McKie, tratando de no dar importancia a la pregunta.

—Se ha reincorporado al trabajo pese a las lesiones. Es incapaz de relajarse un minuto.

McKie pareció dirigir el comentario a Cal.

—¿Quieres los números o no? —dijo este, ofreciendo el teléfono a su madre.

—Yo no, ellos los quieren —repuso esta.

Cuando Cal empezó a recitar, Clarke copió la información en su teléfono.

—Una cosa más, señora McKie —dijo cuando hubo terminado—. El sospechoso al que mencionó parece haber desaparecido.

—¿Ah, sí?

—Usted no sabrá nada de eso, ¿verdad?

McKie puso los ojos en blanco pero no medió palabra.

Cuando volvieron al coche, James parecía satisfecho con los resultados obtenidos. Clarke no estaba tan convencida de ello. Darryl le había dicho que iba a trasladar a su familia a un lugar seguro. ¿Por qué cambió de opinión? ¿O acaso había mentido?

—¿Volvemos a Leith? —propuso James al abrir la puerta del acompañante.

—Volvemos a Leith —dijo Clarke.

Fox observó su mesa desde el umbral de la sala del EGI. Siobhan Clarke estaba sentada allí con las piernas cruzadas, una taza de té delante y una galleta de chocolate asomándole de la boca. Acababa de decir algo que tenía a todo el equipo desternillándose. Hasta que vieron a Fox.

—Ha vuelto el hijo pródigo —dijo Alvin James, que extendió un brazo a modo de falsa bienvenida—. ¿Qué pasa? ¿Se ha cansado entrevistando a Maxine Dromgoole?

Fox se dirigió al centro de la sala y Rebus lo adelantó camino de la tetera eléctrica.

—Tenía que cotejar un par de nombres que me facilitó, uno en Fife y el otro en Perthshire. Por si pensaba que estaba holgazaneando...

James levantó ambas manos en un gesto de rendición.

—Y, por lo visto, se llevó a un compañero con usted. Y civil, nada menos. Causará muy buena impresión si esos «nombres» son citados en el juicio.

—Tiene razón —bromeó Rebus mientras se llenaba la taza—. ¿No quedan galletas?

—Lo siento —respondió Clarke, mordiendo el último trozo de la suya.

—Es momento de compartir —anunció James, que dio un manotazo a la mesa—. Si usted nos cuenta lo que sabe, nosotros le contaremos lo que sabemos.

—De acuerdo —dijo Fox mirando a Clarke, que captó la indirecta y se levantó de la silla. La silla de Fox. Él pasó junto a ella y se sentó. Oldfield le ofreció su asiento, pero Clarke negó con la cabeza y se acomodó en una esquina de la mesa con las piernas colgando.

—Empecemos —dijo Alvin James...

Rebus se había ofrecido a pagar las copas, pero Clarke se retiró, ya que le había prometido a Alvin James que le enseñaría su restaurante favorito.

—No tarda mucho en adaptarse a las nuevas situaciones —se quejó Fox cuando Rebus volvió de la barra a su mesa esquinera.

—Cálmate —le espetó este—. Shiv no es la que recibió el ascenso en Gartcosh, ¿recuerdas?

—Pero allí encajaría mucho mejor que yo. Ambos lo sabemos, así que no te molestes en negarlo.

—¿Qué tal tu zumo de tomate?

—Un chorrito de vodka no le vendría mal. ¿Y tu cerveza baja en alcohol? —Rebus hizo un mohín—. Vaya dos —farfulló Fox y Rebus se echó a reír.

Bebieron en silencio unos segundos y Rebus se limpió la espuma de los labios con el dorso de la mano.

—Lo que dijo Siobhan es interesante —comentó finalmente.

—Intenté no escuchar.

—Que Darryl Christie le contó que había sacado a su familia de casa cuando no es cierto.

—¿Por qué contar la verdad cuando una mentira es suficiente?

—Pero es una mentira extraña.

—Puede que tenga sus motivos.

—¿Por ejemplo?

—Que está parapetándose detrás de su madre y sus hermanos porque cree que quien quiera hacerle daño no querrá implicar a civiles.

—Es posible.

—O que simplemente le gusta mentirle a la policía. Tengo la sensación de que todas las personas con las que he hablado recientemente me han mentido al menos una vez: Dromgoole, Peter Attwood, John Turquand, Molly Sewell...

—¿Y yo? —preguntó Rebus.

—Probablemente. Casi seguro, de hecho. Mi padre siempre nos insistía a mí y a Jude en que iríamos al infierno si alguna vez mentíamos.

—¿Y lo respetaste?

—Hice todo lo que pude.

—Entonces puede que no te unas al resto de nosotros en las feroces profundidades.

Rebus hizo un brindis antes de beber otro sorbo.

—¿Estás demorando la vuelta a casa por si hay un mensaje en el contestador?

—preguntó Fox.

—No le temo a nada, Malcolm.

—¿De verdad? Yo soy todo lo contrario.

—Eso está bien. Significa que tiendes a ser prudente. Mira tu relación con el alcohol. Viste que estaba convirtiéndose en un problema y lo dejaste. Yo debería haberlo hecho hace años. En lugar de eso, desafié a la bebida demoníaca a un combate, ella y yo cara a cara.

—En esas competiciones solo puede ganar uno.

—Sí, la mortalidad. Lo mismo que está esperándome en casa, haya mensaje o no.

—Por eso me gusta pasar tiempo contigo, John. Siempre iluminas la sala con esa actitud positiva.

—Pero ahora estoy sonriendo.

Fox se lo quedó mirando.

—Cierto. ¿Por qué?

Rebus se inclinó hacia delante y le dio una suave palmada en el hombro.

—Te toca pagar, chaval —dijo.

Denise, la camarera, había llegado en busca de vasos vacíos y lanzó una mirada fulminante a Rebus.

—Si este lugar se va a la ruina, será por culpa tuya.

Rebus miró a Fox.

—Ya ves de dónde saco esa actitud positiva —dijo.

Fox había rechazado la oferta de Rebus de ir a comer algo. Se preguntaba a qué restaurante habría llevado Siobhan a Alvin James. Había tres posibilidades y pasó por delante de todas, reduciendo la marcha y mirando por las ventanas como pudo. Luego hizo un alto en un Sainsbury's y compró comida preparada, plátanos y la edición vespertina del periódico.

—Sobrevivirás —se dijo mientras aparcaba a la entrada de su casa en Oxgangs. Después de recoger la compra del asiento del acompañante, oyó la puerta de un coche cerrándose cerca de allí. Al levantar la cabeza vio que era Darryl Christie, que se quedó al lado del Range Rover blanco esperando a que Fox se acercara. Sin embargo, este abrió la puerta y entró en casa. Dejó la bolsa en la encimera, esperó a que sonara el timbre y abrió la puerta.

—¿Estaba pidiendo refuerzos? —preguntó Christie—. Porque, si es así, le aconsejo que llame inventándose alguna excusa. Confíe en mí. Esta conversación debe ser privada.

—No recuerdo que hayamos quedado, señor Christie.

—Lo que tengo que contarle es importante.

—Entonces quizá debería pasarse mañana por Leith.

Christie estaba mirando por encima del hombro de Fox.

—Sería mejor que entráramos —dijo.

—Yo creo que no.

—Pues vamos a mi coche. De verdad, esto tiene que quedar entre nosotros.

—No debería haber venido.

—¿Es que no me ha oído?

La expresión de Christie se había endurecido.

—Sinceramente, tengo cosas mejores que hacer esta noche.

Ambos cruzaron sus miradas. A la postre, Christie se sorbió la nariz y se pasó un dedo por debajo.

—De acuerdo —dijo. Luego hizo ademán de irse, pero se detuvo—. Es Jude la que se la juega. No lo olvide...

Christie echó a andar con las manos en los bolsillos y sin mirar atrás.

—Menudo farol —murmuró Fox antes de entrar.

Sacó la comida preparada del envase de cartón y perforó el film transparente con la punta de un cuchillo. Tres minutos en el microondas y dejar reposar sesenta segundos más. Consumir cuando aún esté hirviendo. Abrió la puerta del microondas, pero algo le llamó la atención. El periódico estaba en la encimera y miró la portada, pero sin verla realmente.

—Muy bien —dijo y se dirigió a la puerta principal.

El Range Rover seguía allí y Christie estaba tamborileando con los dedos en el volante. Fox se sentó en el lado del acompañante y cerró la puerta.

—A ver, cuénteme —dijo.

Christie respiró hondo y exhaló lentamente, como si estuviera pensándose su oferta. El movimiento de la mano de Fox en dirección a la puerta le hizo decidirse.

—Al principio no sabía que era su hermana. Solo conocía su nombre de pila. Su nombre de pila y su dirección. Su dirección y sus datos financieros.

Hizo una pausa para que calara el mensaje.

—¿Le debe dinero? —aventuró Fox.

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Antes de llegar a eso, hablemos de usted. Hablemos de su traslado desde Gartcosh, de sus preguntas sobre varias casas de apuestas, de su intento de presionar a su hermana para que espiera para usted... —Christie chasqueó la lengua—. ¿Blanquear dinero utilizando máquinas de probabilidades fijas? ¿En serio cree que va a poder endilgarme eso?

—¿Está diciendo que no lo ha hecho?

—Estoy diciendo que va a pasarlas moradas para demostrarlo en un tribunal.

Y reclutar a su propia hermana para la causa..., una mujer con un problema de ludopatía... No es el testigo más fiable, inspector Fox.

Fox notó que estaba apretando la mandíbula, sobre todo porque Christie tenía razón.

—¿Contaba con la aprobación de Gartcosh para hacerlo? —continuó Christie—. ¿O fue por iniciativa propia? En cuyo caso, dudo que sus jefes se pongan contentos.

—Se lo preguntaré otra vez. ¿Cuánto le debe?

Christie se volvió por primera vez hacia su acompañante y acarició el volante con los dedos mientras hablaba.

—Veintisiete mil, más o menos.

Fox intentó tragar saliva, pero de repente tenía la boca seca.

—Creo que miente —dijo.

—Pues venga a Diamond Joe's y le enseñaré los números. Es sobre todo por sus actividades en Internet, claro. Yo estoy casi igual de sorprendido que usted. Los intereses no llegan ni al cuarenta por ciento...

—Puedo conseguirle el dinero.

—¿Está seguro?

—Si me da tiempo suficiente...

—Si hay algo de lo que no dispongo es de tiempo, inspector Fox, porque quiero algo de usted ahora mismo.

—Puedo sacar doscientas libras en el cajero automático.

—¡No es cuestión de dinero! —exclamó Christie.

—¿Y de qué es?

—De información, por supuesto. La información que poseen en Gartcosh.

—¿Quiere saber qué tienen contra usted?

—Especialmente todo lo relacionado con este hombre.

Christie cogió un papel del salpicadero y Fox lo desdobló.

—Aleksander Glushenko —leyó—. Parece ruso.

—Es ucraniano.

Fox volvió a leer el nombre y sostuvo la nota en alto en dirección a Christie.

—No puedo hacer esto —dijo.

—Es una lástima. Jude en la indigencia, su nombre saliendo a la palestra, los periódicos informando de que estaba utilizándola como anzuelo... y sus jefes al corriente de sus varios chanchullos. —Christie señaló el trozo de papel—. ¿Tanto le pido, Malcolm?

—Puedo conseguirle el dinero.

—Quédese con el nombre de todos modos. Así podré esperar unos días a informar y arrebatárselos a usted y su hermana todo lo que tienen. —Christie hizo una breve pausa—. Y ahora bájese de mi puto coche.

Fox sabía lo bien que le sentaría romper el trozo de papel en pequeños fragmentos y arrojárselos a Christie a la cara, pero abrió la puerta y salió con la nota guardada en el puño. El coche había arrancado antes de que llegara a la entrada de su casa.

Una vez dentro, quitó la tapa de la comida preparada sin recordar que todavía no la había cocinado. Maldijo entre dientes y sacó el teléfono.

—Dios mío —dijo Jude—. Mira, Malcolm...

—¡Eres una puta gilipollas, Jude! ¡No solo te endeudas de esa manera con un lobo como él, sino que encima me lanzas como si fuera un hueso!

—Lo sé, lo sé, lo sé. No pensé. No pensé en absoluto.

—Estabas pensando en ti, querida hermana, como siempre. Todos los que te rodean pueden quedar a los pies de los caballos mientras Jude sobreviva... —Fox suspiró y bajó el tono de voz—. Prométeme que buscarás ayuda, Jugadores Anónimos o lo que haga falta. Veintisiete mil, Jude...

Fox la oyó sollozar, cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta de un armario. Jude estaba intentando hablar, pero sus palabras eran ininteligibles. Tampoco importaba.

Fox colgó y se sentó en un taburete junto al mostrador. Utilizando la cara no impresa del recipiente de comida, anotó con un bolígrafo cuánto tenía y cuánto

podía conseguir. El trozo de papel estaba en la encimera, arrugado pero legible. Era un nombre fácil de recordar: Aleksander Glushenko.

¿Quién coño era Aleksander Glushenko?

Si lo averiguaba y conseguía determinar el vínculo que había entre ambos, ¿podría utilizarlo contra Christie en lugar de ayudarlo y convertirse en su cómplice?

Tal vez. Solo tal vez.

Pero, para no correr riesgos, siguió haciendo números...

Tres mensajes telefónicos esperaban a Rebus en su piso de Arden Street.

«Pulse o diga uno para escuchar sus mensajes...».

En lugar de eso, se acercó a la ventana y contempló el cielo nocturno. Luego fue al tocadiscos, donde seguía *Solid Air* desde que Deborah Quant se quedó a dormir. Era un álbum que siempre había estado allí por muchos problemas que tuviera. ¿Acaso no los había tenido también John Martyn? Johnny Too Bad, bebiendo alcohol, discutiendo y peleando con amigos y amantes. Una pierna amputada en la sala de operaciones. Pero viviendo a tope, cantando y tocando hasta el final.

Lo bueno de un disco era que, cuando terminaba, podías levantar la aguja y volver a empezar.

Con la canción que daba título al álbum sonando de fondo, Rebus cogió el teléfono.

«Pulse uno...».

Pulsó.

Y oyó un mensaje pregrabado que le informaba de que no le quedaba mucho tiempo para reclamar su cobro al seguro.

Borrar.

«Segundo mensaje...».

La misma voz automatizada. La misma perorata.

Borrar.

«Tercer mensaje...».

«¿Sabía que gracias a un plan respaldado por el gobierno puede conseguir una caldera nueva sin coste alguno...?».

Borrar.

«No hay más mensajes».

Rebus se quedó mirando el teléfono quince segundos antes de volver a dejarlo en el soporte. Luego se miró el pecho.

—A este paso, me explotará el corazón antes de que el cáncer acabe conmigo —dijo y subió el volumen del amplificador al máximo.

SÉPTIMO DÍA

A la mañana siguiente, Fox fue a Gartcosh. No había podido descansar en toda la noche y se había hecho un corte en la barbilla afeitándose. Cuando se levantó, tenía cuatro mensajes de Jude, tres de ellos de disculpa y otro dañino y acusador. Al entrar en el edificio principal, subió las escaleras y pasó por delante de la oficina de la Agencia Tributaria. Por la ventana vio a Sheila Graham sentada a su mesa, así que volvió a la planta baja, cogió un café y buscó un asiento en el patio interior desde el cual pudiera divisar el piso de arriba.

Nadie le prestó atención y recordó que se le daba bien mezclarse con la gente y hacerse invisible. Siempre le habían gustado los dispositivos de vigilancia y perseguir a sospechosos. Con su traje, su corbata y su identificación parecía una persona corriente. Solo el personal de más alto rango llevaba algo parecido a un uniforme. Si uno los eliminaba de la ecuación, aquellas podían ser las oficinas de cualquier empresa del país.

Graham salió de su despacho y se dirigió al otro extremo del edificio, donde se había reunido el equipo de Crimen Organizado tras una puerta cerrada que requería una tarjeta especial. A Fox no le sorprendió que Graham llevara una de esas tarjetas colgada del cuello. Abrió la puerta y la franqueó, y, para entonces, Fox estaba a mitad de las escaleras. Entró en la oficina de la Agencia Tributaria y miró a su alrededor. El compañero de Graham estaba sentado delante de su ordenador. Fox lo recordó de una visita anterior y movió la cabeza a modo de saludo.

—Acaba de irse —dijo el hombre.

—¿Tardará mucho?

—Tiene que hablar de papeleo con el subcomisario McManus.

Fox consultó su reloj de muñeca con gran afectación.

—Si no le importa, creo que esperaré un rato.

El hombre se encogió de hombros y desvió de nuevo su atención hacia la pantalla. Fox se sentó delante de la pantalla de Graham. El salvapantallas estaba activado y, cuando movió el ratón, vio que era necesaria una clave de acceso.

—¿Cree que le importaría que entrara en mi correo electrónico?

—¿No puede hacerlo con su teléfono?

—No siempre tengo cobertura.

—Pruebe «GcoschG69».

Fox tecleó la contraseña.

—Gracias —dijo.

—Debería haberle preguntado. ¿Están haciendo progresos en Edimburgo?

—Lentos —respondió Fox, que estaba escrutando una lista de archivos. No encontró el nombre de Glushenko, así que realizó una búsqueda.

No hubo resultados.

Tras contemplar la pantalla unos segundos, miró la mesa. A la derecha de la consola había unos sobres de color beis amontonados hasta una altura de unos diez centímetros. Levantó la solapa del primero, pero la información no le decía nada. Lo mismo ocurrió con el que se encontraba justo debajo. Al otro lado de la consola había una bandeja con folios A4, algunos grapados o con clips y post-its pegados. Pero, de nuevo, ni rastro de Glushenko.

En la mesa había dos cajones hondos. Fox abrió unos centímetros el que quedaba más cerca. Más documentación bien ordenada.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó el agente de la Agencia Tributaria con un atisbo de desconfianza.

—Quería comprobar si había recibido el informe que le envié.

—¿No es más fácil preguntárselo a ella?

—¿Preguntarme qué?

Fox volvió la cabeza y vio a Sheila Graham en el umbral.

—La reunión no ha durado mucho —dijo Fox.

—McManus ha recibido una llamada.

Graham avanzó unos pasos hacia su mesa. Fox se puso en pie y le cedió la silla. Pero ella tenía los ojos clavados en la pantalla. Él también miró, y vio que la búsqueda de Glushenko seguía allí. Cuando se dio la vuelta, Graham estaba mirándolo fijamente.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo.

Ambos salieron del despacho y enfilaron el pasillo hacia una de las salas de cristal donde celebraban reuniones. Graham deslizó el cartel de la puerta para ponerlo en OCUPADO y entró. Luego se sentó ante una gran mesa rectangular y sacó el teléfono.

—Siéntate —ordenó a Fox.

—Puedo explicártelo.

—Eso es exactamente lo que harás, pero tiene que oírlo alguien más.

Graham esperó a que le cogieran el teléfono. Entonces, anunció a la persona que se hallaba al otro lado que iba a activar el altavoz. Cuando dejó el teléfono encima de la mesa, una voz de hombre dijo:

—¿Qué hay, Sheila?

—Tengo aquí conmigo al inspector Malcolm Fox. Ya le había hablado de él.

—Así es.

—Estamos en una sala privada y nadie puede oírnos. ¿En su caso tampoco?

—No.

—Entonces, quizá debería identificarse al inspector Fox.

—Me llamo Alan McFarlane. Me encargo de la Unidad de Delitos Económicos del Organismo de Delitos Nacionales, con sede en Londres.

—El inspector acaba de mencionarme un nombre que yo no le he facilitado —dijo Graham.

—¿Empieza por G?

—Efectivamente.

—Aleksander Glushenko —añadió Fox, que tenía la necesidad de decir algo.

—¿Cómo ha sabido de él, inspector Fox?

Fox se inclinó hacia el teléfono.

—¿Me oye bien?

—Alto y claro.

—Parece usted escocés, señor McFarlane.

—Buen oído. Y, ahora, para responder a mi pregunta...

—Me pidieron que investigara los negocios de Darryl Christie, un delincuente de Edimburgo, y sus vínculos con un agente de inversiones llamado Anthony Brough. Este último ha desaparecido, por cierto. Su secretaria personal no ha tenido noticias suyas en más de una semana.

—No estaba al corriente de ello —dijo McFarlane.

Fox vio que las mejillas de Graham adquirirían un poco de color.

—Brough tiene alquilado un piso encima de una casa de apuestas. Ambas propiedades pertenecen a Christie, así que envié a alguien a la zona.

—¿Es alguien de confianza?

—Por supuesto. Fue esa persona la que oyó el nombre de Glushenko.

—¿En relación con qué?

—El nombre fue todo lo que oyó.

—Debo añadir algo —dijo Graham mirando a Fox—. Hace cinco minutos he descubierto al inspector Fox en mi ordenador. Intentaba acceder a la información sobre Glushenko.

La línea quedó en silencio diez largos segundos, durante los cuales Fox miró fijamente a Graham.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó McFarlane finalmente.

—Porque empezaba a sospechar que la señorita Graham no me había contado toda la historia —explicó Fox—. Sin estar plenamente informado, podría estar poniendo en riesgo a algunas personas, en especial a mi contacto y a mí. Y ahora que sé que está usted al mando, diría que mi corazonada era acertada.

—¿Debo suponer que ha buscado a Glushenko en Internet?

—Sí.

—¿Y no ha encontrado nada?

—Correcto.

—Eso es porque solo hace un año que se convirtió en Aleksander Glushenko. Ha tenido varios alias antes de ese, pero su nombre real es Anton Nazarchuk.

—Vale.

—Parece ruso, pero en realidad es ucraniano.

—¿Y tiene algo que ver con un piso en Edimburgo que se ha convertido en una sede empresarial corrupta regentada por un solo hombre?

—Sí.

Graham se aclaró la garganta.

—Si me da su permiso, puedo facilitar al inspector Fox los detalles relevantes.

—Es una lástima que no estemos cara a cara. Me gusta pensar que se me da bien calar a las personas.

—Si alguien debería sentir desconfianza aquí soy yo —protestó Fox.

—Le contaron exactamente lo que se consideró necesario. —Tras otra dilatada pausa, se oyó una exhalación—. Infórmele —dijo McFarlane antes de colgar.

Graham cogió el teléfono de la mesa y empezó a pasárselo lentamente de una mano a otra.

—Espero de veras que estés a la altura, Malcolm.

—¿Lo llamamos Glushenko o Nazarchuk?

—Glushenko.

—¿Y qué ha hecho el señor Glushenko?

—Acudió a Anthony Brough para crear una empresa fantasma.

—¿Y?

—E invirtió dinero en ella, parte del cual parece haberse esfumado.

—Eso podría explicar la desaparición de Brough.

—Pero si Brough se han hecho invisible...

Fox asintió a medida que iba esclareciéndose la situación.

—Ese tal Glushenko irá a por sus socios, incluido Darryl Christie. —Fox

estaba pensativo—. Pero, por lo que me ha contado mi fuente, en realidad es Christie quien está buscando a Glushenko.

—A lo mejor tiene algo que decirle.

—¿El paradero de Anthony Brough, por ejemplo? —Ahora era Graham quien asentía—. ¿Y de dónde salió ese dinero?

—Te lo explicaré enseguida, pero primero dos cosas. Aleksander Glushenko mantiene lazos con la mafia rusa, y eso significa que es peligroso.

Graham esperó a que lo asimilara.

—¿Y qué más? —quiso saber Fox.

—Y la suma en cuestión se acerca a mil millones de libras.

—¿Has dicho mil millones?

Graham se guardó el teléfono en un bolsillo de la americana.

—Lo cual me recuerda que hoy me he olvidado el bolso, así que, cuando salgamos a tomar café, pagas tú.

—¿Por ese pisito encima de Klondyke Alley han pasado mil millones de libras?

—No en billetes y monedas, pero sí, eso es más o menos lo que ha sucedido. Y en algún momento alguien llegó a la conclusión de que nadie se daría cuenta si sisaba unos cuantos millones aquí y allá. —Graham se levantó—. Quizá deberíamos ir a por esas bebidas antes de empezar. Es una larga historia...

Cafferty se encontraba en el mismo Starbucks de Forrest Road. Indicó que no quería que le rellenaran la taza, así que Rebus se puso en la cola tras media docena de estudiantes.

—¿Qué es lo más rápido? —preguntó cuando le llegó el turno.

—Filtro —anunció el camarero.

—Pues uno mediano.

Vertió un poco de leche en la taza y se sentó con Cafferty a una mesa que apenas tenía las medidas necesarias para cumplir su cometido. El periódico de

Cafferty estaba encima, doblado por la mitad, de modo que solo se veían la cabecera y el artículo de portada.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Cafferty sin más preámbulos. En lugar de responder, Rebus bebió un sorbo de café—. Lo sé, lo sé. Todos tenemos un aspecto horrible —añadió Cafferty soltando una carcajada.

Rebus golpeó con el dedo la fecha del periódico, impresa justo debajo de la cabecera.

—¿Es de hoy?

—Sí.

—Menos mal, si no me habría perdido mi cumpleaños.

Cafferty volvió a reírse.

—Si llego a saberlo, te compro algo. ¿Cómo van las cosas?

—No me puedo quejar.

—¿En serio habías olvidado tu propio cumpleaños? ¿No has recibido una tarjeta de tu hija?

—No se me da muy bien eso de abrir el correo. —Rebus bebió otro sorbo de café y dejó la taza en la mesa—. La razón por la que quería verte es que le prometí a alguien que le haría un favor.

—¿Ah, sí?

—Se llama Maxine Dromgoole.

—Si tú lo dices.

—Ha intentado contactar contigo por un libro que quiere escribir. El tema del libro serías tú.

—¿Yo?

—Estamos pensando lo mismo: nadie en su sano juicio querría leerlo. Pero, en cualquier caso, le dije que te haría llegar el mensaje.

—¿Y qué te ha dado ella a cambio?

—Información sobre un par de personas aún más viejas que nosotros.

—¿En relación con el caso Turquand?

—Sí.

—¿Sigues en ello? —Rebus asintió—. ¿Has hecho progresos?

—He averiguado algunas cosas.

Cafferty lo miró pensativo.

—¿De verdad es tu cumpleaños? A lo mejor te hago un regalo, envuelto y todo...

—¿El ruso? —aventuró Rebus. Cafferty sonrió y negó con la cabeza—. ¿Craw Shand?

—¿Craw?

—Pensaba que a lo mejor lo tenías escondido en algún sitio.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Porque seguramente pueda darte información sobre el atacante de Darryl Christie. Suponiendo que no fueras tú, claro. Yo creo que quieres saber quién y por qué. Así a lo mejor tendrías algo que poder utilizar contra Christie. —Rebus hizo una pausa mirando a Cafferty a los ojos—. Son meras suposiciones.

—¿También lees la mano?

Rebus se encogió de hombros.

—Si no se trata de Craw ni del ruso misterioso, ¿qué es?

—Aquel día en el hotel Caledonian, el día en que Maria Turquand fue asesinada, no se identificó a todos los visitantes.

—¿A qué te refieres?

Cafferty se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Supongo que no pasará nada por que te lo diga. De hecho, puede que guste.

—¿Tú? ¿Tú estabas allí?

—Un grupo que sale de gira necesita estimulantes. Es demasiado arriesgado llevarlos encima, así que normalmente tienen un contacto en cada ciudad en la que tocan.

—¿Y tú eras el chaval que hacía el reparto?

—En aquel momento ya no era tan chaval, pero todavía no había llegado a la vertiginosa cumbre. De hecho, podría haber enviado a otra persona, pero quería conocerlo.

—¿A Bruce Collier?

—¿Recuerdas que te comenté que estuve en el concierto del Usher Hall? El propio Bruce me incluyó en la lista de invitados. Pero el caso es que supuestamente debía entregarle la mercancía al *road manager* en su habitación, así que llamé a la puerta, pero no respondía nadie.

—¿Era la habitación de Vince Brady?

—Justo al lado de la de Maria Turquand, aunque en aquel momento no lo sabía.

—¿Llegaste a verla?

Cafferty negó con la cabeza.

—La puerta situada al fondo del pasillo estaba abierta y salía música de dentro, así que me acerqué y vi allí a Bruce Collier y a un par de miembros del grupo. Había varias mujeres jóvenes. Novias, *groupies*, ¿quién sabe? Le expuse a Bruce el motivo de mi visita, pero no sabía dónde se había metido Brady. Quizá en la sala de conciertos. Bruce no llevaba dinero suficiente para pagarme la mercancía y me ofreció un disco firmado, pero no lo acepté, así que me llevó a la habitación y había un amigo suyo tirado en la cama. Apestaba a alcohol. Bruce se puso a rebuscar y cogió todo el dinero que llevaba aquel tipo encima. Era suficiente, así que ahí acabó todo.

—El tipo debía de ser Dougie Vaughan.

—¿Ah, sí?

—Encaja con su versión. ¿Y que ocurrió luego?

—Salí con mi dinero y la promesa de una entrada gratuita.

—¿Y nada más?

—¿Como qué?

—La llave de la habitación de Vince Brady. Vaughan dice que la perdió. ¿La viste en su bolsillo?

—No.

Rebus pensó unos momentos.

—¿Y cuando la historia salió a la luz?

Cafferty levantó ambas manos.

—Me quedé patidifuso.

—¿No te planteaste hablar?

—¿Confesar a los tuyos que vendía drogas en la zona? Te extrañará, pero ni se me pasó por la cabeza.

—Y estabas bastante seguro de que Collier y su séquito no te mencionarían.

—Cafferty asintió lentamente—. Debiste de ver en los periódicos las fotos de su marido y el amante...

—No reconocí a nadie, John. ¿Son los ancianos con los que has estado hablando?

—Sí. También he hablado con Bruce Collier.

—Y con el hombre al que le vaciaron los bolsillos del pantalón. Has estado ocupado.

—¿Cómo era eso de la ociosidad y los vicios?

—Es cierto. —Cafferty sonrió—. Realmente crees que nadie querría leer mi historia, ¿verdad?

—¿Quieres contactar con la señorita Dromgoole?

—Me lo pensaré. Podría estar bien dejar algo cuando muera.

—¿Aparte de informes judiciales y fotografías tuyas esposado?

—No es un gran legado, ¿eh? —Cafferty parecía coincidir con Rebus—. Bueno, ¿mi visita al confesionario te ha servido de algo?

—Es posible. Siempre que Brady no pasara por el hotel y Dougie Vaughan estuviera inconsciente.

—Feliz cumpleaños, entonces.

Cafferty le tendió una mano y Rebus se la estrechó.

Fuera, Rebus se detuvo en un semáforo. ¿Un regalo de cumpleaños? Lo dudaba. Cafferty solo le había facilitado la información por un motivo: para que centrara

sus esfuerzos en el pasado y no en el presente. Algo estaba ocurriendo. Algo estaba hirviendo y no era solo el café...

Cuando Rebus se marchó, Cafferty intentó acabar de leer el periódico, pero era incapaz de concentrarse. Ese era el efecto que tenía sobre él. De modo que sacó el teléfono y marcó un número.

—¿Sí? —dijo una voz con desconfianza.

—Soy yo, Craw. ¿Quién va a ser si no? Soy el único que tiene su número, ¿recuerda?

—Me gustaba mi viejo teléfono.

—La poli debe de tenerlo pinchado, Craw. Será mejor que siga escondido.

—¿Ya puedo volver a casa? Esto es como una cárcel.

—Tiene vistas al mar, ¿no? Y ya falta poco. Debe confiar en mí, eso es todo...

—Y confío en usted, señor Cafferty. De verdad.

—Perfecto. Solo serán unos días más. Vea la tele o lea un libro. ¿Le llevan el periódico cada día y le dan comida y agua?

—Me vendría bien un poco de aire fresco.

—Pues abra una ventana. Porque, si me entero de que ha ido siquiera hasta el final de la calle, le sacudo con un ladrillo en la cabeza. ¿Entendido?

—Yo nunca haría eso, señor Cafferty.

—Craw, recuerde que esto es por su seguridad.

—¿Y dice que serán solo unos días más?

—Solo unos días más. Para entonces se habrá solucionado todo, de un modo u otro.

Cafferty colgó y miró por la ventana de la cafetería como si todo lo que había al otro lado del cristal tuviera sentido para él. Luego volvió a abrir el periódico y se puso a leer. Dos minutos después, su teléfono empezó a vibrar.

—¿Sí, Darryl? —dijo.

—Quería saber si tenías noticias.

—¿Sobre Anthony Brough? Se dedica a las finanzas, ¿verdad? He buscado información. Tiene su oficina en Rutland Square y vive en Ann Street. ¿Cuánto te ha hecho perder?

—Esa no es la razón por la que tengo que encontrarlo.

—¿No? Bueno, si tú lo dices. —Cafferty hizo una pausa—. Puede que lo hayan visto un par de veces, pero no quiero darte falsas esperanzas.

—Dímelo de todos modos.

—Prefiero esperar la confirmación.

—¿Lo han visto en Edimburgo?

—En Edimburgo y en las afueras. Pero hace días...

—¿Cuándo lo sabrás con seguridad?

—Te llamaré inmediatamente.

—No estarás intentando engatusarme...

—Fingiré que no has dicho eso.

Cafferty escuchó el silencio.

—Lo siento —acabó por decir Christie.

—Obviamente, ese tipo es importante para ti, Darryl. Lo entiendo y te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias.

—Te llamaré inmediatamente —repitió Cafferty, que colgó justo cuando Christie estaba a punto de darle las gracias otra vez.

Luego negó lentamente con la cabeza y volvió a centrar su atención en el periódico.

Fox estaba sentado a su mesa en la sala del EGI mirando al vacío. Había buscado Ucrania en Internet para hacerse una idea del caos que había sufrido y que todavía imperaba en el país, lo cual se sumaba a todo lo que le había contado ya Graham. Los amigos mafiosos de Glushenko le habían enseñado bien. Ya había blanqueado veinte mil millones de dólares ilegales, un dinero que salió de Rusia, pasó por Moldavia, recorrió toda Europa y ahora se encontraba fuera del alcance de las autoridades, suponiendo que estas conocieran siquiera su paradero. Algunas empresas registradas en paraísos fiscales como las Seychelles se convertían en socias de SCE, y, una vez que llegaba el dinero, esas empresas y sociedades quedaban disueltas, lo cual hacía que el rastro fuera mucho más complejo. Aunque estaba previsto endurecer la normativa, en Gran Bretaña seguía siendo barato y fácil registrar una empresa: un gestor podía hacerlo en una hora por unas veinticinco libras. Esos mismos gestores supuestamente debían constatar que no estaban tratando con alguien sospechoso y conocer la identidad del verdadero propietario de los activos.

Fox no sabía cómo había entrado Anthony Brough en el radio de acción de Glushenko, aunque Edimburgo era famosa en todo el mundo por su honradez y discreción, y albergaba instituciones que cuidaban de miles de millones de libras en pensiones e inversiones. Glushenko trajo consigo algo menos de mil millones de dólares robados de un banco ucraniano por medio de préstamos concedidos a empresas inexistentes cuya documentación había sido rubricada por directivos que recibieron amenazas o coacciones. Cuando se descubría el robo, el dinero ya

había emprendido su enrevesado viaje, pasando por la llanura de Edimburgo y más allá.

Sheila Graham había ofrecido a Fox un sucinto resumen sobre los negocios turbios en Gran Bretaña. El ejército londinense de abogados, banqueros y contables con altos salarios era, según ella, un grupo de expertos que utilizaba cuentas en paraísos fiscales, fideicomisos y empresas fantasma para ocultar la identidad de cualquier beneficiario. Existían numerosas regulaciones para intentar frenar el blanqueo de dinero, pero los bancos solían hacer la vista gorda cuando el precio era el adecuado. El dinero acababa convirtiéndose en immaculados apartamentos de varios millones de libras y en activos comerciales aún más caros. Decenas de miles de propiedades londinenses pertenecían a empresas establecidas en paraísos fiscales como Jersey, Guernsey y las islas Vírgenes Británicas, este último uno de los predilectos, pues no es necesario informar de la identidad de los propietarios a las autoridades competentes. Cada paraíso tenía su idiosincrasia: Liberia estaba especializada en acciones al portador, que ofrecen un anonimato absoluto; constituir una empresa en las islas Vírgenes Británicas era rápido y barato, lo cual explicaba por qué una isla con una población de veinticinco mil habitantes podía albergar unas ochocientas mil empresas registradas.

—Las cifras de las que hablamos te darían vértigo —explicó Graham a modo de conclusión, y, tras buscar en Internet, Fox no podía discrepar. El hecho es que, comparativamente, gánsteres como Darryl Christie y Joe Stark eran meros aficionados. Anthony Brough se había encamado con lo peor de lo peor. Y algo le había asustado.

Algo que, casi con total seguridad, tenía que ver con la desaparición de unos diez millones de libras del dinero original.

—Entonces ¿Brough ha robado diez millones y ha huido? —había preguntado Fox a Graham—. ¿Y ha puesto a su buen amigo Darryl Christie a los pies de los caballos?

—Es una posibilidad —había respondido ella.

—¿Qué sabemos de Glushenko? ¿Está en el país?

—Probablemente tenga alias y pasaportes que desconocemos. Se ha avisado a Inmigración para que vigile los aeropuertos.

Graham se encogió de hombros.

Ahora, sentado a su mesa, Fox estaba barajando sus opciones. Christie quería información sobre Glushenko y Fox podía darle todo lo que sabía. O podía hacer tiempo y esperar a que Glushenko se ocupara de Christie, tras lo cual, las deudas de Jude tal vez serían historia. Se había planteado contarle a Graham lo de Jude y la amenaza de Christie, pero había decidido no hacerlo. Todavía no. A menos que fuera absolutamente necesario.

—¿En qué piensa? —preguntó Alvin James al entrar en la sala.

—En bobadas —le aseguró Fox con una sonrisa en los labios—. ¿Ha sucedido algo que deba saber?

James se quitó el abrigo y lo colgó.

—Entrevistas con Roddy Cape y Dandy Reynolds —dijo antes de percatarse de la inexpresiva mirada de Fox—. Son los dos peleles que estaban con Cal Christie aquella noche.

—Ah, sí.

—No podemos permitir que esta investigación se estanque. Hay que aprovechar la inercia. —Juntó las manos y se las frotó, y Fox tuvo la sensación de que estaba intentando motivarse.

—¿Nos acompañará hoy la inspectora Clarke? —preguntó Fox como restándole importancia.

—Puede ser. Es fabulosa, Malcolm. Tenía usted razón.

—¿Le llevó a un sitio bonito ayer noche?

—Un restaurante especializado en curry. No me pregunte en qué calle. Esta ciudad todavía me desorienta. —James hizo una pausa—. ¿Tiene trabajo suficiente?

—Todo bien.

James asintió con aire distraído, se sentó a su mesa y encendió el ordenador

portátil. Fox fingió que estaba trabajando y consultó ventas recientes de casas en su barrio. Después del divorcio, había comprado a su exmujer la mitad de la propiedad. Si se veía obligado a vender, podría saldar la deuda de Jude. El inconveniente era que tendría que alquilar o hipotecarse por una vivienda mucho más pequeña, puede que incluso en una zona menos salubre de la ciudad.

Todavía no, se repetía a si mismo. A menos que sea absolutamente necesario...

Cerró la página web de ventas inmobiliarias y buscó información sobre Anthony Brough. Aunque conocía sus hazañas más recientes, quería ahondar un poco más. No tardó mucho en llegar a las trágicas vacaciones en Gran Caimán, donde el mejor amigo de Brough, Julian Greene, se ahogó en la piscina tras consumir un cóctel de alcohol y drogas. Su muerte había tenido un efecto duradero en Francesca, la hermana de Brough. Estuvo hospitalizada poco después, ya que pasó de autolesionarse a un intento de suicidio. El periódico local de Gran Caimán había hecho todo lo posible por tratar los acontecimientos con diplomacia, pero el *Daily Mail* de Londres fue mucho menos prudente y llegó a insinuar que se trataba de una tapadera. ¿Greene estaba solo o había más gente en la piscina en aquel momento? ¿No se habían dado cuenta o no habían actuado? ¿Habían eliminado cualquier rastro de drogas y reorganizado la escena antes de llamar a una ambulancia? El abogado de la familia Brough se había convertido en su portavoz, y afirmó que esa «gente inocente» estaba conmocionada, amén de acusar a los medios de comunicación de utilizar «tácticas sórdidas y de mal gusto» que no hacían más que interferir «en el proceso de duelo».

Fox envió un correo electrónico especulativo al periódico de Gran Caimán para preguntar si algún trabajador recordaba el ahogamiento. Le respondieron casi al momento dándole el nombre de un periodista jubilado llamado Wilbur Bennett y un número de teléfono. Excusándose ante James, abandonó la sala y se dirigió al aparcamiento para hacer la llamada.

—Estoy desayunando —le espetó una voz de hombre.

—¿Wilbur Bennett? Me llamo Malcolm Fox. Soy agente de la policía escocesa. Siento molestarle tan temprano...

—¿De verdad es policía?

—Hasta donde yo sé, sí.

—Cuando trabajaba en Fleet Street, a menudo nos hacíamos pasar por polis. Era una manera tan buena como otra cualquiera de abrir una puerta.

—Conozco a una persona que es un poco así —reconoció Fox—. Pero me interesa su época en Gran Caimán.

—¿El ahogamiento?

—Muy perceptivo por su parte.

—No escribí demasiados artículos relacionados con Escocia.

—Ocurrió en una casa que era propiedad de sir Magnus Brough, ¿verdad?

—Correcto, pero esa casa estaba a punto de salir al mercado.

—¿Ah, sí?

—El viejo acababa de estirar la pata. Siempre me extrañó que sus dos pupilos estuvieran disfrutando de unas vacaciones habiendo pasado tan poco tiempo desde el funeral. Siempre los consideré unos pupilos, al estilo de las novelas de Dickens. La mejor explicación que obtuve fue que el viaje ya estaba planeado y era lo que habría querido sir Magnus.

—Es raro que se produjeran dos muertes en tan poco tiempo.

—¿A que sí? —Wilbur Bennett hizo una pausa y bebió un sorbo de algo; café tal vez, o algo un poco más fuerte. Por su voz, tan intensa y empalagosa como un bizcocho con pasas, Fox imaginó a un hombre a quien le gustaba tomarse la primera copa del día bien temprano—. ¿A qué viene este repentino interés, agente?

—No hay ningún motivo real. Ha surgido algo y puede que Anthony Brough esté implicado de manera tangencial.

—¿Le han encargado que indague en su pasado? Lo que vi de él no me gustó. Se pasaba de engreído, con todos esos privilegios y ese aire de estar por encima

del bien y del mal. Seguramente por eso el *Mail* lo hostigó, o lo habría hecho si los abogados no se hubieran puesto a ladrar.

—¿Les facilitó alguna información, señor Bennett?

—¿Al *Mail*?

—Trabajaba usted en Fleet Street antes de trasladarse a Gran Caimán. Supongo que todavía mantenía contactos allí.

—Es posible que tenga razón. Voy a proponerle una cosa: ¿puedo fingir que tengo algo jugoso que contarle pero que solo lo haré en persona? Puede venir aquí unos días...

—Me tienta muchísimo, pero tenemos que pensar en el sufrido contribuyente. Bennett resopló.

—¡Aquí no lo hacemos!

—Comprendo. Son ustedes un paraíso fiscal como las islas Vírgenes, ¿verdad?

—Eso es.

—Lo cual probablemente significa que ha llegado a sus costas dinero ilícito en un momento u otro.

—El Caribe siempre ha estado lleno de piratas —exclamó Bennett—. Pero, volviendo a esa piscina...

—Sí.

—La investigación nunca llegó al meollo del asunto. Los sirvientes habían oído gritos. Cuando volvieron a interrogarlos, cambiaron su versión. El pobre capullo que murió llevaba mucho alcohol y cocaína en las venas, pero no lo suficiente para perder el conocimiento. De hecho, darse un baño debería haberlo reanimado. Luego estaban las marcas que tenía en los hombros. Nadie se molestó en dar explicaciones sobre eso. Por lo poco que pude averiguar, hacía unos meses que se había encaprichado mucho de la hermana y, cuando murió, ella quedó destrozada.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Ella y su hermano. Supuestamente, estaban dentro viendo una película con

el resto del grupo. Tardaron un rato en darse cuenta de que Greene no estaba. Lo encontraron flotando en la piscina. Cuando llegaron la ambulancia y la policía, no había ni rastro de droga. La autopsia detectó cocaína en su organismo, pero alegaron que no sabían que había consumido. La típica historia. Y, sorpresa sorpresa, el único lugar de la casa en el que encontraron droga fue la habitación de Greene: una bolsa de polvo blanco en un cajón de la mesita de noche en la que nunca buscaron huellas.

—Tiene buena memoria, señor Bennett.

—Solo porque la investigación fue una farsa absoluta. Si hubiera vivido en un sitio como este tanto tiempo como yo, sabría quién se sale con la suya y quién no, y a veces puede llegar a asquearte.

—¿Está diciéndome que Julian Greene fue asesinado?

—Estoy diciéndole que no importa un carajo lo que ocurriera. Nadie pagó por ello entonces y nadie lo hará ahora. Pero pregúntese por qué Francesca empezó a actuar raro justo después. Algunos creíamos que merecía un Óscar por cómo se metió en el papel. Estoy seguro de que sigue viva. Prosperando, incluso.

—Está viva, sí —dijo Fox—. Pero es más o menos todo lo que sé.

—Quería ir a ver a un exorcista. ¿Lo sabía?

—No.

—Eso contó cuando le hicieron el lavado de estómago. El dinero puede comprar muchas cosas, pero no siempre lo que necesitas de verdad. ¿Cree que podría escribir un libro de autoayuda a partir de esa idea?

—¿*Conciencia plena para millonarios*? —propuso Fox.

—¡Puede que haya encontrado petróleo, colega! Voy a desempolvar la vieja máquina de escribir, a menos que pueda ayudarle en algo más...

—Supongamos que la muerte de Julian Greene no fue un accidente. ¿Por quién apostarías?

—Sus padres fallecieron en un accidente de coche y, desde entonces, están a partir un piñón y solo les daba orientación moral el avaricioso de mierda de su

abuelo. —Bennett reflexionó unos instantes—. Uno o el otro, o puede que incluso ambos. Como le decía, no importa. No importa en absoluto...

Ann Street era considerada por mucha gente la calle más hermosa de la ciudad. Embutida entre Queensferry Road y Stockbridge, sus dos elegantes hileras de casas georgianas estaban separadas por una estrecha calzada de adoquines tradicionales. Los jardines delanteros eran immaculados y las barandillas de metal negro, relucientes, y las farolas recordaban a épocas más elegantes. La casa de Anthony Brough se encontraba al final de la calle y no era tan imponente como las del centro. Rebus abrió la verja, fue al umbral y llamó al timbre. Al no tener respuesta, miró por el buzón y vio un vestíbulo y unas escaleras de piedra. Luego se irguió, se acercó a la ventana y observó el moderno salón, donde había un televisor, un sofá y poco más. De nuevo en la acera, estaba sopesando sus opciones cuando vio algo por el rabillo del ojo: un visillo moviéndose en la casa de enfrente. Ah, Edimburgo. Cómo no iba a moverse un visillo. A los vecinos les gustaba estar al tanto de lo que ocurría. Para algunos, era una pasión que todo lo devoraba.

Rebus cruzó la calle y estaba a medio camino cuando la puerta se abrió lentamente. La mujer era septuagenaria e iba encorvada, pero vestía de forma impecable.

—¿No está en casa? —preguntó ella con voz armoniosa.

—Eso parece.

—Hace bastante que no lo veo.

—Por eso estamos un poco preocupados —dijo Rebus—. Su secretaria dice que está ausente desde hace más de una semana.

La vecina pensó en ello.

—Sí, supongo que sí.

—¿Han venido más visitas?

—Yo no he visto ninguna.

—¿Conoce usted bien al señor Brough?

—Nos paramos a hablar.

—¿Y la última vez que lo vio fue hace más de una semana?

—Supongo —repitió y luego frunció el ceño mientras intentaba contar los días.

—¿Parecía ansioso?

—¿No lo está todo el mundo? Solo hace falta poner las noticias...

La mujer se encogió de hombros en un gesto perfecto y Rebus le tendió una tarjeta de visita. Era de Malcolm Fox y la había cogido de la sala del EGI. Había tachado el teléfono y el correo electrónico de Fox y añadido su número de móvil con bolígrafo negro.

—Inspector —dijo la mujer mientras leía la tarjeta—. No está muerto, ¿verdad?

—Estoy seguro de que no.

—Francesca y Alison deben de estar muy preocupadas.

—¿Alison?

—La cuidadora de Francesca. —La vecina se corrigió a sí misma al instante—. No, su ayudante. Así es como le gusta que la llamen.

—¿Así que conoce a la hermana del señor Brough?

Sorprendida de que él tuviera que preguntarlo siquiera, la vecina arqueó la espalda.

—Por supuesto —dijo e inclinó la cabeza en dirección a la casa—. Vive ahí, ¿no?

Rebus se dio la vuelta.

—¿Ahí? —preguntó para cerciorarse.

—En el apartamento de la planta baja, justo debajo de la casa principal. Baje las escaleras y...

Pero Rebus ya se dirigía hacia allí. Sí, había otra puerta más pequeña a la derecha de la que llevaba a la casa principal y más adelante unas escaleras en espiral que daba a un jardín bien cuidado. Rebus lo había visto al llegar, pero

creyó que pertenecía a otra propiedad. Las ventanas situadas a ambos lados de la puerta de madera verde tenían barrotes, aunque no había nada inusual en ello; muchas casas con jardín como aquella los tenían.

«Jardín». Cuando Rebus empezó a buscar piso en la ciudad hace muchas décadas, le extrañaba la palabra. ¿Por qué no lo llamaban «sótano»? Al fin y al cabo, es lo que era. Pero «jardín» significaba que también tenía jardín, y, a menudo, esos pisos llevaban directamente al jardín trasero de la propiedad. Había visitado varios antes de decantarse por la segunda planta de un edificio de apartamentos en Marchmont. ¿Cuál fue su razonamiento? Así se ahorra las labores de jardinería.

Abrió la puerta una mujer alta y corpulenta de poco más de treinta años, con el pelo recogido en un moño y un mechón rizado asomándole por detrás de la oreja izquierda.

—¿Sí? —dijo.

Rebus le ofreció otra de las tarjetas que había afanado.

—Soy el inspector Fox —anunció mientras ella cogía la tarjeta y la estudiaba.

—¿Es por los robos?

—¿Robos?

—Ha habido varios últimamente. —La mujer lo observó con atención—. Usted debe de saberlo.

—Estoy aquí por Anthony Brough. ¿Es usted Alison?

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho una vecina —reconoció Rebus con una sonrisa.

—¡Ah!

Ella también intentó sonreír.

—Estará usted al corriente de que nadie ha visto al señor Brough en bastante tiempo. Su secretaria empieza a estar preocupada.

La mujer llamada Alison meditó las palabras de Rebus.

—Entiendo —dijo al final.

—Ella fue a buscarle a casa y me atrevería a decir que también habló con

usted.

—¿Se refiere a Molly? Sí, lo hizo. Pero no es raro que Anthony se vaya de viaje a algún sitio.

Rebus estaba mirando el pasillo largo y oscuro. Al otro extremo había una gruesa cortina de terciopelo, que supuso que debía dar a unas escaleras que conectaban con la casa principal.

—¿Está Francesca en casa? ¿Podría hablar con ella, señorita...?

—Warbody. Y, sí, está en casa.

—¿Es usted su ayudante?

—Eso es.

—Supongo que estará preocupada por su hermano.

—Francesca toma medicación. El tiempo no significa tanto para ella como para algunos de nosotros.

Rebus trató de sonreír otra vez.

—¿Sería posible hablar con ella?

—No lo ha visto.

—¿Desde cuándo?

—Ocho o diez días.

—¿No ha llamado ni enviado ningún mensaje?

—Creo que lo sabría.

—¿Y dice usted que no es raro en él?

—Es exactamente lo que digo.

—¿Con quién hablas?

La voz, tenue, casi etérea, provenía de una de las puertas y Rebus solo alcanzó a distinguir la forma de una cabeza.

—Con nadie —respondió Warbody.

—Soy de la policía —anunció Rebus—. Preguntaba por su hermano.

Warbody lo miró con aire amenazador, pero Rebus la ignoró. Francesca Brough estaba caminando hacia la luz, casi de puntillas, como una bailarina. También tenía constitución de bailarina, pero una bailarina enfundada en gruesas

medias negras y un jersey beis holgado cuyas mangas eran tan largas que ocultaban sus manos. Cuando llegó al umbral, llevaba un puño del jersey metido en la boca. Debajo del burdo corte de pelo se adivinaba el cráneo. Tenía la piel pálida y, al haber chupado la lana, los labios, exangües. El tejido parecía apelmazado, lo cual significaba que probablemente no era un ritual infrecuente.

—Hola —dijo con voz contenida.

—Hola —respondió Rebus.

—El inspector ha venido porque Anthony ha desaparecido en uno de sus paseos —le explicó Warbody.

—A veces lo hace —le informó Francesca mientras Warbody le apartaba cuidadosamente la mano de la boca.

—Eso mismo acabo de explicarle.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

La pregunta pareció inquietar a Francesca, que miró a Warbody como buscando ayuda.

—Hace ocho o diez días —respondió Warbody.

—Imagino que habrán subido a comprobarlo. —Ambas miraron a Rebus—. ¿Tienen acceso a la casa?

—Sí, lo tenemos —dijo Francesca en voz baja.

—¿Podríamos echar un vistazo, entonces? —preguntó Rebus.

—No está allí —afirmó Warbody—. Le habríamos oído.

Francesca extendió el brazo hacia un gancho colgado en la pared y cogió dos llaves.

—Aquí están —dijo.

Rebus estaba mirando a Warbody.

—¿No hay una puerta detrás de esa cortina? —dijo señalando hacia el lugar en cuestión.

—Está cerrada por el otro lado.

—¿Por qué?

La mujer se encogió de hombros.

—A Anthony le gusta la privacidad. Le molestará mucho que hayamos dejado entrar a un desconocido.

—Si ustedes no se lo dicen, yo tampoco lo haré.

El guiño de Rebus iba dirigido a Francesca, que se echó a reír tapándose la boca con las manos.

—Pues vamos —dijo Warbody con un suspiro de derrota.

Volvieron al nivel de la calle y cruzaron la valla principal. Había que utilizar ambas llaves. Detrás de la puerta había una alarma, pero Warbody conocía el código.

Rebus se había agachado a recoger el correo del suelo.

—Póngalo ahí con el resto —le indicó Warbody. Encima de una mesita auxiliar había un montoncito de cartas y Rebus empezó a curiosear—. ¿Lo está pasando bien? —preguntó ella con frialdad.

Francesca había entrado en el salón donde estaba el televisor, pero salió segundos después y enfiló el pasillo. Warbody la siguió y Rebus echó a andar detrás de ella hasta que llegaron a una estancia de la casa principal. Era una cocina luminosa con puertas correderas de cristal que daban a un patio y unos escalones que conducían al jardín. En el exterior, sobre una pequeña mesa, había un cenicero y un vaso de vino. La cocina estaba immaculada.

—¿El señor Brough tiene servicio de limpieza?

—Los miércoles por la mañana —confirmó Warbody.

—Y el vaso de vino ¿qué significa?

—Significa que alguien debería explicarle cuáles son las normas de esta casa.

Los tres se detuvieron y Rebus y Warbody observaron a Francesca abrir y cerrar el monomando de la cocina y volver a repetir el proceso. Warbody se acercó a ella y le apoyó la mano en la parte baja de la espalda. Debía parar. Francesca bajó los brazos y la miró compungida.

—¿Podemos ir al piso de arriba? —preguntó Rebus.

—¡Sí, vamos!

Francesca salió de la cocina como una exhalación y subió los peldaños de dos

en dos. Arriba había dos dormitorios y un gran estudio. Las habitaciones daban a Ann Street, y el estudio, a la parte trasera de la propiedad. Rebus comprobó si había más pisos, pero ya lo había visto todo.

—Tenía intención de reformar la buhardilla —comentó Warbody como si estuviera leyéndole la mente—. Pero todavía no lo ha hecho.

—De jóvenes nos encantaban las buhardillas —aseguró Francesca.

—No veo ningún contestador automático —comentó Rebus mirando a su alrededor.

—Ni siquiera hay teléfono. Anthony no lo consideró necesario.

—¿Han llamado o enviado mensajes a su teléfono móvil?

—Un par de veces —dijo Warbody—. No porque estuviéramos preocupadas, sino para preguntarle si quería venir a comer con nosotras o a dar una vuelta por la ciudad.

—Aun así, ¿no les parece raro que no haya contestado?

—Puede que esté saltando la banca en Montecarlo —aventuró Warbody encogiéndose de hombros.

—O comiendo hasta reventar en el Caledonian —apostilló Francesca—. Le gusta ir allí a comer y beber.

—¿Por alguna razón en particular? —le preguntó Rebus.

—Está cerca de su oficina —interrumpió Warbody.

—Además, allí fue donde la mataron —continuó Francesca.

—¿Se refiere a Maria Turquand?

La joven abrió unos ojos como platos.

—¿La conoce?

—Me interesan los casos antiguos. ¿A su hermano también?

—Mire, inspector —dijo Warbody interponiéndose entre Rebus y Francesca—, nos encantaría ayudarle, pero nosotras no podemos hacer nada.

En ese momento, reparó en que Francesca estaba bajando de nuevo las escaleras y salió detrás de ella. Ambas estaban esperando en la puerta principal cuando Rebus llegó al pasillo.

—Les agradezco su ayuda —dijo a Warbody, y sacó el teléfono—. Le he dado mi número. ¿Le importa si anoto el suyo?

—¿Para qué?

—Por si tengo que ponerme en contacto con usted. Así me ahorro tener que volver en persona.

Warbody accedió a dictarle el número para que lo guardara en su móvil.

—Gracias de nuevo —dijo.

El visillo de la casa de enfrente se movió nuevamente cuando las dos mujeres se encaminaron a su refugio. Rebus llamó a Warbody, quien, tras unos momentos de renuencia, se acercó a él.

—Entiendo que el señor Brough es quien le paga el salario —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Trabajo para Francesca. Sir Magnus quiso asegurarse de que viviera cómodamente.

—¿Recibió la mitad del patrimonio?

—No tanto, pero heredó lo mismo que su hermano. Y, a diferencia de Anthony, a ella no le gusta jugar.

—¿Él juega?

—¿Acaso las inversiones no son un juego? Sin riesgo no hay ganancias.

—Supongo que sí.

Rebus hizo un gesto de agradecimiento y la observó bajar las escaleras y cerrar la puerta. Cuando regresaba al coche, vio otro vehículo justo detrás. De él salió Malcolm Fox.

—Me alegro de verte por aquí —dijo Fox.

—Las mentes geniales piensan igual, Malcolm.

—¿No está en casa?

—No, pero su hermana sí.

—Vaya.

—Vive en el piso de abajo. Cuida de ella una mujer llamada Warbody.

—¿Qué te ha parecido?

—¿La hermana? Está en las nubes.

—Acabo de hablar de ella con...

Pero Rebus lo interrumpió con un gesto.

—Sigamos con esto en mi despacho. —Inclinó la cabeza hacia el Saab—.

Primero quiero hacer una llamada rápida.

Una vez dentro y con las puertas del coche cerradas, Rebus telefoneó a Molly Sewell, se identificó y dijo que debía hacerle una pregunta. Había activado el manos libres para que Fox pudiera escuchar.

—Adelante —dijo ella.

—Nos contó usted que había estado en casa de su jefe y que había deslizado una nota por debajo de la puerta. Vengo de allí y no he visto ninguna nota.

—A lo mejor no ha mirado bien.

—Lo he hecho —afirmó Rebus.

—Entonces alguien debe de haberla movido de sitio. La mujer de la limpieza, quizá.

—O Alison Warbody —comentó Rebus, que escuchó el silencio al otro lado de la línea—. ¿Por qué no mencionó que Francesca Brough vive justo debajo de su hermano?

—No quería que la molestaran. ¿La ha visto?

—Sí.

—Entonces ya se habrá dado cuenta de que es increíblemente frágil.

—He conseguido pasar diez minutos con ella sin romper un solo fragmento.

—Qué comentario más insensible.

—En la academia de policía saqué una puntuación bastante baja en sensibilidad. Pero no es usted quien decide qué nos está permitido y...

—John —interrumpió Fox. Rebus calló y se lo quedó mirado—. Ha colgado.

Rebus miró la pantalla del teléfono y maldijo entre dientes.

—Es tu turno —dijo recostándose en el asiento del conductor.

Fox le contó los pormenores de la conversación mantenida con Wilbur

Bennett. Rebus se tomó unos momentos para digerir lo que acababa de escuchar y luego negó con la cabeza lentamente.

—Toda la familia es un caso aparte —concluyó.

—Piensas que están protegiendo a Anthony, ¿verdad? —concluyó Fox.

—¿Y tú no?

Fox asintió.

—Es más, sé por qué.

Rebus se volvió hacia él.

—Continúa.

Pero entonces le vino otra idea a la mente y tocó de nuevo la pantalla del teléfono con el manos libres aún activado.

—¿Dígame?

—Señorita Warbody —dijo Rebus—, soy el inspector Fox otra vez. —Había vuelto la cabeza para no tener que soportar la mirada que sabía que estaba dedicándole su compañero—. He olvidado preguntarle una cosa: la señorita Sewell dice que metió una nota por debajo de...

—La recogí yo.

—¿Sí?

—Sí.

—Perfecto, entonces. Gracias, señorita Warbody.

La llamada se cortó y Rebus miró fijamente a Fox.

—Me has robado tarjetas de visita —dijo este.

—Por supuesto que lo he hecho. A veces la gente necesita pensar que está hablando con un policía.

—Pero no es así, John, y hacerse pasar por agente de policía es un delito.

—Conozco a gente que se ha pasado toda su vida en el cuerpo sin hacer otra cosa que fingir ser policía.

—Ese es otro tema.

—En fin... ¿Qué piensas?

Rebus estaba agitando el teléfono delante de la cara de Fox.

—¿Qué se supone que debo pensar?

—¿No te parece que alguien que sabía que le haría esa pregunta acababa de decirle qué debía responder?

—Es posible. Pero volviendo a lo que intentaba decirte antes...

—¿Qué?

—Sé lo que está pasando aquí. No todo, pero sí mucho.

Rebus se lo quedó mirando.

—¿Ah, sí?

—¿Quieres que te lo cuente?

—Soy todo oídos.

Quince minutos después, asiéndose con fuerza al volante, Rebus meneó la cabeza y exhaló ruidosamente.

—Cuando me dijo lo del ruso se refería a eso —murmuró.

—¿Quién?

—Cafferty. Me dijo que buscara al ruso. Creía que guardaba relación con el caso Turquand, pero en todo momento...

—Glushenko es ucraniano.

—Pero el nombre parece ruso. Tú mismo lo dijiste. La información de Cafferty no era cien por cien exacta, pero casi. La cuestión es: ¿cómo puede saber tanto? Es difícil que haya tenido noticias de Christie o Brough, ¿no?

—A lo mejor esta ciudad todavía se comunica con él —conjeturó Fox.

—Quizá tengas razón. —Rebus asintió—. O quizá se nos escapa algo. ¿Darryl Christie tenía pinta de estar escondiendo un botín de diez millones de libras?

—No sé qué pinta tiene una persona así.

—Se nos escapa algo —reiteró Rebus. Luego miró a Fox y sonrió—. Pero gracias, Malcolm. Ya estamos más cerca.

El teléfono de Fox anunció que le había llegado un mensaje.

—Alguien se ha percatado de mi ausencia —dijo.

—¿La banda de James?

—La misma.

—¿Cómo va la investigación?

—Parece que estamos tardando más de lo debido. ¿Crees que todo esto es por Maria Turquand?

—Yo diría que es la opción que tiene más números.

—Es una lástima que todavía no hayas podido convencer al comisario James.

—No poseo tus habilidades sociales.

—¿Quieres que siga presionándolo?

—Utilizando cualquier objeto contundente que haya por allí.

—La verdad es que no estoy seguro de que tengas razón. Esta vez no.

—Eso ha dolido, Malcolm. ¿Eres consciente de que tienes delante a un hombre muy enfermo? A lo cual hay que sumarle que hoy es mi cumpleaños...

—Tu cumpleaños fue hace tres meses. Siobhan y yo te sacamos por ahí, ¿lo recuerdas?

—Se me había olvidado —dijo Rebus con incomodidad—. De acuerdo, vete a llevar galletas a tus colegas del EGI. Aquí hay gente que tiene trabajo de verdad.

—¿Por ejemplo?

—Seguramente es mejor que no lo sepas.

—Seguramente es mejor que no vayas por ahí haciéndote pasar por mí. —Fox extendió un brazo hacia él—. Quiero que me devuelvas esas tarjetas de visita.

—Se me han acabado.

—Mentiroso.

—Te lo juro por mi pulmón con manchas.

—Por el amor de Dios, John, no bromees con eso. ¿Has tenido noticias?

La expresión de Rebus se suavizó un poco.

—No —dijo.

—¿Todavía no se lo has contado a nadie?

—Solo a ti.

Fox asintió y abrió la puerta.

—¡Eh! —exclamó Rebus antes de que Fox se bajara del coche—. ¿Me lo has contado todo?

—¿Todo?

—Sobre Christie y Brough.

—No, todo no.

—Buen chico —dijo Rebus con una amplia sonrisa—. Por fin estás aprendiendo.

Malcolm Fox no pudo evitar sonreír.

Siobhan Clarke se odiaba a sí misma por estar esperando la llamada. La noche anterior, durante la cena, Alvin James había mencionado que la quería en el equipo de Grandes Investigaciones. Solo faltaba comunicárselo al personal, incluido el jefe de Clarke. Aquella mañana ya había ideado tres excusas para visitar el cubículo del inspector jefe Page, pensando que tal vez no había encontrado el momento de darle la noticia.

Pero no había habido noticias.

¿Debía recordárselo a Alvin? Podía enviarle un mensaje afable preguntando cómo iba la investigación.

«No estás tan necesitada, chica», se dijo a sí misma, pero le preocupaba estarlo.

La búsqueda de Craw Shand seguía adelante, aunque cada vez con menos entusiasmo. Laura Smith había publicado varias veces la noticia en Internet, pero no dio resultado. Clarke le había enviado un mensaje de texto dándole las gracias. Christine Esson creía que, si alguien le deseaba algún mal a Shand, a esas alturas ya habría aparecido el cuerpo. Clarke no estaba tan segura. Podía ocultarse un cadáver en muchos sitios y había abundantes bosques a una hora en coche de la ciudad. Craw no había utilizado su teléfono móvil ni se había acercado a un cajero automático. Ninguna de las cámaras de seguridad instaladas en el centro de la ciudad lo había grabado. Habían localizado e interrogado a sus amigos, de nuevo sin éxito. Entre tanto, Esson y Ogilvie habían enseñado fotos de Shand a Darryl Christie, que había negado con la cabeza, un gesto que repitió

cuando le pusieron una grabación de su voz. Las fotos tampoco decían nada a los vecinos de Christie y nadie había visto a Craw Shand cerca de su casa.

El teléfono de Clarke estaba encima de la mesa, atormentándola con su empecinado silencio. Esson estaba trabajando delante de su ordenador y Ronnie Ogilvie atendía una llamada mientras usaba la otra mano para atusarse el simulacro de bigote. Clarke cogió unos documentos, pero no era capaz de concentrarse, así que se levantó y se puso el abrigo. Christine Esson la miró extrañada. Ignorándola, Clarke se dirigió a la puerta.

El tráfico hacia el centro de la ciudad era lento y empezó a tamborilear con los dedos al ritmo de la música que sonaba en la radio. Dos canciones y un informativo después, dobló por Cowgate y aparcó en la entrada de mercancías del Devil's Dram. Una furgoneta de reparto estaba descargando comida y bebida, así que rodeó las cajas y entró. Para variar, Darryl Christie se encontraba en el piso de abajo comentando algo con Hodges detrás de la barra, que estaba iluminada. El tema parecían ser las ginebras de sabores.

—Y aquí llega una experta —anunció Christie cuando la vio acercarse.

—¿No se cansa nunca? —añadió Hodges a la vez que entrecerraba los ojos.

Christie lo ignoró.

—Coja un taburete. Puede ser nuestro conejillo de Indias. Por lo visto, la de ruibarbo y jengibre está deliciosa.

—Nunca acepto copas gratis.

—Solo en la hora feliz, ¿eh? —dijo Christie—. Ya hemos descolgado su precioso retrato, por cierto. A Harry le parecía que era demasiado para la clientela. —Hizo una pausa y apoyó las manos en la barra—. Eso de ir a mi casa cuando yo no estaba fue muy descortés.

—Me dijo que había trasladado a su familia a otro lugar. Me interesa saber por qué cambió de opinión.

—¿Esto es por lo de Craw Shand? ¿Sigue pensando que me lo he cargado? —Christie esbozó una tímida sonrisa—. ¿Cuántas veces tendré que repetírselo?

—Si su atacante no está bajo custodia, ¿por qué actúa como si todo se hubiera

solucionado?

—¿Qué le hace pensar que no he tomado precauciones?

—¿Qué precauciones son esas?

Christie chasqueó la lengua.

—Como comprenderá, no se lo voy a contar. Mi madre se puso furiosa. Creía que estaba aprobando el comportamiento de Cal. A su edad yo hacía cosas mucho peores, y al menos envié una carabina. —Christie centró su atención en Hodges, que empezaba a sentirse incómodo—. Para lo que sirvió... La idea es que la carabina esté presente.

—Ya te expliqué que me quedé atrás para atender una llamada, Darryl. No los perdí de vista en ningún momento, te lo juro por Dios.

Christie le dio un apretón en el hombro, pero estaba mirando de nuevo a Clarke.

—Imagino que se habrán relajado un poco, ¿no? Tendrán cosas más importantes que hacer.

—Hasta que aparezca Craw, no. Ha sido acusado de agresión, recuerde. Una agresión contra usted. La fiscalía suele ser pesimista cuando el principal sospechoso desaparece.

—Pues buena suerte con la búsqueda. En cuanto a estas ginebras... —Las luces instaladas debajo de la barra proyectaban sombra sobre el rostro de Christie y exacerbaban la otra mitad, como si llevara una máscara de Halloween—. ¿Está segura de que no puedo tentarla?

—Estoy segura —dijo Clarke, que se dio la vuelta y se fue.

Las entrevistas con los amigos de Cal Christie habían sido estériles y en la sala del EGI cundía el desánimo.

—Quizá haya llegado el momento de tomarse más en serio la teoría de Rebus —sugirió Fox.

—Pues tráigame a un sospechoso —respondió Alvin James, que no se molestó

en disimular su exasperación—. Dígame cuál de esos pensionistas pudo con un culturista y lo lanzó al estuario.

—Estamos hablando de gente con algo de dinero en el bolsillo —añadió Fox con calma—. Bruce Collier, John Turquand, Peter Attwood... Cualquiera de ellos seguramente podría pagar a alguien.

—¿Y a quién iban a pagar, Malcolm? Facilíteme una lista de matones de la ciudad.

Fox levantó las manos.

—Era solo una idea.

—¿Qué idea?

—A lo mejor no hemos investigado esa posibilidad tan a fondo como podríamos. Si uno choca contra un muro, lo mejor es dar marcha atrás y probar otra ruta.

James lo miró disgustado. El resto de los allí presentes volvieron la cabeza y fingieron indiferencia. Glancey estaba frotándose el cogote y Sharpe, estudiando el polvo que acababa de recoger de su mesa con el dedo índice.

—Lo que haremos es volver al principio —dijo James finalmente—. Escena del crimen, autopsia y socios de la víctima. Llenaremos los huecos de su cronología y repasaremos los informes. Y no olviden que ese hombre fue policía casi toda su vida. Nuestro deber es utilizar todos los medios que tengamos a nuestra disposición. ¿Entendido?

Desde detrás de las mesas se oyeron murmullos de aceptación. James se puso de pie y fue al centro de la sala a repartir tareas. Cinco minutos después, Fox estaba repasando las facturas telefónicas de Chatham, tanto del fijo como del móvil, y el detalle de las llamadas que había hecho desde la cabina que utilizó después de hablar con Rebus. Cuando este se fue, tras quedar para desayunar a la mañana siguiente, Chatham utilizó el móvil para llamar a su jefe, Kenny Arnott. Cuando le interrogaron, Arnott aseguró que Chatham quería comentar los horarios de la semana siguiente. No, no parecía preocupado o nervioso. Estaba como siempre. Y no, no era tan raro que un empleado lo llamara a las diez de la

noche. A esas horas es cuando trabajan los porteros, así que Arnott solía seguir sus horarios.

La conversación había durado poco más de tres minutos.

En cuanto terminó, Chatham pidió a un compañero que lo cubriera y fue a la cabina, esta vez para llamar a tres bares diferentes de la ciudad: el Templeton's, el Wrigley y el Pirate. Ninguno de ellos trabajaba con porteros proporcionados por Arnott, pero, como había dicho este cuando le preguntaron, Chatham debía de estar buscando trabajo por libre. Ningún empleado de los tres locales recordaba nada, lo cual no era de extrañar: no eran precisamente los lugares más saludables y todos habían sufrido a manos del Departamento de Sanidad en el pasado, lo cual significaba que no le tenían cariño a la policía local. En cuanto al motivo por el que utilizó una cabina en lugar de su móvil... Bueno, nadie tenía una respuesta clara. El compañero que lo sustituyó momentáneamente no lo sabía. Kenny Arnott tampoco. Anne Briggs había planteado a Fox una hipótesis: se quedó sin batería. Sí, tal vez. Pero ¿quién busca un nuevo trabajo a las diez de la noche, cuando los pubs están a rebosar y ningún encargado puede hablar más de un minuto?

Templeton's: noventa y cinco segundos.

Wrigley: dos minutos y cinco segundos.

Pirate: cuarenta y siete segundos.

Luego volvió a su puesto hasta que terminó su turno a medianoche. No hubo más llamadas ni mensajes aquella noche, nada hasta la mañana siguiente, cuando, después de citarse con Rebus en la cafetería, envió los mensajes a Maxine Dromgoole. Y a partir de entonces... nada de nada.

—¿Cómo va eso, Malcolm?

Alvin James estaba delante de la mesa de Fox con pinta de haberse tomado un *espresso* de más.

—Sin novedades —dijo Fox.

James volvió al centro de la sala.

—¡Tráiganme algo! Se supone que somos buenos en esto. Esa es la única

razón por la que estamos aquí. Si tengo que informar al subcomisario de que hemos descubierto la raíz cuadrada de cero, estaremos acabados. ¡Alguien lo tiró al agua! ¡Alguien tuvo que verlo! ¿El whisky era local? Consulten a tiendas y supermercados. Consigan las imágenes de las cámaras de seguridad de las carreteras en esa parte del estuario. Tuvieron que utilizar algún medio de transporte.

Luego dio una palmada, como si fuera el entrenador de un equipo de fútbol en el descanso de una eliminatoria en la que se jugaban el descenso.

Fox vio a Glancey y Briggs echar los hombros hacia atrás en una muestra de entusiasmo. Wallace Sharpe no parecía tan animado, lo cual era comprensible, pues, como experto en vigilancia, él sería el encargado de visionar varias horas de imágenes. Mark Oldfield se encontraba junto a la tetera eléctrica esperando a que hirviera. James lo vio y negó con la cabeza.

—No, no, no, Mark. La pausa para el té la hará cuando yo diga y no antes. Ya va siendo hora de que se enteren todos. Vuelva a su mesa, muchacho. Denme nombres, denme ideas, denme algo de utilidad.

Fox tenía la cronología en pantalla. Chatham había salido de casa sin decir nada a su compañera y había avisado a Dromgoole de que no la vería ese día. Entonces ¿qué hizo? Dejó su coche en el lugar de siempre. Liz Dolan le había dicho a la policía que a menudo cogía el autobús, pero no había indicios de que lo hubiera hecho aquella tarde. Si lo hubieran secuestrado en la calle, sin duda habría un par de testigos. O quizá había ido voluntariamente a algún sitio en uno de los miles y miles de coches que captan las cámaras de seguridad repartidas por toda la ciudad.

Mierda, lo de la aguja en el pajar se quedaba corto. No era de extrañar que Wallace Sharpe pareciera tan abatido.

Fox cogió el teléfono, que había empezado a vibrar. Era Rebus.

—Espera un segundo —le dijo.

Luego se levantó y salió al pasillo. Alvin James lo miró esperanzado, pero Fox negó con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por ti, John? —preguntó apoyado en una pared de color aceituna.

—Un favorcito de nada.

—No pienso darte más tarjetas de visita.

—Las tarjetas de visita ya no sirven. Ese cabrón sabe que no soy policía.

—¿Por eso me necesitas?

—En resumidas cuentas, sí.

—¿Quién es y qué queremos de él?

—Me gusta eso de «queremos», Malcolm. Y, para responder a tu pregunta, es una leyenda. Creo que te encantará conocerlo.

Fox consultó el reloj.

—¿Cuándo y dónde?

—Me iría bien ahora mismo.

—Menuda sorpresa.

—A menos que esté interrumpiendo algo urgente...

Fox suspiró.

—La verdad es que no. De acuerdo, dame la dirección.

—Estoy esperando fuera.

—Cómo no —dijo Fox antes de colgar.

No se molestó en volver a dar explicaciones o coger su abrigo. Rebus había aparcado en doble fila delante de la comisaría. Fox subió al coche y Rebus pisó el acelerador.

—¿Adónde vamos?

—A Rutland Square.

—¿Bruce Collier?

—Lo justo es que te lo presente —dijo Rebus—. A fin de cuentas, has conocido a la mayoría de los protagonistas.

—Le he planteado a Alvin James la posibilidad de que alguno de ellos pagara para que acabaran con Rab Chatham.

—¿Y qué ha dicho?

—Parece que no le ha gustado.

—Ese hombre no tiene visión.

—¿Y tú tienes una visión perfecta?

—Con el paso del tiempo, a veces —dijo Rebus con una sonrisa.

—James nos ha hecho desandar el camino y empezar desde el principio.

—La señal de que una investigación no va a ninguna parte.

—Exacto. Bueno, ¿qué nos dirá Collier?

—Espera y verás. —Rebus miró a Fox, que bajó la ventanilla y respiró hondo

—. Llevas demasiado tiempo detrás de una mesa, Malcolm. La gente se estanca.

—Finalmente hemos localizado las llamadas que hizo desde la cabina. Tres pubs. Su jefe cree que estaba buscando trabajo, pero ¿a esa hora de la noche? No me convence. Y las llamadas fueron breves. Ninguna duró más de tres minutos.

—¿Y qué te dice eso exactamente?

—Que utilizó la cabina porque no quería que nadie se enterara.

Rebus asintió lentamente.

—Tiene sentido.

—Y fue justo después de hablar contigo sobre el caso Turquand.

—Correcto.

—Te dijo que después del trabajo iría directo a casa, ¿verdad?

—Me dijo que nuestra conversación tendría que esperar hasta la mañana siguiente.

—Pero, según su pareja, hay un lapso de casi dos horas desde que acabó su turno hasta que oyó la puerta principal cerrándose.

—¿A qué pubs llamó?

—Al Templeton's, al Wrigley y al Pirate.

—Bueno, a todos les iría bien tener portero.

—Estaba seguro de que los conocerías.

—El Templeton's está en Gilmerton Road; el Wrigley, en Northfield, y el Pirate, muy cerca de Cowgate.

—¿Puedes contarme algo de ellos?

—Probablemente sean buenos lugares para hacer las compras navideñas. Pásale a alguno de los habituales una lista de lo que quieres y volverá al cabo de una hora con un precio muy razonable.

—¿Después de entrar en casa de alguien?

—No quedan muchos sitios como esos en la ciudad. —Rebus estaba pensativo—. Total, que habla con su jefe y luego empieza a hacer llamadas.

—No es la clase de lugar que frecuenten tipos como Turquand, Attwood y Collier.

—Cierto. Y creo que en ninguno hay música en directo, así que probablemente podemos descartar a Dougie Vaughan. —Rebus guardó silencio unos momentos—. Pero Cafferty estuvo allí ese día.

—¿Dónde? ¿En el hotel?

Rebus asintió.

—Y ese tipo de bar podría gustarle. Antes era propietario de varios de un calibre similar. Piénsalo: Darryl Christie también tuvo unos cuantos bares antes de pasar a cosas más grandes...

El teléfono empezó a vibrar y Fox miró la pantalla. Hablando del rey de Roma: era un mensaje de Christie. «El reloj sigue corriendo, no lo olvides». Fox respondió con tres palabras —«Estoy en ello»— y apagó el móvil.

Rebus dobló por Princes Street, ignoró la señal de dirección prohibida y circuló por donde solo podían hacerlo autobuses, tranvías y taxis.

—Es un tostón tener que ir por George Street —se justificó.

—¿Cuántas multas te ponen al mes?

—Es un caso policial. Tendrás que respaldarme en eso.

Giraron a la izquierda por Lothian Road, luego a la derecha, pasaron por delante del Waldorf Caledonian y finalmente se detuvieron frente a la casa de Collier.

—Ese de ahí es su Porsche —comentó Rebus señalando la hilera de coches estacionados en la calle.

—Qué bonito —dijo Fox.

Rebus cogió una bolsa de plástico roja del asiento trasero, se bajó del coche y llamó al timbre.

Abrió la puerta Bruce Collier, que entrecerró los ojos para protegerse de la luz del sol. No se había afeitado y parecía que hubiera dormido con la camiseta negra y el pantalón de chándal gris que llevaba puestos.

—Usted otra vez no —le espetó.

—Enséñele la placa, inspector Fox —dijo Rebus.

Fox así lo hizo, pero Collier lo ignoró por completo.

—Tiene que haber una ley que prohíba esto —protestó.

—¿Una ley contra la ley? —Rebus fingió meditar—. Es una idea interesante. ¿Le importa que entremos? Podemos hablar en el pasillo. No nos quedaremos.

—Pues que sea rápido.

Collier los dejó entrar, cerró la puerta y se pasó una mano por el pelo. Rebus olisqueó la casa con gran afectación.

—Qué agradable aroma. Es droga, ¿no?

Collier se cruzó de brazos y esperó.

—¡Bruce!

Era una voz de mujer proveniente del piso de arriba.

—Voy en dos minutos —dijo Collier.

—Pensaba que su mujer estaba en India, señor Collier.

—Vaya al grano —replicó.

—Antes había una especie de fuerza policial religiosa en Edimburgo, ¿lo sabía? Corrían tiempos más estrictos. Los llamaban la Policía Nocturna. Debían velar por la moralidad cuando se apagaban las luces en toda la ciudad.

—Fascinante.

Rebus se lo quedó mirando.

—La noche que Maria Turquand fue asesinada, alguien hizo una entrega en su habitación, probablemente algo parecido a lo que estoy oliendo ahora mismo, además de un poco de cocaína y quién sabe qué otras cosas.

—¿Ah, sí?

—El hombre que se lo llevó era Morris Gerald Cafferty. Acabó convirtiéndose en un pez gordo, el más importante de la zona con diferencia. ¿Le recuerda?

—No.

—¿No le suena de nada ese nombre? Lo incluyó usted en la lista de invitados para el concierto de aquella noche.

—¡No sé adónde quiere llegar o por qué habla usted todo el rato cuando ni siquiera es un maldito policía!

—Ahora mismo, el señor Rebus está trabajando para la Policía de Escocia —terció Fox sin alterarse—. Le aconsejo que responda a las preguntas que le formule.

Collier hinchó las mejillas y exhaló. Parecía agotado, aferrándose a un estilo de vida del que debería haberse despedido hacía más de una década.

—En fin —prosiguió Rebus—, esta es la cuestión: no llevaba usted dinero suficiente para pagar a Cafferty y su *road manager* había desaparecido, así que rebuscó en los bolsillos de Dougie Vaughan cuando estaba inconsciente.

—¿Y qué?

—Quería saber si vio la llave de la habitación de Vince Brady. El señor Vaughan dice que la perdió.

—Si está preguntándome si la cogí, no, no lo hice.

—¿Es posible que se la llevara Cafferty?

—No se acercó a la cama en ningún momento.

—Entonces ¿lo recuerda?

—Puede.

—¿Es posible que la llave estuviera entre los billetes que le entregó?

—¿Está intentando tender una trampa a ese tal Cafferty? ¿De eso se trata? La llave se extravió, fin de la historia. Y ahora, si no les importa...

Ya había abierto la puerta y estaba invitándolos a salir.

—He pensado que esto le gustaría —dijo Rebus, que levantó la bolsa, en la cual se leía «Lo encontré en Bruce's» impreso en letras negras.

—Recuerdo ese lugar —dijo Collier—. Firmé discos allí varias veces. Estaba

en Rose Street, ¿verdad?

Rebus abrió la bolsa y de ella sacó el primer disco de Blacksmith. Collier se lo quedó mirando.

—¿En serio cree que voy a firmarle un autógrafo?

Rebus negó con la cabeza.

—Solo quería que supiera que soy un fan de verdad desde los albores de los tiempos. —Fingió estudiar la funda del elepé. Los bordes estaban raídos y había una quemadura de cigarrillo en una esquina—. Ha visto épocas mejores. Un poco como usted, señor Collier...

Fox siguió a Rebus al exterior y la puerta se cerró con un fuerte golpe.

—Buen comentario —dijo con admiración.

—Sería aún mejor si nadie pudiera decir lo mismo sobre mí.

Rebus contuvo la tos y se metió un chicle en la boca.

—¿Y ahora qué? ¿Volvemos a Leith?

—Si quieres...

—¿Cuál es la alternativa?

—No he dejado de darle vueltas a esas llamadas que hizo Chatham...

—¿Y?

—Y estoy por ir a hablar con Kenny Arnott.

—¿Accederá a hacerlo si no llevas placa?

—No lo sé.

Fox fingió que estaba pensándoselo.

—Entonces quizá sea mejor que te acompañe.

—Bueno, si insistes...

Cuando se metieron en el Saab, Rebus lanzó la bolsa de plástico al asiento trasero.

—¿Son buenos? —preguntó Fox.

—Una mierda —respondió Rebus antes de arrancar el coche.

—¿Sabemos si ese tal Arnott tiene vínculos con Cafferty o Christie? —preguntó Rebus mientras conducía.

—Rab Chatham trabajó algunas noches en el Devil's Dram —contestó Fox—. ¿Cómo es que Christie no utiliza su propia seguridad? ¿No sería más lógico?

Rebus pensó en ello.

—Darryl es un gánster de nueva generación. Compra lo que necesita el tiempo que lo necesita. Un ejército de gorilas a tiempo completo no sale barato. A lo cual hay que sumarle que nunca sabes si uno averiguará demasiado sobre ti y te venderá a la competencia.

—¿U organizará un golpe contra ti?

—Eso también —respondió Rebus—. En su día, Cafferty estaba rodeado de esbirros. Uno de ellos, llamado Weasel, resultó un gran lastre. En el oeste, la gente como Joe Stark quiere que la vean rodeada de músculo. Les recuerda lo grandes e importantes que son. Nuestro Darryl no es así. Creo que él se considera simplemente un empresario que ofrece servicios que la gente necesita.

—Drogas, juego, préstamos de riesgo...

—Y otras cosas.

Rebus detuvo el Saab delante de un desvencijado edificio situado cerca de Pilrig Park.

—Es un club de boxeo —comentó Fox.

—¿Has traído los guantes? —preguntó Rebus mientras se quitaba el cinturón de seguridad y se bajaba del coche.

La puerta de Kenny's Gym estaba abierta y entraron en una concurrida sala

abarrota de sudor masculino. Dos pesos pesados estaban enfrentándose en el ring. Ambos llevaban los brazos, el pecho y la espalda cubiertos de tatuajes. Varios usuarios estaban dando buen uso a los sacos y un joven enjuto y sudoroso saltaba a la comba delante de un espejo de cuerpo entero. Al fondo había pesas y un par de máquinas de remo. Tres hombres que estaban observando lo que acontecía en el ring parecían mantener una conversación que constaba mayoritariamente de blasfemias.

—Estoy seguro de que vuestras madres se sentirían orgullosas —les dijo Rebus. Se había metido las manos en los bolsillos y tenía las piernas abiertas.

—¿No oléis como a beicon grasiento? —preguntó socarronamente uno de los tres.

—Buen olfato —contestó Rebus—. Lo cual tiene mérito con esa nariz. ¿Cómo quedó el otro después?

El hombre avanzó unos pasos, pero alguien le puso una mano en el hombro. Fue su compañero quien se acercó a Rebus. Tenía el pelo castaño y rizado, una cara redonda y pecosa y una mirada hostil.

—Al otro parecía que aquí, el amigo Tam, no le hubiera puesto una mano encima. Ganó varios combates más y se llevó algo de dinero.

—¿Con usted como mánager? —aventuró Rebus.

El hombre se encogió de hombros y le tendió la mano.

—Kenny Arnott.

Rebus se la estrechó.

—Me llamo Rebus. Este es el inspector Fox. ¿Podemos hablar un momento?

—Ya me han preguntado por Rab —dijo Arnott.

—Estamos haciendo un seguimiento. ¿Podemos ir a un sitio más tranquilo?

—A mi despacho —dijo Arnott, que se dirigió a la puerta y salió a la calle. Luego encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia arriba.

—¿Este es su despacho? —preguntó Fox.

Arnott asintió y esperó, mirándolos con unos ojos centelleantes.

—¿Todavía está en el negocio?

Arnott miró a Rebus.

—Depende de a qué negocio se refiera.

—El de representante de boxeadores.

—Cuido de un luchador de jaula. Probablemente acaban de verlo.

—¿Delgado, puro músculo? ¿Es el que estaba saltando a la cuerda?

—Ese mismo. Donny Applecross.

—¿Es bueno?

—Está en ello. —Arnott alzó el cigarrillo—. Cuando termine con esto, entraré.

—Queríamos preguntarle por la llamada que le hizo el señor Chatham la noche antes de morir —dijo Rebus—. Estaba trabajando en un bar de Lothian Road. Hablé con él antes de las diez, y, en cuanto me fui, le llamó a usted.

—Ya lo he explicado —se quejó Arnott ofendido—. Hablamos de trabajo. Turnos para la semana siguiente.

—¿No mencionó mi nombre?

—Recuérdemelo.

—John Rebus. Acababa de preguntar al señor Chatham por el asesinato de Maria Turquand.

—No me suena de nada, colega.

—Pero ¿conoce el caso? —Arnott negó con la cabeza—. Cuando contrató a Rab Chatham, ¿sabía que había estado en el DIC?

—Claro.

—¿Nunca hablaba de los casos en los que había trabajado?

—No.

—Me cuesta creerlo.

—Puede que contara historias a los otros porteros. Tendría que preguntarles a ellos. La única vez que estuve con él fue en la primera entrevista. A partir de entonces, nos comunicamos sobre todo mediante llamadas y mensajes.

—¿Qué tal era como portero? —preguntó Fox.

—Diligente.

—¿Qué significa eso?

—Siempre se presentaba al trabajo y se quedaba más tiempo si era necesario.

—Arnott volvió a levantar el pitillo—. Dos caladas más y hemos terminado.

Rebus golpeó el cigarrillo con el dorso de la mano y cayó al suelo. Los ojos de Arnott habían perdido su brillo y adoptó un semblante serio.

—Esto es una investigación por asesinato —le dijo Rebus—. No lo medimos en cigarrillos.

Arnott meditó sus palabras y asintió lentamente.

—Era uno de los suyos, lo entiendo. No olviden que también era uno de los míos, y si supiera algo que pudiera serles de utilidad... —dijo encogiéndose de hombros.

—Habló con usted —añadió Rebus más tranquilamente—, y luego fue directo a una cabina y llamó a tres pubs: el Templeton's, el Wrigley y el Pirate. ¿Por qué, señor Arnott?

—Ya se lo expliqué a los otros policías. A lo mejor estaba buscando trabajo extra.

—¿Esos pubs no tienen seguridad?

—Que yo sepa, sí. Cortesía de mi competidor.

—¿Se refiere a Andrew Goodman? Entonces ¿su teoría es que Rab Chatham quería trabajar para Goodman? ¿Le parece verosímil? ¿Y no tendría que hablar con Goodman en lugar de llamar directamente a los pubs? Entenderá que todo esto nos parezca poco plausible.

—Entonces, a lo mejor quería ver a alguien cuando terminara su turno.

En cuyo caso, pensó Rebus, debió de encontrar a quien buscaba en el Pirate, su última llamada. No era la clase de bar que frecuentarían Chatham o sus amigos. La clientela más habitual estaba compuesta por escoria y muertos de hambre. La plebe...

—Mierda —farfulló Rebus.

—¿Qué pasa? —preguntó Fox, pero Rebus ya iba camino del Saab.

—Si me necesitan, aquí estaré. —dijo Kenny Arnott mientras se alejaban—.

Un placer tenerles por aquí...

—¿Qué pasa? —repitió Fox al sentarse en el coche.

—¿Sabes quién podría ir a un agujero como el Pirate?

—¿Quién?

—Craw Shand.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa que tengo que pensar un poco, lo cual requiere que tú te calles. Lo siento.

—¿Que yo me calle?

Rebus pulsó un botón y, desde los altavoces, las notas inundaron el coche mientras pisaba el acelerador. Si Fox hubiera sido aficionado a la música, tal vez habría reconocido la guitarra.

Rory Gallagher, «Kickback City».

Desde una esquina, Cafferty los vio alejarse y siguió observando cuando Kenny Arnott abrió la puerta del gimnasio. El lugar parecía abarrotado, pero no importaba. Arnott seguiría allí a la hora del cierre. Puede que incluso estuviera solo...

—¿Alguien tiene una foto de Glushenko, Nazarchuck o como se llame? —preguntó Siobhan Clarke.

Estaba sentada con Rebus y Fox a una mesa esquinera en la sala trasera del Oxford. El piso de abajo estaba lleno de clientes que habían ido después de trabajar, pero el resto del pub seguía tranquilo. Rebus tomó media IPA. Acababa de enviar un mensaje a Deborah Quant para proponerle una cena, pero ella respondió al momento diciéndole que tenía que asistir a un acto oficial y preguntándole qué tal su obstrucción pulmonar.

«Sobre ruedas», contestó Rebus.

Su demonio personal volvía a estar fuera, golpeteando el cristal y sosteniendo en la mano un paquete de tabaco. Rebus apartó la cortina el tiempo suficiente para hacerle una peineta a modo de respuesta.

—Que yo sepa, no —dijo Fox a Clarke—. Hay unas cuantas fotografías de pasaporte, pero con diferentes peinados, y en algunas lleva gafas y en otras no.

—No lo entiendo —respondió ella—. Si ese matón va a por Darryl, ¿por qué él no está preocupado?

—A lo mejor cree lo tenemos vigilado —comentó Rebus—. Es más barato que contratar guardaespaldas.

—Y otra cosa: ¿no deberíamos hacer circular el nombre de Anthony Brough? Se ha escapado con dinero de la mafia. ¿Cuánto crees que durará?

—Alan McFarlane, en Londres, está comprobando si ha utilizado su pasaporte —dijo Fox—. Ahora mismo podría estar en una playa del Caribe.

—En algún lugar sin tratado de extradición —apostilló Rebus, que volvió a levantar su vaso. Un rato antes había sufrido un ataque de tos, pero se retiró al cuarto de baño con su inhalador. Tenía la camisa empapada y pegada a la espalda, pero, por lo demás, se encontraba bien, tanto que empezaba a pensar que una segunda IPA no le haría daño.

—Así que huye con todo ese dinero y deja a Darryl en la estacada —dijo Clarke, que vio a Fox asentir—. Y viene hacia aquí un malvado ucraniano que busca venganza... Cafferty estaría relamiéndose si lo supiera.

—Lo sabe —precisó Rebus—. Al menos en parte. Pero cree que el ucraniano es ruso.

—¿Cómo lo sabes?

—Buena pregunta —dijo Rebus—. Quizá deberíamos hablar con él.

—¿Crees que está implicado de alguna manera? —preguntó Fox con los codos apoyados en la mesa.

—Siempre cabe esa posibilidad.

—¿Pagó a alguien para que atacara a Darryl?

Rebus pensó en ello.

—¿Tenemos fotos de Craw Shand y Rab Chatham?

—En el EGI —dijo Fox.

—Pues deberíamos ir. —Rebus consultó la hora—. Supongo que ya habrán terminado su turno. Igualmente, será mejor que Siobhan y yo esperemos fuera.

—Y cuando coja las fotos, ¿qué?

Rebus se lo quedó mirando.

—Iremos a presentar nuestros respetos a un antro de perdición, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Fox, que observó a Rebus y Clarke mientras apuraban sus copas.

El Pirate se llamaba así porque lo había adquirido un hombre llamado Johnny Kydd en los años sesenta. Al menos, esa era una de las versiones. Rebus expuso otras a sus pasajeros camino de Cowgate.

—¿Has estado alguna vez en el Devil's Dram? —preguntó Clarke.

—¿Música machacona y besuqueos en masa? No es mi rollo para nada. —Se quedó mirando a Clarke—. Pero sé que Deb estuvo allí no hace mucho, y la resaca del día siguiente así lo demostraba.

—Parece un local salido de *Uno de los nuestros*. En el piso de arriba, Darryl tiene una mesa propia desde la que lo controla todo.

—Puede que no por mucho tiempo —terció Fox—. La Agencia Tributaria cree que pierde más que gana. Y lo mismo con el hotel.

—Podrías haber dicho algo —protestó Clarke.

—Lo he descubierto esta mañana.

—Aun así...

—Estoy diciéndotelo ahora.

—Cuando fui a su hotel estaban haciendo reformas. Eso tiene que costar unas cuantas libras.

—Los constructores deberían haber pedido dinero por adelantado —comentó Fox.

—Entonces ¿qué está pasando? —preguntó Rebus—. Tiene que estar ganando dinero en algún sitio.

—En sus casas de apuestas y el negocio de Internet —contestó Fox—. Pero lo utiliza para sufragar todo lo demás.

—¿No controla casi toda la droga de la ciudad? —preguntó Clarke.

—Eso no es competencia de la Agencia Tributaria.

—Hace poco leí en la prensa que la Policía Fronteriza de Escocia se ha anotado varios triunfos —añadió Rebus—. Ha interceptado unos cuantos envíos antes de que llegaran a su destino.

—¿Lo cual significa que el suministro podría haberse limitado?

Rebus asintió.

—Si no hay suministro, no hay dinero.

—Eso explicaría por qué quiere meterse en la cama con Anthony Brough. Diez millones a repartir entre dos...

—Desde luego, sacaría a Darryl del apuro.

—Todavía no los tiene, ¿no? —dijo Clarke.

—De ser así, ¿por qué no devolvérselo a Glushenko? —preguntó Fox.

—Eso es que Brough ha huido con todo.

—Alguien sabe algo —dijo Rebus en voz baja—. La ayudante, la hermana, la cuidadora...

—Hay otra alternativa, claro —intervino Clarke—. Puede que Glushenko fuera Brough.

Se hizo el silencio en el coche mientras pensaban en esa posibilidad. Entonces Fox se aclaró la garganta.

—¿Recuerdas al amigo que se ahogó en la piscina de sir Magnus? —dijo mirando a Clarke—. Hablé con un periodista de Gran Caimán que no descartaba que hubiera algo turbio detrás.

—¿Tus secretos no tienen fin? —repuso Clarke.

—No es exactamente relevante para Darryl Christie o Craw Shand, ¿no?

Clarke hizo sobresalir el labio inferior.

—Y yo que pensaba que éramos amigos.

—Recordad, niños —dijo Rebus desde el asiento del conductor—: nada de pataletas.

—Eso es fácil de decir para un jubilado.

Clarke y Fox sonrieron y Rebus también hizo sobresalir el labio inferior.

El Pirate se encontraba al principio de Blair Street, justo antes del cruce de Cowgate. Rebus aparcó en zona prohibida y se dirigieron al bar. Para acceder a él había que bajar unas escaleras y el interior olía al mismo moho que debía de poblar sus muros siglos atrás. El techo de la sala principal era abovedado y, al igual que las paredes, estaba construido con mampostería a la vista. La mayoría de los bares de la zona se habían aburguesado, pero el Pirate no. Los grabados enmarcados —navíos del mundo— estaban torcidos y mohosos. Había tanta bebida derramada por el suelo que siempre estaba pegajoso. El taciturno y silencioso camarero atendía a sus dos únicos clientes y los recién llegados no hicieron sino empeorar su humor.

—¿Quieren algo? —les espetó.

—Una botella del mejor champán, por favor —dijo Rebus.

—Si quieren burbujas, tenemos sidra y cerveza.

—Ambos son buenos sustitutos. —Rebus sostuvo en alto las dos fotos—. ¿Le importaría echarles un vistazo?

—¿Por qué?

—Porque estoy pidiéndoselo amablemente. De momento.

El camarero lo miró con desprecio, pero finalmente decidió estudiar las fotos.

—No los conozco.

—¡Qué sorpresa!

—¿Van a pedir una copa o me dejan en paz?

—Vaya, no sabía que esto era un concurso de preguntas y respuestas. —Rebus giró las fotos hacia los dos parroquianos, que estaban tomando una pinta—. Ayúdenme con esto —dijo, pero ambos negaron con la cabeza—. Es Craw Shand —insistió—. A veces viene por aquí cuando no está en el Templeton's o

el Wrigley. Los sitios como este le hacen sentir como en casa. —Centró de nuevo su atención en el camarero—. Su casa es un cuchitril, por cierto.

—Quiero se larguen de aquí.

—A lo mejor debería llamar a la policía.

—Ahora que lo pienso, ¿dónde está su placa?

Fox se metió la mano en el bolsillo, pero Rebus le impidió que la sacara.

—No le seguimos el rollo a capullos como este —dijo. Luego, a los dos clientes—: Ya verán qué puntuación le damos a este lugar en TripAdvisor. Gracias por su ayuda, caballeros...

Rebus indicó a Fox y Clarke que salieran y les abrió la puerta.

—El célebre encanto de John Rebus —comentó Clarke—. Nunca falla.

—Pues esperad —dijo Rebus, que se metió las manos en los bolsillos y se quedó quieto.

—¿Qué estamos esperando?

—A que el instinto me dé la razón.

Diez segundos después, volvió a abrirse la puerta y salió uno de los clientes. Rebus asintió y el hombre cogió un cigarrillo y le pidió fuego. Rebus sacó una caja de cerillas del bolsillo.

—Quédeselas —dijo.

—Muy amable.

Rebus se volvió hacia Fox.

—¿Tiene veinte libras?

Fox frunció el ceño y se metió la mano en bolsillo derecho del pantalón. Rebus cogió el billete y se lo entregó al hombre, que sonrió mostrando unos dientes amarillentos. Con el cigarrillo encendido, empezó a dar caladas como un loco.

—Crow no aparece desde hace días —dijo mientras exhalaba—. Y el cabrón me debe dinero.

—¿Y eso? —preguntó Rebus.

—Sonó el teléfono y Alfie estaba ocupado cambiando barriles, así que lo cogí

yo. El que llamaba preguntó por Craw. —Miró hacia la puerta para cerciorarse de que estaba bien cerrada—. Dijo que más le valía seguir aquí a medianoche.

—¿Y le pasó el mensaje?

El fumador asintió.

—Craw me dijo que me invitaría a una copa en cuanto tuviera algo de dinero.

—Imagino que no esperó.

—¡Oh, no! A medianoche me convierto en calabaza.

—¿Sabe cómo se llamaba el que llamó?

—No recuerdo que me dijera su nombre.

Después de guardarse las cerillas, el hombre sacó un paquete de tabaco y le ofreció a Rebus.

—No —dijo este.

—¿No fuma?

—Estoy intentando dejarlo. Quitarme de encima esas cerillas ha sido de gran ayuda —dijo y le dio una palmada en el hombro.

El desconocido seguía ofreciendo tabaco, pero Clarke y Fox negaron con la cabeza y echaron a andar detrás de Rebus.

De nuevo en el Saab, Rebus estudió meditativo ambas fotografías.

—Bien —dijo Fox—. Tu corazonada era acertada y Rab Chatham se reunió con Craw Shand.

—Entonces ¿Chatham atacó a Christie? —añadió Clarke—. ¿Y Christie se vengó ordenando su muerte?

—No cuadra, ¿verdad? —admitió Rebus.

—Alguien debió organizarlo y pagó a Chatham para que lo hiciera —dedujo Fox—. Cuando hablaste con él aquella noche se asustó. Quería tener un chivo expiatorio y conocía la reputación de Craw.

—Pero Chatham no habría bastado para satisfacer a Darryl —apostilló Clarke—. Seguro que quería saber quién estaba detrás realmente. ¿Murió Chatham antes de poder hablar?

—No había signos de tortura —dijo Fox—. Solo el whisky y luego se ahogó.

—Creía que tenía algo que ver con el caso Turquand —añadió Rebus—. He seguido el rastro equivocado en todo momento. Menudo olfato de poli.

—¿Vamos a ver a Arnott otra vez? —preguntó Fox—. Tiene que estar implicado. Chatham habló con él solo unos minutos antes de ir a la cabina telefónica.

—Por la mañana tal vez —dijo Rebus—. Creo que ahora mismo necesitamos descansar un poco. Bueno, al menos yo. No soy como vosotros, jovencitos.

—Me vendría bien comer algo —propuso Fox.

—Me parece bien —añadió Clarke.

—Te tocará pagar a ti, Siobhan —dijo Rebus—. Malcolm ya ha perdido veinte libras.

—Sí, muchas gracias —murmuró Fox.

—Es lo justo —le dijo Rebus—. Elegid restaurante y os llevo. Sale más barato que un taxi.

—¿No vienes con nosotros?

—Estoy intentando perder peso, ¿recuerdas?

Rebus se dio una palmada en la barriga.

—Ahora sí que empiezo a preocuparme —reconoció Clarke, que inmediatamente se volvió hacia Fox para ver si estaba de acuerdo con ella, pero este estaba mirando por la ventana para evitar todo contacto visual.

—John —susurró Clarke—, ¿qué pasa?

—Hoy no, Siobhan —respondió Rebus, que bajó el tono de voz para igualarlo con el de ella—. Hoy no.

Kenny Arnott empezó a apagar las luces. Donny Applecross había sido el último en irse. A Arnott le gustaba. El chaval tenía actitud. Actitud, concentración y vigor. Si no se lesionaba, podría combatir en jaula unos años. No era tan astuto como otros y tenía que ganar un poco de peso, pero eso era algo que podían trabajar.

Afuera había oscurecido ya. Esa era la hora favorita de Arnott, el momento en que pasaba de ser propietario de un gimnasio a convertirse en jefe de seguridad. Esa noche tenía a catorce personas trabajando para él. Habrían sido quince si Rab no hubiera cometido una estupidez. Aun así, era mejor no quedarse anclado en el pasado. Eso había dicho siempre la madre de Arnott cuando llegaban malas noticias; daba igual que fuese cerca de casa o en el otro extremo del mundo. Era mejor no quedarse anclado. Su intención era coger el coche y hablar con algunos de sus hombres para recordarles que él velaría por su bienestar. Sin embargo, su novia estaba esperándolo en el piso, que era nuevo, al igual que Anna. Ya le había comprado demasiada ropa y perfume. ¿Qué coño iba a hacer si no? Se lo merecía y ella siempre se mostraba agradecida. Con los amigos de Anna no lo tenía tan claro. Se pasaban el día chillando y hablaban de cosas que no entendía: cantantes, actores, programas de televisión y famosos. Pero lo cierto es que casi le doblaba la edad. Era normal que a ratos no estuviera en la onda. Y no podía decir que no a uno o dos de los mejores amigos de Anna.

Cuando solo quedaban los fluorescentes del techo encendidos, se dispuso a activar la alarma. No había gran cosa que robar, pero la compañía de seguros había insistido. En ese momento, alguien llamó a la puerta. ¿Donny o algún otro había olvidado algo? Pero ellos no llamarían. ¿Esos policías otra vez? Solo había una manera de averiguarlo...

La figura ocupaba todo el umbral, su silueta estaba recortada contra el tono sodio de las luces de la calle. El brazo cayó y Arnott retrocedió tras el impacto del martillo contra el cráneo. Se le nubló la vista y le flaquearon las rodillas. Cuando trataba de incorporarse, el martillo volvió a golpearle. El hombre llevaba guantes y un abrigo negro de tres cuartos. Tenía la cabeza ahuevada y estaba mostrándole los dientes. Arnott levantó las manos en un gesto de rendición. El atacante había cerrado la puerta de una patada. Notó la sangre cayéndole por la frente y parpadeó para quitársela de los ojos.

—¿Sabes quién soy? —dijo el gigante, cuya voz parecía tierra llenando una fosa.

—Sí.

—Pues di mi nombre.

—Eres Big Ger Cafferty.

—Y esto ¿qué es?

Cafferty buscó en el bolsillo del abrigo y empezó a esparcir el contenido por el suelo.

—Clavos —gimió Arnott.

—Clavos de quince centímetros, para ser más exactos.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me expliques por qué uno de tus empleados ha susurrado palabras dulces al oído de un amigo mío.

—¿De qué estás hablando?

Cafferty lo miró decepcionado y se situó delante de Arnott. Este no era capaz de mirarlo a la cara, así que empezó a limpiarse la sangre con la manga de la chaqueta.

—Si quieres que lo hagamos por las malas, ningún problema. Sea como sea, acabarás con los intestinos fuera.

—Yo no sé nada, lo juro por Dios.

—No imaginaba que fueses religioso, Kenny. —Cafferty había comenzado a quitarse el abrigo—. Pero, si realmente lo eres, voy a darte un pequeño consejo: ha llegado el momento de empezar a rezar...

OCTAVO DÍA

Como Brillo lo había despertado para salir de paseo y ya clareaba, Rebus decidió ir a Kenny's Gym a falta de otra ocupación. No conocía los horarios, pero al llegar vio dos ambulancias aparcadas delante y la puerta del club de boxeo abierta de par en par. Maldiciendo entre dientes, aparcó tras una ambulancia y bajó del coche.

Dentro del gimnasio había dos paramédicos vestidos de verde arrodillados a ambos lados de una figura que yacía boca abajo y un tercero situado junto a un joven que parecía inquieto. Rebus intentó recordar su nombre: era Donny Applecross, el luchador de jaula y protegido de Arnott. Al acercarse vio que la persona tumbada en el suelo era el propio Kenny Arnott. Tenía la cabeza parcialmente cubierta por un protector de poliestireno y los brazos separados. Las palmas miraban hacia arriba y entre los dedos y debajo de las manos había sangre.

—¿Eso es lo que yo creo que es? —preguntó Rebus.

La paramédica que se hallaba más cerca volvió la cabeza.

—Perdone, ¿quién es usted?

—Trabajo para la Policía de Escocia. Ayer estuvimos aquí interrogando al señor Arnott.

Le habían administrado una inyección de analgésicos. Tenía los ojos vidriosos y entre sus labios agrietados se escapaban imperceptibles gemidos.

—Bueno —continuó Rebus—, ¿están esperando asesoramiento médico o al carpintero de la zona?

Los clavos sobrantes estaban esparcidos por el suelo. Rebus se agachó, cogió

uno y se lo mostró a Applecross.

—¿Qué ha pasado aquí, muchacho?

—Como les estaba diciendo, Kenny me dio una llave. Muchos días me entreno temprano. Estaba... —Miró la figura de Arnott—. Estaba ahí tumbado cuando llegué.

—¿La puerta estaba cerrada?

Applecross negó con la cabeza.

—Sí, pero no con llave.

Rebus se volvió hacia la paramédica.

—¿Se recuperará?

—Le han golpeado en la cabeza. Se ven las marcas en las sienes.

—Con un martillo, ¿verdad? —aventuró Rebus.

—Es posible —admitió ella—. Y, para responder a su otra pregunta, estamos esperando que nos indiquen cuál es la mejor manera de moverlo.

—¿Alguien ha llamado a la policía?

La paramédica se lo quedó mirando.

—¿No ha venido usted precisamente por eso?

Rebus sacó el teléfono y envió un mensaje a Siobhan Clarke.

—Todo está en marcha —le dijo a la paramédica. Después, a Applecross—:
¿A qué hora cierra normalmente?

—Ocho y media o nueve. Yo me fui sobre las ocho.

—¿Fuiste el último en salir?

El joven asintió y tensó los puños.

—Si hubiera estado aquí la historia habría sido distinta.

—No podías saberlo —Rebus hizo una pausa—. A menos que quieras contarme algo, claro.

—¿Como qué?

—Para empezar, quién podría querer hacerle algo así a un hombre bueno y honrado como Kenny.

Arnott estaba murmurando algo y una de las paramédicas se inclinó para

intentar descifrarlo.

—Dice que fue un accidente —anunció.

—Por supuesto que lo fue —dijo Rebus con la mirada clavada en el joven luchador—. Porque, de lo contrario, podrías sentir la obligación moral de hacer algo al respecto y salir escaldado. Y Kenny no quiere que salgas escaldado. —Se dio la vuelta y se agachó hasta que su cara estuvo justo delante de la de Arnott—. Deme un nombre, Kenny. Un nombre, una cara, una descripción.

Arnott cerró los ojos con fuerza y llenó los pulmones de aire.

—¡Fue un accidente! —gritó casi llorando por el esfuerzo.

Rebus se levantó.

—Tu jefe es duro como el acero —le dijo al joven—. Lo cual también es bastante...

Se quedó sentado en el coche, mascando chicle y escuchando la radio hasta que apareció el Astra de Clarke. Antes habían llegado un coche de bomberos y una furgoneta con el nombre de una empresa de carpintería en un lateral. Rebus expuso la situación mientras volvía con una adormilada Clarke al gimnasio. Applecross se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y, descalzo y con las manos vendadas, imaginaba que el saco que tenía delante era el responsable del sufrimiento de su mánager.

—Es una dedicatoria para ti —comentó Rebus a Clarke, que estaba observando la escena que rodeaba a Kenny Arnott.

—¿Se pasó aquí toda la noche? —preguntó.

—Eso parece.

—¿Y no se puso a chillar como un loco?

—Por aquí no pasa mucha gente caminando, y tampoco se extrañarían de oír ruido en un club de boxeo.

Clarke pareció aceptar la explicación. El carpintero, que había depositado sus herramientas en el suelo, estaba comentando con un bombero el tramo que tendría que serrar.

—Aun así —añadió—, si el clavo ha penetrado en una viga, seguramente haya

que arrancarla también.

El hombre parecía bastante tranquilo, aunque Rebus suponía que no le habían encargado muchos trabajos como aquel.

—Adelante —dijo la paramédica.

Una de las ambulancias había recibido otro aviso y con el paciente solo quedaban ella y su compañero.

—¿Notará algo? —preguntó este al bombero.

—Lo descubriremos en breve.

—Entonces quizá sea mejor administrarle otra dosis de morfina...

Clarke se dio la vuelta y, con los brazos cruzados, se dirigió al ring de boxeo. Rebus la siguió.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó en voz baja—. ¿Darryl Christie?

—No creo que sea el estilo de Darryl. Cafferty, en cambio...

Clarke se lo quedó mirando.

—¿Qué andaba buscando?

—Lo mismo que nosotros: información.

—Pero ¿cómo sabía lo de Arnott, Chatham y el resto?

—Tiene a Craw Shand —afirmó Rebus.

Clarke meditó unos momentos y asintió lentamente.

—Vamos a hablar con él.

—No es la primera vez que nos encontramos en una situación como esta con Cafferty —le advirtió Rebus—. Ya sabes cómo es...

Clarke lo miró a los ojos.

—No puedes ir solo, John. A fin de cuentas, eres un civil.

—En realidad no. Y conmigo se sincerará.

Clarke lo miró con dureza.

—Siempre me he preguntado por qué.

—Porque le gusta que le preste atención. Sabe de sobra que es prácticamente imposible que yo le haga algo. Necesita recordarme una y otra vez que es él quien lleva las riendas, no tú, ni yo, ni nadie más.

Clarke guardó silencio unos momentos y volvió a asentir.

—De acuerdo. Pero infórmame de todo cuando acabes, ¿entendido?

—Entendido —dijo Rebus, que fue hacia la puerta justo cuando una sierra eléctrica empezaba a competir en niveles de ruido con los incesantes golpes de puños y pies de Donny Applecross contra el saco de boxeo.

Cafferty no contestaba. Rebus le mandó un mensaje y se dirigió a la cafetería de Forrest Road, pero tampoco estaba allí. Llamó al timbre de Quartermile, pero no respondió nadie, así que volvió a la cafetería, pidió una taza de café y se sentó a esperar a Cafferty en la mesa que le gustaba. Alguien había dejado un periódico en una silla cercana y lo hojeó, cogiendo el móvil con la mano que le quedaba libre. El mensaje tardó veinte minutos en llegar.

«En otra ocasión», decía.

Rebus contestó al momento.

«¿Has estado ocupado con Kenny Arnott hasta tarde? ¿Dónde tienes escondido a Craw?».

Dos minutos después:

«Craw está de vacaciones. Alojamiento y desayuno y un montón de dinero en el bolsillo».

Rebus escribió otro mensaje y pulsó el botón de enviar.

«¿Te dio lo que querías, entonces? Y eso te llevó al jefe de Rab Chatham».

Esperó dos minutos, luego cinco, luego ocho. Cuando se terminó el café, salió al exterior y miró la pantalla. Diez minutos, doce... Abrió el Saab y al sentarse vio que un guardia le había puesto una multa. Volvió a salir, la cogió de debajo del limpiaparabrisas y la tiró en el asiento del acompañante.

Nada.

«¿Dónde estás?».

Nada.

«¿Qué estás haciendo?».

No hubo respuesta.

«Es ucraniano, no ruso».

El teléfono de Rebus anunció que estaba llegando un mensaje.

«¿Qué te hace pensar que no lo sé? No quería ponértelo DEMASIADO fácil».

Rebus empezó a teclear de nuevo:

«Reúnete conmigo».

Enviar.

Esperar.

Mensaje entrante.

«Tuvo suerte de que no lo matara».

«¿Quién? ¿Arnott? ¿Christie? ¿Craw?».

«Todo el mundo está de suerte. Incluso tú. No era tu cumpleaños, ¿verdad?».

«De todos modos, no me hiciste ningún regalo».

«Debería haber detectado el hambre en tus ojos. Es bueno ver pasión en un vejestorio como tú».

«Que te den por culo. Reúnete conmigo. Hagamos esto cara a cara».

«¿Por qué?».

«Porque me duelen los dedos y no puedo creerme que no quieras alardear en persona».

«Lo de alardear es agua pasada».

«No me lo creo para nada. Quedemos».

«Me lo pensaré».

«Tiene que ser ahora mismo».

Otra espera, pero sabía que sería infructuosa. Cafferty era un hombre ocupado y con muchas cosas en la cabeza y Rebus era tan solo una ínfima parte del juego que se traía entre manos.

¿Jugar? No, estaba controlándolo todo como un crupier con la mano en la ruleta, sabedor de que la banca acabaría ganando.

Rebus cruzó la ciudad en dirección a Great Junction Street y se detuvo delante de Klondyke Alley. La cafetería en la que había comido bollos de beicon con

Rab Chatham se encontraba a corta distancia a pie. Chatham apostaba habitualmente en Klondyke Alley. ¿Sabía lo que estaba ocurriendo un piso más arriba? Rebus miró hacia las mugrientas ventanas de los apartamentos. Una vez tomada la decisión, se bajó del coche y cerró las puertas. Había cinco botones en el interfono y los pulsó todos a la vez. Tal como esperaba, se oyó un zumbido. Abrió la puerta y entró en un pasillo oscuro que conducía a las escaleras de piedra.

El piso que buscaba estaba justo encima. Había dos puertas. En una de ellas figuraba un nombre: Haddon. La otra era anónima. Rebus pegó la oreja a la puerta y abrió el buzón para echar un vistazo. Parecía que estaba vacío. Llamó a la puerta con los nudillos, preguntándose si el vecino que le había abierto empezaría a interesarse por él. Pero no oyó ninguna otra puerta abriéndose. Forcejeó con el pomo. La única protección del piso parecía una cerradura Yale. Rebus arremetió contra la puerta con el hombro, pero sin éxito. Lo intentó de nuevo. A continuación dio un paso atrás y pateó la madera con el pie derecho. Notó una punzada de dolor en la cadera, así que cambió de pierna y propinó otra patada a la puerta. Se oyó un crujido. Dio un nuevo golpe y esta vez la puerta cedió unos centímetros. Frotándose el muslo, la abrió un poco más.

El problema era el correo amontonado encima de la moqueta. Rebus se escurrió por la abertura y se agachó para recoger algunas cartas. Sosteniéndolas con la mano izquierda, observó el interior del piso. No había cama en el dormitorio ni muebles en el salón, y los cajones de la cocina estaban vacíos. Por el aspecto del cuarto de baño, alguien lo había utilizado hacía unas semanas y no se había molestado en tirar de la cadena. Volvió a agacharse en el pasillo y examinó el correo, que contenía las habituales circulares y un par de tarjetas que informaban de que el revisor del contador no había podido entrar. La mayoría de los sobres eran blancos o marrones y tenían ventanillas de celofán. Era correspondencia dirigida a docenas de empresas de las que Rebus nunca había oído hablar. Abrió un sobre que ofrecía «mejores servicios a una tarifa especial para su nueva empresa». Dudaba que los otros fueran muy distintos.

Después fue al salón y se situó en medio de la estancia. En las paredes se distinguían marcas de cuadros que había retirado un propietario o inquilino anterior. Por la esquina de la única ventana entraba un cable, que esperaba a ser conectado a un televisor. Había una toma telefónica en uno de los descascarillados rodapiés, pero no teléfono. Al igual que las empresas a las que prestaba servicio, el piso no era más que un fantasma. Pero ¿qué era lo que se esperaba? ¿A Anthony Brough bebiendo Moët con los pies encima del sofá?

Bueno, habría estado bien.

—He avisado a la policía —dijo una voz desde el descansillo.

Cuando Rebus llegó al umbral, el vecino ya había cerrado la puerta. Se acercó a ella y llamó. El hombre puso la cadena y abrió un par de centímetros. Por encima de la cadena, Rebus pudo distinguir unas gafas. Parecía cansado, iba sin afeitarse y llevaba una camiseta de rejilla y pantalones de deporte. Probablemente estaba en paro.

—No es necesario que haga eso, señor —dijo Rebus, tratando de sonar profesional.

—Bueno, lo he hecho de todos modos.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva vacío el otro piso?

—Desde que me trasladé aquí.

—¿Vienen visitas?

El hombre negó con la cabeza.

—La policía está en camino —dijo como si tuviera la necesidad de aclarárselo.

—Estoy con la policía, señor —le explicó Rebus.

—¿De verdad?

Sin duda, no se creía ni una sola palabra.

—¿Nunca ha visto ni oído nada desde ese piso? ¿Ni salidas ni entradas?

—Nada.

El hombre empezó a cerrar la puerta.

—Pues me voy. Gracias por su ayuda. Si quiere, puede cancelar esa llamada...

Pero la puerta se cerró con un ligero clic y una vuelta de llave para mayor seguridad.

Rebus no sabía de cuánto tiempo disponía. Diez minutos como mínimo, cuarenta y cinco como máximo. Pero ¿qué sentido tenía quedarse? Echó otro vistazo rápido a los sobres por si detectaba alguna anomalía. Al fin y al cabo, en el último caso en el que trabajó, una carta de un restaurante de comida para llevar era una pista crucial que se les pasó por alto. Pero allí no había nada. Se dirigió a la planta baja, abrió la puerta y salió a la calle. Delante de Klondyke Alley había un jugador sacando un paquete de tabaco del bolsillo interior.

—¿Tienes fuego, colega? —preguntó.

Rebus buscó en su chaqueta, pero entonces recordó que había regalado la caja de cerillas.

—No, lo siento —dijo, pero el fumador ya había ido en busca del siguiente transeúnte.

Rebus entró en Klondyke Alley y miró a su alrededor. Luego se sentó en un taburete frente a la máquina situada más cerca de la puerta e introdujo una libra. En sus tiempos le gustaba apostar a los caballos e incluso visitaba de cuando en cuando el casino. Las tragaperras no le interesaban demasiado. Pero ganó a la primera, cobró y decidió intentarlo de nuevo. El coche patrulla se detuvo enfrente de la sala. No llevaba las sirenas puestas, lo cual significaba que no se habían tomado muy en serio la llamada, pero se quedó allí de todos modos, aunque había perdido la libra original y las tres que había ganado. En la máquina más próxima había una mujer. Alcanzaba a verle la espalda y media cara. Se levantó y se situó junto a ella.

—Hola —dijo Rebus.

—Vete a la mierda.

—¿Eres Jude?

La mujer se dio la vuelta y se lo quedó mirando.

—¿Te conozco de algo?

—Nos conocimos en el entierro de tu padre. Soy amigo de Malcolm.

Jude Fox puso los ojos en blanco.

—¿Te envía Malcolm? —Rebus no dijo nada—. Nunca deja de sorprenderme. ¿Has venido a darme un aviso? ¿Me mandarás a casa a ver los debates de la tele? Sabe que allí también puedo jugar, ¿no? ¿O no lo sabe?

—Él solo quiere lo mejor para ti, Jude —dijo Rebus tratando de analizar lo que acababa de oír.

—Se ve que todo el mundo quiere lo mejor para mí. Malcolm, Darryl, Christie... Todo el mundo.

Jude introdujo más monedas en la máquina.

—¿Cuánto debes? —preguntó Rebus al caer en la cuenta de lo que le había dicho.

Ella lo miró con desagrado.

—¿No te lo ha contado Malky?

—Me dijo que era mucho —mintió Rebus.

—Todo es mucho cuando no tienes demasiado, ¿eh? —Empezó a jugar de nuevo y respiró hondo para intentar tranquilizarse. Estaba concentrada en la máquina mientras hablaba—. No me digas que mi hermano no tiene esa cantidad ahorrada. Pero ¿ayudará a su hermana? Y una mierda. Porque ¿qué gana él? Esa es la cuestión: siempre tiene que haber alguna ganancia para Malcolm Fox. —Se volvió hacia Rebus y lo observó en silencio—. Sí que te recuerdo. Estabas en la iglesia, pero no en la comida. Malcolm y Comosellame estaban hablando de ti.

—¿Siobhan Clarke?

—La misma. Malcolm dijo que intentó expulsarte del cuerpo. ¿Y ahora sois amigos de repente? Juro por Dios que no le encuentro sentido a este mundo, ninguno en absoluto...

—¿Darryl Christie sabe que eres pariente de Malcolm? —La boca de Jude formó una línea tensa y delgada—. Lo interpretaré como un sí. ¿Malcolm sabe que Christie lo sabe?

La mano de Jude se había detenido encima de la hilera de botones luminosos. Estaba mirando a la máquina, pero no la veía.

—Ve a decirle que estoy aquí cumpliendo con mi deber. Fue él quien me lo pidió. Él es la puta razón...

Empezaron a anegársele los ojos de lágrimas.

—Tienes que sentar la cabeza, Jude.

—Le dijo la sartén al cazo —repuso ella con desprecio. Luego lo miró de arriba abajo una vez más, pero Rebus ya iba camino de la puerta.

Había recorrido casi medio kilómetro cuando hizo la llamada. Se encontraba cerca de una intersección y el tráfico era lento. Fox cogió el teléfono casi al instante.

—Me lo ha contado Siobhan —dijo—. Está en el hospital esperando...

—Sé lo de Jude —le interrumpió Rebus—. ¿Cuánto le debe a Christie?

El silencio al otro lado se prolongó.

—Veintisiete mil y subiendo.

—¿Y qué quiere de ti?

—¿A qué te refieres?

—No intentes mentirle a un mentiroso, Malcolm. Si tiene algo que pueda utilizar contra ti, no lo desaprovechará.

—Quería toda la información que tuviera la Agencia Tributaria sobre Glushenko. No te preocupes, informé de inmediato a Gartcosh. Estamos intentando solucionarlo de la mejor manera.

Rebus pensó unos momentos.

—Es imposible que les hayas contado que tu hermana está endeudada con él. Si lo hubieras hecho, te habrían apartado del caso.

—Eso es cierto —reconoció Fox.

—Entonces, cuando dices que estáis intentando solucionarlo de la mejor manera...

—De acuerdo, me refería a mí. Yo solo. A menos que vayas a chivarte.

—Si Christie te tiene pillado, no va a soltarte.

—Puedo conseguir el dinero. Solo necesito vender mi casa. Hasta entonces, le daré largas.

—¿Estás seguro de que es él quien lleva el timón, Malcolm? —Fox no respondió—. ¿Cuánto tiempo te ha dado?

—Un par de días.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de días.

—¿Para pasarle la información sobre el ucraniano o pagar las veintisiete mil libras? Que tengas suerte.

—¿Cuál es tu límite diario?

—¿En el cajero? Doscientos.

—Qué lástima.

Rebus sonrió muy a su pesar.

—Joder, Malcolm, para ser un tío tan precavido parece que te metes en bastantes follones.

—Me gusta pensar que aprendí de los mejores. A propósito, ¿cómo te has enterado?

—He estado en el piso de encima de Klondyke Alley. Entré a echar un vistazo y Jude pensó que me habías enviado tú.

—¿Estaba en Klondyke Alley?

—Sí.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—¿Qué quieres decir?

—Christie la conoce. Dudo que permita que nadie blanquee dinero en las máquinas mientras ella está allí.

—A lo mejor es la manera que tiene Jude de intentar expiarse —especuló Rebus.

—Sí, es posible. —Oyó a Fox suspirar largamente—. ¿Había algo en el piso?

—Brough y Glushenko estaban bebiendo té y jugando a las cartas.

Fox soltó un resoplido.

—Siobhan dice que ibas a hablar con Cafferty.

—Todavía no lo he hecho.

—¿Estás perdiendo tu poder de persuasión?

—Quizá solo necesitaba descansar después de los esfuerzos de ayer noche.

—¿No crees que Arnott hable?

—Ni de broma.

—¿Qué piensas que le dijo a Cafferty?

—A juzgar por el hecho de que sigue vivo, yo apostaría por que se lo dijo todo.

—¿Y qué sería eso exactamente?

—Chatham consiguió el trabajo a través de Arnott. Se puso nervioso al darse cuenta de a quién había agredido y metió a Craw en el ajo como seguro de vida...

—Arnott tiene que saber quién era el cliente original. Y ahora Cafferty también lo sabe. Lo cual descarta a Cafferty pero a nadie más. —Fox hizo una pausa—. ¿Joe Stark?

—Se me había pasado por la cabeza. Pero Joe tiene a sus hombres. ¿Por qué no los utilizó?

—Porque Darryl sabría de buen comienzo quién los había enviado —aventuró Fox.

—Puede...

—No estoy convenciéndote, ¿verdad?

—Tu poder de persuasión hoy se parece al mío. Mira, si Christie te llama o propone reunirse contigo...

—Probablemente se lo reserve para un futuro. No soy idiota, John.

—Me alegra oír eso. Bueno, nos vemos luego, ¿vale?

—Entre tanto, saluda a Siobhan de mi parte.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres de lo más predecible, John.

—Yo prefiero «metódico».

—¿Le contarás lo de Jude y Christie?

—Si no quieres, no.

—Entonces te debo una.

La llamada finalizó. Rebus dejó el teléfono en el asiento del acompañante y puso música. Tenía tres coches delante y el semáforo volvía a estar en rojo.

Siobhan Clarke estaba hablando por teléfono en un pasillo de la Enfermería Real cuando vio a Rebus avanzando hacia ella.

—Vas cojo —le dijo.

—Solo para corregirte, en realidad camino como John Wayne.

—¿John Wayne cojeaba?

—Técnicamente se llama «caminar sin prisa».

—Entonces ¿no te hiciste daño pateando una puerta? —Agitó el teléfono delante de él—. Mandaron un coche patrulla a Great Junction Street. Alguien ha entrado en cierto piso de un conocido tuyo. El vecino describió al intruso como un hombre corpulento de unos sesenta años con acento local. —Hizo una pausa—. ¿Qué has encontrado?

—Una mierda todo —admitió Rebus—. ¿Qué hay de Kenny Arnott?

—Está en la sala que tengo justo detrás. Dicen que se pondrá bien, pero es posible que no recupere toda la movilidad de las manos.

—Entonces me alegro de que no sea pianista.

—Aún va sedado y, si los cirujanos consideran que servirá de algo, lo operarán.

—¿Ha hablado?

—Unas palabras aquí y allá.

—¿Esas palabras incluían «accidente»?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Y ahora ¿qué?

—Voy a reunirme con Alvin James. Hay que convencerlo de que los dos

casos en realidad son uno solo.

—No tenemos pruebas fehacientes. ¿Serviría de algo que te acompañe?

—Justamente estaba planteándomelo. ¿Te portarás bien?

—Estaré a tus órdenes, Siobhan. —Rebus observó a dos enfermeros empujando una camilla, cuyo ocupante estaba conectado a una botella de suero fisiológico—. Joder, odio los hospitales.

—¿Has tenido mucha experiencia últimamente? Como paciente, quiero decir. —Clarke esperó una respuesta que sabía que no iba a llegar y luego leyó el mensaje entrante—. James tendrá tiempo para verme dentro de media hora. Será mejor que salga pitando.

—¿Hay alguien con Arnott?

—Ha venido a verle su joven luchador. Y me sustituirá Christine Esson. —Miró por encima del hombro de Rebus—. Hablando del rey de Roma...

—Siento llegar tarde —se disculpó Esson—. He parado a comprar una botella de agua y una revista.

—Esta ahí —dijo Clarke señalando hacia la sala—. Cama tres. El visitante es Donny Applecross. Va al gimnasio de Arnott. No esperes mucha conversación.

Esson asintió y entró en la sala. Rebus estaba observando a Clarke.

—Y bien, ¿estoy invitado o no?

—¿De verdad me prometes que no empezarás a tocarle los huevos a James?

—Palabrita de honor.

Clarke exhaló ruidosamente.

—De acuerdo. Vamos...

—¿Tiene la cabeza llena de serrín o qué coño le pasa? —preguntó Rebus a Alvin James.

Se encontraba delante del inspector jefe con Clarke a su lado. James estaba recostado en su silla con un pie apoyado en la esquina de la mesa. Su equipo, Fox incluido, permanecía atento a la escena. Clarke había tardado diez minutos

en relatar lo que sabían y lo que sospechaban. Después de unos segundos de reflexión, James dijo que no le convencía, tras lo cual, Rebus abrió la boca y formuló la pregunta.

—John... —le advirtió Clarke.

—En serio —continuó Rebus—, si no ve la relación, es usted como Tommy. James frunció el ceño.

—¿Tommy?

—Ciego, sordo y mudo.

—Yo diría que no soy nada de eso —prosiguió James sin inmutarse—, pero, como agente de policía, trabajo con pruebas, y eso es lo único que no han aportado.

—Pues reúna a las tropas para que recaben alguna.

—Sin duda entrevistaremos al señor Arnott cuando esté disponible. —James consultó las notas que había tomado durante la presentación de Clarke—. Y a Cafferty también, aunque no parecen ustedes muy convencidos de que vayan a decirnos nada. El hecho es que no podemos demostrar que Robert Chatham atacara a Darryl Christie o que esa sea la razón por la que fue asesinado. Podemos preguntarle a Christie si tiene coartada para la noche en cuestión. Por lo que me han dicho, supongo que la tendrá y que será irrefutable. —Miró alternativamente a Clarke y a Rebus—. Siobhan, usted ya sabe qué dirá la fiscalía si les presento esto.

Clarke se vio obligada a asentir.

—De acuerdo, está cogido con pinzas —intervino Fox—, pero eso no significa que no sea cierto. John tiene razón cuando dice que deberíamos investigar un poco más.

—No hace mucho —replicó James—, aquí, su amigo John decía que todo esto tenía que ver con un asesinato cometido en los años setenta. Encima de su mesa hay una carpeta que lo demuestra, Malcolm. No quiero ni pensar en las horas que ha malgastado investigándolo, además de leer el libro que escribió esa mujer

y permitir que lo llevaran a buscar una aguja en un pajar en St. Andrews y Perthshire.

—Esta vez tengo razón —dijo Rebus enfurecido—. Siobhan lo sabe y Malcolm también.

—Algunos no hemos caído en su embrujo como les ha ocurrido a ellos —sentenció James frotándose la mejilla—. Aun así, no estamos avanzando mucho en ninguna otra dirección...

—Este podría ser el empujón que necesita la investigación —insistió Fox. James se lo quedó mirando.

—Dando marcha atrás en un callejón sin salida, ¿eh, Malcolm? —Clarke irguió los hombros. Lo había convencido—. De acuerdo —añadió—. Diseñemos un nuevo plan, empezando por el ataque en el gimnasio. Vecinos, circuitos cerrados de televisión y todo lo que podamos conseguir. —James se levantó y recorrió la sala, deteniéndose un momento en cada mesa—. ¿El martillo era nuevo? Hablemos con tiendas de bricolaje y ferreterías. ¿Dónde está ahora el arma? ¿Los atacantes se deshicieron de ella cerca de allí? Luego están los clavos. Si tenemos suerte, lo compraron todo a la vez. Si no forzaron la entrada, puede que alguien viera a un desconocido merodeando por la zona. Es posible que entrara en una tienda o que estuviera en un coche aparcado el tiempo suficiente para que algún transeúnte se fijara en él. —Hizo una pausa y miró a Clarke—. ¿Me olvido de algo?

—Falta ver si Arnott está dispuesto a hablar con nosotros. Nos vendría bien partir con ventaja.

James asintió.

—Investiguemos sus negocios por si oculta algo. Amigos, socios, lo típico. —Volvió a su mesa, se desplomó en la silla, cogió una libreta y buscó una página en blanco—. Necesito cinco minutos para pensar en qué orden hacemos todo esto y qué tareas adjudico a cada uno. —Ya había empezado a escribir—. Y, por si nadie se había dado cuenta, hay un miembro de la ciudadanía en esta sala. ¿Alguien puede acompañarlo a la salida?

Rebus contempló la cabeza de Alvin James.

—Menuda mierda de discursito —le espetó.

—Yo diría que la labia es su único mérito —respondió James sin levantar la mirada.

Glancey y Oldfield se habían puesto en pie, ansiosos por sacar a Rebus de allí, pero Clarke le puso una mano en el antebrazo.

—Vamos, John —dijo—. Te acompaño fuera.

Por un momento se negó, pero finalmente la dejó sacarlo al pasillo y llevarlo escaleras abajo.

—Hemos conseguido lo que queríamos —le recordó cuando llegaron a la planta baja.

—Bien por nosotros.

—Es bueno animando al equipo. Eso tienes que reconocérselo.

—No, eso tienes que reconocérselo tú. Es tu jefe, no el mío.

—En realidad tampoco es mi jefe.

—Acabas de darle tu caso, Siobhan.

—Supongo que eso es cierto. —Salió con Rebus del edificio—. Y ahora ¿qué? —preguntó.

—Tengo un perro al que pasear.

—¿Y luego? ¿Te pondrás hielo en la cadera?

—No hay para tanto.

—¿Tu cuerpo está avisándote de algo?

—Sí, lo hace continuamente. Ojalá se callara, el muy cabrón. ¿Vuelves arriba?

—Creo que sí.

—Pues vete. Y dile a James una cosa de mi parte.

—¿Qué?

—Que he visto a muchos gilipollas en mi vida, y él es un espécimen de primera.

—¿Me permites que se lo exprese de otro modo?

—Preferiría que fuera al pie de la letra. —Rebus miró el Saab, que estaba

aparcado en la otra acera—. Hablando de gilipollas... —Cruzó la calle y cogió la multa de aparcamiento del parabrisas—. Ya casi tengo la colección completa —dijo a Clarke, haciendo ondear la multa a la vez que abría la puerta y entraba en el coche.

Añadió la multa al montón que guardaba en la guantera y puso el motor en marcha. Si la mancha en el pulmón acababa con él, al menos podría decir que había evitado saldar cuentas con el ayuntamiento...

Rebus fue directo a la Enfermería Real y le dijo a Christine Esson que podía tomarse un descanso.

—¿Por orden de quién? —preguntó.

—Solo necesito cinco minutos. Podrías ir al baño o algo así.

—Yo también me alegro de verte, John.

—Lo siento, estoy perdiendo los modales. ¿Cómo estás, Christine? ¿Tú y Ronnie seguís juntos?

—No por mucho tiempo si no se afeita ese bigote.

—Yo pensaba que se llevaba el rollo hirsuto. ¿Quieres que le deje caer alguna indirecta?

—¿Crees que no lo he intentado?

—Puedo agarrarlo y tú se lo afeitas con una cuchilla.

Esson sonrió, dejó la revista en el suelo y se levantó.

—¿Cinco minutos?

—Como mucho. —Rebus miró a la figura acostada en la cama. Le habían subido la sábana hasta el cuello, pero tenía los brazos levantados gracias a una estructura de tablillas y abrazaderas, de modo que las manos, que llevaba vendadas, quedaran suspendidas en el aire para aliviarlas de toda presión. Tenía los ojos cerrados, pero a Rebus le pareció que estaba despierto—. ¿Ha dicho algo?

—Desde que he llegado no. El visitante se fue poco después.

—¿Donny Applecross?

Esson asintió.

—Una enfermera le preguntó al señor Arnott si quería beber algo. Inclino la cabeza y bebió utilizando una pajita —dijo señalando el vaso de plástico que había en el mueble situado junto a la cama.

—Ve a estirar las piernas.

Rebus la vio coger el bolso y salir. La sala estaba llena, pero ningún paciente parecía ni remotamente interesado en lo que le rodeaba. Dos estaban durmiendo, uno de ellos con la boca abierta, y se le escapaban pequeños ronquidos. Otro estaba viendo la televisión con unos auriculares puestos. Todas las camas tenían una pantalla similar, pero había que pagar por el privilegio. Rebus se preguntó si sería más caro que el aparcamiento, aunque eso era imposible.

No se molestó en sentarse. Rodeó la cama y, utilizando una jarra, vertió un poco de agua en el vaso.

—¿Quiere?

No obtuvo respuesta. Rebus examinó el historial lo mejor que pudo. En el antebrazo izquierdo le habían puesto un gotero intravenoso. Normalmente utilizaban el dorso de la mano, pero no habría sido una opción para este paciente en particular.

—¿No tiene familia, Kenny? ¿No tiene amigos aparte del joven luchador? Es una lástima. Pero tiene buen aspecto. —Rebus hizo una pausa—. De hecho, lo suficiente como para darle un beso. —Se agachó, proyectando su sombra sobre el rostro de Arnott. Cuando sus bocas se encontraban a apenas un centímetro de distancia, Arnott abrió los ojos. Rebus sonrió y se incorporó—. Parece que ahora me hace caso. Esto es lo que tengo que decirle: vamos a ir a por Cafferty con su ayuda o sin ella. Sea como fuere, creerá que usted ha hablado, así que, por su bien, será mejor que tengamos pruebas de peso para encerrarlo una temporada. Sería mucho más fácil si nos contara al menos algo de lo que ocurrió. Y, si se atreve a susurrar siquiera la palabra «accidente», le juro que le apretaré las vendas hasta que vomite. —Hizo una nueva pausa—. Bueno, eso es todo.

Rebus volvió a rodear la cama y situó la silla mirando al paciente. Luego se acomodó en ella poco a poco. Arnott estaba parpadeando. Tenía los ojos húmedos y centró su atención en las luces del techo.

—No es usted policía —dijo en voz tan baja que Rebus apenas lo oyó.

—Correcto, Kenny.

—Entonces ¿qué es?

—Uno de los enemigos más antiguos de Cafferty, lo cual es una buena noticia para usted.

—No puedo ayudarle. Me mataría.

—¿Se lo contó todo? Asienta si fue así. —Rebus esperó hasta que Arnott bajó la barbilla y volvió a levantarla—. Usted sabe quién ordenó ese ataque contra Darryl Christie —prosiguió—. Le utilizaron para que buscara a alguien. Eligió a Rab Chatham y le facilitó la dirección, pero nada más. Cuando Chatham descubrió que era Darryl, titubeó y decidió usar a Craw Shand como seguro de vida, porque sabía que a este le encantaría responsabilizarse de la agresión y Chatham estaría a salvo del vengativo Darryl. Si de momento voy bien, le agradecería que volviera a hacer ese gesto.

Arnott asintió de nuevo.

—Gracias —dijo Rebus—. Así que ahora solo nos quedan el quién y el porqué. El porqué no es problema. Creo que estamos descubriéndolo poco a poco. Un nombre, Kenny, un nombre y podremos empezar a preparar la acusación contra Cafferty, suponiendo que el nombre que me dé sea el de la persona que acabó con Rab Chatham... ¿Puedo suponer eso al menos?

Arnott cerró los ojos y una lágrima le recorrió la mejilla hasta la oreja.

—Me mataría —repitió con voz temblorosa. Todo su cuerpo pareció estremecerse y Rebus miró la lectura del monitor situado junto al gotero.

—¿Se encuentra bien, Kenny? —preguntó.

Arnott estaba apretando los dientes y se le había puesto la cara de color remolacha. Rebus se levantó y se inclinó sobre la cama. La respiración de Arnott era entrecortada.

—¿Quiere que avise a alguien? ¿Le duele demasiado?

Buscó una enfermera, pero no vio a ninguna. Los números de la pantalla digital iban en aumento. Entonces, Arnott pareció sufrir un espasmo y se le contrajo el rostro.

—¡Enfermera! —gritó Rebus.

De la nada aparecieron dos de ellos, que ignoraron a Rebus, flanquearon al paciente y valoraron la situación. Intercambiaron opiniones a toda prisa y Rebus se echó atrás para que tuvieran todo el espacio que necesitaran y más. Entonces notó una presencia detrás y, al darse la vuelta, vio a Christine Esson, que pasó junto a él con unos ojos como platos.

Se acercó a la cama más personal médico y cerraron las cortinas. Los demás pacientes se habían despertado y empezaron a curiosear. El hombre que estaba viendo la televisión se quitó los auriculares y estiró el cuello.

—Por Dios, John —susurró Esson.

—Yo no he hecho nada.

—Sí lo has hecho.

—Yo estaba hablando y él escuchando, y entonces...

En ese momento, alguien trajo una máquina montada encima de un carrito. Rebus vio los desfibriladores conectados a ella. Luego apareció alguien con una jeringuilla y un pequeño frasco de líquido transparente. Una enfermera estaba echando las cortinas de las otras camas para ocultar el espectáculo y señaló a Rebus y Esson.

—Voy a tener que pedirles que se vayan. Ahora mismo.

Ambos salieron al pasillo justo cuando entraba más personal a todo correr.

—Y ahora ¿qué le digo yo a Siobhan? —preguntó Esson mirando a la sala.

—La verdad —le aconsejó Rebus.

—¿Y te menciono?

—Supongo.

—Va a utilizar mis tripas de ligüero por concederte tus cinco puñeteros minutos.

—A lo mejor tuviste que ir al baño, yo vi mi oportunidad y me colé.

Esson se lo quedó mirando.

—¿Estamos inventándonos una historia?

—Imagino que sí —dijo Rebus—. ¿Qué tal vamos de momento?

—Parece que estás impidiendo que mis tripas se conviertan en ligeros. —
Esson observó la sala desde la esquina del mostrador de enfermeras—. Seguro
que se recupera —dijo tratando de sonar esperanzada.

—Estoy convencido de ello —respondió Rebus, que oyó al médico que
manejaba el desfibrilador gritar: «¡Apartaos!».

Cuando la noticia de la muerte de Kenny Arnott llegó a la sala del EGI, se
impuso un silencio de estupefacción que se prolongó quince segundos hasta que
Fox lo rompió con una pregunta.

—Y ahora ¿qué?

—Seguiremos adelante —dijo James.

—¿La insuficiencia cardiaca fue causada por la tortura? —preguntó Anne
Briggs.

—Habrá que esperar a la autopsia.

—Si así fue, estaríamos hablando de homicidio culposo —añadió Siobhan
Clarke. Fue ella quien anunció el fallecimiento tras salir al pasillo para atender la
llamada de Christine Esson. Todavía se encontraba en el umbral con el teléfono
en la mano. Sin embargo, obvió el detalle de la presencia de John Rebus junto a
la cama y la ausencia de miembros del DIC.

—Lo cual hace imprescindible que redoblemos nuestros esfuerzos —dijo
James—. Sean, ¿cómo vamos con estas tiendas de bricolaje y ferreterías?

—Hemos hablado con las más grandes y el personal está comprobando las
grabaciones e incluso los tiques de compra.

—Puede que tarden bastante.

Glancey asintió.

—Y voy por la cuarta ferretería de la lista.

—Muy bien —dijo James—. ¿Wallace?

—Ya casi estamos listos para ir puerta por puerta. —La sala guardó silencio para escuchar a Sharpe—. Hemos tardado un poco en reunir efectivos. Faltan un par, y ese será nuestro equipo de búsqueda hasta que pueda conseguir más ayuda. Saldré en diez minutos.

—Gracias —dijo James—. ¿Anne?

—Localizar a los amigos y socios de la víctima ha sido complicado. Nos vendría bien una orden de registro de la casa y las empresas y ver si su ordenador arroja algo de luz.

—Yo me ocupo de ello. —James se volvió hacia Mark Oldfield, que estaba utilizando la tetera eléctrica—. ¿Le importaría ayudar con las entrevistas puerta por puerta?

—En absoluto —respondió Oldfield, que fue incapaz de fingir entusiasmo.

—Seguro que hay una cafetería de camino —bromeó Fox.

—¿Y usted, Malcolm? —dijo James—. ¿Está ocupado?

—Desde luego.

—¿Podría solicitar esas órdenes de registro? —Fox asintió y Alvin James se puso a aplaudir mirando a su equipo—. De acuerdo, gente, adelante. Puede que el crimen haya cambiado, pero la investigación no. —Se volvió hacia Clarke—. Conoce a la patóloga, ¿verdad? Averigüe cuándo puede tener lista la autopsia.

—Lo más fácil es preguntárselo en persona. Si está en la sala de autopsias, tendrá el móvil apagado.

—Pues hágalo.

Cuando huía, Clarke evitó mirar a Fox y, de camino al coche, llamó a Rebus.

—Imaginé que tendría noticias tuyas —murmuró.

—¿Qué ha pasado?

—Solo estaba hablando con él, Siobhan.

Clarke subió al coche, activó el altavoz, metió la llave en el contacto y se puso el cinturón de seguridad.

—¿Y te colaste cuando Christine estaba en el baño?

—No puedes culparla a ella.

—No la culpo. —Clarke comprobó si venían coches y arrancó—. Estoy furiosa contigo.

—Lo único que hice fue decirle que iríamos a por Cafferty, con su ayuda o sin ella.

—¿Y?

—Y dijo que lo matarían si hablaba.

—¿Quién lo mataría?

—¿Qué?

—¿Que quién lo mataría? —repitió—. ¿Cafferty?

—Sí, obviamente. —Pero Rebus no parecía convencido del todo—. ¿Cómo está gestionándolo todo James?

—De manera muy competente. Tiene a todo el mundo trabajando como locos.

—¿Excepto a ti?

—Voy al depósito de cadáveres.

—¿A hostigar a Deb para que acelere la autopsia? ¿Crees que hay alguna posibilidad de acusar a Big Ger de homicidio culposo?

—Sabes tanto como yo. ¿Dónde estás?

—A cinco minutos de Cowgate.

—¿Vas a ver a Deborah?

—Ese era el plan. Ya sabes, las mentes geniales...

—John..., para que tengamos la mínima esperanza de echar el guante a Cafferty, hay que hacerlo todo siguiendo el procedimiento al dedillo.

—No te lo discutiré.

—No eres policía.

—No sé por qué la gente tiene que recordármelo continuamente. ¿Cuánto tardarás?

—Diez o doce minutos.

—Te espero en el aparcamiento.

La llamada finalizó y Clarke adelantó a un autobús.

—Catorce minutos —dijo Rebus, que consultó su reloj con un exagerado ademán. Clarke había aparcado junto a su Saab. Vio las furgonetas negras reglamentarias, pero no había rastro del coche de Deborah Quant—. No está —confirmó—. Le he preguntado y está dando clases en la universidad, pero acabará en una hora más o menos. Podemos ir a tomar un café.

—¿Dónde?

—Al Caffè Nero de Blackwell's —propuso.

Clarke negó con la cabeza.

—Antes hablaba en serio. Piensa cómo te sentirías si llevamos a Cafferty a juicio y la pifiamos por un tecnicismo.

—¿El tecnicismo soy yo? —Rebus asintió ligeramente—. Sabes que no es así, Siobhan. Lo mío siempre han sido los resultados, no el proceso.

—Por eso has perdido unos cuantos por el camino.

—No puedo dejarlo así como así.

—¿Ni siquiera un día?

Rebus negó con la cabeza e intentó lanzarle una mirada contrita sin conseguirlo. Clarke hinchó las mejillas, miró el asfalto y restregó la suela del zapato contra él.

—¿Estás segura de que no quieres ese café? —preguntó.

—¿Vendrá aquí después de clase?

—Casi seguro.

—¿Vamos caminando a la cafetería?

—¿Has visto la colina donde está encaramada? —respondió Rebus.

—¿En mi coche o en el tuyo?

—El mío es más amplio.

Clarke volvió la cabeza hacia el Saab.

—También es posible que no llegue hasta arriba. —En ese momento empezó

a vibrar su teléfono—. Es James —dijo a Rebus antes de contestar.

—¿Sí, Alvin?

—¿Está con la profesora Quant?

—Tardará un rato en llegar. —Clarke hizo una pausa—. Parece usted...

—Quizá hayamos tenido un golpe de suerte —dijo James—. Al final tenía que ocurrir.

—¿Ah, sí?

—¿Piensa quedarse ahí o quiere unirse a la fiesta?

—Estaré ahí en catorce minutos —dijo antes de colgar.

James y su equipo estaban preparándose para informar a una abogada de la fiscalía. El nombre de la magistrada era Shona MacBryer. Esta conocía a Clarke y ambas se saludaron con una inclinación de cabeza. Fox y Oldfield estaban ofreciendo tazas de café. Alguien había tirado la casa por la ventana y había comprado una cafetera y café de verdad, y las galletas eran Duchy Originals. Solo lo mejor para MacBryer, sobre todo cuando iban a intentar convencerla de que tenían un caso cerrado que solo necesitaba su autorización antes de practicar el arresto.

—Una ferretería de Leith Walk —dijo James. Estaba delante de MacBryer, sentado encima de la mesa con las manos en las rodillas. La entrepierna quedaba a la altura de los ojos de la abogada, algo que había pasado desapercibido para él pero que había hecho que MacBryer torciera el gesto—. El propietario dice que entró un hombre ayer por la tarde. Iba bien vestido, tenía unos sesenta años y llevaba la cabeza afeitada. Era robusto y llevaba un abrigo negro de tres cuartos y guantes de piel a juego. No estuvo mucho rato. Sabía exactamente lo que quería: dos martillos grandes y una docena de clavos de quince centímetros, los mismos que encontramos en el club de boxeo. Así que el sargento Glancey envió al empleado una foto de archivo de Morris Gerald Cafferty y el dueño de la tienda dice que está convencido de que es la misma persona.

MacBryer había abierto un iPad para tomar notas.

—Esto sería más fácil en una mesa —dijo.

—Utilice la de Malcolm.

MacBryer le dio las gracias y ocupó el sitio de Fox. James apartó todos los papeles de encima de la mesa, se sentó en su silla y parecía dispuesto a continuar su discurso cuando MacBryer alzó un dedo para indicarle que no lo hiciera.

—Debo aclarar que solo se ha hablado con el empleado de la tienda por teléfono.

—El sargento Sharpe ha ido a buscarlo. No creo que tarde mucho.

—De modo que un hombre que podría ser el señor Cafferty o no compra dos martillos y unos clavos. ¿Tienen el informe forense?

—Todavía no —reconoció James.

—Si llevaba guantes...

James asintió para indicar que lo entendía.

—Pero puede que haya restos de ADN en el lugar. Los forenses han examinado cuidadosamente el suelo y han recogido fragmentos de todo tipo.

—Lo cual podría demostrar que Cafferty visitó el edificio, pero no confirma su presencia allí en el momento de la agresión.

—¿Y si lo incluimos en una rueda de identificación?

MacBryer levantó la mirada del teclado.

—Su identificación solo corroboraría que compró un martillo y unos clavos.

—A menos de cinco o diez minutos a pie del club de boxeo. —James miró a Fox—. ¿Dónde vive Cafferty?

—Antes vivía en Merchiston... —dijo Fox, que se volvió hacia Clarke.

—En Quartermile —añadió ella—. Hay una buena caminata desde Leith Walk.

—¿Esa tienda tiene cámaras de seguridad? —quiso saber MacBryer.

—No —respondió Glancey.

—¿Cómo se llama el propietario?

—Joseph Beddoes.

—¿Parecía lúcido?

—Yo diría que es un testigo fiable.

MacBryer se lo quedó mirando sin pestañear.

—¿Basándose en una sola llamada telefónica?

—Estamos seguros de que fue Cafferty —terció James, que había orientado la silla hacia MacBryer. Esta no había tocado la taza de café ni la galleta que le habían dado.

—Para que prospere la acusación necesitamos algo más, comisario. El señor Cafferty no es un desconocido en la oficina del fiscal. Han fracasado media docena de casos contra él anteriormente. Sería útil recuperar el arma.

—Tenemos a varios agentes peinando el barrio.

—Su ropa podría estar manchada de sangre —continuó MacBryer.

—En cuyo caso —interrumpió Fox—, Cafferty ya se habrá desecho de ella. No es un aficionado precisamente.

—Incluso los profesionales cometen errores —dijo MacBryer, que había dejado de tomar notas—. Cafferty contratará a un abogado, de eso pueden estar seguros. Si la acusación depende de un testigo y no cuenta con pruebas forenses... —No hizo falta que terminara la frase—. Imagino que interrogarán al señor Cafferty, ¿no?

—Así es.

—¿Y cuando niegue cualquier implicación, cosa que hará?

—Seguiremos recabando pruebas.

MacBryer asintió pensativa.

—No pueden hacer otra cosa y, sinceramente, espero que en nuestro próximo encuentro aporten algo más. Porque esto, comisario, no es ni mucho menos suficiente.

MacBryer cerró la tapa del iPad, se levantó y fue a buscar su bolso. Fox se lo dio y, tras varios gestos de despedida, la abogada abandonó la sala y se llevó todo el oxígeno con ella.

Fox recuperó su silla y empezó a ordenar de nuevo sus cosas. Clarke se

encontraba en el umbral y observó a James apoltronarse en su puesto.

—¿La ha llamado para eso? —preguntó.

James negó con la cabeza.

—Iba a venir de todos modos para informarse de si la muerte de Arnott cambia las cosas. —Cogió una galleta y volvió a dejarla—. Estaba pensando...

—MacBryer sabe lo que se hace y ha cruzado espadas con Cafferty muchas veces. Hará falta algo más que la palabra del empleado de una tienda...

—Eso ya lo sé, ¿de acuerdo? —James le lanzó una mirada fulminante—. Y ahora, si nos disculpa, inspectora Clarke, aquí estamos ocupados.

—Malcolm también ha tratado con Cafferty. Si tiene algo que decir, haría bien en escucharlo.

James soltó un gruñido y siguió trabajando con su ordenador portátil. Fox esbozó una media sonrisa de agradecimiento y miró hacia el pasillo. Clarke se dio la vuelta, bajó las escaleras y se detuvo a leer los mensajes que le habían llegado. Quería ayudar a James y a los demás, quería acusar a Cafferty de la agresión, solo porque sería un pequeño regalo para Rebus.

Fox tardó un par de minutos en aparecer, abrió la puerta principal y la llevó a la acera.

—Ha sido culpa mía —dijo—. Los presioné con lo de Cafferty. La descripción les convenció y la idea de conseguir resultados rápidos les impidió pensar con claridad por un tiempo.

—Pero ahora ya lo han reconducido, ¿no?

—Lenta y metódicamente.

En ese momento, el teléfono de Fox emitió un pitido. Miró el mensaje y apretó la mandíbula.

—¿Qué pasa? —preguntó Clarke.

—Nada.

—¿Ocurre algo, Malcolm?

—No.

—Recuérdame que juegue contigo al póquer algún día.

—¿Por qué?

—Porque se te han puesto las orejas coloradas y eres incapaz de mirarme a los ojos.

—Sheila Graham me dijo que tenía una buena cara para el póquer.

—Pues mentía. ¿Piensas contarme qué pasa?

—No pasa nada.

—Lo que tú digas. Pero las penas compartidas...

Fox asintió con aire distraído.

—Será mejor que vuelva dentro.

—Espera un segundo. ¿Qué pasa con John? ¿Está todo bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Clarke intentó mirarlo fijamente, pero tiró la toalla.

—¿Nos veremos después?

—Claro —respondió Fox, que ya estaba abriendo la puerta.

—Pues hasta luego —dijo Clarke sin obtener respuesta.

Mientras subía las escaleras, Fox volvió a leer el mensaje.

«Tic tac».

Era de Darryl Christie, por supuesto. Fox había contactado con un agente inmobiliario. A la hora del almuerzo iría a ver el exterior de su casa y le presentaría una tasación preliminar al final del día. De un modo u otro, Jude estaría a salvo.

Y él también sobreviviría.

El hombre había estado paseándose desnudo por las calles de West Pilton en un estado de confusión durante quince o veinte minutos. La gente había hecho fotos con el teléfono móvil y las había colgado en Internet, y un joven incluso consiguió posar con él. Sin embargo, todo acabó cuando se acercó a una escuela de primaria. Los niños estaban jugando en el patio, saltó la alarma y la policía hizo acto de presencia. Los agentes del coche patrulla lograron llevárselo antes de que llegara al perímetro del colegio y le echaron una manta por encima. Tenía el pelo apelmazado y olía a sudor y heces. Se le marcaban las costillas y parecía incapaz de formar una frase coherente. Sin saber qué hacer, lo trasladaron a la comisaría de Drylaw, donde endilgarían el problema a otro. En cuanto averiguaran su nombre, lo acusarían de escándalo público.

No tardaron en hacerlo. Un dentista que estaba consultando su perfil de Twitter a la hora del almuerzo vio un par de fotos y reconoció a un hombre con el que había jugado a tenis hasta que ambos tuvieron una riña. Llamó a la policía e identificó a Anthony Brough. Para entonces, ya habían duchado al detenido y le habían proporcionado ropa. Habían llamado a un médico, que opinaba que el hombre que temblaba y balbuceaba ante él era un drogadicto.

—Probablemente haya consumido algo que no debía.

Le administraron una inyección y lo acompañaron de nuevo a su celda, donde le dieron un bocadillo y una taza de té que no tardó ni un minuto en vomitar.

De nuevo fue en Twitter donde se publicó la identidad de Brough después de que el dentista aireara sus opiniones. Al fin y al cabo, Brough le había hecho perder parte de sus ahorros y esa era una especie de venganza.

Lo cual llevó a Christine Esson a informar a Siobhan Clarke y a esta a llamar a Malcolm Fox.

—¿Dónde lo quieres? —preguntó.

—¿Qué tal Gayfield Square? —dijo Fox.

—Servirá.

Después, Fox telefoneó a Drylaw y habló con un sargento, que le dijo que Brough había farfullado algo sobre un secuestro.

—¿Dónde fue visto por primera vez? —preguntó Fox.

—Las redes sociales lo saben mejor que yo —respondió el sargento.

Así que Fox buscó en Facebook y Twitter y la respuesta parecía ser Ferry Road Avenue. Llamó de nuevo al sargento y pidió que enviara agentes a dicha calle y la zona colindante para intentar localizar el lugar de los hechos.

—¿No puede ser que esté mintiendo? El tío se coloca y cuando vuelve en sí suelta lo primero que le viene a la cabeza.

—Es posible.

—A lo mejor lo trajo un coche o una furgoneta.

—Por favor, vayan a echar un vistazo.

Se oyó un fuerte suspiro y el sargento colgó sin mediar palabra.

En Gayfield Square habían llamado a un segundo médico, que estaba esperando cuando llegó Brough. Fox y Clarke lo observaron cuando era trasladado a una improvisada sala de reconocimiento. Finalmente llegó el diagnóstico: había que llevar a Anthony Brough al hospital. Estaba desnutrido y, fuera cual fuese el cóctel de drogas que le habían suministrado, tanto intravenosa como oralmente, podía tener efectos secundarios. Era necesario hacerle análisis de sangre y tal vez requeriría un examen psicológico en algún momento.

—Tenemos que hablar con él —insistió Fox, pero el doctor negó con la cabeza.

—Todavía no. Creo que le hemos encontrado cama en el Western General.

—Fantástico, otro hospital —dijo Clarke mirando a Fox.

Compraron bebida y chocolatinas en la máquina que había en el pasillo y

apoyaron la espalda en la pared.

—¿Glushenko lo tenía pero lo dejó marchar? —preguntó Fox.

—Si pertenecieras a la realeza mafiosa ucraniana, ¿tú pondrías un pie en West Pilton?

—Seguramente no, pero a lo mejor lo hizo uno de sus hombres. Por otro lado, el sargento con el que he hablado considera más probable que dejaran a Brough allí.

—En cuyo caso, la pregunta es por qué. Si fue secuestrado, ¿por qué soltarlo?

—Quizá obtuvieron lo que querían de él.

—¿Te refieres al dinero que desapareció? —preguntó Clarke, que asintió aceptando esa posibilidad.

—O realmente estuvo de juerga. ¿Has oído hablar de un explorador escocés llamado Mungo Park? Se adentró en la jungla con docenas de porteadores que llevaban innumerables baúles y bolsas. Meses después, apareció de nuevo tambaleándose y luciendo solo un sombrero de copa.

—No puede ser cierto.

—Recuerdo que lo leí en algún sitio. —Fox consultó el reloj—. ¿Qué quieres hacer?

—No tiene sentido quedarse aquí.

—Podríamos ir pronto al hospital para ahorrarnos los atascos.

—¿O?

Clarke quitó el envoltorio de la chocolatina y lo tiró a una papelera.

—O unirnos al equipo de búsqueda en West Pilton, que prácticamente nos viene de camino.

—¿En tu coche o en el mío?

—Me da igual.

—En el mío entonces.

—Ve despacio, Siobhan. Mis nervios ya no son lo que eran.

—Solo por eso, vas a tener que aguantar a Ninja Horse todo el camino.

—¿Es un juego?

—Es un grupo de heavy metal.

—Una última cosa: ¿cuándo se lo decimos a John?

Clarke lo meditó.

—Todavía no.

—¿Y a la hermana de Brough y su ayudante?

—Lo mismo.

—¿Por alguna razón en particular?

—¿Cuánta gente quieres que haya junto a su cama?

—Bien pensado.

—Además —añadió Clarke, preparándose para arrancar—, hoy John se da un aire al ángel exterminador.

Rebus se había dejado caer por la comisaría de Leith justo cuando llegaba Cafferty para la entrevista acompañado de su abogado, un hombre esquelético llamado Crawford Leach, que llevaba un traje de raya diplomática con chaleco y unos zapatos negros tan pulidos que prácticamente los había desgastado. Tenía algo más de cuarenta años y estaba casi calvo; el poco cabello que le quedaba lo llevaba peinado hacia atrás desde la frente y las orejas. Llevaba unas gafas al estilo de John Lennon y siempre tenía una sombra de vello en los pómulos por bien afeitado que fuera.

Rebus estaba lavándose las manos en el servicio cuando Cafferty abrió la puerta y se dirigió a un retrete.

—¿Así que has recibido mi mensaje? —preguntó Rebus.

—¿Qué te traes entre manos, John?

—Fue una estupidez. Una estupidez y un exceso de teatralidad.

—No sé de qué estás hablando.

—Pensaba que habías dejado de participar activamente. Eso demuestra lo mucho que sé.

Rebus estaba secándose las manos con una toalla de papel y Cafferty se situó

junto a él. Se miraron el uno al otro en el espejo.

—¿Alguna vez has matado a alguien, John?

—Solo cuando no había alternativa.

—Pero ¿no te resulta un poco aburrido?

—¿Lo dejaste allí a su suerte?

—¿Llevas micrófono o qué? —Cafferty se había acercado al espejo para estudiarse el rostro—. En cualquier caso, ahora ya está hecho. ¿Juegas al bridge?

—No.

—Yo tampoco, pero conozco las reglas. Llega un punto en que se cierran las apuestas y lo único que queda es dejar caer las cartas. Puede que haya una sorpresa o dos, pero lo difícil ya está hecho. —Cafferty sonrió—. ¿Todo lo que tienen es el empleado de la tienda?

—No lo sé.

—Son como niños jugando al burro. Tú y yo estamos acostumbrados a juegos de adultos.

Como estaba preguntándose qué estaría demorando tanto a su cliente, Leach asomó la cabeza y frunció el ceño cuando vio que Cafferty estaba acompañado.

—No tema, Crawford —dijo Cafferty—. Estábamos comparando atributos viriles.

Y, guiñando un ojo a Rebus, salió detrás de su abogado camino de la sala de interrogatorios.

Rebus fue a la oficina del EGI, donde Briggs y Oldfield fingían estar ocupados, cuando en realidad se sentían molestos por no haber sido elegidos para acompañar a Alvin James.

—¿Se ha llevado a Siobhan? —comentó Rebus con sorpresa.

—No está por aquí.

—¿Y Fox?

—Tampoco. El que está dentro con él es Sean. Wallace sigue dirigiendo la operación de búsqueda y las entrevistas puerta por puerta.

—Me gusta la nueva configuración —dijo Rebus, que miró la cafetera y cogió

la última galleta Duchy Original del paquete.

—¿Quería algo? —preguntó Briggs.

—La verdad es que solo estaba pasando el rato —dijo dedicándole una sonrisa de oreja a oreja.

—Creía que Alvin se aseguraría de que no pudiera pasar de recepción.

—Se le habrá olvidado. ¿Alguna novedad del club de boxeo?

—Los forenses no han descubierto nada digno de mención —contestó Oldfield—. Sin el arma, estamos estancados.

—Yo no iría tan lejos —dijo Rebus para tranquilizarlo—. Tienen al hombre que le vendió el martillo a Cafferty. Si este no puede presentar el martillo en cuestión, resultará sospechoso. Y si lo hace...

—Pero no lo hará.

—Pero no lo hará —coincidió Rebus.

—Las sospechas no bastan para presentar cargos contra nadie —apostilló Briggs.

—Parece que ha aprendido usted de la sabiduría de la fiscalía. Reconozco que es difícil de demostrar, pero no siempre lo saben todo.

Rebus dio otro mordisco a la galleta. Había acabado sentado a la mesa de Fox y estaba curioseando sus documentos.

—Alvin se subirá por las paredes si le encuentra aquí cuando vuelva.

—A Big Ger no hay nada que le guste más que una conversación agradable —dijo Rebus—. Y su abogado cobra unos honorarios de tres dígitos por hora, así que él tampoco tendrá prisa.

—Dicen por ahí que lo conoce usted demasiado bien.

Rebus miró a Briggs a los ojos.

—Por el bien de mi salud, sí, probablemente sea cierto.

—He revisado su historial. Parece que es la primera vez que utiliza un martillo.

Rebus pensó en ello.

—Es posible que se arrepienta. Debió de pasar por delante de la tienda y se

dijo: «¿Por qué no?». Necesitaba algo. Kenny Arnott es veinte años más joven que él y no es precisamente un pusilánime. —Se encogió de hombros—. Además, un martillo y unos clavos son de la vieja escuela. A lo mejor creyó que Arnott sabría apreciarlo.

—¿Que sabría apreciarlo?

Briggs parecía horrorizada.

—Es difícil de explicar.

Rebus estaba a punto de marcharse cuando apareció un enojado Alvin James en el umbral.

—Ya me iba —dijo Rebus.

—Quiere hablar con usted. No hablará conmigo hasta que lo haya hecho.

—¡Qué mala suerte!

—Sí, desde luego. Dice que serán cinco minutos y luego podemos volver a interrogarlo. —James le hundió un dedo en el pecho—. Me informará de todas y cada una de las palabras que pronuncie, ¿entendido?

—¿Lo grabará todo?

James negó con la cabeza.

—Cinco minutos —repitió, extendiendo los dedos de una mano—. Así que no se ponga demasiado cómodo...

Rebus llamó a la puerta y entró en la sala de interrogatorios, momento en el cual Cafferty indicó a Crawford Leach que fuera a estirar las piernas.

—No sé si es prudente —dijo el abogado arrastrando las palabras.

—Largo de aquí, Crawford. Aféitese como es debido o haga lo que le parezca.

Cafferty observó a su abogado marcharse y cerrar la puerta cuidadosamente. Delante tenía una taza de té y nada más. La grabadora y la cámara estaban apagadas. Rebus se sentó al otro lado de la mesa, en la que supuso que era la silla de Alvin James. Cafferty miró en derredor como si estuviera valorando una oferta de arrendamiento.

—Hemos estado en varias de estas a lo largo de los años, ¿eh, John?

—En unas cuantas, sí.

—Me contó Craw que una vez le pegaste. Fue por el caso Johnny Biblia, ¿verdad?

—Pero eso fue en Craigmillar.

—Entonces las reglas eran diferentes. Pero ¿sabes una cosa? —Cafferty sacó pecho—. Tengo la sensación de que estoy viviendo una segunda juventud.

—¿Y eso?

—Todas esas cartas están cayendo como deberían y llevo tantos puntos de ventaja que casi me da vergüenza.

Cafferty se echó a reír, toqueteando la taza con los dedos.

—El comisario James me ha concedido solo cinco minutos —le advirtió Rebus—. ¿Te da tiempo a hacer una confesión completa y sincera?

—Estaba pensando... Puede que no volvamos a vernos nunca más, al menos en un lugar como este, ahora que te has jubilado. ¿Esa tos tuya ha mejorado? Por supuesto que no. Parece que la vida me ha regalado una prórroga mientras todos los demás se desmoronan.

—Algunos de ellos con tu ayuda. —Rebus hizo una pausa—. No piensas contarles nada, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Y a mí?

—¿A ti?

—Creo que me merezco algo.

—¿Es tu cumpleaños otra vez? Ya te entregué a Glushenko. ¿Con eso no basta?

—No me entregaste a Glushenko. Lo único que hiciste fue ponerme a un «ruso» delante como incentivo. Pero tú lo supiste en todo momento, ¿no es así? Era el as que guardabas en la manga.

—Eres todo un personaje, John. Estoy seguro de que ya te lo he dicho alguna vez. Esta gente no te merece.

—Son buenos policías.

Cafferty resopló con aire burlón.

—No lo suficiente.

—La pifiaste. Te han identificado.

—¿Seguro que era yo? ¿Un tendero de setenta años que lleva unas gafas como culos de botella? Sabes perfectamente que nadie irá a juicio basándose en eso.

—¿Te han pedido la ropa?

—Puedo dársela. Será exactamente igual que la que llevaba ayer.

—¿Qué hiciste con el martillo? ¿Qué te dijo Arnott?

Cafferty esbozó una ínfima sonrisa rayana en la tristeza.

—Glushenko está cerca, John. Está muy cerca. Y cuando llegue aquí... se acabó.

La puerta se abrió y allí estaban Alvin James y Sean Glancey. Entre sus hombros se divisaba la cabeza de Leach.

—Se acabó el tiempo —anunció James con brusquedad. Rebus ya estaba de pie.

—Solo quería abrir el baúl de los recuerdos —dijo—. Cinco minutos de mi vida que no voy a recuperar.

—Entonces lárguese de aquí —replicó James—, y deje que lo intenten los profesionales.

Al salir, Rebus miró a Cafferty, pero este tenía los ojos clavados en James, que estaba preparándose para seguir con el juego.

Clarke y Fox llegaron justo a tiempo para oír la noticia: una casa adosada con las cortinas echadas pero con la puerta principal entreabierta, a solo una calle de donde habían visto por primera vez a Anthony Brough. Una pareja de agentes uniformados había entrado y estaban bastante convencidos. Se encontraban en el umbral cuando se acercaron Fox y Clarke, quien les enseñó la placa.

—Inspectora Clarke —anunció—. ¿Qué tenemos?

—El dormitorio del piso de abajo, en la parte trasera de la casa, al lado de la cocina. En la puerta había una cerradura, pero el candado estaba en la moqueta

del vestíbulo. La habitación huele que apesta. Han tapado la ventana con tablones de madera. Hay una cama plegable, un cubo para mear, una botella de algo que parece agua y nada más.

—Justo delante de la puerta había un montón de ropa —añadió su compañero—. Un traje, una camisa y unos zapatos.

Clarke miró hacia el interior de la vivienda.

—¿Es una casa okupa o qué?

—Hay cosas en la cocina y, en el piso de arriba, un colchón con un saco de dormir encima. Hay más ropa en un par de bolsas de basura.

—Y un cepillo de dientes y una cuchilla en el lavabo —dijo el primer agente.

—¿Ha entrado alguien más? —preguntó Fox.

—Solo nosotros.

—¿Han tocado algo?

—No somos principiantes.

La expresión del agente se había vuelto menos amigable.

—Quiero saber quién vive aquí —dijo Clarke. En la acera se había agolpado un pequeño grupo de curiosos, en su mayoría niños con bicicletas—. Pregunte a los vecinos de ambas fincas. Luego podemos comprobar la documentación. Probablemente haya facturas en algún cajón.

—El ayuntamiento debe de tener registrado a quien paga el impuesto anual —añadió Fox.

Clarke volvió a estudiar el interior de la casa y cruzó el umbral. Fox no parecía tan seguro.

—El dormitorio es el centro neurálgico, Malcolm —afirmó Clarke—. Hablando del tema...

Sacó el teléfono y marcó el número del jefe de la científica.

—Siobhan —respondió Haj Atwal—. ¿Una nueva contribución a las arcas?

Clarke le facilitó la dirección.

—No es nada excesivamente desagradable. Se trata de una persona a la que han tenido cautiva, pero necesitamos que examinen el lugar.

—¿Treinta minutos? —preguntó Atwal.

—Habrá alguien aquí —dijo Clarke antes de colgar. Después, a Fox—: ¿Vamos?

Fox la siguió por el angosto pasillo, que olía a vómito. Se detuvieron en la puerta del dormitorio. Los corchetes parecían baratos y endebles y el candado era pequeño y brillante.

—Como nuevo —comentó Fox.

Sin necesidad de entrar en la habitación vieron que era tal como la había descrito el agente. Las paredes de yeso estaban desnudas, y la pequeña ventana, cubierta con tablones de contrachapado. Había una cama plegable apoyada verticalmente y una manta debajo, además de un cubo y una botella de agua. Entre la cama y el cubo, el vómito seco había formado una capa sobre la harapienta moqueta. Fox se fijó en la ropa amontonada junto a sus pies. La empujó con la punta del zapato y sacó una cartera de un bolsillo de la americana. Luego cogió un bolígrafo, se agachó y la abrió. Contenía tarjetas de crédito y débito y un carné de conducir. Cubriéndose las yemas de los dedos con un pañuelo, sacó el carné lo suficiente para determinar que su propietario era Anthony Brough.

Clarke lo miró y asintió. Fox observó el candado. Estaba abierto y no había rastro de la llave.

—¿Crees que el secuestrador simplemente fue descuidado? —aventuró Clarke.

—Eso parece.

Fueron a la cocina. En el fregadero había un cenicero lleno de colillas de porro. Clarke abrió un par de cajones, pero no encontró facturas ni correo. En el otro extremo de la cocina, Fox había abierto dos armarios contiguos situados sobre la encimera.

—Sorpresa —dijo.

Al darse la vuelta, Clarke vio unas bolsas que contenían polvo blanco, hojas verdes y cogollos y pastillas de varios tamaños y colores. Había también viales y

frascos con tapón de goma hermético llenos de un líquido transparente, obviamente destinado a inyecciones. Fox leyó la etiqueta de uno de los frascos.

—Puede que necesitemos un médico que nos explique para qué sirve todo esto —comentó.

—Dudo que sea para consumo propio, Malcolm. ¿Y tú?

Fox había visto algo en una esquina poco iluminada.

—¿Qué parece eso? —preguntó.

—La llave de un candado —dijo Clarke—. Se le cayó al secuestrador.

—No la encontraba y no podía arriesgarse a cerrar el candado, de modo que se la jugó —observó Fox asintiendo.

El mayor de los dos agentes uniformados estaba en la puerta.

—El ocupante es Eddie Bates. Nunca ha causado problemas, pero recibe visitas a todas horas.

—¿Vive alguien más aquí?

—Solo él.

—Haga circular su nombre. A ver si es un viejo conocido. También necesitamos una descripción. A lo mejor salió a dar un paseo y está de camino.

—¿Enviamos grupos de búsqueda?

Clarke reflexionó unos momentos.

—Actuaremos con discreción —concluyó—. Cierren la puerta y veamos qué ocurre. —Llevó a Fox y al agente por el pasillo en dirección a la entrada—. Agentes uniformados y coches patrulla. Los quiero a una distancia prudencial. —Ya estaba llamando por teléfono—. Haj —dijo cuando la atendió el jefe de la científica—, que nadie haga ningún movimiento. Yo ya avisaré cuando sea seguro venir hacia aquí.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Fox cuando iban hacia la acera.

—Tú y yo esperaremos en un coche sin apartar la vista de la puerta.

—¿Crees que ese tal Bates solo ha salido a airearse? Hace un par de horas que escapó Brough. Es mucho tiempo para dejar a un rehén...

—Quizá pensó que iba drogado hasta las cejas. A lo mejor él también dio unas

caladas, se fumó un porro o dos y le entró el hambre. —Vio que Fox estaba mirándola—. Vale, venga. ¿Qué harías tú?

—Yo difundiría una descripción suya en estaciones de autobuses y trenes. Si, en efecto, volvió a casa y descubrió que Anthony Brough había escapado, probablemente querría largarse de aquí.

—¿Sin llevarse nada de lo que tiene en la cocina? Seguramente haya droga por valor de dos mil libras en esos armarios.

—Cierto —reconoció Fox.

Llevaron el coche al final de la calle. Cuando los agentes uniformados y los coches patrulla se evaporaron, también lo hicieron los curiosos. Al cabo de unos minutos, la zona estaba tranquila. Clarke llamó a Christine Esson y le dio el nombre y la dirección de Bates.

—Consígueme todo lo que puedas, incluyendo Facebook, Twitter e Instagram. Una foto reciente sería perfecta.

—De acuerdo.

—¿Un traficante de drogas publicaría fotos en Internet? —preguntó Fox cuando Clarke colgó.

—Todo el mundo lo hace.

—Yo no.

—Porque tú eres un tío raro, Malcolm.

—En cambio, ¿la gente que comparte su privacidad con completos desconocidos es absolutamente normal?

—Curioso, ¿verdad?

Fox negó con la cabeza. En ese momento vibró su teléfono y miró la pantalla.

«Tic tac».

—¿Tu admiradora secreta otra vez? —preguntó Clarke.

—Es Darryl Christie —admitió Fox.

—¿Qué quiere?

—Que utilice los recursos de la Policía de Escocia para encontrar a Glushenko.

—¿Y por qué ibas a hacer eso por él?

—Porque mi hermana le debe dinero.

—¿Cómo es eso?

—Deudas de juego.

—No lo harás, ¿verdad?

—Estoy ganando tiempo.

—¿No puedes pagarle y ya?

—Para eso tendría que vender mi casa. También estoy estudiando esa posibilidad.

—Joder, Malcolm. Si te sirve, puedo prestarte...

Fox negó con la cabeza.

—Me las arreglaré, Siobhan.

—¿Lo sabe tu jefe?

—Por supuesto.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Para pasar el rato.

—Pues ya que tienes ganas de hablar, ¿qué sabes del estado de salud de John?

—¿Por qué iba a contármelo a mí?

—Tengo la sensación de que soy la única que no sabe nada.

—Seguro que está bien.

—¿Y tú, Malcolm? ¿Estás bien?

—Me gustaría que te hubieran dado a ti el ascenso en Gartcosh, Siobhan. Yo estaba contento donde estaba. —Hizo una pausa—. Y te echo de menos.

Clarke guardó silencio y le dio un apretón en la mano.

—Gracias —dijo ella.

—¿Y tú lamentas tu reacción cuando me dieron el puesto?

Clarke retiró la mano.

—No estropeemos el momento, ¿de acuerdo?

Ambos se miraron y sonrieron. Después, Fox vio algo en el retrovisor lateral.

—Atenta —avisó a Clarke.

Un hombre avanzaba por la acera con una bolsa de la compra en la mano. Sus pasos tenían la cuidadosa precisión de quienes van ebrios pero intentan disimularlo.

—Beber de día es algo maravilloso —comentó Clarke cuando el hombre pasó junto al coche sin percatarse de nada. Llevaba un pitillo de liar en la boca y estaba tosiendo. Tenía el pelo claro y ralo y llevaba unos vaqueros desgastados, una chaqueta a juego y unas botas de trabajo marrones. Parecía que lo hubiera azotado una racha de viento repentina. Se detuvo delante de la verja en cuestión y la empujó con la rodilla.

—Es él —dijo Clarke—. Esperemos a que entre.

El hombre estaba abriendo la puerta con la llave. Necesitó un par de intentos y desapareció en el interior.

—Vamos —dijo Clarke, que se bajó del coche.

Acababan de llegar al umbral cuando la puerta se abrió de nuevo. El hombre había olvidado la bolsa y de repente parecía sobrio y sorprendido. Al verlos, intentó cerrar, pero Fox empujó la puerta con el hombro y el desconocido salió despedido.

—¡Yo no he hecho nada! —exclamó mientras trataba de ponerse en pie.

—Tenemos en nuestro haber varias propiedades extraviadas que le pertenecen, señor Bates —le informó Clarke—. Queremos hablar con usted del tema...

Las noticias del hospital Western General eran que Anthony Brough estaba durmiendo. Le habían extraído sangre para una analítica. Por la noche, el paciente quizá estaría despierto y podría hablar. Con eso en mente, Clarke y Fox regresaron a Gayfield Square. Christine Esson les entregó una copia del historial de Bates. Sus antecedentes por delitos menores se remontaban a sus tiempos de colegial e incluían cuatro condenas de cárcel. Pero su último encontronazo con la ley se había producido hacía casi cuatro años y nada indicaba que hubiese trepado hasta convertirse en un traficante de envergadura. Clarke pasó los documentos a Fox y le dejó que se los leyera mientras ella observaba a Ronnie Ogilvie. Estaba sentado a su mesa, trabajando con el ordenador, pero había algo...

—Te has quitado el bigote —dijo.

Ogilvie se acarició el labio superior.

—Sí —respondió.

Esson contuvo una sonrisa.

—En las dos horas que llevo fuera —continuó Clarke.

—Se me ocurrió de repente.

Fox había terminado de leer y dejó el informe encima de la mesa de Clarke.

—¿Qué haremos hasta que aparezca el abogado? —preguntó.

Esson había cogido el teléfono fijo y tapó el auricular con la mano.

—Acaba de llegar a recepción —anunció.

—¿Estás listo? —preguntó Clarke a Fox.

—Claro —respondió él abotonándose la americana.

El abogado parecía estresado y llevaba una corbata azul cielo y el primer botón de la camisa desabrochado. Las gafas de pasta negra no paraban de resbalarle por la nariz. Clarke movió la cabeza a modo de saludo e introdujo dos cintas en la grabadora mientras Fox se cercioraba de que el vídeo funcionara.

—Mi cliente...

Clarke lo interrumpió para decir su nombre y añadir el del inspector Malcolm Fox. Luego hizo una pausa y esperó.

—Me llamo Alan Tranter y soy el representante legal del señor Edward Bates —dijo el abogado, que repasó la documentación que llevaba.

—¿Y usted es...? —preguntó Clarke, mirando a Bates.

—Eddie Bates —murmuró a la postre—. Nadie me llama Edward.

—Me aseguraré de que los carceleros lo tengan en cuenta —dijo Clarke—. A la gente que lo vigilará mientras esté en la celda la llamamos así.

—¿De qué se me acusa?

—De secuestro. Nadie ha recibido una nota pidiendo un rescate, pero secuestro valdrá. Significa retener a alguien en contra de su voluntad, y es bastante grave. Pero si a ello le sumamos conspiración para proporcionar droga...

—Yo no sé nada de drogas.

—La hemos cogido de su cocina y la hemos llevado a nuestro laboratorio de Howden Hall. Allí la pesarán, contarán e identificarán. Se buscarán huellas en los embalajes. Y a usted también le tomarán las huellas, señor Bates.

—En serio, alguien debe de haberla puesto ahí.

—¿Delante de sus narices? ¿Sin que usted se enterara de nada? A lo mejor también metieron a Anthony Brough en esa habitación y no vio el candado nuevecito ni notó el olor a mierda y vómito. ¿No es usted una persona curiosa, señor Bates?

—¿Es realmente necesario usar ese tono, inspectora Clarke? —preguntó Tranter.

—Su cliente está en una situación delicada, señor Tranter. Haría bien en

dejárselo claro. Encontraremos sus huellas en el cubo, en la botella de agua, en los bordes metálicos de la cama plegable...

—Sin olvidar el candado —añadió Fox.

—Pero todavía no tienen esas huellas, ¿verdad? —dijo el abogado.

—La policía científica está allí ahora mismo. —Clarke se volvió hacia Bates—. Y debo advertirle que son muy buenos.

Tranter volvió a consultar sus notas.

—¿Ha dicho algo ese tal Anthony Brough? ¿Es posible que la estancia en la casa fuera voluntaria? Según me ha comentado mi cliente, la reputación del señor Brough no es precisamente intachable...

El abogado no terminó la frase y miró a Clarke a los ojos.

—¿Eso qué significa? —preguntó esta.

—En el pasado, mi cliente ha proporcionado al señor Brough pequeñas cantidades de ciertos estimulantes.

—¿Cómo de pequeñas?

—Si esto va a juicio, puede que obtenga respuesta. El señor Brough trabaja en el sector de la banca y las inversiones, ¿no? ¿Está seguro de que acusar al señor Bates es lo que más le interesa? ¿Cree que él lo verá de ese modo?

—No importa cómo lo vea él. Seremos nosotros los que presentaremos los cargos.

En la sala se hizo el silencio, con la salvedad de la respiración congestionada de Bates.

Fox se aclaró la garganta y se desabrochó la americana.

—Si verdaderamente le vendió mercancía a Brough —dijo a Bates—, ¿podrá identificarle si le enseñamos una foto? ¿Él sabrá su nombre?

Bates se miró las manos, que agarraban con fuerza el borde de la mesa.

—No le vendía a él directamente —masculló.

—Entonces ¿a quién?

—Mire —terció el abogado—, estoy convencido de que esto podrá investigarse a fondo cuando mi cliente...

—A su secretaria —soltó Eddie Bates.

Fox y Clarke se miraron.

—Deme un nombre y puede que empiece a creerle —dijo Fox.

—Sewell —afirmó Bates sin titubear—. Molly Sewell.

—¿No existe recepcionista al que no puedas esquivar? —preguntó Clarke a Rebus, que avanzaba hacia ella por el pasillo. Estaba tomando un té tibio y había conseguido medio bocadillo de beicon y lechuga. El pan estaba rancio y el tomate, un poco harinoso.

—Soy como el reparto de *La gran evasión* pero a la inversa —dijo Rebus—. ¿Qué es eso que me han contado sobre Anthony Brough? —Clarke se lo quedó mirando—. Tengo mis fuentes, Siobhan.

—Unas fuentes que no andan muy lejos, imagino —respondió Clarke, que se volvió hacia la mesa donde se encontraba Christine Esson mirando hacia otra parte. Al oír voces, Fox salió de la oficina. Él también llevaba un bocadillo en la mano, pero no estaba progresando demasiado con él.

—Siento interrumpir vuestro almuerzo —dijo Rebus—. ¿O es una cena temprana? —Fingió consultar su reloj.

—Brough iba drogado y estaba encerrado bajo llave —explicó Clarke—. Su carcelero es un traficante llamado Eddie Bates. ¿Lo conoces?

—Me suena su nombre.

Rebus frunció el ceño.

—Dice que Brough estaba de visita. No sería mi destino predilecto si tuviera mucho dinero y quisiera irme de fiesta, pero eso nos ha contado.

—¿Quién? ¿Brough o Bates?

—Bates. —Clarke tiró el resto del bocadillo a una papelera y se limpió las migas de las manos—. Brough sigue grogui y están administrándole vitaminas. Hablaremos con él en breve.

—¿Se lo han notificado a Francesca?

Clarke asintió.

—Y a Molly Sewell.

—¿Qué es lo que me ocultas?

—Según Bates, Sewell era la intermediaria. Ella encargaba la mercancía para su jefe y entregaba el dinero.

—De acuerdo.

—Pero no encaja. Brough no acudió precisamente a una fiesta. Estaba desnudo, encerrado en una habitación con las ventanas cubiertas con tabloncillos y un cubo para mear y cagar. Casi muere de inanición y le habían inyectado Dios sabe qué.

—Cada uno disfruta como mejor le parece —comentó Rebus, pero Clarke negó con la cabeza—. Entonces ¿crees que Bates vio la manera de ganar más dinero exigiendo un rescate por el jefe? ¿Tenemos indicios de que pidiera algo a cambio?

—Nosotros no. ¿Y tú?

—Algo así no me lo callaría.

—John, ese es precisamente el tipo de información que te callarías.

—Lo digo en serio. —Rebus hizo una pausa—. ¿Ese tal Bates tiene pinta de secuestrador?

—No sabía que existiera la pinta de secuestrador —replicó Clarke algo molesta.

—Yo diría que no la tiene —continuó Fox—. Para empezar, no es lo bastante listo. Un secuestro requiere un cerebro calculador.

—Entonces ¿por qué secuestró a Brough? —preguntó Clarke cruzándose de brazos.

—A lo mejor nos lo cuenta Brough —aventuró Rebus—. ¿Cuándo pensabas hacerle una visita?

—Muy pronto. Veo que andas buscando una invitación.

—Yo no sería tan presuntuosa. Pero ya que te ofreces...

El teléfono de Fox anunció que había llegado un mensaje.

—¿Christie? —dijeron Rebus y Clarke al unísono y se miraron el uno al otro.

—Para variar, no —respondió Fox—. Alvin James pregunta por qué no estoy en mi puesto.

—Dile que estás haciendo cosas para Gartcosh —le aconsejó Rebus.

—Es justamente lo que estoy haciendo —dijo Fox mientras tecleaba.

—Una cosa —añadió Rebus—. Sea cual sea el coche que llevemos, no puedo sentarme atrás. Me mareo.

—Suponiendo que te dejemos venir —repuso Clarke.

—Mejor un invitado que un intruso, ¿no crees?

—¿Olvidas tu reciente historial hospitalario?

—Esta vez será distinto, Siobhan. Confía en mí.

Había bastante gente alrededor de la cama de Anthony Brough. Cuando Francesca vio a Rebus entrando en la sala, fue hacia él como una niña alborotada, le dio un apretón de manos, se puso de puntillas y le habló al oído.

—Mi hermano es el diablo, ¿lo sabía?

Llevaba el jersey remangado y Rebus vio una vieja cicatriz en el brazo.

En ese momento se acercó Alison Warbody, que volvió a bajarle las mangas.

—Pórtate bien —le advirtió—. Recuerda lo que te he dicho.

Francesca dejó que la llevara de nuevo junto a la cama, donde se encontraba Molly Sewell. Francesca señaló a su hermano, que estaba incorporado con tres almohadas debajo de la cabeza.

—Es policía —entonó la mujer—. Le interesa mucho Maria Turquand.

—¿No puedes darle un Valium o algo así?

Anthony Brough estaba mirando a Warbody mientras hablaba.

—Sí, claro —respondió—. Medicación es justo lo que necesita.

Clarke y Fox estaban al lado de la cama y se presentaron.

—Un segundo —interrumpió Warbody mientras señalaba a Rebus—. Me dijo que él era Fox.

Clarke miró a Rebus con cara de pocos amigos.

—Se llama John Rebus —informó a Warbody. Después, a Brough—: Tiene mucho mejor aspecto, señor.

—Todavía me noto la cabeza como si la tuviera llena de algodón —respondió Brough—. Pero algodón armado con un martillo neumático.

Tenía esa voz profunda y resonante de la aristocracia escocesa. Su rostro había recuperado un poco de color y las mejillas empezaban a mostrar su rubicundez natural. Tenía el pelo ondulado y rubio, y alguien, probablemente una enfermera, se lo había cepillado. Brough se pasó una mano titubeante por él, como si intentara darle otra forma.

—Deben de tener muchas preguntas —dijo dirigiéndose al grupo—. Yo desde luego las tengo. Pero ahora mismo todo es muy confuso, así que discúlpeme si no encuentro respuestas.

—Lo que más nos interesa, señor —empezó Clarke—, es si estaba allí por voluntad propia.

—Ni siquiera sé dónde estaba. Fue todo una pesadilla. Correr desnudo por la calle. Tenemos pesadillas con eso, ¿no es así?

—Estaba usted en una casa de West Pilton propiedad de un hombre llamado Eddie Bates.

—No lo conozco de nada.

Clarke volvió la cabeza.

—¿Y usted, señorita Sewell?

—¿Qué? —Molly Sewell parecía sorprendida—. Ni idea.

Francesca había empezado a repetir el nombre de Bates entre dientes y al parecer le había encontrado el ritmo.

—¿Qué tiene que ver esto con Maria Turquand? —preguntó Brough.

Clarke negó con la cabeza.

—No hemos venido por eso, señor Brough.

Pero este estaba mirando a Rebus como si algo le hubiera llamado la atención. Entonces cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes en un gesto de dolor.

—Ya podían traerme más pastillas. —Se agarró a la parte de arriba del pijama que le había proporcionado el hospital—. Y encima estoy sudando. Este sitio es un horno.

—Un horno ardiente —exclamó su hermana con unos ojos como platos, y prorrumpió en carcajadas.

Brough volvió a mirar a Warbody.

—Alison —dijo—, te agradezco el detalle, pero ¿no deberías llevar a mi hermana a casa?

—No me gustan los hospitales —explicó Francesca a quien estuviera dispuesto a escuchar.

—A nadie le gustan —respondió su hermano.

—Quería verte —aseguró Warbody.

Francesca parecía confusa.

—¿De verdad?

—Sé que sí.

—Supongo —dijo Francesca encogiéndose de hombros.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Clarke a Molly Sewell—. En privado.

—¿No puede esperar?

—Solo tardaremos cinco minutos. El señor Brough no se moverá aquí.

Clarke echó a andar, seguida de Fox y de una reacia Sewell.

—¿Qué pasa? —preguntó Brough a Rebus.

—¿Les importa que me sienta? No soy tan joven como algunos de ustedes.

Rebus se sentó en la única silla que había.

—Sí, eres viejo —dijo Francesca—. Eres muy muy viejo. ¿Te morirás pronto?

—¡Francesca! —Warbody la agarró de un brazo y le dio un tirón.

—Llévatela a dar un paseo —suplicó Brough—. A la tienda o a donde sea. O sácala a que le dé el aire.

—De acuerdo —dijo Warbody, que cogió a Francesca de la mano—. Pero volveremos dentro de un rato.

—Estoy deseándolo —dijo Brough, que lanzó un beso a su hermana. Ella se agachó para esquivarlo e iba cantando cuando la sacaron de la sala.

—Da mucho trabajo —dijo Rebus en tono comprensivo—. Deduzco que lo paga usted todo.

—Merece la pena.

—Es curioso. Tenía entendido que su hermana pagaba a la cuidadora de su propio bolsillo. Sir Magnus le dejó mucho dinero. Menos mal que no se lo confió a usted para que lo invirtiera, ¿eh?

Brough miró a Rebus con dureza.

—No puedo decirle nada.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo.

—¿Qué es lo último que recuerda antes de despertarse en aquella habitación?

—¿Cuántos días estuve allí?

—Probablemente algo más de una semana.

Brough apoyó la cabeza en las almohadas y miró al techo.

—Estaba en casa haciendo lo que hago siempre por las noches.

—¿Que es...?

—Un par de whiskies y unas rayas de coca. O a veces unos calmantes si me apetece dormir bien. —Brough pensó unos momentos—. Empecé a notarme grogui y, cuando desperté, estaba tumbado en el suelo de la casa de otra persona. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué se han llevado sus compañeros a Molly?

—Quieren saber si alguien pidió un rescate.

—¿Cree que fue un secuestro?

—¿Qué cree usted, señor Brough?

—No tengo ni idea, sinceramente.

—Pero se le habrá pasado por la cabeza...

—¿El qué?

Brough se volvió hacia Rebus.

—Que al otro lado de la puerta estaba Glushenko dispuesto a degollarlo. —

Rebus esperó a que Brough dijera algo. La boca se movía, pero de ella no emanó sonido alguno—. Lo sabemos todo —añadió Rebus, que se levantó de la silla y se inclinó sobre la cama, apoyando los nudillos en el colchón—. No irá a estirar la pata, ¿verdad? Me ocurrió hace poco y daría mala imagen.

—¿Quién es ese tal Glushenko que ha mencionado?

—El hombre al que usted le robó varios millones. ¿Le suena el piso de encima de Klondyke Alley? ¿Usted y su amigo Darryl Christie? Todas esas empresas fantasma enviando dinero por todo el planeta a espaldas de las autoridades fiscales. Y de repente llega ese dinero de Ucrania. Sus inversiones han fracasado últimamente y sus clientes no están contentos con usted, así que roba un poco antes de enviarlo. Pero alguien se percata del déficit y Glushenko se pone furioso. Viene a hacerles una visita a usted y a Darryl, y entonces usted desaparece y deja a Darryl solo. —Rebus hizo una pausa—. ¿Cómo voy de momento? —Brough permaneció en silencio—. Ah, sí, y al final sus pobres inversores no recibieron nada de lo que sisaron, ¿verdad? Se lo quedaron todo usted y Darryl.

—Eso no es cierto. —Brough estaba negando con la cabeza—. Quería que tuvieran su parte y empecé a organizar las transferencias necesarias. Pero el dinero no estaba allí.

—¿Qué quiere decir?

—Que no estaba allí.

—¿Fue Christie? —dijo Rebus.

—¿Quién sino?

—¿Sabía que alguien le atacó delante de su casa?

—Me alegro. Espero que le hicieran mucho daño.

—Deduzco que no fue por orden suya.

—Ojalá se me hubiera ocurrido.

A Brough se le acumuló saliva en las comisuras de los labios.

—¿Glushenko existe realmente?

Brough volvió a entrecerrar los ojos.

—Por supuesto.

—¿Lo conoce? ¿Ha hablado con él? ¿No será un hombre del saco al que se menciona para poner nervioso a todo el mundo, en especial a Darryl Christie?

—Es real.

—Pues qué ironía, ¿no? Mientras permaneció usted encerrado, estuvo a salvo. Pero ahora que ha conseguido escapar...

Rebus dejó la frase inacabada. Se percató de que, pese al dolor de cabeza, la mente de Brough iba a mil por hora.

—¿Puede ayudarme? —dijo finalmente Brough, cuya voz apenas era un susurro.

—¿Ayudarle en qué?

—Necesito dos cosas: ser libre y estar a salvo.

—Son buenas metas a las que aspirar —observó Rebus.

—Tengo algo que ofrecerle.

—¿Ah, sí? ¿Quiere que un poco de ese dinero inexistente acabe en el bolsillo de un expolicía que se lo merece?

—Quizá sea usted la clase de hombre que anhela más resolver un caso que lucrarse.

—Siempre hay una primera vez para todo, imagino.

Brough se humedeció los labios con la lengua.

—Sé quién la mató —dijo.

—¿A quién? —preguntó Rebus, aunque sabía qué nombre estaba a punto de oír.

—A Maria Turquand —afirmó Brough.

Encontraron tres asientos libres en el vestíbulo. El lugar estaba abarrotado de personal y visitantes, la mayoría de ellos hablando por teléfono. Nadie prestó atención a Clarke, Fox y Molly Sewell. Probablemente parecían unos familiares preocupados por un paciente que estaba ingresado en una de las salas. Fox

movió su silla para formar una especie de círculo. Sewell miraba a todas partes excepto a los dos policías.

—Tenemos que preguntarle una cosa —dijo Clarke en voz baja—. Y necesitamos que empiece a ser honesta con nosotros. —Hizo una pausa—. Míreme, Molly. —La joven volvió la cabeza—. Se lo preguntaré otra vez: ¿le suena de algo el nombre de Eddie Bates?

—No.

—Mentirnos puede ocasionarle graves problemas —intervino Fox—. ¿Es consciente de ello?

—Eddie Bates parecía conocerla —continuó Clarke—. Nos aseguró que le había vendido drogas para Anthony Brough. ¿Insinúa que miente?

—Es lo más probable.

Sewell vio a Francesca Brough y Alison Warbody salir del edificio cogidas de la mano.

—Hacen buena pareja —comentó Fox.

—Alison es una auténtica heroína. No todo el mundo tendría tanta paciencia como ella.

—Desde luego, Francesca debe de dar mucho trabajo.

—No es culpa suya, ¿saben? —El tono de Sewell se había vuelto más frío—. Demasiadas tragedias y demasiadas drogas.

—Lo cual nos lleva de nuevo a Eddie Bates —dijo Clarke—. Supongamos que la trasladamos a la comisaría de Gayfield Square y la metemos en una sala con él...

Sewell se mordió el labio inferior y empezó a mirar de nuevo a su alrededor.

—Puede que lo conozca —reconoció.

—¿Y está segura de que nunca le han exigido un rescate ni ha recibido ninguna nota?

Sewell miró a Clarke a los ojos.

—¿Está diciéndome que Eddie secuestró a Anthony?

—Estoy diciéndole que su jefe estuvo encerrado en casa de Eddie Bates.

¿Sabe dónde está esa casa? —Sewell negó con la cabeza—. ¿Lo sabía Anthony?

—No se conocían.

—Pero ¿Bates sabía para quién eran las drogas?

Sewell meditó su respuesta y asintió lentamente.

—A veces iba a la oficina.

—¿Y conocía la dirección personal de Anthony?

Sewell negó con la cabeza una vez más.

—Normalmente quedábamos delante de la oficina. Eddie decía que le resultaba cómodo porque tenía otro cliente en la misma calle.

—¿Bruce Collier? —conjeturó Fox, y Sewell se encogió de hombros.

—Puede que Eddie averiguara la dirección de Anthony —especuló—. Nada es imposible en los tiempos que corren.

—Entonces, para dejar las cosas claras, ¿Anthony nunca supo de dónde salía la droga ni dónde vivía Bates?

—¿Creen que pudo quedarse sin mercancía, se desesperó y fue allí? —Sewell pensó en ello—. Sí, es posible.

—Sin embargo —intervino Fox—, acaba de decirnos que su jefe no tenía ni idea de quién era su proveedor.

—A lo mejor encontró el teléfono de Eddie en mi mesa —dijo Sewell.

—Entonces ¿cómo funcionaba? ¿Anthony le pedía que buscara un camello y usted lo hacía?

Sewell se encogió de hombros.

—Eso es lo que hace una buena asistente personal.

—¿Y qué hizo? ¿Consultar las páginas amarillas?

—Algunos fines de semana voy de discotecas. Le pregunté a una amiga, que a su vez le preguntó a alguien, y me dio un número de teléfono.

—¿Va a alguna discoteca en particular? —preguntó Clarke.

—A Ringo's. —Hizo una pausa para pensar—. O al Devil's Dram. ¿Es importante?

—Seguramente no. ¿Cuánto hace que conoce a Bates?

—Un par de años.

—¿Sabe de dónde sacaba antes la droga?

—De alguien que acabó en la cárcel.

Clarke miró a Fox para ver si tenía alguna pregunta más. Estaba frotándose la barbilla pensativo.

—¿Eddie les ha dicho que retuvo a Anthony por dinero? —preguntó Sewell.

—Todavía estamos atando cabos —reconoció Clarke.

—¿Estoy en un aprieto?

—¿Por conseguirle droga a su jefe? Es posible.

—¿Iré a la cárcel?

—No creo, aunque sin duda le vendría bien contarnos todo lo que crea que debemos saber.

—No se me ocurre nada —dijo Sewell—. ¿Puedo volver arriba?

Clarke sacó una libreta del bolsillo y se la ofreció.

—Anote su dirección y un par de números de contacto. Tendremos que hablar otra vez con usted para dejar constancia de su versión de los hechos.

Sewell se agachó y apoyó la libreta en la rodilla derecha. Clarke la cogió cuando hubo terminado y comprobó que la prolija caligrafía fuera legible.

—¿Puedo irme ya?

Clarke asintió y Sewell se puso de pie. Fox volvió a dejar la silla en su lugar original.

—Y ahora ¿qué? —preguntó.

—Podríamos hablar de nuevo con Eddie Bates. —Clarke se lo quedó mirando—. ¿Tienes que notificar a Gartcosh lo de Brough?

—Supongo que sí. ¿Le hacemos unas cuantas preguntas?

—Cuando las aguas hayan vuelto a su cauce.

—Acabo de darme cuenta de que hemos dejado a John con el paciente. No sé si ha sido muy inteligente.

—¿Por qué no se lo comentas a él?

Clarke inclinó la cabeza hacia la figura que estaba cruzando el vestíbulo, le

hizo un gesto y Rebus la vio, asintió e indicó con la mano que la llamaría más tarde. Luego franqueó las puertas automáticas.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Fox.

—Creo que significa que alguien tendrá problemas —respondió Clarke—. Hacía tiempo que no veía esa mirada en sus ojos...

Como nadie respondía, Rebus volvió a llamar al timbre. Estaba anocheciendo y se oía el canto de los pájaros. No vio una sola ave. Estaban allí, pero eran prácticamente invisibles. Luego probó con la aldaba de metal.

—Sí, sí, sí —dijo una voz desde el interior—. Con esta cadera me cuesta un poco. —Cuando se abrió la puerta, John Turquand tardó un segundo en reconocer al hombre que tenía delante—. Estuvo aquí el otro día.

—Exacto. ¿Le importa que pase?

—No es conveniente, la verdad.

—Pues qué lástima, joder. —Rebus esquivó a Turquand, entró en el vestíbulo y se dirigió a la biblioteca, donde se sirvió un poco de whisky y se lo tomó antes de que llegara su propietario—. El viaje desde Edimburgo es largo —comentó.

—Se le ve nervioso —afirmó Turquand.

Llevaba la misma ropa que en su visita anterior y no se había afeitado desde entonces.

—Siéntese —le ordenó Rebus antes de hacerlo él.

La mesa de bridge seguía esperando a que alguien iniciara una partida. Rebus cogió las cartas y las mezcló al tiempo que observaba a Turquand, que fue hacia la silla situada enfrente y se sentó.

—Peter Attwood era amigo suyo, un buen amigo. Debió de ponerse usted furioso cuando empezó a acostarse con Maria.

—Cuando lo descubrí, sí.

—Y eso ocurrió tiempo antes de que muriese, ¿verdad? Contrariamente a la historia que usted contó.

—¿Está acusándome de algo? ¿Debería llamar a un abogado?

—Fue idea de sir Magnus —continuó Rebus—. Le preocupaba que los escarceos de Maria estuviesen afectando al trabajo que usted desempeñaba. Le necesitaba en plenas facultades para la adquisición del Royal Bank. Le aconsejó que la dejara y usted lo intentó. La siguió. Sabía en qué habitación del Caley se hospedaba. Incluso llamó a la habitación, pero no tuvo agallas. Sir Magnus insistió; había que hacer algo y, si no hablaba usted con ella, lo haría él. Así que se armó de valor y fue al hotel, se plantó delante de su habitación y llamó a la puerta. Cuando abrió, esperaba encontrarse a Peter Attwood. Usted no sabía que él quería acabar con la relación.

—Basta, por favor.

A Turquand le temblaba el labio superior.

—Aquella mirada radiante, lista para abrazar a su amante, nunca se la dedicó a usted y perdió los estribos. La empujó dentro y le echó las manos al cuello.

—No...

—Le quitó la vida.

Turquand se tapó la cara con las manos y apoyó los codos en la mesa. Rebus seguía mezclando la baraja mientras hablaba.

—Seguramente lo hubieran descrito como un crimen pasional, pero, en este caso, la pasión era solo de ella. Cuando terminó, fue a ver a su jefe y se lo confesó todo. Él le aseguró que no pasaría nada, lo tranquilizó y se mostró dispuesto a facilitarle una coartada. Había pasado la tarde reunido con él. Se convirtió usted en sospechoso, claro está, pero había muchos más. Y, al final, incluso la policía perdió interés. Ya podía ganar sus millones y gastárselos.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha contado?

Rebus dejó las cartas encima de la mesa.

—En su lecho de muerte, sir Magnus se confesó a sus nietos. Quería que supieran una cosa.

Turquand levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Que cierta clase de personas pueden salirse con la suya incluso en un caso de asesinato. Estaba moldeándolos a su imagen y semejanza, o eso pensaba. Quería que fueran duros, despiadados y sobornables, todas las cualidades que hacen de una empresa, e incluso de la propia vida, un éxito.

—Eso es horrible —dijo Turquand.

—Su jefe era un hombre horrible y Anthony lo heredó. Siempre había ejercido control sobre usted. Por eso dio a su empresa de inversiones un apoyo extraordinario. Por eso consiguió que invirtiera usted tanto dinero de su propio bolsillo. —Rebus hizo una pausa—. Y por eso, ahora que ha perdido todo ese dinero, está usted desamparado. ¿Sabe qué veo cuando miro a mi alrededor? Veo una prisión. Es un bonito lugar para estar encarcelado, pero así ha estado desde que murió Maria. Por eso nunca ha vuelto a casarse. Está cumpliendo cadena perpetua, señor Turquand, y la familia Brough es la que monta guardia.

Turquand bajó los brazos y se recostó en la silla de madera, que crujió bajo su peso.

—Tuvo que contárselo por alguna razón.

—Anthony está en el hospital recuperándose de un secuestro. No tiene pruebas de que fuera usted el autor, de que busque una venganza tardía, pero él sabe que económicamente está en las últimas. A lo mejor cree que usted no tiene nada que perder si lo tortura.

—¿Un secuestro? ¡Es la primera noticia que tengo, créame!

—Ya lo sé —dijo Rebus en voz baja y se levantó.

—Bueno, ¿qué pasará ahora?

—Pues puede ir a cualquier comisaría y confesar. A lo mejor hasta consigue un acuerdo editorial para un libro cortesía de Maxine Dromgoole. Se haría famoso, lo cual es mejor que nada, supongo.

—¿Y si decido no hacerlo?

Turquand clavó los dedos en el tapete verde.

—Si hubiera tenido intención de cantar, señor Turquand, lo habría hecho hace años, aunque solo fuera para quitarse a Anthony de encima. Ahora que las arcas

están más o menos vacías no tiene sentido, ¿verdad? Los Brough ya han causado su daño de un modo u otro.

—¿No va a detenerme?

—No soy policía. Y, al fin y al cabo, sería su palabra contra la de Anthony. Además, las confesiones en el lecho de muerte rara vez influyen demasiado en los tribunales.

—Sí —coincidió Turquand—. Sir Magnus pudo haberse inventado la historia, ¿no es cierto? Un último juegucito con sus nietos.

Intentó ponerse en pie, pidiendo a Rebus una ayuda con la mirada que no iba a recibir. Ambos se miraron a la cara.

—Pero los dos sabemos la verdad —dijo Rebus.

—Así es. —Turquand hizo una pausa—. ¿Anthony se pondrá bien después de su terrible experiencia?

—Ya va camino de la plena recuperación.

—Lamento oír eso —dijo Turquand, que siguió a Rebus por el pasillo—. A mi manera, yo la amaba, ¿sabe? Pero eso nunca fue suficiente para Maria.

—¿Ahora va a contarme que estaba pidiéndolo a gritos? No malgaste oxígeno.

—Yo solo intenté...

La frase quedó en el aire.

Rebus se detuvo en el umbral y vio cómo se cerraba la puerta poco a poco. Olfisqueó el gélido aire. Hojas y hierba empapada de rocío. Algunos pájaros seguían cantando, pero eran menos que antes. Fox tenía razón, pensó. El whisky del decantador era barato. Luego dio unos pasos atrás, se bajó la bragueta y se puso a orinar. Al cabo de diez segundos, la puerta se abrió un par de centímetros. Turquand debía de estar esperando a oír el Saab alejándose y se horrorizó al ver que el chorro rebotaba en el escalón y salpicaba la puerta.

—El camino hasta Edimburgo es largo —dijo Rebus mientras se subía de nuevo la bragueta.

Clarke y Fox habían ido a cenar temprano a Giuliano's, situado en Union Place. Al otro lado de la calle, las puertas del Playhouse Theatre ya habían abierto. Había un musical en cartel y el público más ansioso ya estaba preparándose para que revisaran sus entradas. En las mesas que rodeaban a los dos inspectores, otros estaban disfrutando de una pizza antes de la función, incluido un exuberante grupo de mujeres de mediana edad, todas ellas engalanadas con una boa rosa al cuello. Mientras Clarke y Fox esperaban la comida, ellas pidieron más botellas de vino tinto.

—¿Qué han dicho en Gartcosh? —preguntó Clarke.

—Al igual que nosotros, les gustaría saber dos cosas: quién ordenó el secuestro y qué ocurrirá ahora que Brough vuelve a estar en la calle.

—¿No creen que Bates pudo actuar en solitario?

—Les convencí de que era improbable.

—¿De verdad saben lo de la deuda de Jude?

—¿Seguiría trabajando en el caso si lo supieran?

Clarke bebió un sorbo de tónica.

—Lo cual plantea otro interrogante: ¿deberías estar trabajando en el caso? Por un conflicto de intereses, más que nada.

—¿Tú me has visto poner palos en las ruedas?

Clarke se encogió de hombros.

—Puede que la fiscalía no opine lo mismo.

—La fiscalía no ve el mundo a través de nuestros ojos.

—Me recuerdas a cierto policía jubilado al que conocemos.

Clarke miró a su alrededor, impaciente por que llegara su comida.

—Me enviaron aquí por el ataque a Darryl Christie —prosiguió Fox—. En Gartcosh querían saber si guardaba relación con sus negocios con Anthony Brough, que siempre ha sido el objetivo principal. Pero, con la muerte de Robert Chatham, hubo que alterar el rumbo. Ahora resulta que ambos estaban vinculados desde el principio.

—Pero ¿Brough sigue tentadoramente ilocalizable? —especuló Clarke. Estaba

asintiendo cuando sonó su teléfono—. Es ese expolicía del que hablábamos — dijo a Fox antes de cogerlo. Parecía que Rebus iba conduciendo.

—¿Has vuelto a ver a Brough? —preguntó, pues no estaba de humor para conversaciones banales.

—Todavía no. Hemos hablado otra vez con Bates y lo hemos dejado pudriéndose en su celda.

—Deberías ir al hospital.

—¿Por qué?

—Porque tiene miedo. Creo que está dispuesto a hablar.

—¿De las empresas fantasma?

Clarke miró a Fox a los ojos.

—De todo. Siempre y cuando le prometamos que le salvaremos el cuello.

—Dime que no le has prometido nada...

—¿Cómo iba a hacerlo?

—Dudo que eso te frene.

Clarke se echó hacia atrás cuando le sirvieron su cuenco de ñoquis.

—Irás a la cárcel, Siobhan. Puede que por el delito equivocado, pero acabará en la cárcel, y es consciente de ello. Solo falta saber en qué clase de cárcel y por cuánto tiempo.

—Suponiendo que Glushenko no llegue antes hasta él.

—Exacto.

Clarke escuchó el silencio al otro lado de la línea.

—¿A qué te refieres con «delito equivocado»?

—Es un asesino, Siobhan. En las últimas horas, es el segundo al que conozco y que además ha salido airoso.

—¿Qué?

—Luego te lo explico.

—¿Dónde estás?

—Voy conduciendo.

—Pero ¿adónde?

—¿Estás con Malcolm?

—Sí.

—¿Indio o italiano?

—Italiano.

—Ojalá estuviera ahí con vosotros.

—Hay una silla libre en nuestra mesa.

—Mejor una copa en el Ox cuando hayáis ido a ver a Brough.

—¿Qué se supone que debemos decirle?

—Pídele a Malcolm que lo consulte con sus amigos de la Agencia Tributaria.

El dinero blanqueado que desapareció..., los días que pasó en esa habitación de West Pilton. Brough se recuperará, pero ahora está frágil y no tiene ni idea de cuál será su próximo movimiento. Vuestro trabajo consiste en enseñarle el camino.

—Un mapa nos vendría bien.

—No necesitas un mapa, Siobhan.

—¿A qué hora en el Ox?

—¿Sobre las diez?

—A esa hora suelo estar acostada, pero lo intentaré.

—Nos vemos luego.

La llamada finalizó y Clarke resumió a su compañero lo más destacado de la conversación. Antes de que acabara, Fox sacó el teléfono para marcar el número de Sheila Graham. Mientras hablaba, el móvil de Clarke volvió a sonar.

—¿Sí, Christine?

—Estoy llegando a casa —dijo Esson—, pero acaban de llamarme de la comisaría. Tú comunicabas.

—¿Qué pasa?

—Es tu amigo Eddie Bates. Por lo visto quiere hablar.

—Hemos estado con él hace un rato.

—Pues debéis de haber superado la prueba, porque quiere que volváis.

—Pensaba ir a ver a Anthony Brough.

—Lanza una moneda al aire. Pero imagino que Malcolm te ha invitado a cenar en Giuliano's y, si mal no recuerdo, está a dos minutos a pie de Gayfield Square...

Clarke colgó e hizo un gesto a Fox.

—Espera un segundo —dijo Fox, que alejó el móvil de su oreja.

—Primero tenemos que ir a ver a Bates —dijo Clarke.

Fox se mostró sorprendido, pero ella se encogió de hombros y apartó la comida, que seguía intacta.

—Alan McFarlane vendrá de Londres expresamente —dijo Fox cuando entraron en la comisaría y se dirigieron a la sala de interrogatorios. Clarke había llamado con antelación para cerciorarse de que sacaban a Bates de su celda.

—¿Cuándo llegará?

—Creo que mañana por la mañana. Ahora es demasiado tarde para coger un vuelo.

—Esperemos que Brough siga atemorizado.

—Nada nos impedirá verle después de esto —dijo Fox.

—Tienes unas ganas tremendas. ¿Aún intentas causar buena impresión?

—¿A quién?

—A cualquiera que pueda verte.

Clarke sonrió para hacerle saber que era una broma y abrió la puerta de la sala de interrogatorios. Había dos agentes esperando con Bates. Clarke asintió para indicarles que podían irse. Bates estaba inquieto y no paraba de frotarse y rascarse los brazos.

—¿Tienes el mono? —preguntó Fox—. Un buen traficante nunca consume.

—A veces, ser sociable tiene sus ventajas —dijo Bates.

Clarke se sentó delante y Fox se quedó de pie cerca de él. Al lado de Bates, parecía enorme y amenazador, y esa era la idea.

—Por hacer un breve resumen —empezó Clarke—, la última vez que nos

vimos, hará cosa de setenta y cinco minutos, te mantuviste fiel a tu historia. Y nosotros nos mantuvimos fieles a la realidad de tu situación, que es que pasarás mucho tiempo entre rejas por secuestro y tráfico de drogas. —Hizo una pausa—.

¿Tu abogado viene de camino?

—No necesito abogado. Quiero hacer un trato.

—Todo el mundo quiere algo, Eddie —afirmó Fox cruzándose de brazos.

—Mirad, todo eso que os dije... Creí decíroslo por los motivos adecuados.

Tengo sentido del honor, ¿sabéis?

—¿No eres un chivato?

—¡Exacto! Pero llega un momento en que hay que mirar por uno mismo, ¿no?

—Eso no te lo voy a discutir.

Bates miró alternativamente a Clarke y a Fox mientras debatía consigo mismo. Hinchó las mejillas, exhaló y clavó la mirada en la mesa, que estaba llena de rasguños.

—Fue Molly —dijo a la postre.

—¿Molly Sewell?

Bates asintió.

—Ella lo organizó todo e incluso me dijo qué habitación debía utilizar y cómo prepararla. Creo que llevaba tiempo planeándolo.

—¿Molly quería que hicieras prisionero a su jefe? ¿Te explicó por qué?

Clarke estaba intentando no mostrar incredulidad.

Bates negó con la cabeza.

—Le puso droga en el whisky. Fue a su casa a comprobar que estuviera fuera de combate, luego lo metió en su coche y lo llevó a mi casa.

—¿Y no os vio nadie?

—Parecía que estuviéramos ayudando a un amigo borracho.

—¿Cómo entró en su casa? —preguntó Fox.

—¿Qué?

—¿La puerta estaba abierta?

—Supongo que sí. Eso o tenía llave.

—¿Cuánto tiempo debías retenerlo allí?

—No mucho. Un día más, tal vez.

—¿Y no sabes por qué?

—No me lo ha dicho nunca. Imaginé que era un tema de dinero. Si lo piensas, tiene lógica: secuestras a tu jefe, pagas el rescate y lo sueltas.

—Pero nunca pidió dinero.

Bates volvió a mirar a Clarke.

—No tengo ni idea de por qué. Tendréis que preguntárselo a ella. Por lo que a mí respecta, estaba haciéndole un favor.

—¿Eres consciente de que parece que estás soltando una milonga tras otra? —dijo Clarke—. Descartamos una historia y se te ocurre una aún más extravagante.

Bates se encogió de hombros.

—Es la pura verdad, y espero que lo recordéis.

—Por supuesto que lo recordaremos: ayudaste y fuiste cómplice de una secuestradora y retuviste a la víctima de un rescate inexistente. —Clarke se volvió hacia Fox—. ¿Tú que opinas?

—Más o menos lo mismo que tú. Tienes la dirección y el teléfono de Sewell. Preguntémosle a ella.

Clarke asintió con la mirada fija en Eddie Bates.

—Eso te dará tiempo para inventarte otro guion. La próxima vez prueba con alienígenas, ¿vale?

Clarke abandonó la sala seguida de Fox e indicó a los agentes que podían devolver a Bates a su celda. Ambos observaron al preso cuando se lo llevaban. Luego, Clarke sacó del bolsillo la libreta que contenía los datos de Molly Sewell. Primero la llamó y cogió el teléfono alguien con acento estadounidense.

—¿Está Molly? —preguntó Clarke.

—Creo que se equivoca de número.

Clarke levantó la libreta y recitó el número.

—Es correcto, pero aquí no vive nadie que se llame Molly, a menos que

alguno de mis compañeros de piso estuviera de suerte ayer noche...

Clarke pidió disculpas y colgó. Luego probó con el móvil. Una voz automatizada respondió inmediatamente.

«El número que ha marcado no existe».

Volvió a intentarlo, con el mismo resultado. Fox asintió.

—Vamos —dijo.

Tardaron diez minutos en llegar. Duncan Street se encontraba entre Ratcliffe Terrace y Minto Street. Era una calle de dirección única, lo cual significaba que Clarke tuvo que girar tres veces a la derecha antes de avanzar lentamente hasta el número veintiocho. A un lado había una hilera de casas georgianas con imponentes pórticos. Al otro, una clínica dental y un taller de revisiones oficiales.

—Solo llega hasta el veinticuatro —dijo Fox cuando llegaron a la intersección de Minto Street. En lugar de dar la vuelta otra vez, Clarke circuló marcha atrás y estacionó. Después tendió la libreta a Fox.

—Ahí pone veintiocho, desde luego —confirmó.

—Nos ha dado gato por liebre.

Fox asintió.

—Pero no la liebre entera. El edificio de al lado del pub es el veinticuatro, lo cual significa que el pub de la esquina podría ser el veintiséis. Es más o menos la dirección que hay aquí anotada.

—¿Y?

—Que si se inventó algo sobre la marcha, ¿qué posibilidades hay de que se acercara tanto?

—Conoce la calle —dijo Clarke asintiendo.

—Así que, a lo mejor conoce a alguien que vive aquí...

—O está en una de esas casas. —Clarke miró a Fox—. ¿Te apetece ir puerta por puerta?

—Si quieres, me apunto.

Empezaron al final de Minto Street, facilitando el nombre y la descripción de

Sewell. Un par de propietarios dijeron que les sonaba, pero no conocían el nombre de casi ningún vecino. El edificio grande que se encontraba al lado de la clínica dental en su día había albergado una editorial, pero ahora había media docena de timbres, que correspondían a los ocupantes de los apartamentos. Cuando llamaron al primero, fueron invitados a entrar. El hombre rondaba los treinta y cinco años, y llevaba gafas y un jersey verde remangado.

—Sí, Molly —dijo cuando Clarke finalizó su explicación—. Vive en el sexto piso.

El vecino les indicó incluso dónde era. Clarke llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. No había buzón. El correo llegaba a la puerta principal y lo recogían allí. Llamó de nuevo con los nudillos.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Fox al vecino.

—Hace días. Esta noche he oído una puerta cerrándose. Pudo ser la suya. Había un taxi esperando en la calle.

—¿Un taxi?

—Bueno, un vehículo, pero ya saben el ruido que hacen.

Fox asintió como gesto de agradecimiento y Clarke empezó a mover la boca mientras barajaba sus opciones.

—Nos ha sido de gran ayuda —dijo Fox para indicarle que podía volver adentro. El hombre inclinó levemente la cabeza y cerró la puerta.

—Ella fue quien se quedó con el dinero, ¿verdad? —conjeturó Clarke—. Y cuando Brough lo descubrió... No, no cuadra. Pero quizá empezaba a sospechar.

—Entonces ¿por qué no huyó?

—Necesitaba un culpable. A lo mejor era Brough quien estaba preparándose para huir.

—¿De Glushenko? —dijo Fox y asintió lentamente.

—Cuando Glushenko llegara a la ciudad, Bates dejaría libre a Brough para que se lo encontrara de morros. Entre tanto, Sewell se escabulliría y nadie se enteraría de nada.

—Nadie que siguiera con vida, querrás decir.

Fox se la quedó mirando.

—¿Qué opinas?

—Es factible.

—¿Probable?

—Hay que tener unos nervios de acero para quedarse aquí una vez que el dinero ha desaparecido y Brough intenta averiguar quién lo tiene y cómo consiguió arrebatárselo.

—Del primero que sospecharía sería de Christie —dijo Clarke—. Así ganaría un poco de tiempo. Y luego están todos los demás villanos que aparecen en la agenda de Brough.

—Pero ella habría figurado en la lista.

Clarke asintió.

—Y el hecho de que siguiera aquí...

—Le hizo perder la pista.

Ambos se quedaron en silencio repasando la teoría y tratando de encontrar otras posibilidades.

—¿Otro aviso a aeropuertos, ferris y estaciones de tren? —propuso Fox.

—¿Adónde crees que irá?

—¿Con diez millones guardados en un banco? —Fox valoró las posibilidades—. ¿De vacaciones a un Center Parcs?

Muy a su pesar, Siobhan Clarke soltó una carcajada.

El Range Rover blanco de Christie estaba aparcado en el camino de entrada y había luz en el vestíbulo. Rebus llamó al timbre y esperó, estudiando las cámaras y la alarma antirrobo falsas. No hubo respuesta. Volvió a probar y luego se acercó a la ventana del salón. Las cortinas estaban echadas, pero había una abertura en la parte de arriba y vio que allí también había luz.

Se dirigió a un lateral de la casa y se encendió una luz de seguridad que le mostró la puerta trasera, a la derecha de la cual se encontraba el cubo de basura parcialmente quemado. Giró el pomo y la puerta se abrió hacia dentro.

—¿Hola? —dijo.

Al entrar, llamó a Christie.

Nada.

A su derecha vio una moderna cocina con una barra de desayuno en el centro. Junto al lavavajillas había una pila de platos y sartenes.

—¿Darryl? ¡Soy Rebus!

Luego entró en el salón de la planta baja. Miró hacia las escaleras y vio que el descansillo estaba a oscuras. La puerta del comedor estaba entreabierta y la empujó ligeramente.

—Acompáñenos —le ordenó una voz gutural.

El hombre se encontraba en mitad de la estancia, enfundado en un abrigo de tres cuartos de piel negra, vaqueros a juego y lo que parecían unas botas de cowboy. Llevaba la cabeza afeitada y perilla, también negra. Tenía los ojos diminutos y la nariz aguileña. Debía de rondar los treinta años y no era

especialmente alto, aunque la espada curva que blandía en una mano y el revólver que empuñaba en la otra le conferían cierta envergadura.

Rebus miró a Darryl Christie, que estaba sentado en un sillón frente a Glushenko con las manos encima del pecho y moviendo las rodillas sin parar.

—Bonito salón, Darryl —dijo Rebus, que intentó apaciguar su ritmo cardiaco—. Imagino que tu madre es la responsable de la decoración.

—Preséntese, por favor —ordenó el ucraniano.

—Soy vendedor de seguros —respondió—. Venía a traer un presupuesto para el señor Christie. —Se volvió de nuevo hacia el rehén—. ¿No está la familia por aquí?

—Mi invitado ha tenido la amabilidad de esperar a que se fueran al cine.

A pesar del lenguaje corporal, el tono de Christie era tranquilo.

—¿Es policía? —preguntó Glushenko.

—No.

—Mentiroso. —Al sonreír, Glushenko exhibió unos dientes relucientes—. Deme su cartera.

Rebus se llevó la mano a la chaqueta y el ucraniano le indicó que lo hiciera con infinita lentitud. Rebus le ofreció la cartera.

—Déjela encima de la chimenea.

Rebus obedeció.

—Ahora coja una silla y siéntese al lado de ese cabrón.

Glushenko observó a Rebus. Apoyó la espada en la chimenea, pero siguió apuntando a ambos mientras abría la cartera. Cayeron al suelo varias tarjetas de visita.

—«Inspector Malcolm Fox —leyó Glushenko—. División de Grandes Delitos». —Se quedó mirando a Rebus—. Impresionante...

—Eso me han dicho —respondió.

Glushenko asintió.

—Su teléfono también, por favor.

Rebus lo sacó.

—Deslícelo por el suelo.

Cuando llegó hasta él, Glushenko lo pisó con el tacón de la bota y Rebus oyó cómo se resquebrajaba la pantalla. El ucraniano cogió de nuevo la espada.

—¿Cómo ha pasado eso por la aduana? —preguntó Rebus.

—La he comprado en su país. Las venden como adornos, pero he podido afilarla.

—Creo que tiene intención de decapitarme —explicó Christie.

—Exactamente.

—Y me encontrarán mi madre y los chicos.

Glushenko asintió.

—O puede devolverme el dinero que me robó —dijo.

—No lo tengo. No lo he tenido nunca.

—Por si sirve de algo —añadió Rebus—, creo que está diciendo la verdad. Se lo robaron al hombre que se lo robó a usted.

—¿Brough? — Glushenko parecía que fuera a escupir con tan solo mencionar el nombre—. ¿El hombre invisible?

—En realidad ha vuelto a la tierra de los vivos —dijo Rebus—. Hoy mismo. El que le robó el dinero lo ha mantenido drogado hasta las cejas.

Glushenko miró fijamente a Rebus.

—¿Quién es usted? ¿Por qué sabe tanto?

Rebus se volvió hacia Christie.

—Sé que la paliza que te dieron la ordenaste tú mismo. Incluso procuraste que Chatham supiera que las cámaras de fuera son falsas. Lo de los neumáticos y el cubo de basura también fue cosa tuya. Creías que así ganarías algo de tiempo y Glushenko no interferiría si pensaba que alguien como Brough iba a por ti. Además, te asegurarías mucha atención policial, lo cual probablemente lo mantendría a raya. Pero, cuando Chatham descubrió quién era la víctima y empezó a irse de la lengua con gente como Craw Shand..., hablaste con la persona que organizó la paliza y le dijiste que había que deshacerse de Chatham.

Christie negó con la cabeza lentamente.

—Kenny Arnott solo tenía que asustar a Chatham para que mantuviera la boca cerrada a partir de entonces.

—¿Qué salió mal?

—El trabajo fue demasiado bueno. Chatham intentó escapar y saltó al agua. Lo habían atiborrado de whisky para que pareciera un suicidio si moría.

—Deduzco que ninguno de los hombres de Arnott sabía nadar.

—Lo que en el sector llamamos «una cagada total».

—¿La confesión del condenado? —Glushenko parecía haber dado su aprobación—. ¿Así podrá morir libre de pecado?

—¿Quiere que esté de pie o arrodillado? —preguntó Christie.

—Este hombre tiene cierta dignidad —dijo Glushenko a Rebus.

—Él nunca ha tenido su dinero —le recordó Rebus.

—¡Pero era socio de un hombre que sí lo tenía! Y ahora que sé que Brough está en la ciudad, será mi próxima cita...

Christie se puso de pie y juntó las manos detrás de la espalda. De repente, rezumaba más serenidad de la que Rebus hubiera visto nunca.

—Diez millones de un total de casi mil millones —dijo Christie—. ¿De verdad cambia tanto?

—¿Si la gente sabe que puede engañarme y yo no hago nada? Sí, cambia mucho.

Christie inclinó la cabeza hacia Rebus, que seguía sentado.

—Supongo que no querrá testigos —le advirtió hincando una rodilla.

—Yo estaba pensando lo mismo, Darryl.

Rebus observó a Glushenko, que guardó la pistola en el bolsillo del abrigo de piel para poder asir la espada con ambas manos. Estaba describiendo un arco cuando Darryl extendió la mano derecha. Debía de llevar la pistola metida en el cinturón. Darryl apuntó a la cara de Glushenko y apretó el gatillo.

La explosión sonó por todo el salón y un chorro de líquido caliente alcanzó a Rebus. Detrás de las volutas de humo se distinguía la sangre que había salpicado la pared por encima de la repisa de la chimenea. Rebus intentó no mirar los

destrozos cuando al ucraniano se le doblaron las piernas y cayó al suelo junto a la espada. Christie estaba de pie, apuntando al muerto con la pistola, y se quedó allí quieto hasta que se hubo disipado el humo. Rebus permaneció inmóvil, con la vista clavada en la pistola y tratando de no llamar la atención hasta que Christie lo hubiera procesado todo. Las palabras que se escaparon de sus labios no eran las que Rebus se esperaba.

—Mira qué desastre. Mi madre me va a matar. —Se volvió hacia Rebus y esbozó una sonrisa tenue y enfermiza. Tenía la cara y la ropa manchadas de sangre—. Será complicado alegar que fue un suicidio, ¿no?

—Un poquito —reconoció Rebus—. Ahora entiendo por qué no te has movido. Realmente tenías seguro.

—¿Esto? —Christie alzó la pistola—. Tengo que darle las gracias a Cafferty. Me aconsejó que fuera armado.

—¿En serio?

Christie entrecerró los ojos.

—¿Crees que sabía que iba a ocurrir algo así?

—Debía de saber que era una posibilidad.

—O Glushenko me mata o lo mato a él. Sea cual sea el resultado, Cafferty sale ganando. —Christie pensó en ello—. Es astuto, el cabrón —murmuró.

—Ahora que ya has terminado, ¿podrías bajar eso?

Rebus señaló la pistola con la cabeza. Christie la dejó encima de la repisa de la chimenea, cogió la cartera de Rebus y se la dio.

—Le vendría bien un trapo, inspector Fox.

—Y cambiarme de camisa —añadió Rebus echándose un vistazo—. ¿Por qué no le has pegado un tiro de buen principio?

—Estaba apuntándome con la pistola. Sabía que tendría más opciones cuando estuviera concentrado en la espada y yo arrodillado, listo para reunirme con mi Creador. —Christie hizo una pausa—. Y ahora ¿qué?

—Tendrás que informar tú.

—¿Yo?

Rebus señaló los restos de su móvil.

—El mío no funciona.

—Pero alegaré defensa propia, ¿eh?

—Conozco a unos cuantos abogados que lo intentarían —dijo Rebus.

—¿Y tú declararás como testigo y me ayudarás?

—Contaré lo que he visto.

Christie lo meditó unos instantes.

—¿De tres a cinco años? ¿De cinco a siete?

—Puede que de ocho a diez —respondió Rebus—. Los jueces suelen desconfiar cuando hay armas de fuego de por medio.

—¿Así que estaré en la calle en cinco años?

Rebus asintió y Christie volvió a acomodarse en el sillón.

—Echaré de menos la casa. Y a mamá, claro.

—Iré a visitarte. Y Cal y Joseph también.

—Pues claro que lo harán —dijo Christie en voz baja—. Al final puede que compre la antigua casa de Cafferty y los instale allí. No querrán vivir aquí... —Guardó silencio unos momentos—. La he cagado, ¿verdad? Caí de lleno en la trampa de Cafferty...

—La mayoría de las veces, las trampas parecen algo que queremos o necesitamos —confirmó Rebus.

Christie estaba contemplando la chimenea.

—Podría hacer una pequeña visita antes de que vengan a por mí.

—No creo que sea muy inteligente, Darryl. Será mucho más difícil hacer creer que dos asesinatos son por defensa propia.

Christie acabó asintiendo. Había un teléfono en su cargador junto a una pequeña mesa situada junto a la ventana. Rebus lo cogió y se lo ofreció a Christie.

—Hazlo tú —le dijo Christie, que de repente parecía agotado.

Rebus marcó el número y esperó. Volvió a la ventana y abrió las cortinas, preguntándose si el disparo habría hecho salir a algún vecino. Quizá ya habían

dado parte a la policía. Entonces oyó un ruido y, al darse la vuelta, vio a Christie escabulléndose del salón.

—¡Darryl! —gritó.

Al mirar hacia la chimenea, vio que la pistola había desaparecido. La operadora estaba preguntándole qué servicio de emergencias necesitaba.

—No hay tiempo —respondió y soltó el teléfono. Ya casi había salido cuando recordó algo. Volvió al salón, sacó el revólver del bolsillo de Glushenko y llegó a la puerta trasera justo cuando el Range Rover daba marcha atrás a gran velocidad y rozaba un poste.

Rebus fue corriendo a su coche y dejó la pistola en el asiento del acompañante con la culata hacia él y el cañón mirando a la puerta. Quería llamar de camino, pero recordó que no tenía teléfono. Cuando vio el primer pub, pisó el freno. Los fumadores se congregaron en la acera y lo miraron extrañado cuando pidió un móvil. Una mujer le ofreció el suyo.

—¿Dónde es el incendio? —preguntó.

Rebus se sabía de memoria el número de Cafferty. Una voz automatizada le pidió que dejara un mensaje después de la señal.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —gritó—. ¡Christie va para allá a volarte los sesos!

Siguiente llamada: Siobhan.

—Tengo noticias —dijo ella.

—Christie acaba de matar a Glushenko —anunció Rebus atropelladamente—. ¡Y ahora va en busca de Cafferty para hacer lo mismo! —Hizo una pausa para que Clarke asimilara la información—. ¿Tus noticias pueden esperar?

—Sí —contestó Clarke.

Rebus devolvió el teléfono a la mujer.

—¿Eso cuenta como incendio? —preguntó sin esperar respuesta.

Se saltó todos los semáforos en rojo y solo paró al cruzarse con un tranvía que avanzaba a su habitual ritmo majestuoso por Princes Street. Aprovechó la ocasión para examinar el revólver. Parecía una antigualla, pero las balas

cómodamente alojadas en su interior estaban nuevas y relucientes. Cerró el tambor y lo sopesó en la mano. Lento e incómodo; no era rival para la pistola de Christie.

La calle había quedado despejada, así que Rebus pisó el acelerador, tocó el claxon y aceleró cuesta arriba.

George IV Bridge... Por la calle de sentido único enfilando Lauriston Place... Luego tomó el desvío de Quartermile. El Range Rover blanco estaba aparcado en zona prohibida, con las luces encendidas, la puerta del conductor abierta y el motor en marcha. Rebus se detuvo a su lado y salió. La verja metálica del edificio de Cafferty también estaba abierta y la puerta principal había recibido varios disparos que habían astillado la madera que rodeaba la cerradura. Rebus la empujó con el pie y entró. En el vestíbulo había un guardia uniformado con una radio en la mano y se quedó helado al ver el revólver.

—Trabajo para la policía —dijo Rebus para intentar tranquilizarlo—. ¿Ha dado el aviso?

El guardia asintió sin apartar la mirada de las manchas de sangre en la camisa de Rebus.

—Trabajo para la policía, de verdad. El hombre que está arriba también va armado. No se mueva de aquí.

Según el panel luminoso, el ascensor había subido hasta la última planta. En lugar de esperar, Rebus optó por las escaleras. En el último tramo tuvo que hacer un sobreesfuerzo. Tenía palpitaciones y le costaba respirar. Contuvo la tos y abrió la puerta que daba al vestíbulo comunitario. Al fondo, Christie había vuelto a utilizar la pistola a modo de llave. Rebus respiró el ahora familiar olor a cordita, abrió la puerta y entró.

—¡No está aquí! —exclamó Christie recorriendo el piso diáfano pistola en mano.

Al acercarse, Rebus escondió el revólver detrás de la espalda.

—Las luces están encendidas, pero no hay nadie en casa —protestó de nuevo Christie.

Había una taza de té en la encimera de la cocina. Rebus la tocó: todavía estaba caliente.

—Le has avisado, ¿verdad? —dijo Christie enfurecido.

—Mi teléfono está hecho añicos, ¿recuerdas?

—Pero has sido tú. ¡Te lo noto en la mirada!

Christie le apuntó a la cabeza.

—No me buscas a mí, Darryl —le dijo Rebus—. No soy yo quien te ha metido en este enredo, no lo olvides.

—Entonces debería ir a ver a Brough. Dejaré a Big Ger para más tarde.

—No es mal plan. —Rebus oyó una sirena acercándose—. Pero será mejor que te des prisa. Parece que alguien ha oído los disparos.

La pistola seguía apuntando a la cabeza de Rebus. La mirada feroz de Christie empezó a desvanecerse.

—Eres un hombre afortunado, Rebus. ¿Nunca te lo habían dicho?

—El caso de Brough es diferente, recuérdalo. Un asesinato a sangre fría no es tan fácil de defender ante un tribunal.

—Ese hijo de puta merece morir.

—Rara vez tenemos lo que nos merecemos, Darryl.

—A lo mejor puedo cambiar eso por una vez en la vida. Primero Brough y luego Cafferty.

Christie empezó a retroceder por el pasillo. No se percató de que una de las puertas que quedaban a su derecha estaba abriéndose sigilosamente. Entonces un martillo le golpeó en la cabeza. Al encogerse de dolor, la pistola se disparó. Rebus notó la bala pasando junto a él antes de atravesar la puerta de cristal del balcón. El cuerpo de Christie impactó en la pared y se desplomó. Rebus se acercó.

—¿Escondido en el lavabo?

—No había tiempo para mucho más —dijo Cafferty.

—¿El segundo martillo? —Cafferty lo sostuvo en alto y asintió—. Tenía intención de preguntarte por qué habías comprado dos.

—Estaban de oferta —dijo Cafferty—. No soy de los que dejan pasar una ganga. —Estaba observando a la figura inconsciente—. ¿Seguro que Glushenko está muerto?

—Le ha disparado en la cara más o menos a quemarropa.

Rebus se señaló la camisa salpicada de sangre.

—¿Era de tu abuelo?

Cafferty se refería al revólver.

—Del ucraniano. También llevaba una bonita espada afilada. Menos mal que aconsejaste bien a Darryl.

Ambos se miraron.

—Siempre he sido así de generoso —sentenció Cafferty.

El piso de Rebus.

Era pasada la medianoche. Después de prestar declaración en Gayfield Square, de que le tomaran las huellas y muestras de ADN y de que le requisaran la ropa como prueba, Rebus estaba disfrutando de una ducha mientras Clarke y Fox engullían comida que habían rescatado de un restaurante de comida rápida que estaba a punto de cerrar. Clarke tenía el teléfono al lado por si había noticias de Molly Sewell. Finalmente apareció Rebus con ropa limpia, pasándose una toalla por el pelo, y cogió una patata del cartón de Fox.

—Juraría que dijiste que no tenías hambre.

—Y no la tengo —contestó Rebus, que cogió una silla y se sentó.

En un lado de la mesa estaban los informes sobre el caso Turquand y se los quedó mirando.

—Cafferty tiene mucho de qué responder por meterle esa idea en la cabeza a Christie —comentó Clarke.

—Por otro lado, si no lo hubiera hecho, mañana por la mañana Deb tendría encima de la mesa a Darryl en lugar del camarada Glushenko.

—Por lo que cuentas, la identificación facial es inviable.

—Tendrá que ser por ADN o rasgos característicos —concedió Rebus—. ¿Hay noticias de la señorita Sewell?

—Nada —dijo Clarke, mirando la pantalla.

Rebus se puso pensativo unos instantes.

—Cafferty me contó un secreto mientras esperábamos a los coches patrulla.

—¿Cuál?

—Eddie Bates traficaba con la bendición de Cafferty. Con su bendición y su apoyo. —Rebus vio que ambos estaban prestándole toda su atención—. Bates sabía que Molly Sewell trabajaba para alguien con dinero y se lo dijo a Cafferty, creyendo que este podría hacer algo al respecto. Así que Cafferty se reunió con Molly.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses. Lo hizo pensando que sería buena informadora.

—¿Ya sabía que Brough y Christie eran socios?

Rebus asintió.

—Pero Molly explicó el porqué y el cómo. Luego, cuando conoció a Cafferty un poco mejor, le expuso su plan. Había visto muchas veces a Francesca y había trabado amistad con Alison Warbody. Alison le contó lo mucho que despreciaba a Brough. Según ella, era culpa suya que Francesca fuera como era. A Molly eso le corroía por dentro y decidió hacer algo al respecto.

—Es decir, estafarle.

—Pero dándole la mitad a Warbody. A Francesca le quedaba solo medio millón gracias a unos tipos de interés bajos y la costosa ayuda que necesitaba. Relativamente hablando, era una indigente.

—¿Qué hizo Brough? —preguntó Fox—. Con Francesca, quiero decir.

—En su lecho de muerte, el viejo sir Magnus les dijo que podían romper cualquier regla y salir indemnes hicieran lo que hiciesen. Anthony tenía esa lección muy fresca cuando hundió la cabeza de Julian Greene en aquella piscina y no la soltó.

—¿Y Francesca lo vio todo? —preguntó Clarke.

Rebus asintió.

—Obviamente, Anthony no aprobaba al pretendiente de Francesca. Todo ello la hizo intentar olvidar.

—En un momento dado quiso someterse a un exorcismo —recordó Fox.

—Más para su hermano que para ella.

—¿Lo has sabido por Cafferty? —preguntó Clarke a Rebus.

—He atado cabos —respondió encogiéndose de hombros—. Pero no dudo que sea cierto.

—¿Y Warbody recibió su parte?

—No tengo ni idea.

—¿No deberíamos preguntárselo?

—Claro.

—Pero no nos lo dirá, ¿verdad?

La habitación quedó en silencio hasta que Rebus habló.

—Darryl incluso pidió ayuda a Cafferty para que le ayudara a buscar a Brough.

—¿Para poder entregarle a Brough a Glushenko?

—No, para que Glushenko se enterara de que Cafferty andaba buscándolo y pensara que quizá había vínculos entre ambos.

—¿Y así fuera a por Big Ger en lugar de a por Darryl?

—Cafferty no ayudó a Darryl a buscar, por supuesto, pero lo engatusó.

—Nos ha engatusado a todos —comentó Clarke.

Se hizo de nuevo el silencio hasta que Rebus se inclinó hacia la mesa.

—Supongamos que detenéis a Molly y la lleváis a comisaría. ¿Qué tenéis exactamente? ¿Declarará Brough que su secuestro tuvo algo que ver con una suma extraída de una cuenta a rebosar de dinero robado y blanqueado por gánsteres?

—Probablemente eso sea labor de la Agencia Tributaria —explicó Fox.

—Pues que tengan mucha suerte. Pero si Molly, Brough y Cafferty no hablan...

—Siempre nos quedará Christie —repuso Clarke—. Le puede caer una condena larga. A lo mejor coopera.

—¿De verdad lo crees?

—No, la verdad es que no —reconoció—. ¿Y Craw Shand?

—Se lo llevó Cafferty e hizo que pareciese que había empleado la fuerza.

—¿Para que presionáramos aún más a Darryl Christie?

Rebus asintió.

—Craw está volviendo ahora mismo a casa desde una pensión en Helensburgh cortesía de su nuevo amigo.

Fox miró alternativamente a Rebus y a Clarke.

—Entonces ¿el único que irá a la cárcel es Darryl Christie?

—Te olvidas de Eddie Bates. Pero básicamente sí.

—¿Y qué significa eso para la ciudad?

—Significa que Big Ger Cafferty acaba de anotarse el mejor resultado de su carrera —dijo Rebus.

—No hay bien que por mal no venga —dijo Siobhan Clarke con un suspiro—. ¿Se lo decimos a Alvin James hoy o mañana?

Rebus estaba mirando a Fox.

—Puede que Jude se haya ido de rositas, Malcolm. Pero cuando Cafferty ocupe el lugar de Darryl... Lo que decidas contarle es cosa tuya.

—¿A qué te refieres?

—Si cree que la deuda ha quedado saldada, a lo mejor se replantea su vida y empieza desde cero.

Fox asintió y golpeteó con un dedo los informes del caso Turquand.

—Es una lástima que no hayas podido resolverlo, John.

—Ah —dijo Rebus recostándose en la silla—. Estaba a punto de sacar el tema...

NOVENO DÍA

Galvin Brasserie.

Rebus y Deborah Quant estaban cenando temprano y eran los únicos clientes en aquella zona del restaurante. Ella había pedido un Bloody Mary, que apuró en tres tragos.

—¿Un día duro? —preguntó Rebus.

—¿Alguna vez has visto a alguien al que...? —No terminó la frase—. Lo siento. No recordaba que estabas allí. Ahora que lo pienso, ¿no dijiste que también estabas con Kenny Arnott cuando murió?

—Culpable del delito que se me imputa.

Deborah fingió alejar la silla unos centímetros de él.

—No es contagioso —dijo Rebus con una sonrisa.

—¿Qué celebramos? Hasta hace una hora, mi plan para la cena consistía en un microondas y un abridor. —Hizo una pausa—. Tienes las mejillas sonrosadas, por cierto. Y se nota que has perdido peso.

—Quizá estamos celebrando eso. Eso y el hecho de que he recibido noticias.

—¿Ah, sí?

—La mancha no es tan amenazante como yo pensaba. —Ella parecía confusa, pero, en lugar de explicárselo, Rebus se limitó a sonreír—. Ah, y una cosa más: ¿recuerdas la historia que empecé a contarte?

—¿Tu gran misterio? No me digas que tienes una nueva teoría...

El camarero estaba esperando para tomarles nota.

—Te lo diré cuando llegue el primer plato. —Rebus miró la carta—. Creo que pediré dos bistecs.

—¿Dos?

—Uno se lo llevaré a Brillo.

—Si pagas tú, adelante.

Había entrado otra pareja y el *maître* se acercó a saludarlos. Rebus reconoció a Bruce Collier y se preguntó si la mujer bronceada y de atuendo exótico sería su esposa, recién llegada de India. En su opinión, debía tranquilizar a algunas personas, no solo a Collier, sino también a Peter Attwood y a Dougie Vaughan. ¿Acaso no merecían conocer toda la historia? Cabía la posibilidad de que alguno de ellos hiciera algo al respecto.

Collier estaba concentrado en su acompañante y no vio a Rebus. Deborah Quant había terminado de pedir, así que Rebus indicó al camarero qué quería.

—¿En qué estás pensando? —dijo Quant cuando el camarero se hubo marchado.

—Acabo de reconocer la música que suena —dijo—. Es John Martyn, una canción que se titula «Over the Hill».

—¿Y?

—Y nada. Que a lo mejor todavía no me tienen que enterrar en una colina.

—Nadie ha dicho que tuvieran que hacerlo.

—Pero antes de todo esto empezaba a pensarlo.

—¿Qué es todo esto?

—Todo lo que ha ocurrido desde hace poco más de una semana. Me he dado cuenta de que tengo cosas por resolver.

—Siempre hay cosas por resolver, John.

—Puede que sí y puede que no.

—¿Crees que puedes hacer algo?

—Mientras me queden fuerzas, sí.

—Estamos hablando de Cafferty, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Se ha retirado, tú mismo lo dijiste. Se retiró hace mucho tiempo.

—Si lo vieras ahora mismo, a lo mejor cambiarías de opinión.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Rebus, haciendo señas al camarero para que les trajera más bebida— el viejo demonio ha vuelto...

Eran las nueve de la noche y los juerguistas poblaban Grassmarket y Cowgate en busca de pubs y discotecas selectos. Cafferty había dejado a Craw Shand detrás de la barra del Pirate con un crédito de cien libras, lo cual convirtió a Craw en un personaje muy popular entre la clientela habitual. Apareciendo en medio de la oscuridad, se puso los guantes de piel negra y recorrió el corto trayecto hasta el Devil's Dram. Las puertas estaban cerradas y no había alfombra roja ni porteros. Media docena de estudiantes parecían incrédulos, pero emprendieron la marcha hacia otra sala llena de ruido y luces centelleantes.

Cafferty propinó dos patadas a las puertas. Luego fue a la parte trasera y forcejeó con la otra puerta. Al final, alguien la abrió desde dentro.

—Está cerrado —masculló el hombre.

—¿Quién eres? —dijo Cafferty.

—¿Quién lo pregunta?

—La gente me llama Big Ger.

El hombre tragó saliva.

—Yo soy Harry.

—¿Y regentas tú este sitio, Harry?

—No, el dueño es...

—Ya sé quién era el dueño, y ambos sabemos que no pagará las facturas en una buena temporada. Pero, según tengo entendido, este establecimiento podría ser una mina de oro con el hombre adecuado al mando, y los negocios suelen evaporarse si las puertas están cerradas.

—Sí, pero...

—¿Has mandado a todo el mundo a casa? ¿Al DJ, al personal de la barra y al cocinero? —Harry asintió—. ¡Pues coge el teléfono y tráelos de vuelta!

Cafferty pasó junto a Harry y entró en el almacén y la cocina. Luego se dirigió a la sala principal y observó los adornos de diablillos, demonios y malas conductas diversas, y subió a la entreplanta, echó un vistazo a la banqueta más cercana y se sentó. Finalmente, Harry llegó a lo alto de las escaleras.

—No te veo haciendo llamadas, hijo —gruñó Cafferty.

Harry buscó su teléfono y empezó a pulsar la pantalla. Cafferty apoyó los brazos en el respaldo de la banqueta.

—Quiero que este lugar esté a rebosar a las diez y media. Luego puedes sentarte conmigo y contarme los pormenores.

—¿De qué?

Harry apartó la vista de la pantalla.

—Del imperio de tu antiguo jefe. ¿No es eso lo que hace cualquier empresa que se precie cuando hay un cambio en la directiva?

—Sí, señor.

—Y tráeme una botella de whisky, del mejor que encuentres. Ya va siendo hora de que este sitio haga honor a su nombre.

Morris Gerald Cafferty observó al joven bajar las escaleras al trote y luego cerró los ojos, permitiéndose el lujo de un momento de relajación con la mandíbula abierta y los hombros liberados de tensión.

Había pasado mucho tiempo.

Mucho tiempo.

—Pero aquí estoy otra vez —dijo—. Y aquí me quedaré.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es